Carme Chaparro

Calladita estás más guapa



ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Calladita estás más guapa
Citas
Prólogo. Un orgullo de vagina
Parte 1. (In)visibles y con voz propia
- Cállate
- El *selfie*
- Después de muertas
- Mujer en silencio
- Faraonas
- Hormonas reales
- Tiene la casa fatal
- Testosterona policial y judicial
- Mídeme
- Kate, Penélope y Keith
- Vergüenza
- Por todas mis compañeras
- Señores que mandan y sus problemas con las embarazadas
- No nos escuchan
- Bienvenidas al gueto

Parte 2. La tiranía de la imagen
- Nadie os obliga
- Escupir a la comida
- Una talla 32
- ¡Guapa!
- Beyoncé: «Nunca más»
- La tortura de las cobardes
- Con trampa y cartón
- Mujeres tigre
- Barbie
- El timo del rosa
- La mirada de otros
- Libres
- Soy fofisana
- Supermaquillada
- Vaiana
- El nuevo ángel gordo

Parte 3. Extrañamientos

La vergüenza
Transparentes
Llora
Mujeres de mediana edad
Un taladro
Salvadnos
Efecto Pence
El juez que se burla de las víctimas
Demasiado guapa
El hombre enfadado
Impostoras
La Liga LOL
No escribas más
Abuelas
Cuando el amigo guay es un acosador
Querida familia Merkel
Parte 4. Jarrones, muñecas, cosas
¡Anda, si eres lista!
Operación biquini
Guerra por las nenas más molonas
Premio sexual
Mujer objeto
Biquinis con tetas
Un poco puta
¡Es como mi hermana!
Unos pechos turgentes
La toqué porque era mía
Ropa apretada
¿Sobra para ir de putas?
Solo una película
Sexo incluido
Perfectamente sexy
Animadoras en la oficina
Repelentes
Con o sin suavizante
Amanda y el bótox
Muñecas violadas
Muéstrate (si estás buena)
Tacones en el desastre
Te amo delgada
Un folio
«Juegas Olímpicas»
Jarrón chino
Un esmoquin
De compras

De rodillas
Cualquier cosa
Mi derecho a follar
Piropos
Tu mujer es una puta
¿Cómo se atreve?
Michelle y sus poses
Gordas —perdón—
Ab Crack
Ellas ven fútbol
¿Quién lleva los pantalones?
Brigitte
Parte 5. Micromachismos
Valientes
Calladita estás más guapa
Mujeres de…
Perdona si te molesto
¿Un Papa mujer?
Ellos insultan, ellas se avergüenzan
El lenguaje corporal
Colegas de golf…, pero también mucho más
Los hombres que «no salen»
Cuerpo con agujeros
Y se le vieron las bragas
«¿La regla? No te entiendo»
Héroes de geriátrico
Una plancha
No me des lecciones
¡Callaos!
Tanga
Con voz de hombre
Miedo
Cazar a un hombre
50 sombras
Tápate el culo
Nenazas
Llámame zorra
La manada
Ninfómanas
El pelo de Sergio Ramos
«Mani-pedi»
Menstruación
MILF
Pichafloja
Especialmente el padre

Princesas calladitas
Gastos de lavandería
Excitadas
¿Cerró bien las piernas?
Parte 6. Techos, brechas y abismos
Mejor en la oficina
Un sueldo de estrella
Padres y madres ¿por igual?
Las listas
Las «quelis»
¿Poder femenino? ¡Ja!
Papá periodista
Amas de casa
¿Por qué contratar a mujeres?
No sin ellos
Te encargas tú
Baja maternal
Si es papá, mola
Puñetazos
Síndrome del impostor
Los magníficos
Pablo regresa
Padres y hermanos
La Mujer 10
Papá concilia
Atacadas
Papá es alcalde
Síndrome de la tiara
¿Por qué cobramos menos?
El mejor candidato
Fugitivos
De solteras y emparejadas
Poco profesional
Calzonazos
¿A quién se ha tirado ese hombre?
Michelle
Te lo cuento en la cena
Perro
John y Jennifer
Papá me mima
Así planchaba…
Amor y llantos
Zorras
No les da la vida
Parte 7. Luces, sombras y demasiados mitos

Cosas naturales que nos dan vergüenza
Estás más hinchada, ¿no?
Un fastidio
Malas madres
Madradas
Pañales bomba
Confundir el nombre de los hijos
Mujeres pegadas a un útero
¡¿Estás embarazada?!
Esas preguntas…
Parirás con dolor
Raúl
Mamás biberón
Un bebé muerto
Un berrinche en directo
Purpurinas
La cena de Soraya
Mamá alcaldesa
Epidural, ¿para qué?
Tienes un problema
Poderosas para dar a luz
El parto es nuestro
Parte 8. Iguales, libres, diversos/as
¿Conoces a tu hijo?
Esto es urgente
Cuando no queremos ver
Rosa y azul
Pasillo rosa
Tu hijo ve porno
Ni Periscope ni hostias
El patio
¿Las chicas con las chicas?
¡Mandona!
La colita de Alicia
Gueto
La rarita del cole
Expulsado
Miedo
Soy menos lista
Yo también quiero, papá
Ella se lo ha buscado
Cuídame
Explorando el WC
Niños a dieta
Campeonas

- Niños y sexo
- Una colita
- Niñas sexys

Parte 9. Terrorismo machista

- Silencio cómplice
- Están matando a mamá
- Un crimen pasional
- #NiUnaMenos
- Pon la otra mejilla hasta que te maten
- Si se lo merece
- Enamoradas del asesino
- Retroceso
- No. Los hombres no son terroristas
- «Voy a ser la siguiente asesinada»

Parte 10. En peligro

- «Verónica Madrid»
- Tu foto desnuda
- Violadas
- Nagore
- Despojos humanos
- «Venga, tía, que estamos de fiesta»
- Querida capitana
- Un no es un sí
- *Machinazis*
- Un Weinstein en tu vida
- Dos letras
- Todas somos manada
- Bukkake
- Masajes
- ¿Violadas o muertas?
- No lleves minifalda
- Diana
- Esa sonrisa
- Y todos callan
- La puntita
- Mirad lo que hace
- Aullidos
- Bajo la falda

Parte 11. El mundo que nos duele

- Cuarenta millones
- Días rojos
- Asesinos
- Ni un paso atrás
- En el club
- ¿Dónde están las niñas?

Tiene doce años
«Robamaridos»
Libertinas e inmorales
¿Cultura o machismo?
Miss fútbol
No me violes
Paliza
«Fuck me»
Esclavas modernas
Cien millones de desaparecidas
Condón con pinchos
Temerarias
Miradas sucias
Envenenadas en clase
Pobrecito violador
Odio
Una treta imposible
Procedencia de los artículos
Sobre la autora
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Desde 2012, Carme Chaparro viene desarrollando una gran actividad en distintos medios escritos, como *Yo Dona, GQ* o *VozPópuli,* y en redes sociales, publicando casi a diario artículos y reflexiones en los que queda patente su opinión aguda, certera, sin medias tintas, sobre los asuntos de la actualidad que la interpelan y que nos afectan a todos, y especialmente a todas, en su denodada defensa de la igualdad.

Y lo hace con mano maestra y un espíritu fresco, crítico, que pone el foco en hábitos, costumbres y manías de nuestra sociedad, pero también en nuestra voluntad de realizarnos, solidarias y sin imposturas.

Carme Chaparro también reflexiona sobre cómo hacer frente a las servidumbres de la vida moderna de las que tanto nos cuesta desentendernos: la dictadura de la imagen y la contabilización de calorías y de horas en el gimnasio, el sometimiento a las redes todos los días y a todas horas, el machismo que no acaba de cejar, los retos del amor y de la sexualidad en tiempos de Tinder…

Su prosa reivindicativa, que despliega tanta calidez y empatía como un fuerte contenido social, profundiza en las contradicciones y las aristas del mundo en el que nos ha tocado vivir.

Carme Chaparro

Calladita estás más guapa

ESPASA

Ninguna mujer tiene un orgasmo limpiando el suelo de la cocina.

BETTY FRIEDAN

Feminismo es la noción radical de que las mujeres son personas.

VIRGINIA WOOLF

Una mujer que no tenga control sobre su cuerpo, no puede ser una mujer libre.

MARGARET SANGER



PRÓLOGO

Un orgullo de vagina

«¿PROBLEMAS DE ERECCIÓN? ¿EYACULACIÓN PRECOZ?». La voz masculina atrona en la radio. Sin complejos. En la tele, una chica mira a cámara mientras se escucha que «un millón de pacientes han sido atendidos con este tratamiento. Llama ya». Justo después, esa misma chica aparece con la melena despeinada, los mofletes colorados y la camisa mal abrochada. Se intuye que un hombre —que se ha hecho el tratamiento, claro— acaba de pegar un buen polvo.

Disfunción eréctil. Impotencia. Y todos los derivados del mal funcionamiento sexual del pene pronunciados en voz alta. Sin vergüenza.

Pero ¿y las vaginas? ¿Qué hacemos con ellas?

«No te puedes imaginar lo que estoy viendo, las mujeres tienen las vaginas fatal, pobrecitas mías, y qué calladitas están», me cuenta la doctora Antón. La he conocido gracias a un directo en Instagram de Natalia de la Vega —@tachabeauty—. Tumbada en una camilla, con las piernas abiertas y cubierta solo por una sábana, Natalia muestra en directo cómo se somete a una sesión de láser vaginal. La doctora le explica que le va a tratar «el interior y exterior de la vagina, y la uretra, para que los epitelios y las mucosas recuperen lo perdido con los años y los partos. En cinco minutos y tres sesiones estarás perfecta».

«¿No te da vergüenza, Natalia?», le pregunto al día siguiente. «Me refiero a exhibirte así». «Mira, Carme —me contesta—, creo que es algo que las mujeres sufrimos en silencio. Tenemos todos esos problemas y no hablamos de ellos. Pérdidas de orina o que las relaciones sexuales ya no sean como antes. O ni siquiera lo sabemos. O pensamos que es normal y no tiene solución. Cuando muestro mi experiencia recibo cientos de mensajes de mujeres dándome las gracias y explicándome cómo las estoy ayudando. Me encanta la repercusión que está teniendo».

Resulta que muchas mujeres ni siquiera son conscientes de lo que les pasa; porque no hablamos, no preguntamos, no vemos.

Y luego las cosas son «la polla». Quizá va siendo tiempo de que sean «la vagina». En voz alta y contundente. Con orgullo.

PARTE 1

(In)visibles y con voz propia





Cállate

EL PRIMER REGISTRO PARA LA HISTORIA DE UN HOMBRE MANDANDO CALLAR a una mujer y diciéndole que se meta en sus asuntos —el primero, al menos, que ha llegado por escrito hasta nosotros— es el del adolescente Telémaco ordenándole a su madre «métete dentro de casa, ocúpate de tus labores propias, el telar y la rueca (…). El relato está a cargo de los hombres y mío es el gobierno de la casa». Homero escribió la *Odisea* hace tres mil años, pero aún hoy sigue habiendo especial reticencia a que las mujeres lleguen al discurso público y tengan voz propia en él.

«Es una excelente propuesta, señora Triggs —contesta un jefe a su empleada en una reunión—, quizá alguno de los hombres aquí presentes quisiera hacerla». ¿Qué mujer no ha sido tratada como la señora Triggs? ¿Qué mujer no ha sentido que su voz no era escuchada, o que la misma propuesta en voz masculina sí era tenida en cuenta?

Homero escribió la *Odisea* hace tres mil años, pero aún hoy sigue habiendo especial reticencia a que las mujeres lleguen al discurso público y tengan voz propia en él.

Así comienza el fascinante último libro de Mary Beard, *Mujeres y poder.* Quizá la reconozcan por sus maravillosos documentales sobre los imperios griego y romano y su hipnótica manera de contarnos el mundo clásico, que le valió en 2016 el premio Princesa de Asturias. Con su bici, su larga melena canosa, sus zapatillas de colorines y su eterna sonrisa, Beard ha sido víctima de los más despreciables *trolls* de Internet cada vez que se pronuncia públicamente sobre algo. A ella, una de las grandes autoridades mundiales en historia clásica, le llueven hordas de incultos que le dan lecciones en la materia, como si supieran más que ella.

Puro *mansplaining.* Pura condescendencia machista —a ver, niña, que te lo voy a explicar para que te enteres, que tú no tienes ni idea—. A mí, personalmente, me gusta muchísimo más la traducción al español: machoexplicación.

Deberíamos ponerla de moda.

Machoexplicación.

Beard ha escrito una pequeña joya precisamente sobre eso: sobre ser mujer y tener voz pública y ser escuchada. Sobre lo que cuesta llegar hasta allí. Y sobre todos los que quieren darnos lecciones —sobre todo, hombres— acerca del tema que dominamos.

Pero no solo eso.

Incluso ahora, muchas mujeres con voz pública siguen arrinconadas en guetos femeninos y temas femeninos. Los hombres han conseguido que los asuntos

masculinos —incluso hablar de sus prepucios— sea una cuestión que interese a toda la humanidad. Nosotras, si hablamos de nuestros ovarios, estamos tratando «esos temas femeninos». En los rankings de mejores discursos de la Historia, las pocas mujeres que se cuelan lo hacen hablando de eso, de mujeres. Y no avanzaremos hasta no conseguir que nuestros úteros interesen a toda la humanidad.

El *selfie*

NO SÉ SI HABRÁN VISTO EL *SELFIE,* UNO DE LOS MÁS polémicos del gobierno de Donald Trump nada más ganar las elecciones. Resulta que una de las primeras cosas que hizo su vicepresidente, el ultraderechista Mike Pence, nada más salir elegido fue reunirse con los miembros del partido Republicano que habían obtenido escaño en la Cámara de Representantes, lo que aquí en España es el Congreso. Durante el encuentro se hicieron un *selfie*, que con jolgorio —no en vano acaban de ganar las elecciones— subieron a las redes sociales. En pocos minutos la polémica ardía en Internet. No por el ultraderechismo hacia el que estaba virando el partido con Trump. Ni por las polémicas que rodeaban —y rodean— al presidente electo. No. Esta vez las críticas les llovieron a los republicanos porque el *selfie* era una demostración de abrumadora superioridad blanca. Entre el más de un centenar de cabezas que asomaban en la multitud, no había ni una sola persona de otra raza. Ni un solo negro. Ni un solo latino. Nadie de las dos grandes minorías de Estados Unidos.

Pero a mí —llámenme mosca cojonera si quieren— lo que me subleva de esta fotografía no es solo que no haya negros o latinos, sino que ni siquiera nos demos cuenta de otras personas que también faltan: las mujeres. Apenas cuento nueve entre las decenas de cabezas que se amontonan para salir en la imagen. Pero nadie ha montado un escándalo por eso. Las mujeres somos la mitad de la población del mundo y, sin embargo, en esa fotografía de los cargos del partido Republicano apenas son una de cada diez personas. ¿Está tan normalizada la ausencia de mujeres —o nos hemos acostumbrado tanto— que casi no la vemos? Sin embargo, si no hay personas de raza negra —que en Estados Unidos son un 12,6% de la población—, se arma el escándalo. Si no hay latinos —un 16,4% de los estadounidenses—, también estalla la polémica. Pero si apenas hay mujeres parece no pasar nada.

Por eso es tan necesario que alcemos la voz. Que nos quejemos. Y que nos dejemos ver. Que nos hagamos valer y exijamos aparecer en la foto.

Para no seguir siendo invisibles.

Después de muertas

DESPUÉS DE MUERTAS NO QUEDA NADA, EXCEPTO EL RECUERDO QUE DEJEMOS en nuestros seres queridos. Pero si hablamos de pasar a la posteridad, después de muertas no queda nada, excepto lo que se escriba sobre nosotras. Por eso, la Historia, esa historia con mayúsculas, está llena de hombres que han hecho cosas —buenas o malas—, pero hombres, siempre hombres, que han trascendido a sus vidas cotidianas y se han ganado algunos renglones en las páginas de los libros.

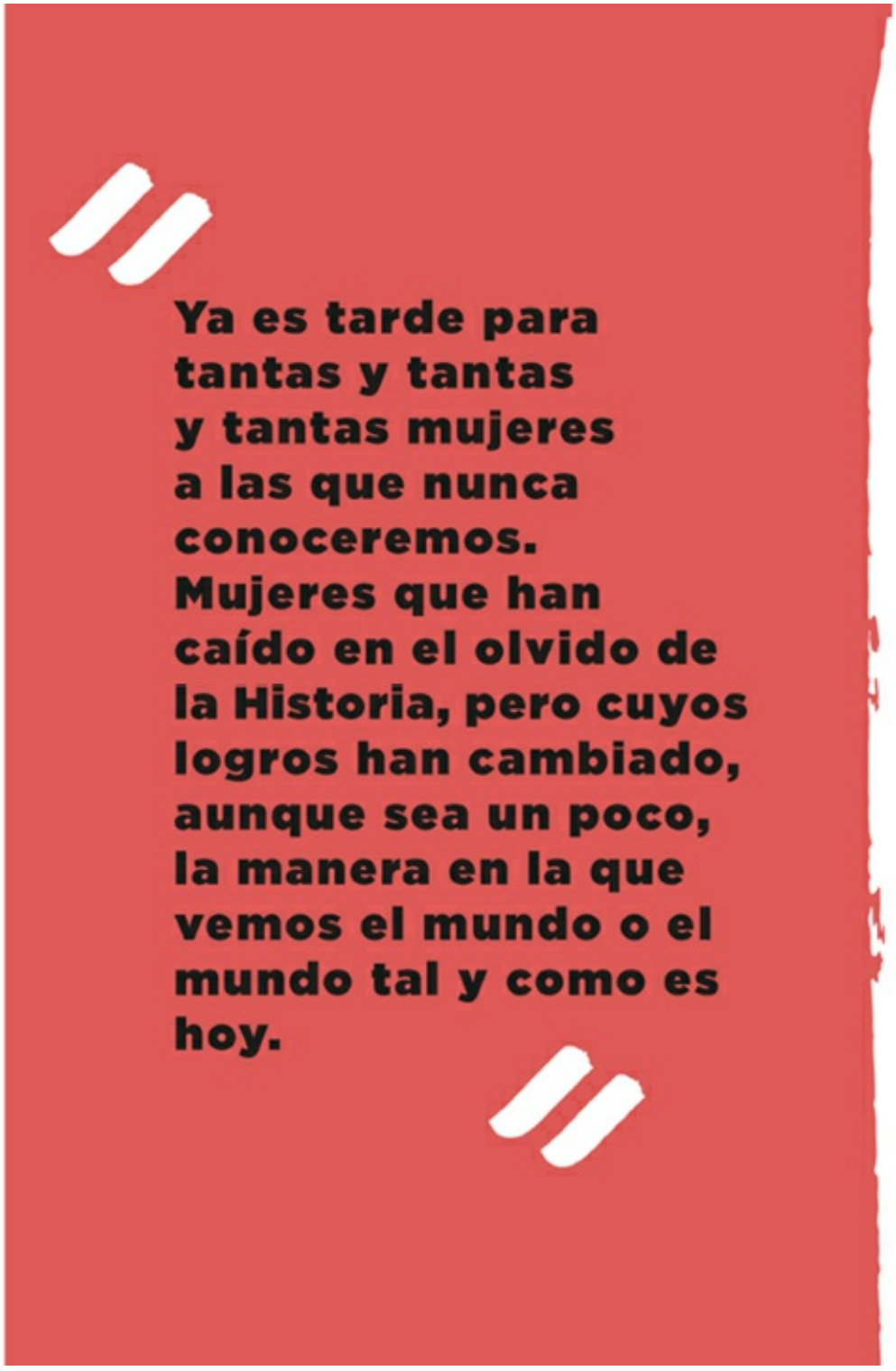
De esos que se estudian.

El *New York Times* empezó a publicar obituarios en 1851, y ahora se han dado cuenta de la poquísima cantidad de mujeres a las que han considerado lo suficientemente importantes como para dedicarles espacio en sus páginas de necrológicas. Ni Charlotte Brontë, la autora de *Jane Eyre*, ni Emily Warren —la supervisora del puente de Brooklyn— han merecido el día de su muerte un lugar en las páginas de uno de los periódicos más importantes del mundo. No es algo que se haya corregido con el paso del tiempo. En los últimos dos años, solo uno de cada cinco obituarios ha estado dedicado a una mujer.

Para paliar ese error histórico —que a tantas grandes mujeres ha condenado al olvido— el *New York Times* ha pedido ayuda a sus lectores. No solo va a publicar los obituarios de esas mujeres a las que ha ignorado durante más de siglo y medio, sino que tampoco quiere olvidar a las mujeres aún vivas que también se merecen un espacio en las necrológicas el día que mueran. Y para eso ha solicitado a sus lectores que envíen propuestas con las que consideren que merecen un obituario.

Todo eso está muy bien, pero ya es tarde para tantas y tantas y tantas mujeres a las que nunca conoceremos. Mujeres que han caído en el olvido de la Historia, pero cuyos logros han cambiado, aunque sea un poco, la manera en la que vemos el mundo o el mundo tal y como es hoy. Mujeres a las que sus coetáneos —hombres— no consideraron lo suficientemente importantes como para escribir sobre ellas el día de su muerte.

Sería fantástico, por cierto, que algún medio de nuestro país comenzara a reparar ese tremendo error histórico. ¿Cuántas españolas se quedaron sin su obituario? ¿Cuántas, aún vivas, se quedarán sin el suyo?



Mujer en silencio

QUISO HACER UN HOMENAJE A SU MUJER. Y LO QUE LE salió a Mariano Rajoy en su discurso de despedida del PP fue una ducha de realidad —de «su» realidad—: «Nunca me he llevado un problema de casa al trabajo, porque siempre había una persona que me los solucionaba de manera silenciosa». Yo les digo quién era —aunque seguro que se lo imaginan: Viri, su esposa, que siempre ha estado para ocuparse de todo lo que ha tenido que ver con el hogar del expresidente del Gobierno. Ella siempre ha estado ahí para que Mariano pudiera llegar bien descansado —y despejado mentalmente— al trabajo.

Ni uno solo de los problemas familiares u hogareños distraía a Mariano Rajoy. Él, a lo suyo.

Al trabajo.

¿Les suena?

Siempre se ha dicho que detrás de un gran hombre hay una gran mujer, pero la realidad es que los hombres poderosos pueden serlo porque los asuntos domésticos —y familiares— los tienen solucionados. Y cuando digo solucionados no me refiero solo a la parte física —las labores del hogar: planchar, cocinar, limpiar, hacer las camas…—, sino también a lo que muchas veces es lo que más estresa, la parte mental —toda la organización de la casa: previsión, horarios, intendencia…, que emocionalmente supone un desgaste terrible—.

Sin esa doble carga, esos hombres pueden centrarse en una sola cosa: triunfar.

Sin esa doble carga, esos hombres pueden centrarse en una sola cosa: triunfar. Los que se autodestierran del hogar tienen la libertad de dedicar todo su tiempo y energía al trabajo, y así ascender, y ascender, y ascender, sin horarios ni cargas mentales, sin estrés, sin estar al borde de un ataque de nervios porque llevas dos días sin agua caliente y no hay manera de cuadrar tu horario con el del fontanero, o porque cierran el cole y ves que no llegas a tiempo, o porque no encuentras el hueco de llevar al pequeño al dentista, o porque no hay nada, nada en la nevera ni en los armarios, para preparar algo de cena esta noche.

Le salió pelín machista la frase a Rajoy, y no quiero pensar que esa sea la idea que tiene el expresidente de la familia, el hogar y la conciliación. «Nunca me he llevado un problema de casa al trabajo». ¿No? ¿Ninguno? ¿Ni siquiera si sus hijos los tenían en el colegio, o si alguno llevaba unos días algo tristón o algo rebelde o algo celoso? Pero, además, está ese «de manera silenciosa» en referencia a cómo actúa la mujer. Calladita, sin protestar, sin rechistar. Mártir en silencio. No vaya a molestar.

¿De verdad es para presumir?

Faraonas

CUANDO HATSHEPSUT SUBIÓ AL TRONO, MIL QUINIENTOS AÑOS ANTES DE CRISTO, se convirtió en la primera faraona de Egipto. Pero, para reinar, tuvo que transformarse en

un hombre. Vestir como un hombre, llamarse rey —y no reina— e incluso ponerse barba de vez en cuando. Resultó ser uno de los mejores faraones del país y dio a los egipcios veinticinco años de prosperidad. Aun así, tras su muerte ordenaron aniquilar sus estatuas y borrar su nombre de la Historia. Los hombres que gobernaron tras ella estaban asustados porque el éxito de Hatshepsut podía inspirar a otras mujeres. ¿Qué iban a hacer los egipcios —los hombres egipcios— si, de repente, las mujeres veían que podían tomar las riendas de su vida, mandar y llegar a mandar tanto que incluso podrían ser faraonas?

Así que, tras su muerte, Hatshepsut dejó de existir. Porque no se puede imitar lo que no se ve. Y si las mujeres no tenían su ejemplo, no desearían ser como ella.

Anoche les conté esta historia a mis hijas —recopilada en el maravilloso libro *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes*— porque una de ellas me dijo que las niñas mayores no juegan al fútbol. «Mamá, es que en los partidos de la tele solo juegan chicos», se quejó. Sí que hay chicas, le contesté yo, sí que hay chicas que juegan al fútbol, pero no salen mucho por televisión. No las vemos, de la misma manera que no hemos visto —porque no están— ningún nombre femenino en el cartel del Congreso de Columnistas Españoles que se celebra en León —qué buena definición esa de la «prosa cipotuda»—. Y de la misma manera que los niños de varios colegios británicos alucinaron cuando les dijeron que iban a verlos al cole un piloto de caza y un bombero y… ¡aparecieron mujeres!

No estamos ni en el callejero (nueve de cada diez calles españolas tienen nombre masculino, las femeninas son, en su mayoría, vírgenes y santas). Somos el 51% de la población, pero seguimos remando en galeras. Y parte de la culpa, señoras, es nuestra. Tenemos que levantar la mano y alzar la voz, protestar, dejarnos ver, reivindicar nuestro espacio, darles a nuestras hijas la ambición de quererlo todo. Porque si las niñas no nos ven, si no ocupamos los espacios públicos, no querrán ser como nosotras.

Hormonas reales

COMO ÉL ES HOMBRE —SOBRE TODO ES HOMBRE ANTES QUE MONARCA— tiene que desahogarse, claro. Necesita su espacio, su momento de virilidad privada y su reafirmación de la masculinidad perdida por culpa de ser un segundón a la sombra de una mujer. Él es Felipe, duque de Edimburgo y esposo de la reina más longeva de Europa, Isabel II de Inglaterra. A los noventa y siete años, y en busca de ese equilibro hormonal, el duque acaba de estrellar su todoterreno.

Sus súbditos llevan décadas acostumbrados a que el grandullón alemán necesite sentirse un hombre, a salvo de la resignada humillación a la que se sometió tras casarse con Isabel. Él —lo supo desde el primer momento— nunca iba a ser rey —el protocolo de la monarquía británica lo relega al título de duque y marido de reina— y siempre se vería obligado a andar semioculto tras la poderosa y alargada sombra de su esposa.

Jubilado ya, Felipe sigue con sus fiestas, sus mujeres y su vida lejos de la corte,

respirando libertad, sintiéndose hombre. «La reina considera que el duque merece una jubilación apropiada», cuentan fuentes de la Casa Real a la prensa británica. «Ella —Isabel II— lleva toda la vida tolerándole las escapadas e infidelidades, es la manera de retenerlo a su lado y lo entiende», explica el historiador Pies Brendan. «Está claro que el duque necesitaba una válvula de escape, y la reina siempre fue tolerante con sus amigas especiales».

Amigas especiales. Tolerante. La reina. Con su marido.

Todo en orden.

Ahora imaginen la historia al revés. Mujeres trabajadoras, inteligentes y preparadas. Mujeres con una exitosa carrera laboral que lo dejan todo por un hombre. Por un hombre que es rey. Mujeres obligadas a someterse al estricto protocolo de palacio. Mujeres que pierden la voz propia y el derecho a opinar. Mujeres que se convierten en sombras de su marido al servicio de una institución y quedan reducidas a un ramo, una sonrisa y un estilismo. Mujeres a las que solo se juzga —y con extrema dureza— por cómo lucen, y no por cómo son. Mujeres a las que se las obliga a competir en público entre ellas por su apariencia.

Y ahora piensen si alguna de todas esas reinas y princesas ha necesitado restaurar su equilibrio hormonal, escaparse de la corte, sentirse mujeres. O si, en caso de haberlo hecho, se lo hubiéramos no solo tolerado, sino comprendido y justificado.

¡Si con el famoso «déjame terminar» de la ahora reina Letizia —cuando solo era prometida del entonces príncipe Felipe— casi la desterramos de España!

Como para otras cosas que no sean agitar el ramo y sonreír. Vamos.

Tiene la casa fatal

PODEMOS IMAGINAR LA ESCENA ASÍ: HOSPITAL PÚBLICO EN ALGÚN LUGAR DE España. En una de sus habitaciones, una mujer de setenta años lleva dos semanas ingresada por un grave problema vascular: tiene isquemia distal en las dos piernas, una patología que puede desembocar incluso en necrosis y amputación. La doctora pasa visita. Junto a la cama está el marido de la paciente. «¿No podrían darle el alta a mi señora? —pregunta —. Lleva ingresada dos semanas y ya tiene la casa fatal». A pesar de comprender la gravedad de la situación clínica de su mujer, el hombre necesita que le cuiden y organicen la vivienda. Y la única que lo ha hecho toda la vida es su esposa.

Lo cuenta en Twitter la doctora @emejotapq. «ELLA es la que tiene la casa fatal. A las mujeres no nos permiten ni enfermar ni mucho menos dejar de cuidar».

No puedo evitar sentir lástima por ese anciano. Un hombre absolutamente dependiente de su mujer que no puede valerse por sí mismo en las cosas cotidianas porque siempre se las han dado hechas. Pero siento más lástima aún por ella. Por esa vida dedicada a servir y a ponerse en último lugar. Estoy convencida de que desde esa cama de hospital, a pesar de estar muy enferma, se siente culpable por no cuidar de la casa.

Como respuesta al tuit, @medfeminista comenta que no es una situación tan infrecuente. «A veces la familia presiona para evitar el ingreso o agilizar el alta de una

mujer. Con frecuencia son ellas mismas las que lo hacen: como eje articulador que son de los cuidados en la familia, no pueden asumir la desorganización que genera su ausencia».

Según el estudio *El impacto de cuidar en salud y la calidad de vida de las mujeres*, el 92% de los cuidadores son mujeres. Y cuando una de ellas se enferma o necesita ayuda, recurre a otras de la familia.

En este trabajo indispensable pero invisible y minusvalorado, se resisten a faltar. Imposible saber cuántas aplazan visitas al médico, pruebas o ingresos hospitalarios. Pero deberíamos empezar a preguntarnos el brutal impacto que eso tiene en la salud de todas ellas.

Testosterona policial y judicial

DOS ALTOS ESTAMENTOS ESPAÑOLES SE DECIDEN A DEDO MIENTRAS ESCRIBO ESTAS líneas: parte del Tribunal Constitucional y el DAO, el número dos de la Policía Nacional. Y adivinen qué. Las mujeres ni estamos ni se nos espera. En el pasteleo político para renovar el Constitucional —mucha teórica independencia, pero al final son los partidos los que reparten puestos de juez como cromos—, PP y PSOE van a dejar a un órgano judicial de doce integrantes con solo dos mujeres, ignorando las demandas de la Asociación de Mujeres Juezas, que piden más paridad en los cargos. Y aclaro algunos datos por si parece que las juezas estén pidiendo un favor: las mujeres son mayoría en la carrera judicial —52%— y mayoría también en el tramo de edad de menos de cincuenta y un años —un 60%—. Sin embargo, en las altas instancias judiciales están prácticamente desaparecidas. En el otro gran alto tribunal español, el Supremo, solo un 12% de los jueces son mujeres. En algunas salas se llega a la dramática paradoja de estar decidiendo cuestiones tan trascendentales para nosotras como el derecho al aborto —en breve se va a resolver un recurso de inconstitucionalidad contra la Ley del Aborto—, y que la decisión la tomen hombres por mayoría aplastante.

¿Por qué pasa esto? Pues por lo mismo que sucede en el resto de la sociedad. También «en la carrera judicial casi el 100% de permisos y licencias familiares los piden las juezas (…). Nosotras competimos en desigualdad con ellos, porque mientras cuidamos a la familia, los hombres engordan su currículum a golpe de méritos con los que lograr ascensos», cuenta Gloria Poyatos, responsable de la Asociación Española de Mujeres Juezas. Lo mismo sucede en la Policía Nacional. A pesar de ser el primer cuerpo militar del Estado en incluir a las mujeres, multitud de obstáculos laborales y sociales les impiden ascender como ellos.

Un ejemplo: de los treinta y seis comisarios principales que aspiraban al segundo cargo en

importancia del cuerpo, el DAO, solo uno era mujer.
Y adivinen qué. No la han elegido.

Mídeme

BRONCA POR EL AIRE ACONDICIONADO EN LA OFICINA. ELLOS TIENEN CALOR. Ellas, frío; tanto que en verano se ven obligadas a usar chaqueta.

La fórmula para determinar la temperatura óptima de una oficina —esa temperatura de confort que permite estar lo más a gusto posible para trabajar— está basada en el metabolismo medio masculino —hombre, de cuarenta años y setenta kilos de peso, para ser exactos—. Y, ¡oh, sorpresa!, el de las mujeres es un 35% menor para la misma actividad. Así que la temperatura del aire acondicionado en el trabajo está unos cinco grados por debajo de lo que sería ideal para un cuerpo femenino.

Por eso lo de las rebequitas en verano.

Puede parecer una trivialidad —*pues que las mujeres se pongan chaqueta y ya está, ¿no?, los hombres no podemos quitarnos más ropa*—, pero es un síntoma más de un mundo medido para ellos. Algunos *softwares* de reconocimiento de voz tienen dificultades para entender tonos demasiado agudos —¿adivinan?, los de las mujeres—. La pantalla de los teléfonos inteligentes está diseñada para las manos masculinas —con palmas más grandes y dedos más largos—. Sus compañeros de muñeca —los relojes inteligentes— computan hasta un 74% por debajo los pasos y las calorías quemadas por las mujeres. Cuando Apple lanzó Siri, el asistente virtual podía encontrar lugares donde comprar Viagra o webs de prostitución, pero no tenía aplicaciones para contar el ciclo del periodo femenino o era incapaz de decirle a una mujer qué hacer si acababa de ser violada —«no sé qué quieres decir con “me han violado”», respondía—.

Está extensamente estudiado el cáncer laboral en el hombre medio —caucásico de unos treinta años y setenta kilos— y en entornos masculinos. Pero se ignora casi todo de su afección en mujeres.

El abismo de género es también el abismo de los datos. Lo cuenta Caroline Criado en su extraordinario ensayo *Invisible Women, exposing data bias in a world designed for men*.

Un abismo que puede llevar a la muerte. Está extensamente estudiado el cáncer laboral en el hombre medio —caucásico de unos treinta años y setenta kilos— y en entornos masculinos. Pero se ignora casi todo de su afección en mujeres —con un sistema inmune y hormonal diferente, menos peso, piel más fina y más grasa corporal, donde se acumulan ciertos tipos de tóxicos—. Y se ignora más aún en entornos femeninos: trabajos de limpieza o salones de manicura, por ejemplo. Sus consecuencias son desconocidas. Y las víctimas, mujeres, siguen siendo invisibles.

Kate, Penélope y Keith

KATE Y PENÉLOPE MONTARON UN NEGOCIO, UNA PLATAFORMA VIRTUAL PARA QUE artesanos y artistas de todo el mundo vendan sus trabajos a compradores de todo el mundo. Ellas trabajaban desde la meca de la tecnología, Silicon Valley, el lugar que concentra muchas de las ideas más innovadoras del mundo, pero también mucho del machismo. El negocio, Witchsy, despegó enseguida y el primer año facturaron doscientos mil euros en arte. Pero para conseguirlo necesitaron —¡oh, sorpresa!— a un hombre. Porque, a pesar de sus capacidades, conocimientos y arduo trabajo, Kate y Penélope son… mujeres. Así que se inventaron a Keith. «Desde que pusimos en marcha la empresa —cuentan—, nos dimos cuenta de que era difícil que tomaran en serio a dos mujeres jóvenes en el mundo de las transacciones artísticas». Y así crearon a Keith Mann. Keith era el socio encargado de contestar todos los correos electrónicos con los clientes y proveedores de la empresa, porque ellas se habían dado cuenta de que, si firmaban con sus nombres reales de mujer, las infantilizaban, las trataban con condescendencia, falta de respeto e incluso con toques de acoso sexual.

Los correos de Keith, evidentemente, los escribían ellas, pero firmando como si los hubiera escrito su nuevo socio masculino. Utilizaron incluso una foto de Internet para que pareciera real, escogiendo «a propósito un hombre muy amable pero con aspecto de testosterona, y nos dimos cuenta de que incluso por correo electrónico los hombres son más propensos a respetar a otros, y más si tienen aspecto de poder convertirse en su jefe». Enseguida, las respuestas fueron más largas y receptivas, más serias, con más y mejores propuestas de colaboración. «Ver el contraste de nuestras conversaciones y las de Keith fue abrumador, y nos hizo darnos cuenta de que es importantísimo seguir presionando y apoyando a otras mujeres en los negocios».

Ese es el poder femenino que tenemos y del que no somos conscientes: apoyarnos entre mujeres, crear redes, ayudarnos unas a otras. Para no necesitar nunca más un Keith.

Vergüenza

SALIERON AVERGONZADOS. O ESO, AL MENOS, PARECÍA. OTRA VEZ. OTRA VEZ se lo hemos dado a un hombre. ¡Jolín! Les pongo en situación: rueda de prensa de anuncio de los Premios Nobel de 2017. Y, ¡tachán!, se los han vuelto a llevar los hombres. Por segundo año consecutivo, no había ninguna mujer entre los galardonados. Economía, para un hombre. Química, para tres hombres. Física, para otros tres. Literatura, para un señor. Medicina, para tres médicos. Paz, para una ONG. Hay que remontarse hasta 2015 para encontrar a la última galardonada con un Nobel: hace tres años, la periodista bielorrusa Svetlana Alexiévich recibió el de Literatura. En los 116 años de historia de estos premios, 847 hombres han sido galardonados con el Nobel. Y solo 48 mujeres —

por cada cien hombres, solo cinco mujeres—. Es ya tan escandalosa la situación que el comité de los Nobel ha tenido que salir en público a hablar de los esfuerzos que realizan para mejorar en la elección de los galardonados y negar que haya sesgo machista. Están muy preocupados, dicen, y hay que proponer a más candidatas.

Pues las hay. Candidatas. Vera Rubin, por descubrir la materia oscura. Arlene Shaper, por sus trabajos que persiguen aprovechar las defensas del cuerpo humano para combatir el cáncer. Lene Vestergaard Hau, por frenar la velocidad de un rayo de luz hasta los diecisiete metros por segundo. Jennifer Doudna y Emmanuelle Charpentier, por haber desarrollado una técnica de edición genómica que permite corregir genes defectuosos con un nivel de precisión sin precedentes. Carolyn Bertozzi, por iluminar la comunicación entre las células, esencial para entender procesos como el cáncer. Todas magníficas, pero luchan contra decenas de candidatos hombres. ¿Por qué? Pues porque ellos se postulan más, generan más movimiento a su alrededor para provocar que alguien presente su candidatura al Nobel. No les da apuro decir soy bueno, me merezco el premio. ¿Y nosotras? ¡Ay, no! ¡Qué vergüenza! ¿Cómo voy siquiera a insinuarlo?, pensamos.

Y así nos va. En todos los aspectos de la vida.

Por todas mis compañeras

ME LA LLEVÉ A LA MANIFESTACIÓN. A MI MADRE. FUE FANTÁSTICO compartir con ella la marcha del 8 de marzo junto a cientos de miles de mujeres. Escucharla corear consignas. Emocionarse. Sentirse poderosa junto a todas esas otras niñas, chicas, adolescentes, mujeres y ancianas que la rodeaban. Fue fantástico recorrer las calles con ella y sentir que una conexión especial nos unía más aún.

Si tuviera que quedarme con una de las muchas cosas maravillosas que me ha enseñado el feminismo, sería precisamente con eso: con el descubrimiento de las mujeres. Puede parecer absurdo, pero a las mujeres hay que descubrirlas. O redescubrirlas. Volver a ellas, porque nos hemos llegado a creer —de tantas veces que nos lo han dicho— que no hay mayor enemigo para una mujer que otra mujer. Que siempre que podemos nos ponemos la zancadilla, que tener una jefa es un infierno, que cuando una mujer se da la vuelta el resto del grupo la pone verde, que somos vengativas y nunca olvidamos una ofensa, que dos mujeres no podemos trabajar juntas porque terminaremos odiándonos, que siempre tenemos celos las unas de las otras —de la ropa, del cuerpo, de la sonrisa, del pelo…—, que cuando tenemos un desencuentro nos aborrecemos para toda la vida —al contrario que los hombres, que lo arreglan todo con una cerveza y unas palmaditas en la espalda—, o que no conservamos a las amigas de la infancia porque no somos capaces de ser fieles a ninguna mujer —al contrario, también por supuesto, que los hombres—.

Que no os engañen. Porque eso precisamente es lo que busca el sistema patriarcal: dividirnos y enemistarnos. Que no nos fiemos las unas de las otras. Que no nos apoyemos. Que no tejamos redes.

Horas antes de la gran manifestación del 8M, las periodistas que habíamos

secundado la huelga nos juntamos en la plaza de Callao, en Madrid. Fue un momento de una emoción especial, distinta, llena de abrazos, de sonrisas. De paz. Nos estábamos redescubriendo. Como mujeres. Como cómplices.

Como fuerza que, unida, sí que puede.

Señores que mandan y sus problemas con las embarazadas

BUENO, PUES ES LO QUE HAY. UNA VEZ MÁS. REUNIÓN DE hombres para **quejarse** de las mujeres. Los responsables de distintos colegios médicos de Castilla y León se acaban de reunir y nos dejan la imagen del contubernio testosterónico. Nueve hombres. Sonrientes. Encorbatados. Ufanos. Nueve hombres encantados de conocerse que se hacen la foto para **quejarse de que hay demasiadas mujeres en su profesión**.

Tal cual.

Resulta, se quejan los «señoros» —y su queja la han llevado al Parlamento autonómico— que cada vez hay más mujeres doctoras —sí, se ve en su reunión, ¡cuántas mujeres!— y que, claro, **ellas, algunas, tienen la costumbre de embarazarse** —¡unas cuantas incluso más de una vez en su vida!— y necesitar varias semanas fuera del trabajo para recuperarse del parto y cuidar a su recién nacido.

Y esto es un problema. Un **problemón**.

Para los señores que mandan, claro.

Estos de los que les hablo han hecho —bueno, han ordenado hacer— un estudio sobre los problemas de la sanidad en su comunidad. ¿Adivinan el resultado? No es la falta de medios, ni la falta de inversión, ni las listas de espera, ni equipamiento anticuado, ni nada de eso. No. El problema es que hay muchas señoras médicas. Ya saben ustedes, esa manía de estudiar que tenemos las mujeres y que desemboca en la **«grave problemática (…) de la tendencia a la feminización del sector».**

Grave problemática. Las mujeres. El embarazo. Dar a luz. Cuidar de un recién nacido.

Resulta que mientras los señores médicos dominan la cúpula —en puestos de responsabilidad y en edad—, por debajo de los cincuenta y cinco años hay más mujeres colegiadas que hombres, hasta el punto de que dos de cada tres médicos en Castilla y León son mujeres. Mujeres que tienen la fastidiosa manía de estar en «edad reproductiva».

Los seres vivos de este planeta tenemos la manía de reproducirnos sexualmente desde hace unos mil docientos millones de años. Y que ustedes vean esto como una grave problemática significa lo mucho que aún queda por hacer.

Pues miren, señores representantes de los colegios médicos de Castilla y León, les voy a contar un secreto: aunque no se lo crean, las mujeres se embarazan y dan a luz no solo si son doctoras. También las maestras, las abogadas, las pilotos de avión, las peluqueras, las periodistas, las soldados, las jardineras, las bomberas… En fin, que los seres vivos de este planeta tenemos la manía de reproducirnos sexualmente desde hace unos mil doscientos millones de años. Y que ustedes vean esto como una grave problemática significa lo mucho que aún queda por hacer. Porque, oigan, se pueden decir las cosas de muchas maneras. Podrían haber dicho ustedes que «el cada vez más creciente número de mujeres ejerciendo la profesión en la comunidad, sobre todo menores de cincuenta y cinco años y en edad fértil, obliga a que la Administración tenga previsto que los pacientes sigan recibiendo un servicio sanitario de calidad y que se preparen planes para agilizar las sustituciones sin detrimento del servicio al paciente».

Pero no culpándonos a nosotras. No diciendo que somos un grave problema.

No nos escuchan

LAS PRIMERAS QUE ME LO CONTARON FUERON DOS MINISTRAS. CADA UNA de un Gobierno de distinto signo político. Habíamos coincidido en una tertulia de radio y, al salir, nos quedamos un rato hablando. «Una de las cosas que más me fastidia de los Consejos de Ministros —empezó a decir una de ellas— es que la mitad del tiempo parece que no me escuchen mis propios compañeros». «¿A que sí? —respondió la otra —. Dices algo. Nadie parece reaccionar. A los quince minutos, un ministro —hombre— vuelve a decir lo mismo que tú y entonces sí, entonces todo el mundo comenta la jugada». La verdad es que me sorprendió muchísimo lo que explicaban esas dos mujeres, a las que yo presuponía el poder que otorga estar al frente de un Ministerio. El poder de hablar y que te escuchen. El poder de decidir.

Desde ese momento empecé a prestar más atención a las reuniones donde debatían hombres y mujeres. Y me sorprendió que ese patrón se repetía bastante a menudo. A las mujeres se las escuchaba menos. O se las escuchaba con condescendencia. O se las escuchaba y se olvidaba lo que acababan de decir.

A las mujeres se las escuchaba menos. O se las escuchaba con condescendencia. O se las escuchaba y se olvidaba lo que acababan de decir.

Dos amigos estadounidenses han hecho un experimento para comprobarlo. Trabajan desde casa, así que, aprovechando que el cliente no sabe con quién se está escribiendo correos electrónicos, se intercambiaron los nombres. Él escribía desde el correo de Nicole. Ella firmaba como Martin. «Fue horrible», ha contado él en Twitter. Desde que empezó a firmar como mujer su trabajo se convirtió en un infierno. «Todas

mis sugerencias, o mis preguntas, fueron puestas en duda. Incluso los clientes con los que siempre había trabajado bien como hombre empezaron a ser condescendientes conmigo, cuando las ideas que yo aportaba eran las mismas. Uno incluso me preguntó si estaba soltera. Nicole, sin embargo, firmando como hombre, tuvo la semana más productiva de su carrera, porque no tenía que perder tiempo convenciendo a los clientes de que la respetaran. Así que me di cuenta de que yo no era mejor en mi trabajo que ella, simplemente tenía una ventaja invisible».

Una ventaja llamada ser hombre.

O una desventaja llamada ser mujer.

Bienvenidas al gueto

YA VEN, AQUÍ ESTAMOS, UNA SEMANA MÁS, DESDE ESTE NUESTRO GINECEO, vosotras y yo. Desde el rinconcito en el que nos dejan hablar a las mujeres de nuestras cosas. Para que no hagamos mucho ruido fuera. Para que no molestemos con nuestras historias de úteros.

Menudo coñazo. Y es literal. Lo del coño.

Porque así, como un gueto femenino, es como nos ven por ahí algunos, incluidos señores de ancestral sabiduría genética. Masculina, claro.

Mientras habléis ahí, en vuestros barrios femeninos —pronúnciese femenino con cierto aire de desprecio y suficiencia, mirando por encima del hombro—, ya nos parece bien. Pero no nos alteréis demasiado el gallinero, no vayáis a creeros luego con derecho a conquistar los espacios públicos, que eso es algo de hombres.

Una cosa tengo que deciros, señoros —cada vez me gusta más esta palabra, señoro —: ni esta revista es un gueto, ni es de menor calidad que las tribunas donde alzáis vuestras voces, ni nosotras nos vamos a callar.

Ni aquí. Ni fuera.

Y, por cierto, quizá os iría bien aprender un poco sobre lo que es el feminismo antes de meter la pata hasta el fondo. Por ejemplo, que machismo y feminismo no son contrarios. El machismo propugna la superioridad masculina sobre la femenina, la visión androcéntrica del mundo y el control patriarcal de la sociedad. El feminismo, sin embargo, por lo que lucha es por el derecho a tener las mismas oportunidades.

Otra cosa, ya que estamos: dejad de hacer el ridículo con la tontería esa de «a ver dónde están las feministas que no salen a defender a esta mujer a la que están atacando». Os lo voy a explicar clarito. No es tan difícil.

Resulta que, aunque os parezca extraño, el feminismo no va de salir en tromba a defender a cualquier mujer solo por el hecho de serlo.

Se lo digo en concreto a Javier Marías —¡oh, qué señoro entre los señoros!—, quien, desde su tribuna en un periódico nacional, me ha llamado feminista hipócrita por no haber sacado la espada láser para salvaguardar el honor de una mujer atacada por

motivos políticos. Querido Javier, te lo explico, no es tan complicado: tampoco hemos defendido a la tenista Serena Williams cuando en un lamentable espectáculo ha acusado a un árbitro de machista, montando un circo de gritos y aspavientos en la cancha como si la hubiera penalizado por ser mujer. Aunque te sorprenda, somos capaces de distinguir cuándo alguien tiene razón, y ella no la tenía: no era víctima del machismo.

Esto no es un ellas contra ellos. No va de eso el feminismo.

Los hombres, ya sabes, Javier, sois más de sacárosla a la primera de cambio. Ahí tenemos a Arcadi Espada lloriqueando quejumbroso porque Aznar no le ha dado un par de hostias bien dadas con su miembro —sí, ese que os cuelga entre las piernas— a Gabriel Rufián. «A Rufián hay que contestarle diciéndole: “La polla, mariconazo: ¿cómo prefieres comérmela, de un golpe o por tiempos?”». Será que nosotras no tenemos esa prodigiosa arma masculina desfacedora de entuertos.

Ahora lo entiendo todo. Eso de no tener el útero y los ovarios colgando por fuera nos deja en desventaja.

Acabáramos.

PARTE 2

La tiranía de la imagen







Nadie os obliga

ES UN BOMBARDEO CONSTANTE. UN LAVADO DE CEREBRO. UN GOLPE EN el estómago de la autoestima. *Operación biquini.* «Cómo hacerlo sin pasar —apenas— hambre». «Cómo preparar tu cuerpo para lucir espléndida». «Te damos siete trucos para que no te sonrojes al sacar el biquini del armario». «Empieza la operación biquini con estas recetas ligeras». «Los consejos de una famosa para la operación biquini». Y así. Todo el día. A todas horas. En todos los medios. En todos los *links.* En todas las redes sociales. En todas las miradas que —adivinas— se empiezan a clavar en tus carnes en cuanto dejas el jersey de lana en casa y tus brazos asoman junto a la camiseta de tirantes.

Gorda, estás gorda, te gritan. Flácida, estás flácida, te juzgan. Vaga, eres una vaga, te señalan, tendrías que salir a correr por las calles en vez de eso tan cómodo que es desfallecer en la cama a las doce de la noche tras tender la última lavadora. Así estás, así tienes las carnes. Fofas. Claro. ¿No querrás un culo prieto con lo poco que te esfuerzas, verdad? Pero aún puedes purgar tus pecados, te susurran, aún puedes volver al redil, aún puedes arreglarlo, aún estás a tiempo para el verano, aún puedes sacrificarte y sufrir, y maltratar a tu cuerpo para que no te dé vergüenza sacar el traje de baño del armario.

Queridas, nadie nos va a enseñar a querer a nuestra celulitis, ni a las estrías del embarazo, ni a la tripa abombada y blanda, ni a los brazos regordetes y que ya empiezan a descolgarse.

Pero, claro, es una mierda porque en biquini se nos van a ver los hoyuelos en el culo, el muslo blando y el brazo fofo; es una mierda porque nos sale un flotador en la zona de las caderas o nuestra tripa se convierte en un acordeón cada vez que nos sentamos. Es una mierda todo porque no tenemos suficiente disciplina ni fuerza de voluntad. Tragaldabas. Perezosas.

Nos quejábamos años atrás de las revistas, de esos cuerpos pasados por el Photoshop hasta rozar la perfección. Pero ahora tenemos algo peor, tenemos a todo un ejército de *influencers* en las redes sociales que escupen la pizza nada más hacerse una foto sonriendo con ella. Siempre sonriendo. O pensativas. O misteriosas. Pero que se las vea delante de un buen plato de comida.

La vida con filtros es una vida de mierda rociada con espray de algodón de azúcar rosa. Y así, terminamos haciéndonos daño —físico y mental— en un *sprint* de varios meses antes del verano porque llega el tiempo de enseñar los brazos y no tenemos ese cuerpo turgente y brillante de las chicas que lideran los *likes* de Instagram, y que nos hacen avergonzarnos de lo que ocultamos bajo los holgados abrigos de invierno.

Porque la vida real no tiene filtros. Aunque nosotras nos obliguemos a intentar

ponerle uno a la nuestra.

Nadie nos obliga. Claro. Nadie.

¿O sí?

Escupir a la comida

EN LAS PÁGINAS DE LAS REVISTAS YA ASOMAN LOS HUESOS DE escuálidas modelos con ropa de primavera, pero en nuestros cuerpos aún arrastramos los excesos alimenticios de la Navidad. En las tiendas de ropa ya se empiezan a ver las carnes de los maniquíes en biquini mientras nosotros aún estamos rebañando las migajas de las últimas cajas de turrón. ¡Bum! Cada vez que estrenamos año coinciden, como una bomba termonuclear, la moda veraniega y nuestros cuerpos navideños. Y de ese peligrosísimo contraste surgen miles de casos de anorexia y bulimia. Sobre todo en jóvenes. Sobre todo en chicas. Los médicos advierten: enero y febrero son meses críticos.

Páginas web proanorexia y probulimia ayudan, incitan y animan a estas niñas en el camino a la destrucción de su cuerpo.

Nuestra cabeza intenta razonar que el cuerpo no tiene nada que ver con ser feliz o no, pero la sociedad insiste en lo contrario: el cuerpo es parte fundamental de nuestro éxito social. La idea más repetida en los foros de anorexia y bulimia —«comer engorda y delgadez es igual a éxito»— es tristemente cierta, aunque no nos atrevamos a confesárnoslo ni a nosotros mismos.

Las chicas más delgadas son las mejor admitidas por sus amigos y compañeros de clase. Los expertos cuentan que el índice de masa corporal —el que mide el peso/salud de una persona— ha caído en los últimos años y que ahora son habituales índices de 14, cuando un peso sano está entre 18,5 y 22,5. Y así llegamos al punto en el que cuatro de cada cien jóvenes —la mayoría chicas— sufre en España trastornos alimenticios. Páginas web proanorexia y probulimia ayudan, incitan y animan a estas niñas en el camino a la destrucción de su cuerpo. Tecleen en Google pro-ana o pro-mía y lean, lean: «Mete el cepillo de dientes hasta tu campanilla hasta que puedas vomitar», «cuando comas mastica muchas veces la comida, hazla casi líquida, así vomitarás más rápido», «bebe mucha agua para no tener hambre» o «si estás a punto de comer algo, escupe encima para que te dé asco». Y la que lo resume todo: «Antes era gorda, pobre y estaba muy deprimida. Ahora soy flaca, tengo trabajo y novio».

Algunas mueren en el intento.

Una talla 32

LAURA LE DICE A SU MADRE QUE ESA FALDA LE HACE el culo gordo. Y que esos pantalones le acortan las piernas. Y que un bocadillo para desayunar engorda mucho. Laura tiene solo nueve años. Quiere ser Barbie. O Angelina Jolie. O Anja Rubik —nombre que su madre ha tenido que buscar en Google—. De nada sirve que su mamá le diga que si Barbie fuera real —49 kilos y 1,90 metros—, el 40% de los órganos vitales no cabrían en su tronco y sufriría diarreas crónicas que podrían matarla. Además, su cuello —el doble de largo que lo normal— sería incapaz de sostener su cabeza y sus pies y tobillos se romperían al intentar ponerse en pie. Tendría que andar a cuatro patas y ni así su columna sostendría el peso de sus pechos. Tampoco tendría la regla ni hijos.

Suerte que solo es una muñeca.

De nada sirve que su madre le cuente a Laura que hay modelos y actrices que lucen huesos en revistas y televisión porque dedican mucho tiempo y mucho dinero a modelar sus cuerpos. «Hija mía, tú y yo tenemos muchas otras cosas que hacer —y disfrutar— en esta vida, y yo doy gracias por tener un par de minutos cada noche para limpiarme la cara y ponerme una crema nutritiva. Con eso me conformo».

De nada sirve tampoco que mamá le diga que algunas de esas modelos son tan irreales que para tener una huesuda talla 32 engullen papel para no pasar hambre y se nutren con suero inyectado en vena, como cuenta Kristie Clements, exeditora de *Vogue Australia,* o como cuentan también algunos *ángeles* de Victoria's Secret. Según Adriana Lima, las modelos dejan de comer sólidos varias semanas antes del desfile. Al principio se alimentan solo de batidos de proteínas y vitaminas. Nueve días antes del *show* pasan a batidos de huevo en polvo. Dos días antes dejan que su cuerpo se deshidrate. Y en las doce horas previas ya ni siquiera se permiten un sorbito de agua.

De nada sirve todo lo que le dice su madre. Porque Laura quiere ser como ellas. Lucir como ellas. Brillar como ellas. Y, en el fondo, aunque no lo admita, quizá su mamá también lo quiere. Solo dos o tres kilos menos. Para verse mejor. Para que la vean mejor.

¡Guapa!

LO DECIMOS CON LA MEJOR DE LAS INTENCIONES. GUAPA. QUÉ BIEN te sienta ese jersey. Me encanta la barra de labios que usas. ¿Dónde te has comprado ese vestido? Ponte más esos pantalones que llevas hoy, te hacen tipazo. Me chiflan tus zapatos, ¿de quién son?

Piropos. Con la mejor de las intenciones los lanzamos casi cada día a otras mujeres no solo porque nos guste su aspecto, sino también porque es la manera que tenemos de hacerle un cumplido, de alabarla. Quizá, además, sea una de las mejores maneras de hacer que se sienta bien. Segura de sí misma. Confiada. Más fuerte frente al mundo. Solo hay que ver cómo sonríe. Y cómo sonreímos nosotras cuando otra mujer nos piropea. Qué bien me he arreglado hoy, qué guapa estoy, qué segura me siento.

Pero de esta forma solo la felicitamos por su aspecto, por cómo esa mujer se adorna, por cómo muestra su cuerpo al mundo. Y así, sin quererlo, perpetuamos el estigma de

la mejor imagen posible, del estar siempre perfecta; pendiente de la ropa, el pelo, la piel, el maquillaje o el peso. Como si no hubiera nada más. Como si no tuviéramos nada dentro de nosotras. Como si no fuera más meritorio un ¡qué lista eres!, ¡qué bien has trabajado hoy! o ¡qué amable has sido!

Intentad alabar el aspecto de los hombres. De amigos, compañeros de trabajo, conocidos. Decidle a alguno, de sopetón al cruzaros con él, qué bien te sientan esos pantalones, ¿quién te ha cortado el pelo?, hoy te brilla la piel, tienes luz, o me chifla tu abrigo. Veréis cómo la situación va de la extrañeza —«Ahh, pues… vale… gracias…», que balbucean algunos— a la incomodidad, como si tuvierais intenciones ocultas.

La Real Academia de la Lengua define sombrero como una «prenda para cubrir la cabeza, que consta de copa y ala». Pero también, en su segunda acepción, como una «prenda de adorno usada por las mujeres para cubrir la cabeza». Es decir, que ellos se visten y nosotras nos adornamos. Y mientras nosotras nos adornemos, lo más importante de una mujer seguirá siendo su aspecto exterior. Y no lo que somos capaces de hacer con nuestra cabeza. O nuestro corazón. O con nuestras garras.

Beyoncé: «Nunca más»

«¡TENGO HAMBRE!». BEYONCÉ NO PUEDE MÁS. AGOTADA FÍSICA Y MENTALMENTE, FRUSTRADA y triste, la reina del pop está metida en un agujero negro. Seis meses atrás había dado a luz a sus gemelos. Al salir del paritorio se pesó: noventa y nueve kilos.

Ahora Beyoncé tiene miedo. Se ve gorda. Más que eso. Inmensa. Se nota torpe y descoordinada. Ella, que es la reina de los escenarios, que pierde mil quinientas calorías en cada concierto, que se mueve como pocos músicos sobre las tablas, ella, por una vez, no puede.

Y el reloj corre en contra. Quedan cuatro meses para que reaparezca. Ha firmado un contrato de ocho millones de euros para su esperadísimo retorno tras la maternidad. Será en Coachella, uno de los grandes festivales musicales del mundo. Aunque en este momento en el que se encuentra parece imposible que lo logre. Desesperada, Beyoncé decide dejar de comer carne, pescado, carbohidratos, azúcares y lácteos. Mientras muerde una triste manzana no puede evitar sollozar: «¡Tengo hambre!», lloriquea ante las cámaras que la siguen para un documental. Y así, desfallecida, se sube a la bicicleta. Quema unas mil quinientas calorías al día pedaleando. En total, quince horas diarias de bici, baile y subir escaleras. Sin apenas ingerir alimentos. Todo esto con dos bebés mellizos a los que da el pecho entre ejercicio y ejercicio. Se siente culpable, además, por verlos tan poco. Por anteponer su recuperación física a disfrutar de ellos.

Beyoncé es una de las mujeres más ricas y poderosas del mundo. ¿Por qué someterse a ese brutal sacrificio? Bueno, solo tenemos que mirar los comentarios cada vez que reaparece una famosa recién parida. Si ha adelgazado, todo son alabanzas. Si no lo consiguen, las azotan con titulares como «aún le quedan kilos por perder» o «la hemos visto un poco rotunda sobre la alfombra roja». Este último se lo regaló un periódico de esos serios a Penélope Cruz tras su reaparición en la gala de los Oscar.

Así que ahí tenemos a Beyoncé, matándose de hambre y ejercicio para intentar una

reaparición triunfal. La dureza del camino que recorre durante meses en busca del cuerpo perfecto lo relata magistralmente *Homecoming*, el documental que narra su recuperación tras el parto y la agotadora preparación para el que, al final, fue un concierto espectacular en el festival de Coachella.

¿Un éxito?

Depende.

Al final, Beyoncé reconoce que fue todo una locura.
«Fui demasiado lejos, pero he aprendido una
lección muy valiosa: nunca volveré a hacerlo».

¿Seguro?

Depende.

La tortura de las cobardes

SÍ. SUFRO LOS TACONES PORQUE CREO QUE ME ESTILIZAN MÁS. Sí. Sufro la depilación porque no sé verme con vello corporal. Sí, sufro los tintes porque me están saliendo canas y creo que me añaden años. Sí, sufro —y resto de mi vida un tiempo precioso cada día— para maquillarme porque supongo que así me veo y me ven mejor.

¿Dictadura de la imagen? Por supuesto.

¿Que soy una cobarde? También.

A raíz de una fotografía que he publicado en Instagram en la que se me ve descalza en el plató de *Cuatro al día* porque esa tarde no soportaba los zapatos de tacón, muchos me habéis sugerido que vaya en zapatillas. En algunos casos, esas sugerencias van más allá: son críticas al abismo que parecéis vislumbrar entre mi feminismo militante y la contradicción que supone que no me atreva a romper los convencionalismos y a presentar un programa con calzado deportivo.

Quizá tengáis razón.

Y quizá no sea tan valiente. Lo siento.

Sé que el hecho de que me vea mejor con tacones es algo social relacionado con la imagen que se espera de una mujer —como la depilación, las canas o el maquillaje—. Sé que el tiempo que las mujeres perdemos cada día —¡cada día!— en arreglarnos es tiempo del que los hombres disponen para otra cosa —ascender en el trabajo o tumbarse a la bartola—. Sé que la incomodidad de la ropa que llevamos nos da desventaja —tratad de ir a paso rápido, con tacones, al colegio de vuestros hijos, cargadas con las mochilas—. Y os aseguro que voy luchando contra mí misma para ir rompiendo esas barreras. Salir a la calle sin maquillar. Desterrar los tacones en mi vida personal. Recogerme el pelo con una simple horquilla sin mirarme al espejo. Deconstruir todo lo que se espera de la imagen de una mujer.

Pero es muy difícil.

NOTA: Por cierto, hay tacones muy cómodos. Y

los que estoy sacando en *Cuatro al día* os aseguro que lo son. Dan fe mis estilistas, a las que he vuelto locas descartando decenas de zapatos —entre otros, el par que me pusieron para el día en que tomé la imagen descalza—.

Con trampa y cartón

A SIMPLE VISTA, ÉL ES UN HOMBRE MÁS PASEANDO POR LAS calles de Londres. Pero si lo observamos de cerca, bajo la prieta camiseta blanca nuestro protagonista luce unos abdominales de infarto, con los músculos —recto, transverso y oblicuos— cincelados como mármol bajo las sabias manos de un escultor clásico. ¿Horas de gimnasio? ¿Dieta hiperproteica? ¿Ciclos de anabolizantes? No. Algo más fácil, simple y clásico: una faja.

Unos grandes almacenes londinenses han empezado a vender la versión masculina de algo que las mujeres llevamos siglos utilizando: el corsé.

Si hasta no hace tanto la versión femenina martirizaba a nuestras abuelas con ballenas asfixiantes, ahora la masculina es una cómoda camiseta elástica que estiliza y moldea la figura. Prometen sus creadores reducir michelines y ensalzar la zona abdominal y pectoral.

Absténganse los de tripa cervecera. Milagros, no.

Tantos siglos luchando por la igualdad y resulta que nos hemos encontrado en el agujero negro de la perfección del Photoshop y los filtros de Instagram.

Unos grandes almacenes londinenses han empezado a vender la versión masculina de algo que las mujeres llevamos siglos utilizando: el corsé.

Ya podía haber sido el encuentro en otro terreno. En el salarial, por ejemplo. Nuestros sueldos son un 27% más bajos que los de los hombres. O en el reparto de la intendencia del hogar. Nosotras le dedicamos seis horas diarias, ellos dos. ¿Tú planchas y yo juego con el niño a la consola? No. Nuestros caminos se cruzan en el tuneo corporal.

Es una lástima, pero, al menos, ellos empiezan a saber lo que es ser juzgados por el aspecto. Y a sufrir por ello. La crisis ha llenado de hombres las consultas estéticas, según datos de la Sociedad Española de Medicina Estética. Algunos de ellos están convencidos de que su experiencia laboral queda en un segundo plano por su deterioro físico y, que si parecen algo más jóvenes, les será más fácil conservar su puesto de trabajo o encontrar uno nuevo.

Mujeres, ¿os suena?

Ellos están dispuestos a sacrificarse. Hace poco se ha puesto de moda en España una operación que las malas lenguas atribuyen a más de un cuerpo masculino de esos

que de repente se volvieron esculturales: liposucción abdominal con inyección de rellenos simulando la popularmente conocida como tableta de chocolate. O sea, abdominales de infarto, pero con trampa y cartón.

Quién sabe si tras la faja abdominal llegará otra para los glúteos, o incluso aquellos ridículos erecto-pezones postizos que se pusieron de moda hace no mucho tiempo. Ya no se puede una fiar de nadie. Aunque, admitámoslo, ellos llevan años diciendo eso mismo de nosotras.

Mujeres tigre

EL IMAGINARIO COLECTIVO CREE QUE UNO DE LOS MAYORES MIEDOS DE las mujeres cuando llega el verano son los kilos de más. Ese michelín que se reproduce en la tripa. Esa acumulación de grasa que se dobla en la espalda justo encima de la cintura. Ese muslo que aguanta con dignidad si estamos de pie, pero que se expande como un flan cuando nos sentamos. Para muchas mujeres, la gran vergüenza no es ponerse un biquini y que aparezcan grasa y flacidez. Para muchas, la gran vergüenza es descubrir en público sus estrías. Ponerse un vestido con algo de escote y que asomen en los pechos. Ponerse un traje de baño y que se vean en los glúteos. Ponerse un biquini y que estén, como un letrero luminoso, en la barriga. Tengo amigas tan avergonzadas por sus estrías que no se cambian nunca de ropa —ni siquiera en el gimnasio— delante de otras mujeres. Algunas de ellas no volverán a llevar nunca más un biquini porque el embarazo les dejó la tripa llena de ellas. Amigas avergonzadas de algo inherente a la mujer por culpa de la carga hormonal —aparecen en la pubertad, los embarazos y la menopausia— o por cambios bruscos de peso. Avergonzadas de algo que no se puede tratar, que está ahí y ahí se quedará para siempre. Avergonzadas de algo que no puede ni siquiera disimularse. Ni prevenirse.

El cuerpo de las mujeres es nuestro campo de batalla, como dijo la artista Barbara Kruger, y cada huella es una marca de guerra. Para dar un empujón de autoestima a quienes tienen estrías, ahora que llega la temida operación biquini, Proyecto Kahlo ha lanzado la campaña *Mujeres Tigre.* Cientos de mujeres están subiendo a las redes sociales imágenes de su piel rota. Soy mujer. Tengo estrías. ¿Y qué? Bueno, vistos los comentarios de algunos hombres, aún nos queda mucho por hacer. Y lo resume bien el imbécil que escribió esto: «curioso artículo haciendo apología de lo antiestético. Hay que saber estar y tener sentido de la oportunidad, evitando no molestar a los demás. Hay que ser poco generoso para imponer sí o sí al resto la visión de las propias imperfecciones. Y lo sabéis».

No, chaval. El que no lo sabe eres tú.

Mírate al espejo.

Barbie

PONGAMOS QUE UNA TALLA 40 ES ESTAR GORDA. ES DECIR, QUE una talla 40 es una mujer no apta para determinadas cosas. Exhibirse en biquini en las redes sociales, por ejemplo. Pongamos entonces que esa talla, una 40, es la que tiene una de las mejores cómicas de la actualidad, la irreverente Amy Schumer. Joven, rica y triunfadora, Schumer lo es por encima de ataques y prejuicios. Pero para decenas de miles de personas esa talla, una 40, no la capacita ni para exhibirse como le dé la gana —que lo hace— ni para su próximo trabajo: encarnar a Barbie, la ultraperfecta y ficticia muñeca de cuerpo imposible.

Desde todos lados y a todas horas, la sociedad nos ametralla con la idea de que cuerpo y belleza van asociados al éxito.

Una marea de *trolls* se ha dedicado a insultarla en las redes sociales. Pueden ustedes imaginar el nivel de los comentarios. Y pueden tratar de imaginar también el estado físico y la apariencia de muchas de las personas que vierten su veneno sobre el cuerpo de esa actriz. Amy, irreverente y ácida, se toma sin embargo muy en serio su lucha por desencadenar a las mujeres de la prisión de su cuerpo, en una cultura en la que tener más de una talla 36 ya es pasarse del peso ideal —la revista *Glamour* llevó a Schumer a su portada con el calificativo de «mujer de talla grande»—. Por eso, cuenta ella, ha aceptado ser Barbie en el cine. Una Barbie, eso sí, expulsada del país de las Barbies por no cumplir los cánones de belleza. Los ataques, ha escrito la cómica, no hacen más que reforzarla en su elección: «Es ese tipo de respuesta la que te hace ver que hay algo que está mal en nuestra cultura y que tenemos que trabajar juntos para cambiar».

Pero es difícil, muy difícil, ponerse ante el espejo y tener la suficiente autoestima y confianza como para verse espléndida tengas el peso que tengas y te hayas levantado con la cara que te hayas levantado ese día. Desde todos lados y a todas horas, la sociedad nos ametralla con la idea de que cuerpo y belleza van asociados al éxito. Tenemos que empezar a cambiar esa percepción. Y el cambio comienza en nosotras. Y es complicado. Yo confieso que me veo mejor con una talla 36. Y, a veces, con una 34.

El timo del rosa

SER MUJER ES MÁS CARO QUE SER HOMBRE. NO SOLO POR la multitud de extras que nos empeñamos en ponernos (desde una barra de labios hasta unas medias), sino porque nos cobran más por todo lo que esté envuelto en rosa. Lo demuestra un demoledor estudio del Ayuntamiento de Nueva York. Empezamos: el mismo —con la misma composición— champú cuesta 1,99 dólares en su versión femenina y solo 1,29 en la masculina. La misma cuchilla de afeitar se vende a 18,49 en color lila (para mujeres) y a 14,99 en color azul (para hombres). Dos pantalones idénticos cuestan 88 dólares en talla de mujer —normalmente más pequeña— y 68 en talla masculina. En camisetas —

insisto, dos camisetas iguales—, la versión femenina triplica a la de hombre: 40 *versus* 12 dólares. Las mujeres pagamos más, aunque usemos productos más pequeños: una faja ortopédica abdominal cuesta 22,99 dólares, pero si la queremos más pequeña y estrecha (para las cinturas femeninas) abonaremos cuatro dólares más —usando menos tejido, por cierto, igual que en las camisetas y los pantalones—.

Como el abuso se alarga toda nuestra vida, los autores del estudio lo han titulado *De la cuna al bastón, el coste de ser una consumidora mujer*. Las niñas ya pagan más por la ropa infantil (20,99 dólares tres toallitas en rosa, y 17,99 las tres, adivinen, en azul) y los juguetes (49,99 un patinete en rosa y ¡¡la mitad!!, 24,99 dólares, el mismo, exactamente el mismo patinete, en azul).

De media, los juguetes de niñas son un 7% más caros que los de niños, la ropa infantil un 4%, la de adultos (en versión básica e idéntico patrón) un 8% y los artículos de cuidado personal, un 13%.

Y seguimos pagando más al envejecer: los pañales de incontinencia urinaria se venden a 11,99 para ambos sexos, pero los hombres (envase verde) se llevan 52 unidades y las mujeres (envase rosa) se llevan 39 por paquete.

¿Por qué el rosa es más caro? No habría más razón que la de que los comerciantes saben que las mujeres estamos dispuestas a pagar más por la ropa, los cosméticos o los productos de higiene personal. Pero hagan cálculos e imaginen cuánto puede suponer esa diferencia durante toda la vida. Y súmenlo a la diferencia de sueldos entre hombres y mujeres.

Estamos haciendo el tonto. La verdad. Igual va siendo hora de dejar el rosa.

La mirada de otros

TENGO CELULITIS. LA VERDAD ES QUE NO SÉ DESDE CUÁNDO, PERO sí que recuerdo el momento en el que me di cuenta: fue al leer el reportaje veraniego de una revista titulado algo así como «¿Qué tipo de celulitis tienes? Diez pasos efectivos para acabar con ella». Siguiendo las instrucciones del texto, me puse ante un espejo y contorsioné el cuerpo para ver reflejados mis glúteos en el cristal. Además de una tortícolis, no pillé nada. ¡Bien! No tenía celulitis. «Pero no cantes victoria todavía», me advertía la revista, «puedes tener celulitis oculta». «¿Lo qué oculto?», me pregunté yo. Sí, celulitis oculta, lectoras y lectores. «Aprieta un buen trozo de glúteo con los dedos índice y pulgar» —eso hice, sintiéndome bastante ridícula y tratando de no caerme al tropezar sobre mí misma y mi eje corporal retorcido—, y «fíjate en la textura que aparece bajo la piel. Si se ven hoyuelitos» —os juro que estaba en diminutivo, hoyuelitos— «es que ahí está, la celulitis». Recórcholis. Tenía celulitis. Y yo sin saberlo. Una cosa más que sumar a mi larga lista de complejos físicos. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Si los de la revista no llegan a avisarme, voy por ahí en biquini, tan pichi, con mi celulitis oculta bajo los glúteos. ¡Dios! ¿Cómo podía atreverme a poner esa cosa ante la vista de otros

seres humanos? —capten la ironía, por favor—.

El 90% de las mujeres tenemos celulitis. Como quien nace rubia. O con los ojos negros. O con pecas. Pero la mirada de otros nos ha dicho que es algo feo. Y nos lo hemos terminado creyendo.

Sí. Tengo celulitis. ¿Y qué? Ni siquiera lo sabía hasta que alguien me dijo que exprimiera mis muslos y me fijara en ella. Quizá tampoco me habría dado cuenta de que tengo los brazos redonditos si no hubiera visto que ninguna de las chicas de las revistas los tienen. Y así nos pasa, que dejamos de aceptar nuestro cuerpo cuando lo comparamos con los de una minoría de mujeres que acaparan toda la atención mediática. Sin embargo, y vuelvo al principio, el 90% de las mujeres tenemos celulitis. Como quien nace rubia. O con los ojos negros. O con pecas. Pero la mirada de otros nos ha dicho que es algo feo. Y nos lo hemos terminado creyendo.

Libres

DÍA DE FRÍO POLAR EN LONDRES. Y, EN LO ALTO DE una azotea, con viento, la sensación es aún peor. Se presenta la película *Gorrión rojo* y los actores van a posar unos minutos para la prensa. Los cuatro hombres aparecen en vaqueros, botas que les abrigan bien los pies, camiseta, jersey y chaqueta de esas que te pones para ir a tomar cervezas con los colegas. Todo muy informal.

Y entonces sale ella, Jennifer Lawrence, la gran estrella del firmamento femenino de Hollywood. Sandalias veraniegas de tacón vertiginoso, vestido de tirantes con un escote infinito y apertura en la pierna casi hasta la ingle.

Lo primero que uno piensa es en el frío. Tiene que estar congelándose. Pobrecita, va a coger una pulmonía. Sus compañeros la rodean para hacerse una foto de grupo y entonces es más evidente el contraste entre cómo visten unos —y lo abrigados que van — y cómo se ha arreglado ella. El revuelo por las imágenes ha sido instantáneo y la actriz ha salido a defenderse: «Nadie me ha obligado a ponérmelo, es un vestido maravilloso y por nada del mundo, ni aunque hubiese nevado, lo habría cubierto con un abrigo».

Olé por ella, pero ¿Jennifer Lawrence es libre para vestirse como quiere o solo cree que lo es? ¿Pudo realmente salir con unos vaqueros y un abrigo, como sus compañeros, o hizo lo que se esperaba de ella: posar como una superestrella femenina? ¿Por qué nos alzamos las mujeres sobre unos tacones y luego estamos a punto de rompernos los tobillos cada tarde al correr para recoger a los niños en el cole? ¿Por qué nos cubrimos las canas? ¿Por qué nos depilamos, o nos ponemos faldas tubo por la rodilla, o nos maquillamos, o pasamos frío con vestidos de tirantes o saltamos de dieta en dieta? La respuesta que todas daremos —la que ha dado Jennifer Lawrence— es que así nos sentimos mejor, que así nos vemos mejor. Que queremos dar al mundo nuestra mejor versión.

Además, ¿por qué nuestra mejor versión requiere de tanto esfuerzo físico e incluso emocional? ¿Por qué gastamos tanto tiempo y dinero en ello? Calculemos lo que gasta un hombre en arreglarse cada mañana y lo que invertimos nosotras. ¿Seguimos pensando que somos libres?

Soy fofisana

HAY QUE RECONOCERLO. EN ESTO DEL *MARKETING* ELLOS NOS LLEVAN UNA ventaja de siglos. Nosotras no sabemos vendernos, queridas señoras. Somos una completa inutilidad en eso. Vean, si no, los siguientes ejemplos. Resulta que un estudio de la Universidad de Yale viene a demostrar que el hombre fofisano no solo es mejor padre —ya me dirán ustedes qué relación tiene dejarte crecer la tripa con tu amor por los hijos—, sino que es más atractivo para las mujeres. Aplaudan. Aplaudan con todas sus fuerzas porque lo que está diciendo el autor del estudio —sí, un hombre, claro, el antropólogo Richard Bribiescas— es que lucir algún kilito de más, tener tripita o algo de flacidez y perder pelo es maravilloso. Si eres un ser humano de género masculino. Claro. En las mujeres no queda bien.

Con el fofisanismo los hombres nos han vendido que dejarse llevar por las cosas de la edad —y dejar al cuerpo más o menos a su libre albedrío— no solo es aceptable, sino bueno, y no solo es bueno, sino lo mejor, y no solo es lo mejor, sino que es lo que más nos gusta a las mujeres. Porque —anoten también— otro estudio de científicos turcos asegura que los hombres con barriga son mejores amantes —ya me dirán ustedes—. Además, según investigadores letones, las mujeres vemos más atractivos a los hombres con más grasa en la cara. Y, por si fuera poco, expertos sudafricanos están convencidos de que a las mujeres no nos preocupa especialmente el cuerpo de nuestras parejas, sino que nos quieran.

Ya ven la cantidad de talento científico al servicio de poner de moda la tripita cervecera, los muslos blanditos y el inicio de papada.

Ya ven la cantidad de estudios —¿rigurosos?— que nos dicen a las mujeres lo atractivos, buenos padres, buenos amantes y fieles que son esos señores fofisanos. Son los mismos que nos exigen a nosotras que tengamos las piernas torneadas, la tripa plana, la grasa a raya, una talla 36, la piel como una adolescente, la cabellera perfecta y que vayamos con la sonrisa siempre puesta.

¿Por qué no se nos ocurriría lo del fofisanismo a nosotras?

Supermaquillada

LO ACLARO AQUÍ POR SI HICIERA FALTA. ME DUCHO CADA DÍA. Y me pongo desodorante

—por eso de facilitar la convivencia con las personas de mi entorno—. Además, tengo la manía de colocar alguna capa de tela sobre mi cuerpo, también llamada ropa, cuya cantidad depende de la época del año en la que estemos y de la temperatura o el fenómeno meteorológico que acontezca fuera de mi casa. Lo de los tacones lo estoy dejando, pero no me pidáis que salga descalza a la calle, qué le voy a hacer, he cogido el vicio de proteger mis pies de los rigores del asfalto urbano. Y, llamadme caprichosa o presumida, pero entre todas las opciones que barajo para cubrir mi cuerpo, suelo escoger alguna con la que me vea bien. Además, tengo la absurda manía de peinarme, ponerme cremitas en la cara y darme un toque de maquillaje —más intenso si estoy en la tele—.

Y sí, a pesar de todo eso soy feminista.

Aclaro todo esto porque sigo recibiendo comentarios de gente que cree que las dos cosas son incompatibles. Por ejemplo este de un hombre, ingeniero según su perfil, criticando así mi aspecto en los carteles en el metro de Madrid con mi primera novela, *No soy un monstruo*: «Soy superfeminista, y para publicitar mi novela utilizo mi cara supermaquillada, en una foto superretocada, en un cartel de dos metros». Le contesté con humor: «Pues igual te da un síncope si te enteras de que en persona estoy mucho mejor que en una fotografía».

Sí, caballero, acabas de descubrir que las feministas nos arreglamos. Que no somos orcos que salen a la calle oliendo mal y con la cortina de la ducha enrollada a modo de vestido. Y que las manifestaciones de mujeres no huelen mal. Soy feminista, te lo aclaro ya que veo que confundes conceptos, porque lucho por la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, no porque sea o quiera parecer un hombre. Por cierto, igual resulta que tú no vas al peluquero o escoges qué pantalón te pones o el mejor *selfie* para subirlo a Twitter. Pero, claro, cuando no se tienen argumentos, nos atacáis por el aspecto.

Ladran, luego cabalgamos.

Vaiana

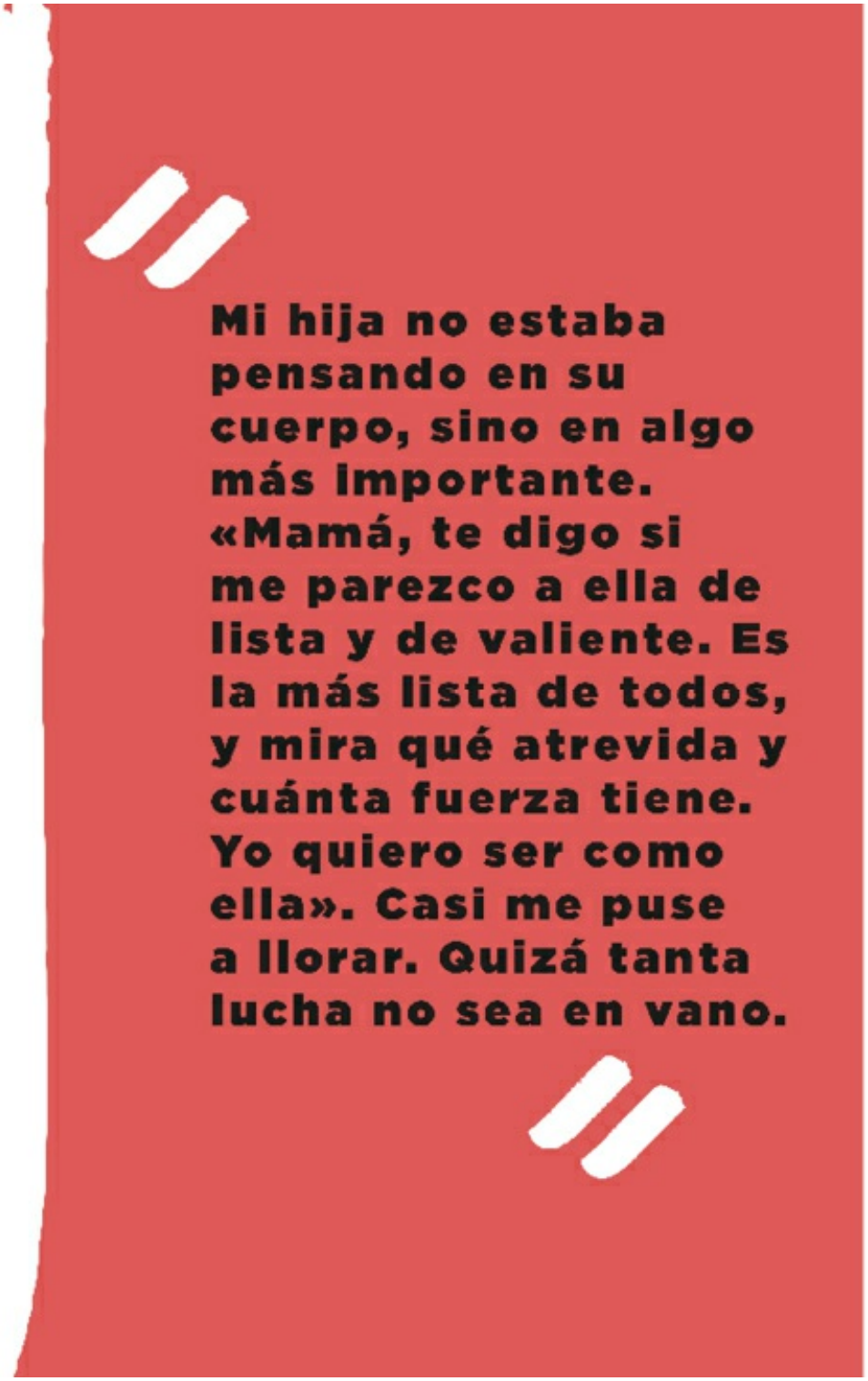
ESTOY EN ESA ÉPOCA DE MI VIDA EN LA QUE SOLO voy al cine a ver películas de animación. Ya saben. Niños pequeños en casa igual a dibujos. No hay alternativa posible. Fin de la discusión. Así que el otro día me tocó, de nuevo, armarme de paciencia —no saben cuántos truños me he tenido que tragar en pantalla grande a nueve setenta y cinco euros la entrada— y prepararme para deglutir la hora y media larga que dura la última de Disney. Concretamente, la última princesa de Disney, claro, que para eso tengo dos niñas que siguen sufriendo el síndrome *Frozen*. El sábado tocó ir al cine a ver *Vaiana*. «Tiene los brazos gordos», fue lo primero que pensé. Y me dirán ustedes que qué tontería es esa de los brazos gordos, pero es que es uno de los complejos que arrastro desde la adolescencia, y ver a alguien en pantalla con brazos redondos y anchos como un bollo preñao me reconcilia con la vida. Y sí, claro, eso es por sacarle algún defectillo.

Porque el resto era pluscuamperfecto. La cintura de avispa. El pelo largo, sedoso y

brillante. Los pómulos relucientes de tan grandes. Y los ojos tan irrealmente gigantes que, si los trasladásemos a un ser humano de carne y hueso, nos asustaríamos. «Mucho brazo gordo —pensé—, pero otra muñeca de belleza irreal que le cuelan estos de Disney a las niñas». A mitad de la película, mi hija de cinco años vino a sentarse sobre mis rodillas —me encanta esa sensación de abrazarla mientras vemos juntas lo que pasa en pantalla—. «Mamá —me dijo—, ¿yo soy como Vaiana?». «Mierda —pensé—, ya estamos con los referentes corporales». «Tú eres mucho mejor», le contesté, pensando en que luego tendría que repetirle el discurso de que hay cosas más importantes que la belleza.

Pero me equivocaba. Mi hija no estaba pensando en su cuerpo, sino en algo más importante. «Mamá, te digo si me parezco a ella de lista y de valiente. Es la más lista de todos, y mira qué atrevida y cuánta fuerza tiene. Yo quiero ser como ella».

Casi me puse a llorar. Quizá tanta lucha no sea en vano.



El nuevo ángel gordo

YA ESTÁ AQUÍ EL MOMENTO DEL AÑO EN EL QUE LAS mujeres empezamos a agobiarnos con nuestro cuerpo. Comienza el bombardeo de la operación biquini. ¿Cómo vas a ir a la playa así? ¿Te vas a atrever? Eliminadas las capas de ropa del invierno, nuestro cuerpo se muestra tal y como es. Hermoso. Siempre. No lo olvidemos. Aunque quieran hacernos creer que no. Que nos sobra un michelín. Que nos afea una flacidez. Que nos incomoda un hoyuelo de celulitis.

En realidad, a quien le incomoda es a los demás, porque no estamos esforzándonos lo suficiente para dar la mejor versión de nosotras mismas. Mírala. Mira cuánto ha trabajado en su cuerpo. Mira qué firmeza, qué tono, qué escultura de mujer. Cómo se lo curra.

Y nosotras no. No nos lo curramos lo suficiente.

Pero resulta que las modelos de Victoria's Secret solo existen en la pasarela y solo existen, por cierto, tras sacrificios como comer algodón para no tener hambre —contado por ellas mismas— o dejar de beber agua las veinticuatro horas anteriores al desfile para que su cuerpo no acumule ni un milímetro más de lo imprescindible.

Este año, entre esos ángeles hay una mujer que mide 1,75 metros y pesa 54 kilos —pesa lo mismo que yo con diez centímetros más de altura para repartir—. Y resulta que ha recibido una avalancha de críticas porque su cuerpo no es el que se espera de alguien que va a subirse a la pasarela en ropa interior.

A Barbara Palvin la llaman el nuevo ángel gordo.

Y si estuviera gorda —qué palabra más ofensiva, por Dios—, ¿sería eso un impedimento para lucir los diseños de una marca de lencería? Pero es que no lo está. Ni de lejos. Barbara tiene un peso bastante inferior a la media de la población. Su índice de masa corporal es de 17,6. Delgadez moderada según los médicos. Y, aun así, parte del sector de la moda, los medios y las redes discuten su derecho a trabajar junto al resto de ángeles. Que se vaya con las tallas grandes.

Gorda. Los ángeles no son gordos.

Si Barbara está gorda, ¿qué somos las demás, entonces? Calculad vuestro índice de masa corporal. El mío es de 19,5, dos puntos más que el de la modelo. Uso una talla 36. Y, aun así, me hacen creer que tengo que prepararme para la operación biquini.

Pero os voy a contar un secreto. ¿Sabéis qué hay que hacer para un cuerpo de playa?

Solo dos cosas.

Tener un cuerpo.

E ir a la playa.



PARTE 3

Extrañamientos



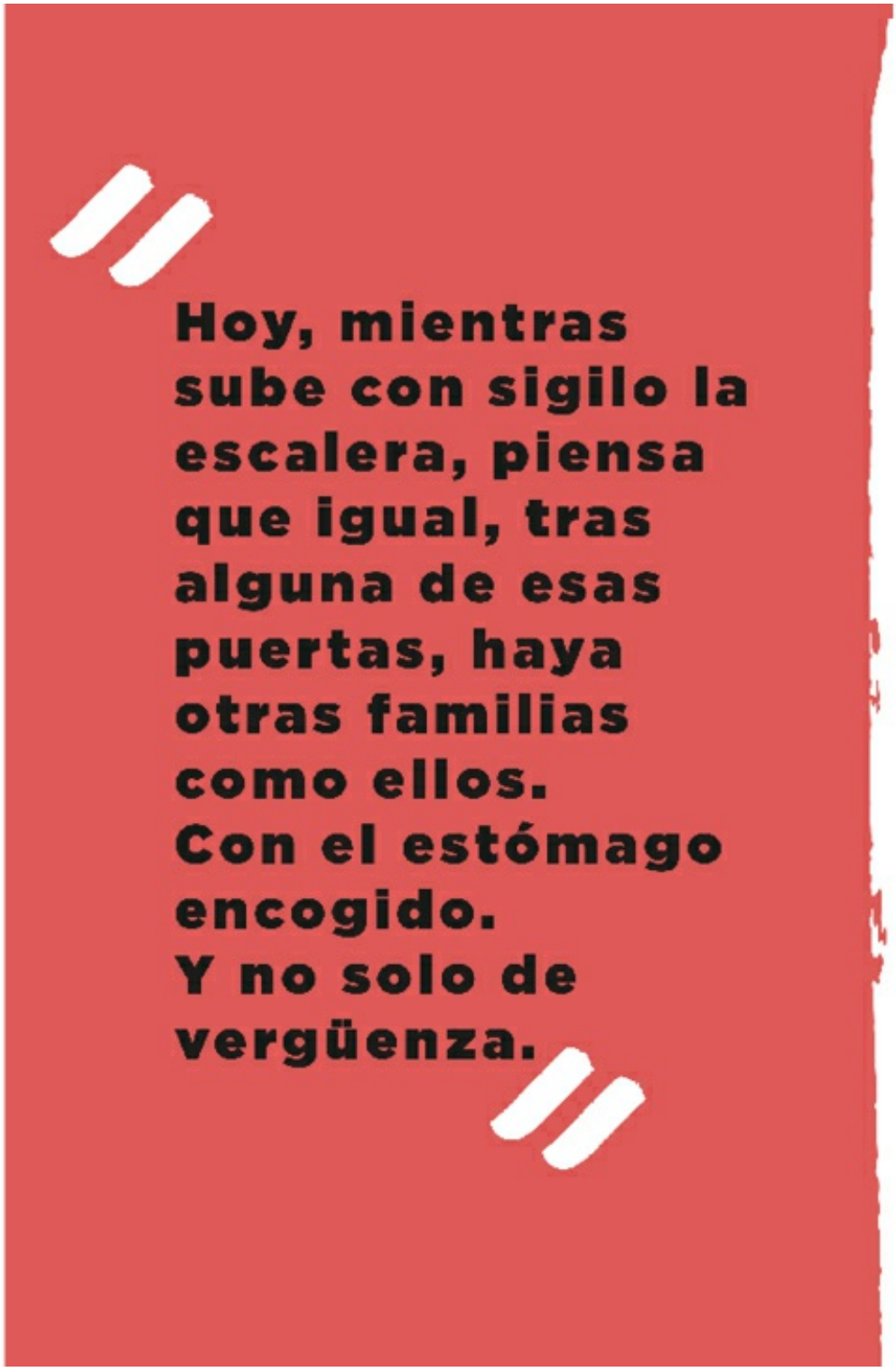
La vergüenza

LA PRIMERA VEZ, COMO TODAS LAS PRIMERAS VECES, FUE LA MÁS difícil. Pero no había alternativa. Bueno, en realidad lo que no había era dinero. Así que Inés dejó de pagar su primera factura. Escogió la del móvil. Y, aunque le dio vergüenza llamar al banco, acostumbrarse luego a vivir sin un teléfono encima no fue tan complicado.

Dos meses después le tocó escoger otra vez: ¿de qué podemos prescindir? De la calefacción no, porque es invierno. De la luz tampoco, claro. Y la comida ya es lo más básica posible. Le tocó, a pesar de la vergüenza, al recibo de la comunidad. Así que ahora a Inés le gustaría salir a la calle saltando por la ventana. Como vive en un quinto piso y se mataría (aunque a veces piensa que no es una mala alternativa), antes de salir se asegura de que ningún vecino ande por la escalera. No podría soportar cruzarse con alguien. Y el alma no le llega para contarles lo que le está pasando. Luego todo fue más fácil porque focalizó su objetivo: sobrevivir. Ella y sus dos hijos.

Así que, cuando tuvo que cambiar al pequeño de escuela, lo cambió. Una cerca de casa para ahorrarse los billetes de autobús. Más doloroso fue que el mayor no pudiera ir a la universidad. Eran las tasas o comer caliente cada día. «Ahora nos toca luchar por Javier, mamá, para que él sí que pueda estudiar». Y tuvo que dejar de respirar para no ponerse a llorar delante de su hijo. Su hombretón. Y ahora son los medicamentos. Ha dejado de tomar las pastillas para su corazón, porque sabe que la muerte es una lotería y el hambre de sus hijos, una certeza. Acumula receta tras receta en un montoncito. Todavía no se atreve a tirarlas, y a veces las mira como si fuera a suceder un milagro.

Afortunadamente tiene la casa pagada. De cuando eran clase media, de los de cine y cena fuera cada sábado. Y vacaciones en la playa. Hoy, mientras sube con sigilo la escalera, piensa que igual, tras alguna de esas puertas, haya otras familias como ellos. Con el estómago encogido. Y no solo de vergüenza.



Transparentes

LOS HISTORIADORES CREÍAN QUE LO QUE SE HABÍAN ENCONTRADO ERA UN calendario, uno de los primeros intentos de la humanidad por contar los días en los que vivían y ordenar así su vida. En un cuerno de astado alguien había hecho veintiocho marcas en perfecto orden. Pero ¿para qué querían los hombres contar periodos de veintiocho días? ¿Tenía algo que ver con los ciclos lunares? Lo que descubrieron más tarde era que esas marcas en el cuerno, en realidad, eran los primeros intentos de una mujer para controlar su ciclo menstrual.

Ningún estudioso había pensado en esa posibilidad.

Durante buena parte de la historia las mujeres han sido transparentes, olvidadas por los encargados de relatar para la posteridad los logros del ser humano. Ahora hacemos más ruido, sí, pero los silencios en torno a nosotras siguen existiendo. Y las mujeres sufrimos las consecuencias.

Por ejemplo, en nuestros coches. Cuando tenemos un accidente de tráfico, nosotras sufrimos heridas mucho más graves que los hombres —un 47% más— y tenemos un 17% más de probabilidad de morir. Y todo por la manera en la que están diseñados los vehículos. Los fabricantes crean una zona de conducción masculina y como nosotras quedamos fuera —somos más bajitas, de media— tenemos que aproximarnos demasiado al volante y, en caso de choque, nuestro cuerpo está más cerca del frontal. Además, los asientos son demasiado duros para absorber la fuerza de un impacto sobre el cuello o la columna vertebral femeninos, menos musculados que los masculinos. No fue hasta 2011 cuando los fabricantes de Estados Unidos empezaron a usar maniquíes basados en el cuerpo de la mujer en los test de accidentes. Pero incluso así, un estudio sueco ha descubierto que casi siempre se colocan en el asiento del copiloto y que no son realmente la figuración de una mujer, sino cuerpos de hombres de tamaño menor.

Imaginad si la mujer está embarazada. La principal causa de muerte fetal en Estados Unidos son los accidentes de tráfico. Y, aun así, ningún coche lleva un cinturón adaptado a un embarazo. Porque, claro, es más importante poner llantas molonas o acelerar de cero a no-sé-cuántos en pocos segundos. ¿Verdad?

Llora

LA SOCIEDAD ALEMANA DE OFTALMOLOGÍA HA TENIDO LA SANTA PACIENCIA DE contar las veces que lloramos mujeres y hombres. Hasta los trece años no hay diferencia. Niños y niñas lo hacen por igual. Todavía no han aprendido a controlar sus emociones y el llanto fluye cuando tiene que hacerlo.

Pero a partir de la adolescencia cada género aprende a cumplir su papel. Eso, unido al cóctel hormonal que se desata desde ese momento, hace que las mujeres lloremos mucho más que ellos: entre treinta y sesenta y cuatro veces nosotras. Entre seis y diecisiete veces ellos. Al año.

Nuestro llanto emocional —no el asociado al dolor— es más largo —unos seis minutos— y más intenso. Además, dice el mismo estudio —publicado en la revista especializada *Der Ophthalmologe*—, nuestras lágrimas suelen estar provocadas por

enfrentarnos a conflictos de difícil solución, por malos recuerdos de tiempos pasados o —y esto es lo significativo— por creer que tenemos demasiados defectos. Lloramos las mujeres por no sentirnos bien con nuestro cuerpo o por creer que no estamos a la altura.

Uno de los lugares donde lo hacemos es el baño del trabajo. El aseo femenino de la oficina se ha convertido en un refugio. ¿Cuántas os habéis encontrado allí, alguna vez, a un corrillo de compañeras consolando a otra? ¿Cuántas os habéis encerrado alguna vez intentando aguantaros las ganas de llorar? Es el único sitio en el que podemos estar solas o, al menos, a salvo de algunas miradas, sobre todo de las de los hombres.

No queremos que nos vean llorar porque es un signo de debilidad. Una amiga mía lo llama el síndrome del baño laboral.

No queremos que nos vean llorar porque es un signo de debilidad. Una amiga mía lo llama el síndrome del baño laboral.

Y ahí, en el baño, juntas, nos consolamos. Un estudio de la Universidad de Michigan asegura que hablar entre mujeres —el cotilleo sano— reduce la ansiedad y el estrés porque genera progesterona, una de las hormonas responsables de que el ser humano se sienta parte de un conjunto social y no un animal solitario. Quizá sea esa la razón por la que las mujeres vamos siempre al baño en grupo.

Mujeres de mediana edad

A MI EDAD, TENGO CUARENTA Y CUATRO AÑOS, MI ABUELA JOSEFA ya era una abuela de verdad, de las que tenemos todos en la cabeza, nietos incluidos. A mi edad también, Josefa se vistió de negro para siempre, porque se acababa de quedar viuda. Mi abuela no abandonaría ese color hasta el día de su muerte, exceptuando algunas batas veraniegas en las que se permitía algún discreto estampado. Pero ahora yo, con cuarenta y cuatro años, tengo unas hijas que son más pequeñas que algunos de los nietos que entonces tenía mi abuela. Hoy llevo vaqueros rotos, camiseta de tirantes que deja ver el sujetador y zapatos con un tacón imposible. Hoy, está claro, yo no soy mi abuela. Pero tampoco sé muy bien dónde encajo exactamente.

Me visto como una chica de veinte o treinta años —al final, todas compramos en Zara y similares y, al final, entre los quince y los cincuenta años, vamos vestidas iguales—, me peino como mis hijas —con una coleta deshecha—, me gusta la tecnología más que a un *freaky millennial*, pero noto la sabiduría y el temple que solo se consiguen con el paso del tiempo. Si me ves de espaldas, en vaqueros y camiseta, con el pelo en una coleta, quizá no sepas cuántos años tengo. Y seguramente apostarías por una horquilla que va de los veinticinco a los cincuenta. Sé que no soy una jovencita —de hecho, este verano he empezado a desterrar los biquinis del armario —, pero ¿dónde encajo?

Ahora nos han puesto nombre. Somos las *perennials* —eternas—, o la *ageless*

generation —la generación sin edad—: mujeres que nacimos en los sesenta y setenta, que no encajamos en ningún grupo de edad, sino que nos diluimos como si aún no hubiéramos dejado la veintena, pero siendo conscientes de los años que tenemos. Podemos sentirnos más o menos jóvenes, más o menos cansadas, pero lo que no nos sentimos es mayores o mujeres de mediana edad —como se nos llamaba hasta hace no demasiado—. Estamos en la plenitud de nuestras vidas y aún no tenemos la sensación que tenían nuestras madres y abuelas de empezar a ir ya cuesta abajo. Ojalá nos dure mucho tiempo. El que el cuerpo aguante.

Un taladro

Y AHÍ ESTÁBAMOS TODOS. ESPERÁNDOLA EN LA PUERTA DE SU CASA, quemándonos los culos en el asfalto recalentado por un sol de verano a las cuatro y media de la tarde. Siete u ocho críos que no levantábamos metro y medio del suelo, con la digestión regurgitando en nuestros estómagos, tirados en la calle esperando a Silvia. Solo faltaba ella. Día tras día. Verano tras verano. Sus padres no la dejaban salir de casa hasta que no hubiera recogido la mesa y fregado los platos. Incluida la última taza de un café que eternizaban siesteando en el sofá.

Y ahí estábamos todos. Como un equipo. Esperándola en una estrecha calle de un pequeño pueblo de montaña. Sin embargo, su hermano Ignacio —dos años mayor que ella— pateaba las calles antes incluso de que estuvieran recogidos los platos del postre. Sus padres no consideraban que tuviera que prestar ayuda ninguna en casa. Bastante tenía con salir a desfogarse monte arriba. El secreto de Ignacio no era solo que fuera chico. Que también. Su secreto era que había tenido la suficiente paciencia como para poder con la de su madre. «Dejar rastros en cada plato es un arte», me confesó una vez. «Me da casi más trabajo que fregarlos bien, ya sabes que las madres tienen un detector especial y te pillan las trolas a la primera. El truco consiste en dejar porquería en sitios en los que parezca que de verdad es un despropósito y que, por mucho que te esfuerces y practiques, por muchos castigos que recibas, nunca, nunca, nunca vas a hacerlo bien». Y así, a base de días y días de dejarlo mal a conciencia, y de aguantar broncas y horas castigado refregando los platos una y otra vez, mi amigo Ignacio consiguió convencer —o hartar— a su madre, que nunca más le pidió que volviera a fregar la vajilla. Así que ahora, cada vez que una amiga me cuenta que su chico es inútil para algo, o cada vez que veo a un hombre haciendo mal alguna de las labores del hogar, me acuerdo de mi amigo Nacho. Pero pienso también que algún día yo debería aprender a colgar cuadros. Aunque se me dé fatal eso del taladro.

Salvadnos

MI TÍA PAULINA MURIÓ DE CÁNCER. «HA SIDO POR PENA», DECÍA tras el diagnóstico, «me ha salido el cáncer por pena». Solo unos meses antes había muerto su madre, mi

abuela, con la que había vivido toda la vida. Nos llegamos a creer que era verdad, que la tristeza le había provocado el tumor, la metástasis y la muerte.

Era 1995, y hoy sé que el dolor no provoca el cáncer, y también sé que quizá mi tía Paulina se habría salvado. Cada día, sesenta españolas reciben el mazazo: tienes cáncer de mama. Es el más común en las mujeres de todo el mundo. Y también el segundo más mortal, tras el de pulmón.

El otro día conocí a Maite. Es superviviente de cáncer de mama. Lo pasó al mismo tiempo que su hermana Isa. Fueron juntas a quimio, a consulta, a radioterapia. Isa murió. Maite sigue viva. Ahora emplea su tiempo y sus fuerzas —mermadas por las secuelas de la enfermedad— en apoyar a otras mujeres y concienciar sobre la importancia de seguir investigando.

Pero nosotras también tenemos una parte fundamental en nuestra salvación: acudir periódicamente a las revisiones ginecológicas, estar informadas y exigir que se nos practiquen las pruebas necesarias.

Pero, a la vez que la medicina avanza y aumentan las posibilidades de supervivencia, también aumenta el número de mujeres que tendrán cáncer de mama. Haced un ejercicio sencillo: mirad a vuestro alrededor y contad ocho mujeres; de todas ellas, una desarrollará un tumor en el pecho. Solo podrá sobrevivir si lo detecta a tiempo y no dejamos de invertir en investigación para tener tratamientos personalizados. Fundaciones como Geicam (Grupo Español de Investigación en Cáncer de Mama) llevan años pidiendo más recursos para la investigación y fomentando que los médicos sigan formándose en los continuos avances que se producen y que las pacientes y sus familiares tengan información y acceso a tratamientos y ensayos clínicos.

Pero nosotras también tenemos una parte fundamental en nuestra salvación: acudir periódicamente a las revisiones ginecológicas, estar informadas y exigir que se nos practiquen las pruebas necesarias. Hacerlo nosotras y concienciar a nuestras madres, hermanas, hijas o amigas. ¿Cuántas mujeres siguen sin ir al ginecólogo? Muchas, aún. Preguntad también a vuestro alrededor.

Efecto Pence

LO DIJO EN TONO DE BROMA. O QUISO APARENTAR QUE LO decía en tono de broma. «Ahora no me denuncies, ¿eh?». Habíamos subido solos en el ascensor, en el trabajo. Y él soltó una sonrisa al decirlo. Pero a mí me dio la sensación de que, en el fondo, algo de verdad había. Que determinados hombres perciben el estar solos con una mujer como un riesgo.

Está pasando, por ejemplo, en una de las mecas económicas del mundo, en Wall Street. Los hombres no se atreven a reservar comidas a solas con compañeras de

trabajo. En los vuelos, están cogiendo asientos que no sean contiguos. Si tienen que alojarse en un hotel, piden que sus habitaciones estén en pisos diferentes. Y nunca se reúnen a solas con una mujer.

Lo cuenta Bloomberg. Las mujeres en el mundo del dinero —inversoras, banqueras, economistas— están empezando a ser dejadas de lado por los hombres. La consecuencia es el aislamiento laboral. Apartadas del contacto privado con sus clientes, jefes o colegas, las están apartando del negocio. Lo llaman el efecto Pence, por el vicepresidente de Estados Unidos, Mike Pence —sí, el vicepresidente de Donald Trump, imaginen—. El tipo —no se me ocurre otra definición para él— ha dicho que evita comer o reunirse a solas con cualquier otra mujer que no sea su esposa, lo que está generando una peligrosísima ola de segregación sexual.

Siguiendo el ejemplo de Pence, y no solo en Wall Street, hombres en todo el país —y me temo que en todo el mundo— están empezando a dejar de lado a sus colegas laborales, apartándolas de las decisiones importantes, tratándolas como sospechosas de generar falsas denuncias. Los centros importantes de decisión, como el económico Wall Street y el tecnológico Silicon Valley, están volviendo a convertirse en clubes de chicos.

Las pérdidas son brutales para las mujeres. Y lo serán más si esto sigue así. ¿Se está volviendo el #MeToo en contra nuestra? ¿Están aprovechando algunos para vengarse marginándonos? ¿Cómo puede alguien tener miedo de programar una comida de trabajo con una compañera?

El juez que se burla de las víctimas

NO. NO ES SOLO UNA CONVERSACIÓN PRIVADA. NO SON SOLO UNAS palabras fuera de tono, algo dicho al calor de unas risas. No es solo una **anécdota**.

Es la certificación de que nos matan y se ríen de nosotras. De que ni siquiera un juez especializado en violencia de género es capaz de tomarse en serio a una mujer a la que la policía ha calificado de riesgo extremo para su vida. De que parte del sistema sigue viendo a las mujeres maltratadas como a unas pesadas más. Las locas del coño. En este caso, la cámara se quedó encendida y grabó lo que el juez no quería que se oyese. Tras la vista de una demanda de divorcio para decidir la custodia de los niños, escuchamos al juez insultar a una víctima de violencia de género, dudar de su testimonio y reírse de ella.

No es solo una conversación privada.

El tono y las palabras no son un chascarrillo más. Uno no se burla así —la llama bicho e hija de puta— de las personas a las que tiene que proteger, ni siquiera aunque crea que lo que le están contando era una mentira, a pesar de todas las pruebas: la mujer estaba ingresada en el hospital con un ataque de ansiedad, y la policía había calificado su caso como de riesgo extremo, una situación en la que, para que nos hagamos una idea, solo están ocho mujeres en Madrid. El juez habla de cómo le

afectará a María San Juan su inminente decisión. Ampliar el régimen de visitas al padre. Se mofa incluso de cómo reaccionará ella, la víctima. Todos le siguen la broma.

Tras el escándalo, al juez lo están investigando —porque la abogada de la mujer ha pedido su recusación— y, por lo tanto, no puede continuar con el caso, pero ¿y las otras mujeres que vayan a su juzgado? ¿Qué garantías procesales tienen? ¿Cuántos jueces más hay así?

Demasiado guapa

FUE JUSTO ANTES DEL GRAN ÉXITO DE MI PRIMERA NOVELA, DURANTE la fiesta de presentación del Premio Primavera. Él era un hombre tirando a mayor —y ahora entenderéis por qué lo describo físicamente—, de algo más de sesenta años, con el poco pelo que le quedaba en la cabeza lleno de canas, la piel de la cara descolgada alrededor de los ojos y bajo el mentón como una gelatina opaca y grasienta, el perímetro abdominal rebosante de generosidad lípida y los andares vacilantes de alguien a quien le empiezan a fallar las articulaciones.

«Tengo muchas ganas de leer *No soy un monstruo*», me dijo, acercándose con una copa en una mano y algo de comer —no recuerdo qué— en la otra. «Dicen que es muy buena». Yo sonreía. «Ya me dirás qué te parece», le contesté, educada y con algo de miedo. Al fin y al cabo, él era —es— uno de los nombres importantes en la literatura de nuestro país. «¿Te puedo dar un consejo?», me preguntó. Evidentemente, todos los consejos son bien recibidos. Y más de alguien como él. «Si quieres triunfar como escritora de novela negra, como autora de *thrillers*, no te arregles tanto».

«Eres demasiado guapa para escribir *thriller,* así no van a tomarte en serio. Si hicieras romántica, todavía, pero novela negra…».

Imaginen mi cara de sorpresa. ¿No te arregles tanto? ¿A qué se refería? Debió de notar mi expresión de perplejidad —nunca he sabido fingir— porque se acercó aún más a mí —con ese gesto definitorio que anticipa una confidencia— y me susurró casi al oído algo que todavía no he podido terminar de digerir: «Eres demasiado guapa para escribir *thriller,* así no van a tomarte en serio. Si hicieras romántica, todavía, pero novela negra…». Dejó la frase en suspenso, como un mal vestigio diluyéndose en el aire.

¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? ¿Qué relación había entre mi cuerpo y mi manera de escribir? ¿Iban a percibir los lectores algo extraño en ello? ¿Definía mi aspecto físico el tipo de historias que podía contar?

Afortunadamente, el tiempo y los lectores le han quitado la razón. En este caso, la gente ha derrotado al estereotipo. O, al menos, al prejuicio de algunos.

Y no saben lo que me alegro.

El hombre enfadado

EL HOMBRE ENFADADO LO ESTÁ CONSTANTEMENTE. POR CULPA DE NOSOTRAS. QUE somos malas.

El hombre enfadado se siente aludido cada vez que una mujer dice que tiene miedo de andar a determinadas horas por determinados lugares. O que se lo piensa dos veces antes de ponerse un escote o una falda corta. O que le da resquemor cómo la mira determinado hombre. O que algunas veces ha tenido que dejar de hacer lo que quería por temor a que le pasara algo.

El hombre enfadado se indigna, patalea y grita cuando cualquier mujer se atreve a comentar que se le acelera el corazón cada madrugada que tiene que entrar sola en el portal de su casa, y que no está tranquila hasta que ha cerrado con llave la puerta de la vivienda.

Porque cree que hablamos de él. Bendito Varón. Santo Súbito.

El hombre enfadado se yergue en representación de todo el colectivo masculino y cree que los odiamos, que hemos abierto una guerra de mujeres contra hombres.

El hombre enfadado no es capaz de pararse a pensar por qué tantas de nosotras —sí, su madre, su hermana o su hija también— tenemos miedo en determinadas situaciones de nuestras vidas.

El hombre enfadado no siente ninguna empatía por esa mujer que camina delante de él por una calle solitaria y que acelera el paso por si acaso esas pisadas masculinas que la siguen tienen malas intenciones. No piensa el hombre enfadado nada parecido a «¿por qué esta mujer tiene miedo?», sino que se ofende. «Maldita feminazi exagerada, como si la fuera yo a violar». Y se burla de nuestro miedo. O directamente está convencido de que todo es cuento.

El hombre enfadado se cree de buena o mala fe —o se inventa, directamente— estadísticas sobre mujeres asesinas y hombres víctimas.

Querido hombre enfadado, ¿por qué descargas tu rabia y tus insultos —tu frustración, al fin— contra las mujeres que, al fin y al cabo, solo queremos no tener miedo?

¿Por qué reaccionas así? ¿Sientes que lo que decimos va por ti? ¿Sientes que tenemos miedo de ti?

¿Deberíamos?

Impostoras

«QUIZÁ NO MEREZCA HABER LLEGADO HASTA AQUÍ», ME DIJO UNA AMIGA el otro día. La acaban de ascender, elegida entre muchísimos aspirantes masculinos, pero hay algo dentro de su cabeza que de vez en cuando le repite que quizá es una impostora. Tiene miedo a fallar. A no ser la mejor. A no cumplir las expectativas. Pero de lo que no se da cuenta es de que esas expectativas solo están en su cabeza, porque necesita demostrar más de lo que se espera de ella.

Se llama síndrome del impostor. No me lo merezco. Los hay mejores. Puedo fallar. ¿Y si no estoy a la altura? Etcétera. Afecta sobre todo a las mujeres. Y eso que cuando ellas ascienden suele ser porque han demostrado su valía. En el caso de los hombres tiene que ver con el potencial: se los premia por lo que se cree que podrán hacer.

Alexandria Ocasio-Cortez es la congresista más joven de Estados Unidos. Con veintiocho años ha logrado entrar en uno de los círculos más poderosos del país. Y para hacerlo ha derrotado a uno de los hombres con más poder en el Partido Demócrata. Justo antes de un cara a cara con él en televisión, Alexandria está muerta de miedo. La cámara del documental *Knock Down the House* la sigue mientras se sienta en el sofá de su casa intentando controlar los temblores de su cuerpo.

«Puedo hacerlo», se repite para darse ánimos. «Sé que puedes», la anima su pareja.

Y ella, en vez de hundirse, en vez de pensar que es una impostora que no merece estar ahí, lanza esta tremenda reflexión para subirse la moral: «Me dirá que soy pequeña, que soy joven, que no tengo experiencia. Pero tengo la experiencia suficiente para esto. Tengo el conocimiento suficiente para esto. Estoy lo bastante preparada para esto. Soy lo suficientemente madura para esto. Soy lo bastante valiente».

Y se va al debate. Y lo gana. Y gana las primarias demócratas. Y después gana las elecciones. Y ahora es una de las caras más conocidas del Congreso de su país. Porque creyó que podía hacerlo. Porque no se creyó una impostora. Como los hombres contra los que competía.

La Liga LOL

ERAN SUS PROPIOS COMPAÑEROS LOS QUE LAS ACOSABAN. PERO NI ELLAS ni nadie lo sabía. Eran sus propios compañeros los que lanzaban contra ellas hordas de *trolls* furiosos. Los que conseguían que esos *trolls* pasaran de perseguirlas en las redes a hacerlo en el mundo real. Los que les gastaban bromas pesadas que terminaban colgadas en Internet. Los que distribuían fotomontajes pornográficos de ellas. Los que les hacían falsas ofertas de trabajo.

El acoso empezaba en Twitter o Facebook. Escogían a una mujer feminista y la ponían al pie de los caballos, para que el resto de odiadores profesionales de Internet iniciara su caza.

Sangre.

Escogían a una mujer feminista y la ponían al pie de los caballos, para que el resto de odiadores profesionales de Internet iniciara su caza.

Todas las víctimas eran mujeres periodistas. Y ahora se ha sabido que todos los acosadores eran compañeros de trabajo, periodistas también. El escándalo ha sacudido Francia hasta tal punto que algunos medios de comunicación se han visto obligados a despedir o suspender provisionalmente de empleo y sueldo a la treintena de componentes de la Liga LOL —algo así como la Liga del Descojono—, que llevaban

casi una década hostigando a sus víctimas.

Destapado el escándalo, y viendo quiénes son los componentes de esa asquerosa Liga LOL —periodistas que en los últimos años han conseguido altos cargos de responsabilidad—, en Francia se ha abierto otro debate, el de los grupos de hombres que se ayudan a triunfar unos a otros dejando conscientemente de lado a las mujeres. «Los miembros de la Liga LOL construyeron un grupo que daba la imagen de hombres divertidos y brillantes, tíos guais. Gracias a este espíritu colectivo masculino, hoy ostentan los puestos de poder», explica Aude Lorriaux, la portavoz del colectivo de mujeres periodistas «Prenons la une» —Tomemos la portada—.

Esa es otra de las claves y lo que tenemos que empezar a imitar ya —y sin complejos— las mujeres: formar grupos y ayudarnos las unas a las otras a tirar adelante en la vida, profesional y emocionalmente. ¿Alguien se apunta?

No escribas más

ESE DÍA MI HIJA SE LEVANTÓ A LAS SIETE DE LA mañana, ella no sabe de sábados o domingos, su cuerpo se regula igual sea el día que sea. Bajó de la cama sin despertar a su hermana, cruzó el pasillo y vino a mi habitación. Empezó a darme besitos en la mejilla. «Mamá, despierta, mamá, ya no tengo sueño —susurró—, mi cerebro no se quiere dormir». Como mi marido estaba de viaje y yo fundida de sueño, le dije que se tumbara a mi lado para intentar que se durmiera otra vez y así descansar un poco más. La arropé, cerré los ojos y le pedí que los cerrara ella también. La calma apenas duró un par de minutos. Laia sacó el brazo de debajo de la sábana y me acarició la cara suavemente. Intenté darme la vuelta, para ver si así se rendía. Pero ella ya estaba irremediablemente despierta.

—Mamá, ayer llegaron unas cajas con tu libro nuevo —me dijo.

—Mmm —conseguí articular.

—Mamá, es tu segundo libro —insistió ella, incapaz de dormirse.

—Sssshhh —le respondí—. Es muy temprano, Laia, tenemos que descansar un poco más.

—Mamá —perseveró ella, que a sus seis años puede ser muy tenaz—, mamá, por favor —y entonces soltó la bomba—, no escribas un tercer libro. Por favor.

Me desperté de golpe, claro. Imaginen el susto. ¿Qué me acababa de decir mi hija? Me senté en la cama tratando de serenarme y de intentar entender qué me estaba pidiendo.

—¿No quieres que mamá escriba más libros?

—Es que cuando escribes no estás conmigo.

¿Qué podía contestarle a eso? Tenía razón, claro. Cuando escribo no estoy con ella, o no estoy con ella al cien por cien, porque muy pocas veces me encierro en un despacho a escribir. Primero porque no tengo la posibilidad, y segundo porque me siento culpable de perderme la infancia de mis hijas —ya me perdí bastante trabajando en el turno de fin de semana—. De hecho, buena parte de *La química del odio* la he escrito sentada al lado de mis hijas y alternando el teclado del portátil con juegos con

ellas. Y, aun así, ella siente que no le estoy haciendo caso. Y yo me siento culpable por ello.

Abuelas

PERDÍ A MI ABUELA MATERNA MUY JOVEN. YO TENÍA SOLO QUINCE años cuando la mató un ictus. Horas antes había estado subida a una escalera, repasando la pintura del salón de su casa. Recuerdo unos meses eternos —o quizá fueran años— hasta que mi madre fue capaz de vestirse con un color diferente al negro. Al menos la pude disfrutar quince años, algo que no sé si podrán hacer mis nietos conmigo. Retrasar tanto la maternidad no solo implica afrontar la tarea más exigente de la vida con el cuerpo en caída libre, sino también disminuir las probabilidades de ser abuela. Si mis hijas repiten mi patrón, yo tendré ochenta años cuando nazca el primero de mis nietos. ¿Seguiré viva? ¿Estaré bien? Los seres humanos somos una de las pocas especies animales que tienen abuelas. Las mujeres sobrevivimos varias décadas tras perder la capacidad de ser madres. Y eso es extraordinario. En casi todos los animales, el declive reproductivo —que comienza mucho antes de la menopausia; en la mujer humana ocurre alrededor de los treinta años— va en paralelo a un declive del resto de funciones del organismo; pero en las hembras de nuestra especie ocurre mucho más tarde y despacio, ¿por qué?, pues para algo tan maravilloso como que existan las abuelas.

Los seres humanos somos una de las pocas especies animales que tienen abuelas. Las mujeres sobrevivimos varias décadas tras perder la capacidad de ser madres.

Lo cuenta Jorge Alcalde en su muy recomendable libro *¿Por qué los astronautas no lloran?* «Las mujeres mayores que dejan de invertir sus energías en la reproducción pueden usar esa energía en el cuidado de los hijos ya criados o, lo que es más importante, en el cuidado de los hijos de sus hijos. La figura de la abuela —casi exclusiva del ser humano— se ha convertido en una ventaja evolutiva de nuestra especie frente a todas las demás». En España, la esperanza de vida de una mujer es de ochenta y seis años. La de un hombre es de setenta y nueve. Y los científicos creen haber descubierto el porqué: para que haya abuelas. Ahora, de alguna manera, yo he recuperado a mi abuela. En mi madre. Con sus nietos veo los mismos gestos que veía en la abuela Josefa. Y vuelvo a cerrar los ojos y a acurrucarme entre sus brazos.

Cuando el amigo guay es un acosador

BASURA.

Me escribió un tipo en Instagram, bajo una foto mía sonriendo.

BASURA.

La basura soy yo, claro.

Y fíjense cómo está la cosa que «basura» es un término suave. Quizá por eso me llamó la atención. No era una larga cadena de improperios o amenazas, no era una retahíla de cosas que alguien me haría —evidentemente, no cosas buenas— si me tuviera a su alcance.

Era solo una palabra.

BASURA.

Y ya casi no leo los comentarios en redes sociales —lo siento, se han vuelto un estercolero—, pero ese estaba colocado justo en primer lugar, su autor acababa de escribirlo apenas cinco segundos antes. Tuve curiosidad. Y entré al perfil del tipo. Es un hombre de unos treinta años. La mayoría de sus fotografías lo muestran sonriente junto a una niña pequeña, de unos cuatro o cinco años. Las descripciones hacia su hija están llenas de amor. Hay otras fotos, también, en las que está con su madre, la abuela de la niña. Y, de nuevo, palabras cariñosas para ella.

Entonces, no sé por qué, le contesté:

«**Mire, no sé qué le ha llevado a llamarme basura. Si usted tiene una crítica constructiva o educada, se la admito de muy buena gana. De todo se puede aprender**».

Al cabo de unas horas entré en Instagram y me había respondido:

«**Basura. Eres basura. Me das asco. Vete a la mierda**».

Vale. De acuerdo. Perfecto.

Así quedó la cosa.

Y me sigue contando ella que ese que me llamó basura es un tipo estupendo, un padre muy cariñoso, un hombre majo, que quiere mucho a las mujeres de su familia.

Pero, claro, como interaccioné con él, su comentario se quedó en la parte superior del hilo de respuestas, visible para todo el mundo.

Y, gracias a eso, descubrí quién era el vomitador profesional.

Un par de días después me llama una amiga. Y me cuenta esto:

—Oye, que el tipo que te llamó basura el otro día en Instagram, ¿sabes?, pues resulta que es amigo de la infancia de una de mis mejores amigas. Pero de toda la vida. Amigos de quererse mucho.

Y me sigue contando ella que ese que me llamó basura es un tipo estupendo, un padre muy cariñoso, un hombre majo, que quiere mucho a las mujeres de su familia —¡oh, vaya!—. Y que ella no sabe por qué ha hecho eso, que es imposible que sea un acosador.

Pues sí, querida, tu amigo, una cara oculta y en las redes sociales, es un acosador, un desgraciado que se dedica a insultar a otras mujeres, sin argumentos.

Como tantas otras personas.

Recibo decenas de mensajes así todos los días. Mucho más graves que ese. No los leo. Pero a veces creo que tanto Twitter como Instagram deberían tener herramientas

que permitieran que insultos así se copiaran automáticamente en el perfil del insultador y se enviaran a todos sus contactos. Para que sus amigos y sus familias sepan quiénes son. Su cara oculta.

Querida familia Merkel

ANGELA MERKEL QUE ESTÁS EN LOS CIELOS, O EN LOS INFIERNOS, rodeada por 23 hombres encorbatados, el centro del poder mundial, en la cumbre del G7. Única mujer entre machos.

Marido de Angela Merkel, que no sé dónde estás, pero sí sé dónde no: no estás con el resto de consortes de los 24 países que acaban de asistir a la reunión del G7. No estás con las —todo mujeres excepto tú— esposas de esos líderes. No has ido a darle de comer a los peces, ni a degustar los exquisitos pimientos de la zona, ni a catar el vino local, ni a una demostración de pelota vasca, ni a un concierto de canciones típicas euskeras, ni a un recorrido por los comercios más destacados de la zona —ay…, lo que les gustan las compras a las mujeres, ¿verdad?—. También te has perdido una demostración de surf. O esas alpargatas tradicionales que te hubieses llevado en la maleta. Y lo que hubieras aprendido viendo desde la orilla ejercicios de rescate marítimo.

No has tenido que pensar en lo que ponerte, ni en cómo quedará en las fotografías. No has tenido que hidratar tu cabello y nutrir tu piel. Tampoco has necesitado servicios de peluquería y maquillaje. Ni siquiera has tenido que preguntar por dónde caminaréis —ya se sabe, los adoquines son muy traicioneros— para meter los zapatos adecuados en la maleta.

Tampoco has tenido que sonreír en cada una de las fotos mientras procurabas mantener la compostura embutido en un vestido silueta y con los pies hinchados por tantas horas sobre los tacones.

Querido marido de Angela Merkel, siento decírtelo, pero no has sido un buen esposo.

Si ser primera dama —o primer caballero— es un papel político, debería ser igual para todos, hombres y mujeres. Y, si no lo es, pues que no vaya nadie y nos ahorramos el dinero. Porque, para floreros, ya tenemos en casa. Qué ganas de proyectar esa imagen de mujeres que se adornan, sonríen y aplauden mientras sus maridos discuten el futuro del mundo. ¿Las mujeres perfectas según algún tipo de ideal masculino?

Qué bien hiciste en no ir, marido de Angela Merkel.





PARTE 4

Jarrones, muñecas, cosas





¡Anda, si eres lista!

LLEVO TODA MI CARRERA PROFESIONAL LUCHANDO CONTRA LA IMAGEN DE CHICA-FLORERO. Y eso, a pesar de que no soy una belleza. Soy una mujer normal que con veinticuatro años se puso delante de una pantalla para contar las noticias y que tiene la inmensa fortuna de seguir haciéndolo más de veinte años después. Una mujer —como tantas y tantas otras compañeras— a la que le ha costado mucho tiempo y esfuerzo demostrar que es algo más que alguien que se pone frente a una cámara a leer lo que le han escrito. Que vale lo mismo que los hombres que muchas veces ha tenido a su lado en el plató. Que hace el mismo trabajo que ellos. Que es igual de periodista. Que sabe de lo que habla.

Poco después de empezar a escribir para *Yo Dona,* un día se me acercó una mujer y me dijo: «He descubierto que eres lista». Yo la debí de mirar con una expresión de incredulidad tal que ella enseguida añadió: «Ay, es que así, por la tele, pues no se ve la inteligencia». «¿Y a mi compañero, el periodista que presenta conmigo, usted le ve la inteligencia?», le repliqué. «Hombre, sí, se ve que es listo», contestó la señora, tan tranquila, sin darse cuenta del trasfondo de lo que acababa de decir.

Se ve que es listo. Y a nosotras no. A nosotras no se nos ve la inteligencia, se nos ven otras cosas. «Hoy te quedaba fatal el vestido. ¿Quién te ha peinado? ¿Qué barra de labios llevabas? Has cogido un poco de peso. Has perdido peso. Estás rellenita. Estás demasiado delgada. Me gusta tu sonrisa. ¿De qué marca es el jersey de hoy? Estabas mejor con el pelo rizado».

Afortunadamente, esa visión está cambiando. Y eso lo han conseguido mujeres de todo el mundo, conscientes del sesgo de percepción que tiene su imagen pública solo por el hecho de ser mujeres. Son mujeres faro que usan su visibilidad para plantarse ante preguntas y repreguntas sobre su aspecto —cómo te cuidas, qué haces para tener esa piel, cuánto te ha costado escoger ese vestido de hoy—, y exigen el mismo baremo que se aplica a sus compañeros masculinos: pregúntame por mi trabajo. Mujeres que reivindican los mismos salarios. El mismo trato. Igualdad de oportunidades.

Operación biquini

EN ALGUNOS DE MIS GRUPOS DE WHATSAPP YA HA EMPEZADO LA operación biquini. Ha empezado antes de que las prendas de baño aparezcan en los escaparates de los grandes almacenes o en los perfiles de Instagram, pero, curiosamente, a la vez que los productos adelgazantes colonizan las vallas publicitarias. ¿Cuántos anuncios dietéticos

es capaz de soportar alguien antes de sentirse culpable? Por sus kilos. Por su estilo de vida. Por comer, incluso. Lo primero que llegó a uno de mis grupos fue un chiste. *Dieta de la manzana,* se titulaba.

—Para perder peso le recomiendo ocho manzanas diarias —dijo el doctor.

—¿Rojas o verdes? —respondió ella.

—No, señora, corriendo.

Bueno, un poco de gracia tiene, reconozcámoslo. Pero la cosa no quedó ahí, en un chiste. Ni en dos. La cosa siguió y se contagió del grupo de mamás del cole a cuatro o cinco chats. Y lo que en principio eran bromas —más o menos graciosas— terminó en terapia de grupo. Primero una amiga preguntó por cremas anticelulíticas: «¿Cuál os ha funcionado mejor?». Luego otra por unos supuestos bañadores faja: «Son muy caros, pero si de verdad reducen una talla…». Después llegaron las dietas: «Yo me paso un mes a proteínas». «Yo dejo de cenar, pero hay que empezar en marzo, si no, no llegas a tiempo». «Yo prefiero los batidos». «Yo lo intento, pero no puedo, no puedo dejar de comer. Y luego me pongo el bañador y me siento horrible». Este último comentario provocó un aluvión de solidaridad. «Tú puedes, tú eres fuerte, tú lo vales». Y solo algún tímido «estás estupenda como eres».

Como podéis imaginar, ningún hombre participó en estas conversaciones, a pesar de que alguno sí que forma parte de esos grupos. Al parecer, preparar el cuerpo para la piscina es solo cosa de mujeres. Únicamente nosotras nos sentimos mal si destapamos michelín o celulitis. Solo nosotras notamos la presión de tenernos que poner a punto para que nos miren. Solo nosotras nos avergonzamos de nuestro cuerpo.

Pues cada vez que os sintáis así, echad un vistazo a vuestro alrededor. A los cuerpos masculinos en bañador. Os sentiréis mucho mejor, os lo aseguro.

Guerra por las nenas más molonas

RESULTA QUE ELLAS NO ESTÁN ALLÍ POR LO QUE VALEN. POR lo que saben. Por lo que pueden aportar. Por su experiencia.

Ellas están allí por su **cuerpo**. Por guapas.

Y así las tratan y hablan de ellas en público sus compañeros de partido en plena campaña electoral.

Quizá esas mujeres vayan a formar parte del equipo político que dirija España, o una comunidad autónoma, o un ayuntamiento. Pero para algunos de los miembros —hombres— de su partido solo son una cara mona. O eso opinan.

Acaba de estallar una guerra de gallitos en los partidos de derechas por tener a las mejores **políticas** en sus filas. Y que los otros tengan las más feas. Y que se chinchen.

En la zona de las feas, según los machotes, están las mujeres de partidos de izquierdas. Esas no cuentan en la competición, porque además de feas tampoco se duchan, opinan algunos. Mejor las **políticas** de bien. Las de la derecha. Las formales.

Las casaderas de toda la vida. Para Vox, Ciudadanos es ese partido **«aseado con chicas guapas». ¿Para qué llamarlas mujeres, verdad? ¿Para qué fijarse en sus capacidades intelectuales?**

> **Quizá esas mujeres vayan a formar parte del equipo político que dirija España, o una comunidad autónoma, o un ayuntamiento. Pero para algunos de los miembros —hombres— de su partido solo son una cara mona.**

Pero, claro, ¿dónde dejaba esa afirmación a las mujeres de su partido? Así que varios días después, el candidato de Vox ha rectificado: «**No quiero que se piensen que las chicas de Ciudadanos son tan guapas. Las guapas de verdad son las que tenemos en Vox. Tenemos chicas mucho más guapas que las de Ciudadanos**».

Ya de mujeres adultas, capaces, listas y con poder hablamos otro día. ¿No?

Premio sexual

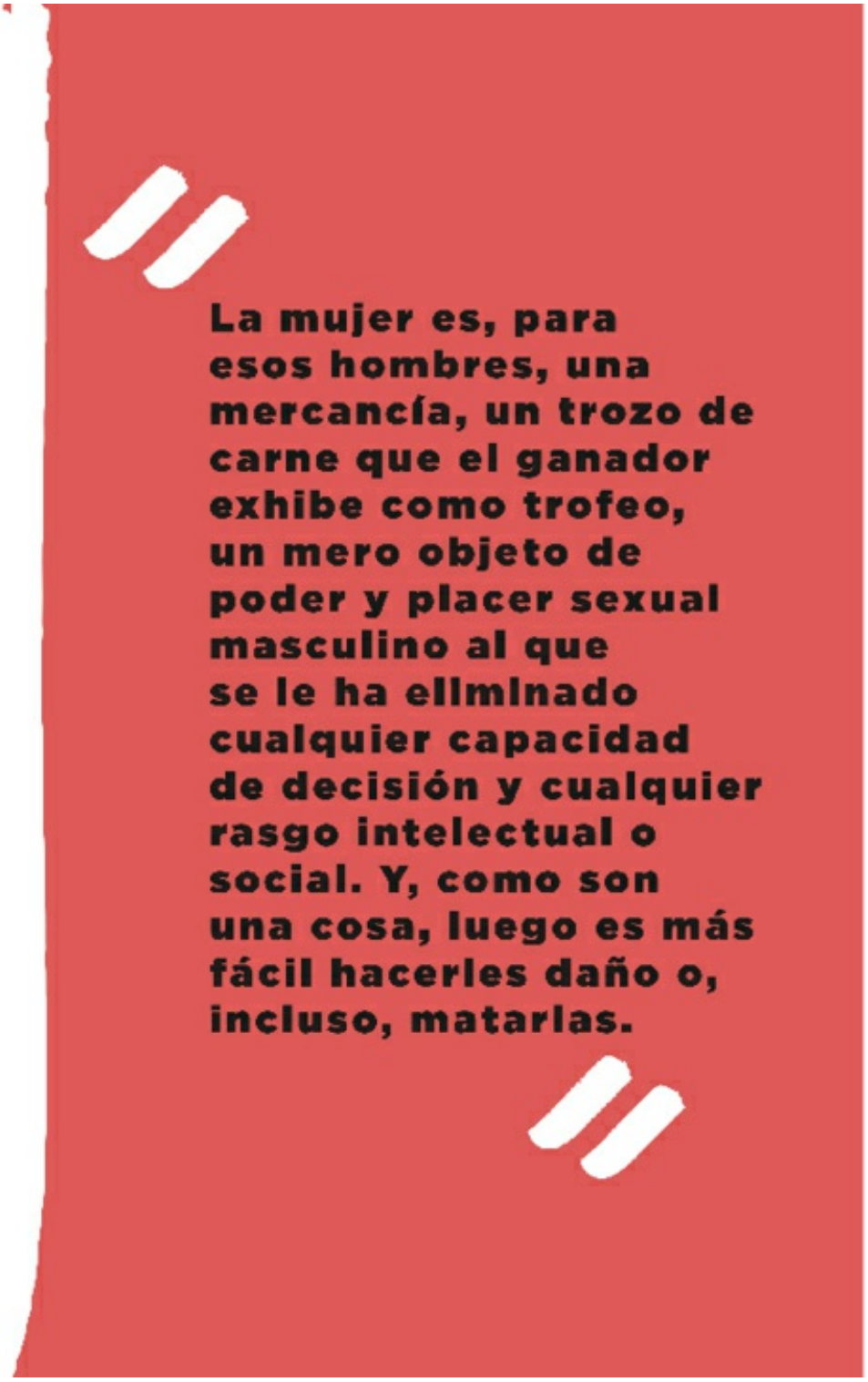
AUNQUE NO SE LO CREAN, ESTA SENTENCIA DE LA QUE LES hablo hoy es de un tribunal de un país europeo y de hace apenas un par de semanas: «El adulterio de una mujer es un gravísimo atentado a la honra y la dignidad del hombre. En algunas sociedades se castiga con la lapidación hasta la muerte. Lo dice también la Biblia». Y así, con este argumento prehistórico, un alto tribunal portugués anula las condenas a dos hombres —exmarido y examante— que secuestraron y dieron una paliza con un mazo lleno de clavos a la mujer. Porque, claro, se lo merecía. Por puta. Por infiel. Por manchar la honra masculina. Y gracias, insinúa el texto judicial, que la ley portuguesa no permite apalearla, que si no ya estaría muerta en plaza pública. Es lo que tiene considerar a la mujer como un objeto propiedad del hombre, como una mascota a la que darle una paliza si hace algo que no te gusta.

Así que, si tiene un amante, es un insulto intolerable a tu hombría y puedes hacer con ella —casi todo— lo que quieras. Como usarla de arma moral contra el enemigo.

«Tú cuida de tu mujer o de tu novia y a ver si dentro de nueve meses no te trae un regalito. Es lo que tiene que haya en Cataluña siete mil compañeros guapetones y fornidos», escribía en su perfil de Twitter un guardia civil andaluz en una pelea a voces con otro gallito, que antes le había dicho: «Última noticia. Daño irreparable en el crucero de Looney Tunes por los cuernos que ya llevan todos los guardias civiles y policías nacionales». Dos hombres se pelean y la víctima es la mujer, usada como trofeo sexual no solo para goce propio, sino también para humillación del enemigo. «Me acabo de pasar por la piedra a tu novia». «Tu madre ha quedado muy satisfecha, tenías que ver la cara de gusto que ponía». Y así.

La mujer es, para esos hombres, una mercancía, un trozo de carne que el ganador exhibe como trofeo, un mero objeto de poder y placer sexual masculino al que se le ha eliminado cualquier capacidad de decisión y cualquier rasgo intelectual o social. Y,

como son una cosa, luego es más fácil hacerles daño o, incluso, matarlas.



Mujer objeto

EMBUTIDA EN UN ESPECTACULAR TRAJE BLANCO DE ROBERTO CAVALLI QUE DEJABA poco a la imaginación, subió su 94 de pecho, su 71 de cintura y su 99 de cadera a una plataforma giratoria. Se plantó la mejor de sus sonrisas y rotó. Ante millones de espectadores que babeaban plantados delante de su televisor, Sofía Vergara dio vueltas sobre sí misma exhibiendo su cuerpo como si fuera una carísima joya de escaparate. Mientras tanto, de fondo, en un segundo plano, se veía y se escuchaba al presidente de la Academia de la Televisión de Estados Unidos dando el tradicional —y aburrido— discurso institucional de la ceremonia de entrega de los premios Emmy, los Oscar de la televisión. El éxito de la tele reside en darle a los espectadores algo que ver, decía Bruce Rosenblum, mientras Sofía Vergara seguía girando y girando, en un tremendo ejercicio de ironía. ¿Quién, en ese momento, prestaba atención a las palabras de Rosenblum si tenía a una mujer de bandera —y una gran actriz, por cierto — en primer plano, exhibiendo todo su poderío corporal?

Pero, exhibiéndose como un objeto, Sofía Vergara nos plantó en la cara lo que muchos piensan. Sacó nuestras vergüenzas y nos sacudió un buen bofetón con ellas.

Las críticas empezaron a llover prácticamente desde que Vergara se subió a la plataforma. «Ha vuelto a demostrar que hay mujeres florero», «tremendo número sexista», «vergüenza ajena» o «espectáculo sexista e intolerable» fueron solo algunas de las que le cayeron a la actriz.

Pero, exhibiéndose como un objeto, Sofía Vergara nos plantó en la cara lo que muchos piensan. Sacó nuestras vergüenzas y nos sacudió un buen bofetón con ellas. Vergara no hizo otra cosa que exhibirse como muchos la ven: como un cuerpo, una cosa, un objeto de deseo, una carísima joya a la que admirar desde todos los ángulos, un algo que poseer. «No tienen sentido del humor», ha respondido ante el aluvión de críticas. «Una persona puede ser atractiva y reírse de sí misma», ha dicho Vergara. Pero no, querida Sofía, no. Lo que has hecho no es reírte de ti misma, sino reírte de todos esos hipócritas que te ven como un objeto, pero no toleran la verdad cuando se la plantas en la cara.

Biquinis con tetas

COMO REGALO DE CUMPLEAÑOS, MI HIJA ME HA PEDIDO, POR ENCIMA de todas las cosas, un set de maquillaje. «Es lo que más quiero del mundo, mamá». Va a cumplir cinco años. Me ha dejado de piedra. Pero, claro, es lo que ve en casa. Que su mamá se arregla cuando va a trabajar. Que se maquilla. Que se peina. Que escoge la ropa que se pone. Y ella quiere ser igual. Me preocupa que mis hijas reproduzcan el patrón de mujeres que se adornan —sí, ese en el que caigo yo todos los días—, y que crean que lo más importante es que su apariencia guste a los demás y no lo que hay dentro: su

corazón y su cabeza.

Me preocupa también que crezcan demasiado rápido. En unos meses, han pasado de adorar los dibujos de *Peppa Pig* a morirse de amor por una cosa llamada *Equestria Girls,* un abanico de niñas de instituto con todos los tonos de la bondad y la perversidad, dibujadas de manera más irreal que una Barbie —piernas eternas, ojos gigantescos y cintura invisible— y vestidas como nunca me dejaron a mí vestir mis padres. Y, claro, vamos a comprar bañadores y pasa lo que pasa, que me piden biquinis con la parte de arriba *para las tetas* como sus amigas de la piscina. «Si vosotras no tenéis pechos», les dije —tienen solo dos y cuatro años—, «eso es para las mamás, para taparse las tetas». Ilusa de mí, creí que en la tienda me darían la razón y que no tendrían biquinis de las tallas dos y cuatro con la parte de arriba. Error.

Casi todos los modelos venían con pecho incorporado. Modelo braguita y sujetador para niñas que no levantan un metro del suelo. Aunque no lo quisieras, tenías que llevarte las dos prendas.

Justo mientras escribo esta columna leo en *El Mundo* la historia de una madre de Estados Unidos que se ha enfrentado a la dirección del colegio donde estudia su hija porque no quieren que la niña, que tiene siete años, acuda a la escuela maquillada. Ella no da su brazo a torcer: «Si quieren que mi hija no se maquille, que dejen de maquillarse las profesoras». Como si una niña de siete años tuviera que comportarse y arreglarse como una mujer adulta. ¿Qué les estamos haciendo a nuestras bebés? ¿Convertirlas en mujeres en cuanto dejan el pañal?

Un poco puta

«SE NECESITA CAMARERO PARA BAR DE PUEBLO A UNA HORA DE Santiago. Imprescindible chico trabajador, guapo y un poco zorrón. Con un trato agradable con los clientes». Es decir, un camarero que mueva el culo ante las clientas, marque bien prieto su paquete testicular —si no lo tiene grande, que se haga un implante—, vaya medio desnudo y deje que las señoras se hagan ilusiones de una noche de desenfreno con él.

¿Les suena raro?

Prueben a cambiar de sexo.

La oferta de empleo es real —se ha publicado en una de las páginas web que más anuncios mueven en España—, pero no buscaba a un chico, sino a una camarera. «Imprescindible chica trabajadora, guapa y un poco puta con un trato agradable con los clientes. Sueldo 1.500 euros». Lo que no especificaba era a qué se refería con un poco puta. ¿Hasta dónde de puta? ¿Solo exhibicionismo? ¿Contorneos? ¿Insinuaciones? ¿Rozamientos? ¿Tocamientos?

¿Solo la puntita?

Quizá lo único excluido del contrato es la penetración. Intento ponerme en la cabeza

de la persona que ha redactado ese anuncio. Imagino que es un hombre, aunque no lo sé, llamémosle Joaquín. Lo veo tras la barra de su bar de pueblo poniendo carajillos a los viejos de la localidad que matan las horas arreglando el mundo, jugando a las cartas y recordando sus tiempos mozos. Quizá alguno de esos clientes, de vez en cuando, se escape al puticlub de la carretera o al nuevo bar del pueblo en el que tras la barra ya no hay otro viejo como ellos, sino una jovencita que les pone contentos a todos. Quizá si siguen yendo donde Joaquín sea por cierta fidelidad. O quizá resulta que Joaquín quiere dar una alegría a sus clientes para que consuman más, o quiere darse la alegría a sí mismo. O quiere que vuelvan los que se fueron. O que no se vayan los que quedan.

Y mientras ellos están allí, tonteando con una camarera algo puta, tendrán a sus mujeres en casa, removiendo el puchero o poniendo lavadoras.

Aunque lo que no saben es que la dueña de la peluquería también ha contratado a un estilista capilar algo zorrón para que ponga tontas a las clientas y así vayan a darse el tinte más a menudo.

¡Es como mi hermana!

TENGO ALGO DE CELULITIS. Y TAMBIÉN DE FLACIDEZ —¡AYYY, LOS CUARENTA!—. Mi época de acné ya pasó, pero de vez en cuando algún poro rebelde decide dar por saco. Mi peso oscila un par de kilos dependiendo del estrés, la ansiedad o si estoy en fase compulsiva *zampa bimbo con nocilla* —¡por Dios, qué rico!—. Afortunadamente, los embarazos no han dejado estrías en mi cuerpo. Eso sí, lunares tengo, y muchos. Pero las muñecas con las que jugarán mis hijas no se parecen a mí, ni a lo que serán ellas dentro de unos años.

Hemos crecido con princesas irreales, mujeres con cinturas del ridículo tamaño de sus cuellos. Es la proporción de muchas de las princesas Disney o de muñecas como Barbie. Una proporción que ahora dos artistas se han propuesto combatir. Por un lado, la ilustradora Loryn Brantz, que ha redibujado a algunas de las más famosas princesas de la factoría estadounidense para dotarlas de medidas reales: Ariel, Pocahontas, Jasmine, Belle o Aurora ilustradas con una cintura proporcional al resto de su cuerpo. Ni más ni menos que la que les toca. Los resultados son asombrosos. No reconoceríamos a ninguna de ellas.

Hemos crecido con princesas irreales, mujeres con cinturas del ridículo tamaño de sus cuellos.

La misma pregunta se la ha hecho Nickolay Lamm: «¿Cómo sería Barbie si le diéramos medidas corporales de mujer real?». Por ejemplo, medidas de una chica de diecinueve años —¡quién los pillara de nuevo!, por cierto, los años y las medidas—. Así nació Lammily, con el tamaño proporcionado y proporcional a esas mujeres de verdad. «Se parece a mi hermana». «Es como mi tía Katie». «Es más ancha (que Barbie)». «Es única porque es real». «Se parece a quien seré de mayor». «¡Y no tiene los pies

hechos para llevar tacones!», han contado de Lammily niños estadounidenses de ocho años. «Es más fuerte que Barbie, podrá nadar y correr». ¿Qué creéis que será de mayor?, les preguntaron. Profesora, informática, piloto, nadadora, contestaron los niños.

¿Y la otra muñeca (en referencia a Barbie) qué será cuando crezca? Y las profesiones que propusieron los niños no tenían nada que ver con la otra muñeca: estilista de moda, maquilladora o modelo. Todos, trabajos referidos a la imagen corporal.

Lammily viene además con un *pack* de pegatinas que simulan acné, celulitis, lunares o estrías. Como yo. Como usted. Como las mujeres reales. Como lo que serán nuestras hijas de mayores.

Quizá por eso Mattel anuncia el rediseño de su Barbie, y un ambicioso plan para convertirla en la mujer que las niñas quieren ser de mayor: mujeres de verdad. Ya era hora.

Unos pechos turgentes

ELLA TIENE CELULITIS, TAMBIÉN ALGO DE FLACIDEZ Y UN LIGERO SOBREPESO que la ata a la talla 44. Además, tras haber tenido dos hijos, su tripa no ha vuelto a su sitio. Y los pechos…, bueno, los pechos han sido los grandes damnificados del paso del tiempo y las lactancias: parecen una sonrisa triste llena de estrías.

Pero ella tiene sus principios, y su rabia, y su frustración. Así que un día se pone sus zapatillas más cómodas, se embute en unos pantalones cortos y se queda en *topless* frente al primer ministro de su país. En el pecho se ha pintado *que paguen la crisis los ricos* con un rotulador que el señor de la tienda le ha dicho que resiste al sudor (con lo que le ha costado atreverse a dar el paso, por nada del mundo querría quitarse la camiseta y que lo que hubiera allí fuera un borrón indescifrable). La secuencia dura unos segundos, el tiempo justo para que las cámaras capten su imagen antes de que los guardaespaldas del mandamás se la lleven a rastras mientras ella sigue gritando. Que paguen los ricos. Que paguen los ricos.

A los pocos minutos ya está en las redes sociales y en las portadas de los periódicos digitales. Esa noche entra en los sumarios de los informativos de televisión, y al día siguiente se ve en las primeras páginas de los diarios internacionales. ¡Ah, no! Perdonad. Que no pasa eso. Que ella no tiene veinte años ni 1,80 metros de altura ni un cuerpo escultural ni una talla 36 ni, sobre todo, tiene unos pechos turgentes que desafíen a la gravedad. Ella tiene un cuerpo normal, de mujer normal, de mamá, de trabajadora, de cansancio eterno. Ella es una mujer como ustedes o yo. Y por eso a ella su cuerpo no le sirve para luchar. No como a esas chicas del Femen, esas mal llamadas feministas, que son, en realidad, las peores enemigas de sus congéneres. Para llamar la atención nos vuelven a convertir en una cosa: apenas en un cuerpo que tiene que ser perfecto. Y yo que pensaba que las mujeres éramos algo más. Quizá me había hecho demasiadas ilusiones.

La toqué porque era mía

LA TOQUÉ PORQUE ES MÍA. O SE EXHIBE DEMASIADO. O LLEVA escote. O sube muchas fotos a las redes sociales. Es que es Miley Cyrus. ¡Miley Cyrus, joder! Y es famosa. Y me cuenta su vida en Instagram. Y vive de los fans. Y yo soy un fan. Y me debe su éxito.

Y por eso puedo lanzarme sobre ella, sorteando a todos los guardaespaldas, alargar el brazo, agarrarla por el pelo y el cuello, tirar hacia atrás de ella y besarla.

Pero algunos fans se enfadaron con la actriz. Sus bochornosas —y preocupantes— respuestas se resumen en que ella va provocando y los fans tienen derecho a tocarla. La consideran casi de su propiedad.

Ha ocurrido en Barcelona, mientras la cantante y actriz salía de su hotel e intentaba subir a una furgoneta. Días después, Miley respondía en redes sociales.

«Ella puede llevar lo que quiera. Puede ser virgen. Puede acostarse con cinco personas distintas. Puede estar con su marido. Puede estar con su novia. Puede estar desnuda. NO PUEDE ser agarrada sin su consentimiento. #NoMeJodasConMiLibertad».

Pero algunos fans se enfadaron con la actriz. Sus bochornosas —y preocupantes— respuestas se resumen en que ella va provocando y los fans tienen derecho a tocarla. La consideran casi de su propiedad.

No vas de sexy, ¿pues qué esperas, que recemos una oración por ti?

Claro. Las mujeres somos un objeto, como tu moto, chaval, para que nos saques brillo, nos llenes el depósito de gasolina y nos lleves a pasear cuando te apetezca, para darte un gustazo o para presumir de nosotras.

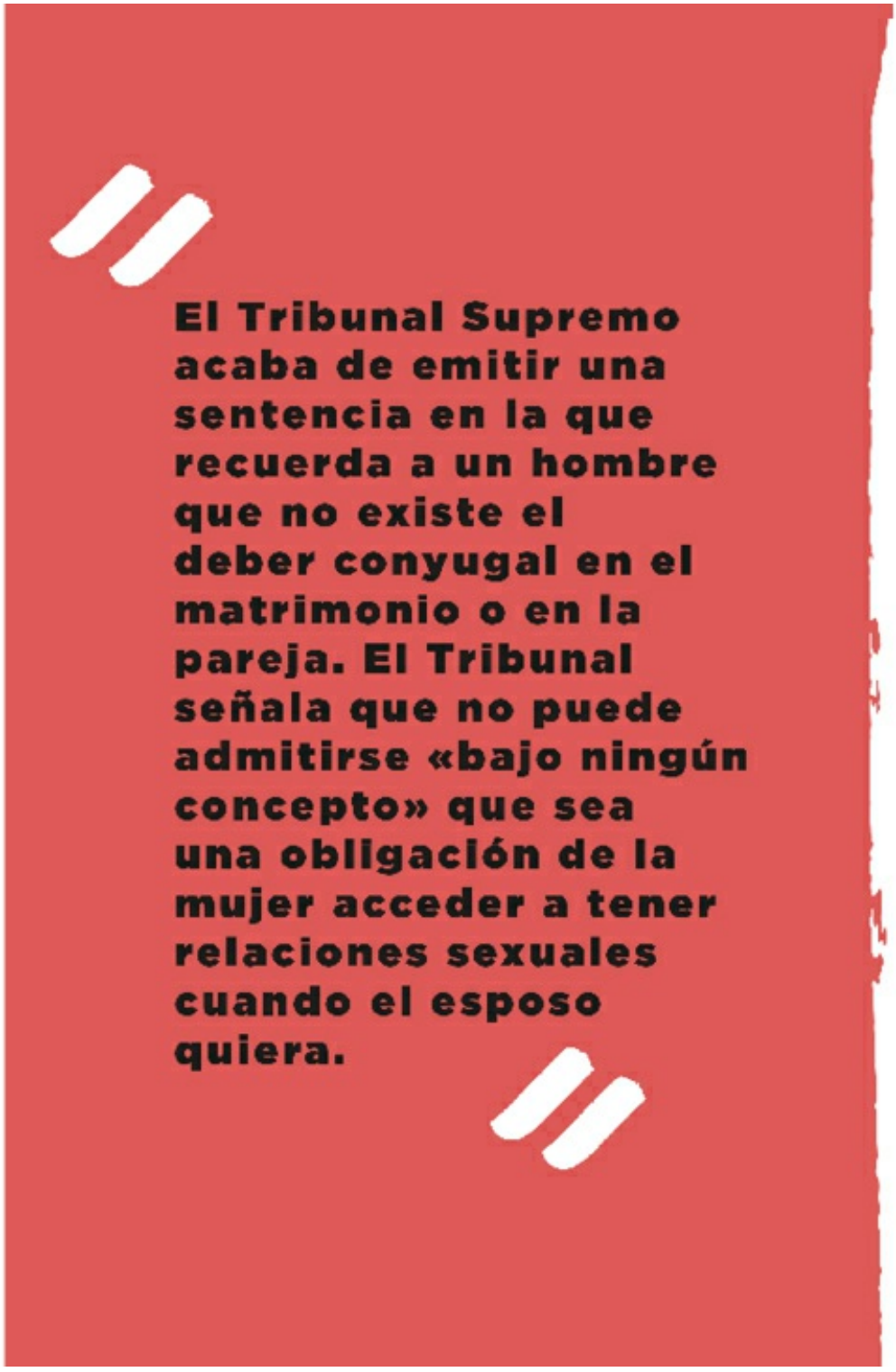
¿Exagero?

La posesión masculina sobre el cuerpo femenino —no somos personas, somos una cosa— empieza en las mujeres más cercanas.

Es mi novia/pareja/mujer. Joder. Es que es mi mujer. Y como es mi mujer tengo derecho sobre ella. A tocarla. A besarla. A follármela.

El Tribunal Supremo acaba de emitir una sentencia en la que recuerda a un hombre que no existe el deber conyugal en el matrimonio o en la pareja. El Tribunal señala que no puede admitirse «bajo ningún concepto» que sea una obligación de la mujer —y un derecho del hombre— acceder a tener relaciones sexuales cuando el esposo quiera, como pretendía el señor.

Caballero, si la mujer no quiere, aunque sea su esposa, es una violación. Y usted es un violador.



Ropa apretada

NUESTRAS MARCAS DE GUERRA FEMENINAS NO SOLO SON LAS ESTRÍAS TRAS un embarazo, o las ojeras tras esas noches en las que los niños no duermen o la flacidez muscular cuando no hay tiempo libre ni para salir a dar un par de vueltas a la manzana. Nuestras marcas de guerra también nos las imprimimos en el cuerpo cada día, como un castigo por nuestra ¿mal entendida? feminidad.

Porque esas marcas son las de nuestra propia autoexigencia imprimiéndose sobre la piel, para recordarnos cada día que, a veces, deberíamos empezar a aprender a descansar un poco, también y sobre todo, de nosotras mismas.

Casi cualquier mujer que llegue a casa tras una larga jornada fuera y se quite la ropa tendrá profundos surcos marcados en la piel de su cuerpo. Fijaos en vosotras mismas si no. Poneos frente a un espejo y observaos mientras os vais desnudando. Ved cómo la cinturilla del pantalón os queda marcada rodeando todo vuestro perímetro abdominal. O cómo las costuras de un vaquero demasiado apretado descienden a lo largo de todas vuestras piernas. También fijaos en cómo la tela de vuestro sujetador atraviesa toda la espalda. O las tiras del tanga. O los cordones de las sandalias. O el borde de los calcetines. O la cintura de las medias. Todas esas prendas dejan marcas tan profundas que si pasáis la mano por ellas, podríais seguir el relieve con los ojos cerrados, reconociendo a cuál pertenece cada una de ellas.

El fotógrafo Justin Bartels ha visualizado ahora esos estigmas en una reveladora muestra fotográfica, *Impression,* que retrata visualmente el daño que cada día nos infligimos a nosotras mismas. «Tras varias citas en la universidad, empecé a fijarme en cómo las mujeres usaban ropa incómoda con tal de impresionar o atraer a otros, o para reforzar su propia autoestima», cuenta Bartels. «Quise capturar imágenes del *después,* lo que sucede cuando se quitan esas prendas y se aprecia el daño de manera visual». Visual… y táctil, claro, pero también de manera más profunda.

Porque esas marcas son las de nuestra propia autoexigencia imprimiéndose sobre la piel, para recordarnos cada día que, a veces, deberíamos empezar a aprender a descansar un poco, también y sobre todo, de nosotras mismas.

¿Sobra para ir de putas?

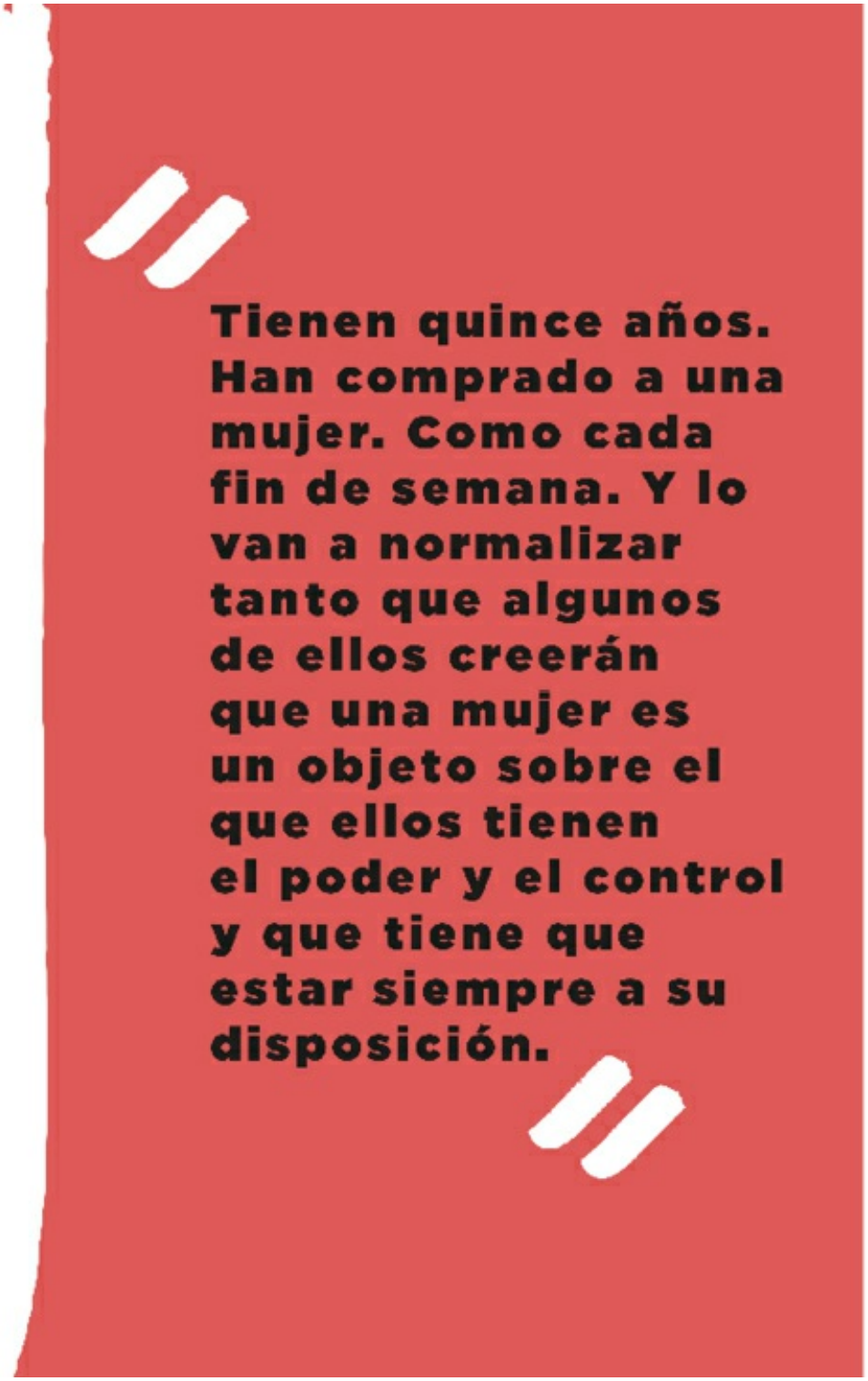
LA COSA VA ASÍ: LOS CHICOS HACEN UN BOTE. CADA UNO pone cinco euros. O diez, depende del efectivo que manejen para ese fin de semana. Tienen quince años —un par ya han cumplido los dieciséis—. Compran alcohol en un pequeño comercio que abre toda la noche. Un litro de ron, otro de whisky, una ginebra y dos botellas de refresco cola y limón. Aunque no se lo gastan todo, guardan un poco en el bolsillo del que esa noche gestiona el capital. Hacen botellón. Cada vez están más borrachos. Pero ya se aburren. No tienen nada que decirse. Nada más que tonterías. «Vamos ya, ¿no?», anima, impaciente, uno. «¿Cuánto nos queda?», pregunta otro. El tesorero

mete la mano en el bolsillo derecho de su pantalón y saca unas monedas. «Diez euros», les muestra, con el dinero en la palma de la mano. «Mierda, no da para todos», se escucha. No, no da para todos.

Pero quizá a esa hora pueda dar para un par. Ya son las cinco de la madrugada y podrían regatear y encontrar algún saldo. Algo barato de lo que puedan disfrutar cuantos más, mejor. Antes lo echaban a suertes. Pero hace unos meses decidieron hacer una lista. Era más justo. Turnos rotatorios para que todos pudieran disfrutar de los últimos euros de la noche. Siempre guardan algo de dinero para ese último momento. Ninguno conduce, así que van andando hasta una de las zonas en las que saben que la mercancía está bien de precio y donde, regateando, pueden conseguir aprovechar bien los diez euros que les quedan de bote.

Se permiten el lujo de elegir. La más alta. La que tiene mejor culo. La que tiene pinta de chuparla mejor. Saben que ellas son pobres y que lo necesitan. Que su chulo las explota. Que se ven obligadas a hacer lo que sea por el dinero que sea. Y a esas horas, por las migajas que les den. Al final consiguen dos polvos por diez euros. Los afortunados usan a la prostituta mientras sus amigos los miran con envidia.

Tienen quince años. Han comprado a una mujer. Como cada fin de semana. Y lo van a normalizar tanto que algunos de ellos creerán que una mujer es un objeto sobre el que ellos tienen el poder y el control y que tiene que estar siempre a su disposición.



Solo una película

LA ESCENA SIMULA UNA VIOLACIÓN ANAL. EL HOMBRE TUMBA A LA mujer en el suelo, a la fuerza, de espaldas. Le desabrocha los vaqueros, se los baja justo hasta los muslos y la penetra, mientras ella dice no. Varias veces.

Eso era lo pactado. Lo que tenían que hacer Marlon Brando y Maria Schneider. Pero el día anterior, desayunando, al actor y al director se les ocurrió otra cosa. Brando untaba mantequilla en una tostada y les pareció una idea genial introducir ese elemento en la secuencia. Pero sin avisar a la actriz. Bernardo Bertolucci decidió callárselo. «Quería su reacción como chica, no como actriz». Quería verla sufrir de verdad, ver cómo se retorcía. Empiezan a rodar. Todo sigue, en principio, según el guion. Tras ponerla boca abajo en el suelo y sin que Maria lo supiera ni pudiera verlo, Marlon Brando coge un trozo de mantequilla y se lo restriega entre las nalgas. Ella, actriz casi primeriza, no sabe qué hacer. No se atreve a negarse, a pedir que pare. Es la escena cumbre de *Último tango en París* y la cámara capta perfectamente el miedo de Maria Schneider, cómo la joven actriz repite «no, no, no» al borde del terror.

Cuarenta años después hemos sabido que no estaba fingiendo. Maria Schneider, diecinueve años, actriz. Virgen. No sabía lo que iba a pasar. A ella le habían dado una secuencia para interpretar. Pero el director y Brando tenían otra cosa preparada. Bertolucci lo confesaba en 2013 —dos años después de morir la actriz—: «Creo que ella nos odió porque no le contamos el uso de la mantequilla como lubricante. Me siento culpable». Culpable, pero no arrepentido. «A veces, en el cine tenemos que ser muy fríos. No quería que Maria fingiera su humillación, su rabia. Quería que las sintiera».

Para triunfar, Bertolucci decidió que había que humillar a una mujer. Su carrera se disparó. La de Brando también. Pero ella, la actriz, quedó tocada para siempre. Intentó suicidarse en varias ocasiones. Ingresó en varios psiquiátricos. «Maria, no te preocupes, solo es una película», le dijo Brando cuando la vio llorar tras la grabación. Solo una película. ¿Verdad? Recuérdenlo cuando alaben a Bertolucci, que acaba de morir.

Sexo incluido

LO QUE VENDEN SON BILLETES DE AVIÓN. PERO PODRÍAN SER CONJUNTOS de ropa interior. O anticelulíticos. O, ya puestos, servicios sexuales femeninos. Lo que venden son billetes de avión, pero no lo parece. Porque sus tarifas calientes están acompañadas de una inmensa fotografía de dos mujeres en ropa interior y postura sugerente. Dos hembras que estarían incluidas en el precio. O eso sugiere engañosamente el anuncio. «Tarifas calientes, y la tripulación», añaden, como si ellas —las tripulantes femeninas de cabina— fueran una mercancía de la que disfrutar junto al billete. La Audiencia de Málaga considera ahora sexista esta publicidad de Ryanair. En el juicio, la compañía se defendió argumentando que lo único que quería era promocionar un calendario solidario —¿con machismo?—, pero la sentencia —que ya declaró ilícita una campaña similar varios años antes, en 2013— condena a Ryanair por publicidad sexista, que «utiliza a la mujer como objeto de reclamo para la venta de

billetes y que tiene una clara connotación sexual, discriminatoria y vejatoria».

El hombre triunfador besado y alabado por jóvenes y esculturales bellezas de sexo femenino con ropa escasa y ceñida. Un trofeo más para el campeón.

Sucede cada vez menos, pero las mujeres —nuestro cuerpo y nuestra disponibilidad sexual— seguimos siendo utilizadas como reclamo. Hace unos días, una discoteca de Barcelona anunciaba entrada y bebida gratis —más cien euros de recompensa— para las mujeres sin marido que fueran al local sin bragas, en un burdo reclamo al joven macho que sale por la noche con el fin último de triunfar sexualmente. Ocurre también en las competiciones deportivas. El hombre triunfador besado y alabado por jóvenes y esculturales bellezas de sexo femenino con ropa escasa y ceñida. Un trofeo más para el campeón. Piensen, por ejemplo, en las líneas de salida de las competiciones de motociclismo o Fórmula 1. O en los pódiums de las vueltas ciclistas. La Volta a la Comunidad Valenciana ha sido la primera en dar el paso aquí, en España, y el ganador es felicitado por azafatas, pero también por azafatos. Esperamos que cunda el ejemplo.

Perfectamente sexy

CON TRECE AÑOS ROÍA LAS TAPAS DE PLÁSTICO DE LOS BOLIS Bic, leía mucho y apenas tenía conciencia sobre mi cuerpo. Sin embargo, hay una escena que ha quedado grabada en mi memoria: caminaba yo por la calle con el uniforme del cole, justo detrás de una chica que me pareció entonces muy mayor, pero que no debía de tener más de dieciséis o diecisiete años, vestida con vaqueros y un cómodo jersey de lana. La envidié por su paso firme y alegre, la envidié por no llevar el amorfo y triste uniforme de las monjas, pero sobre todo la envidié porque era mayor y podía hacer —según la película que me había montado yo en mi cabeza— lo que quisiera con su vida. Ella caminaba unos diez metros delante de mí y al pasar ante una taberna, varios hombres que charlaban en la puerta le lanzaron un tsunami de piropos. Recuerdo uno con claridad —«Ay, como coja ese culito, lo que le haría yo»— que no entendí entonces, pero que sí que vi cómo hacía bajar la cabeza a la chica y apretar el paso. Debía de ser algo muy feo, pensé, como para hacerla reaccionar así. Ella no había hecho nada para provocar a esos hombres, era la mirada de ellos la que pervertía su cuerpo. Acaba de ocurrir con la protagonista de *Stranger Things*, Millie Bobby Brown, que ha subido al olimpo de los actores más sexys. Es decir, los más apetecibles —y perdonen la rudeza— para echar un polvo. Millie tiene solo trece años, pero las fotografías en revistas de todo el planeta la han convertido en objeto sexual, cosa que no ha pasado, por cierto, con sus compañeros masculinos.

La hipersexualización temprana de las niñas las transforma en objeto de consumo, las despersonaliza para convertirlas en cosa, pero también hace que ellas mismas —y otras niñas— vayan asumiendo con naturalidad perversa su condición de objeto sexual

al servicio del placer masculino —visual o físico—, generando en ellas unas contradicciones peligrosísimas para su vida futura. Complejos, anorexias, suicidios…

El dolor de no encajar. De no ser perfectamente sexy.

Animadoras en la oficina

PONGAMOS QUE USTED ANDA ALGO BAJA DE ÁNIMOS. O DE MOTIVACIÓN. O de ganas. O de…, bueno, lo que se dice tener la moral por los suelos. Pero que, a pesar de eso, va a trabajar todos los días porque, uno: menuda suerte tener trabajo en estos tiempos, y dos: sus padres la han educado así, primero la obligación y después la devoción. ¿Recuerdan? Imagine ahora que su jefe tiene una iluminación existencial y de repente se da cuenta de que usted trabaja mejor si tiene buen ánimo —¡qué cosa más rara!, ¿verdad?— y que además es su obligación como empresario proporcionarle ese subidón de autoestima. Así que su jefe contrata para usted y el resto de sus compañeras una especie de secretarios modernos que no solo les llevan el desayuno a la mesa, sino que les proponen todo tipo de actividades distendidas, o simplemente una charla frente a la máquina de café. Una especie de animadores laborales para mujeres necesitadas de moral.

¿Les parece ridículo? Pues está funcionando ya en algunas empresas chinas. Pero, y aquí está el matiz importante, al revés. Los trabajadores son —¿adivinan?— hombres y las animadoras, mujeres. Una especie de secretarias modernas para inadaptados sociales. Algunas empresas de tecnología se han dado cuenta de que sus sesudos ingenieros llevan un poco mal socializar, especialmente con el género femenino, y que eso les está afectando en su rendimiento laboral. Según cuenta el periódico *Daily Mail*, estas empresas están contratando a mujeres —«chicas bellas y talentosas que le van a ayudar a crear un gran y divertido ambiente de trabajo», según la publicidad que las oferta— para que animen a sus trabajadores dándoles conversación, jugando al ping pong con ellos, recogiendo su ropa de la tintorería o montando un concierto improvisado en medio de la oficina.

Bellas y talentosas, recuerden. No sirve cualquier mujer.

Y, al parecer, funciona. Los chicos, con la moral subida, rinden más. Laboralmente, aclaro. Por cierto, en las imágenes del reportaje se ve a una mujer, ingeniera también, con cara de póker. Pueden ustedes imaginarse lo que estará pensando. De sus compañeros. Y de las bellas y talentosas animadoras.

Repelentes

LES CUELGAN LOS PECHOS, GORDOS Y FLÁCIDOS, AGRIETADOS Y PÁLIDOS, SECOS y

muñidos. Les penden la piel, la grasa y la edad. Les desborda el alma por cada rendija del pellejo. Les asoman las grietas, las venas y los tendones. Las devoran la celulitis y las canas, el peso de los años, las penas y las alegrías, la vida que han vivido y la que dejaron pasar, los hijos que tuvieron y los que no. Y, sin embargo, son inmensamente bellas. No puedo dejar de mirarlas. Y admirarlas. Son mucho más bellas que cualquier otra mujer, mucho más bellas que cualquiera de las que verán luciendo turgencias de pasarela o piel de Photoshop. Este grupo de ancianas desnudas, jugando —literalmente— como niñas, celebra la vida y sus cuerpos lo gritan con esa sabiduría que da el preocuparse ya solo por lo que de verdad importa.

Para conseguir ese espectacular nivel de perfección, en el que los cuerpos y las almas traspasan el lienzo, Aleah se pasó dos años estudiando a mujeres ancianas desnudas.

Llevo días fascinada con la imagen, un retrato gigantescamente realista pintado por Aleah Chapin llamado *It Was The Sound Of Their Feet* (Era el sonido de sus pies), que forma parte del proyecto *Aunties* (tías), una colección de desnudos gigantescos de las amigas de su madre, mujeres con las que creció y a las que ha conocido toda la vida. Para conseguir ese espectacular nivel de perfección, en el que los cuerpos y las almas traspasan el lienzo, Aleah se pasó dos años estudiando a mujeres ancianas desnudas: pieles, tatuajes, huellas de mastectomías, pelo púbico ajado, culos con la gravedad a sus pies, pechos que dieron de mamar muchas veces y abdómenes que albergaron otras tantas vidas.

Pero no todos están fascinados con las imágenes de *Aunties.* Aleah acaba de exponer sus cuadros de mujeres desnudas en Londres y algunos críticos se le han lanzado a la yugular. «Repelente» o «una exhibición médica grotesca», los han llamado. Quizá sin darse cuenta, o dándose toda la cuenta del mundo, de que esos críticos están llamando grotescos y repelentes los cuerpos reales, a lo que le pasa a un cuerpo cuando cumple años. Lo que les pasará a sus propios cuerpos cuando cumplan años.

¿O es que solo es vergonzante el de las mujeres?

Con o sin suavizante

«¿ES MEJOR AMA DE CASA O PRESENTADORA?», LE PREGUNTA EL PERIODISTA —hombre— a la periodista —mujer—. Y la periodista —mujer— se ve obligada a contestar cómo se mueve entre pucheros y lavadoras. Susanna Griso responde educada, sin atisbo de cansancio ante la enésima vez que tiene que hablar de su relación con la aspiradora. Leyéndola solo podemos presuponer la hartura de encontrarse, una vez más, con preguntas así: la casa, los hijos y la culpa. No sé ustedes, pero no recuerdo que Pedro Piqueras, Matías Prats o Iñaki Gabilondo hayan tenido que contestar alguna vez sobre si ciclo corto o ciclo largo en las lavadoras. Pero, claro, Susanna es mujer, y a las

mujeres se les tiene que preguntar sobre sus capacidades con la plancha. ¿Qué, si no, se les pregunta?

Sigo leyendo.

De entre todos los personajes por los que le preguntan a Griso en esa entrevista —Rajoy, Pedro Sánchez, Pablo Iglesias, Albert Rivera, Cristina Cifuentes o Raphael—, solo uno le interesa al periodista —hombre— en referencia a sus habilidades domésticas. ¿Adivinan? No es difícil. Sí, la única mujer. «¿Cifuentes es buena ama de casa?», interroga a la presentadora. El zasca de Griso es antológico: «Si entendemos por ama de casa cocinar, no. Si entendemos por ama de casa coger el taladro y colgar cuadros, la mejor». Subamos la apuesta. La casa, los hijos, la culpa. ¿Qué tópico falta? El cuerpo. Y sí. También hay preguntas sobre retoques estéticos.

¿Han escuchado a algún periodista español
teniendo que contestar si lleva relleno en los labios
o si se pincha bótox? Yo tampoco.

Sin embargo, es difícil encontrar entrevistas a mujeres en las que no aparezca el tema hijos, casa, culpabilidad o estética. Ya pueden ser directivas de grandes empresas internacionales o empleadas de un supermercado: vivimos ligadas a nuestra casa y nuestro cuerpo.

Quizá ya va siendo hora de que les pregunten también a ellos —en todas y cada una de las entrevistas— sobre si llegan a tiempo a recoger a los niños en el colegio o si prefieren quitar el polvo con plumero paño o si ese entrecejo lleva bótox. ¡Ah, quita! Que eso, en los hombres, suena poco serio.

Amanda y el bótox

SEGURO QUE LE PONEN CARA A LA ACTRIZ AMANDA PEET. SI no, por favor, búsquenla en Google antes de seguir leyendo esta columna. Es una mujer bellísima. Más que eso, es espectacular. Una de las actrices más hermosas y luminosas de Hollywood. Pero Amanda tiene un problema: la edad. Exactamente, cuarenta y cuatro años. Y con la edad, pues lo que pasa, las primeras arruguillas y eso. En una emotiva carta pública, la actriz ha contado que está desesperada por aparentar menos edad, pero que no se atreve a dar el paso. «Lo más fácil sería usar el bótox o pasar por quirófano, para verme más joven y mejor, y confiar en mí. La única razón por la que no lo hago es porque tengo miedo».

Amanda necesita parecer más joven para seguir trabajando, porque la industria del cine la considera una mujer demasiado mayor. Una mujer que —¡oh, demonios!— aparenta la edad que tiene. «Recientemente —cuenta en la carta—, me han dicho que no me escogían para una película porque no soy suficientemente actual. Me están expulsando del trabajo mujeres jóvenes como Alicia Vikander. Te dicen: “Ella tiene veintisiete años y es magnífica, tú tienes cuarenta y cuatro y eres madre, no juegas en la misma liga”. (…) Todo el mundo me mira como diciendo “vieja bruja, no hay sitio para

ti”».

Multitud de actrices se han quejado de la tiranía de la edad. Y de que durante una veintena de años son inservibles, invisibles, incontratables. Es el tiempo que pasa entre que dejan de poder interpretar papeles de jóvenes bellas hasta que dan la imagen de madreabuelas. Peet se queja de esta esclavitud de la imagen con un ejemplo muy gráfico. Una noche, acostando a su hija, la niña le dijo: «Mamá, estoy asustada porque tienes arrugas, y eso significa que te vas a morir pronto». Esa niña vive en un mundo en el que una cara envejecida no significa cumplir años, sino ser ya tan mayor que estás a las puertas de la muerte.

Sin embargo, Amanda Peet ha llegado a la conclusión de que dejar que su cara envejezca de manera natural será su «as en la manga». Su reinvención. La prueba de que no va a complacer la tiranía de la mirada masculina. Ojalá todas fuéramos tan valientes.

Muñecas violadas

PODRÍA PASAR POR UNA MUÑECA ERÓTICA MÁS. DE ESAS HIPERREALISTAS, CON pelo natural, tacto parecido a una piel humana, calor corporal y articulación total para permitir cualquier tipo de postura que se desee. Una muñeca, pues, que permite al propietario una ilusión cercana a la de estar practicando un acto sexual con una mujer. Un producto de lujo que puede llegar a costar veinticinco mil euros.

Podría ser, pero nuestra Roxxxy es algo más.

Porque, además de todo eso, el usuario puede ponerla en modo violación. Uno de los programas que lleva incorporados vuelve a Roxxxy rígida de repente, como si estuviera resistiéndose al acto sexual, de la misma manera que una mujer que está siendo abusada. Ante esta barbaridad, algunos pueden argumentar que es un juego privado, sexo en la intimidad, que cada uno haga lo que quiera mientras sea consentido; con una muñeca, mientras no haga daño a nadie, que juegue a lo que quiera…

Pues quizá sea bueno recordar una cosa: la violación no es un acto sexual más o menos violento, más o menos consentido, más o menos fetichista. La violación es un crimen, con un delincuente que usa su poder físico o armas para abusar violentamente y humillar a su víctima. El violador no persigue placer ni un orgasmo. El violador busca dominación, poder, sumisión. Derrotar a la víctima. Humillarla.

Pues quizá sea bueno recordar una cosa: la violación no es un acto sexual más o menos violento, más o menos consentido, más o menos fetichista. La violación es un crimen.

Voy a ponerlo más fácil. Imaginad que una empresa comercializara, para los supremacistas blancos, muñecos robot a tamaño natural de personas de raza negra que bajan la cabeza y soportan estoicamente golpes, agresiones e insultos, o modelos

de inmigrantes árabes a los que poder humillar sin que se resistan, darles todos los golpes que el propietario quiera mientras se retuercen de dolor. Sería un escándalo. ¿Por qué no lo es esa muñeca con la función de violación incorporada? Bueno, ya saben, los problemas de las mujeres son solo nuestros. Y, además, la mitad nos los inventamos. De todas maneras, me surge una duda más: un hombre que disfruta poniendo a un robot mujer en formato violación, ¿qué hará con las mujeres reales?, ¿cómo se relacionará con ellas? ¿Será capaz de hacerlo de manera normal?

Muéstrate (si estás buena)

LA FOTOGRAFÍA ERA COMO LA DE CUALQUIER OTRA MUJER DESPUÉS DE dar a luz: tripa flácida, grasa bamboleante y descolgamientos varios. Un cuerpo deformado por el extremo estrés físico que había tenido que soportar durante nueve meses. Un cuerpo ancho y blando con estrías. Un cuerpo que había sufrido para dar la vida. Su *propietaria,* una joven de veinte años, aún no había recuperado su figura diez meses después de dar a luz a sus gemelos. Y eso había mellado la confianza en sí misma.

Quizá para recuperar la autoestima se hizo dos fotografías mostrando el abdomen y las subió a Instagram. Quería plasmar, contó después, que había tenido gemelos y lo «poco segura de mí misma que me sentía; cómo las relaciones habían cambiado y lo difícil que es incluso encontrar ropa que me guste con este cuerpo». Pero los administradores de la red social respondieron de manera contundente: le cerraron la cuenta. La chica no estaba desnuda ni en una pose sexual. De hecho, ni siquiera se había quitado los pantalones. Pero su imagen había ofendido a un número suficiente de usuarios, que la denunciaron y pidieron su eliminación. Porque se puede lucir carne, ¡claro que se puede lucir carne en las redes sociales! Pero solo si está prieta y turgente. Solo si es joven y tersa. Si excita. Cuando la carne es de mujer real, molesta. Cuando la carne son grasas y descolgamientos, michelines y celulitis, estrías y manchas, pelos y granos, vejez, esa carne molesta. Hace daño a la vista. ¡Quita esa cosa de ahí, hombre, quita esa cosa de ahí, que duele solo de mirarla! Una mujer real en un mundo real termina siendo bloqueada por una red social porque a muchos de sus usuarios les ofende ver cómo queda el abdomen de una mujer que ha dado a luz. Aunque sea una mujer de veinte años.

Afortunadamente, las protestas también crecieron en el sentido contrario, y la red social ha tenido que rectificar, aunque escudándose en que todo se debió a un problema informático. ¿Qué mensaje estamos mandando? ¿Que solo lo perfecto puede mostrarse? Hay gente que piensa así.

Conté esta historia en mi blog y decenas de hombres lo llenaron de comentarios como este: «Ya puestos, vamos a enseñar cicatrices, roturas anales, suturas, miembros gangrenados… porque es normal, ¿no?».

Pues, la verdad, yo creía que era más normal un parto que una rotura anal o que un miembro gangrenado.

Aunque puedo equivocarme. Soy mujer. Y también tengo un cuerpo real de mujer que ha pasado por dos embarazos.

Quizá lo normal sean algunos cerebros de mosquito.

Tacones en el desastre

LA NOTICIA NO HAN SIDO LOS TREINTA FALLECIDOS. NI LOS CIENTOS de miles de personas que han tenido que abandonar sus casas. Tampoco el nivel de destrucción que el huracán Harvey ha provocado en la cuarta ciudad de Estados Unidos, en uno de los peores desastres naturales recientes del país.

La noticia han sido sus zapatos.

La imagen de Melania Trump subiéndose a un helicóptero sobre unos *stilettos* negros de altísimos tacones de aguja para ir a visitar a los damnificados por la catástrofe ha dado la vuelta al mundo, encendiendo el debate en las redes de tal manera que la primera dama de Estados Unidos tuvo que cambiarse antes de aterrizar en Texas. Cuando bajó del Air Force One, Melania calzaba zapatillas deportivas. También había modificado el resto de su *look*. Además, ya no llevaba la cazadora *Top Gun* y había rehecho su milimétrico peinado en una coleta. Eso sí, todo impoluto. El cuello de la camisa blanca perfectamente medio alzado en la nuca —a la moda—, los botones abiertos justo hasta el escote y las mangas fantásticamente arremangadas hasta justo debajo del codo. Completaba la imagen una gorra negra —a juego con sus pantalones— con su nombre de guerra bordado, FLOTUS (First Lady Of The United States: primera dama de Estados Unidos), y unas gafas de aviador.

Melania se ha convertido en el ejemplo más universal de cosificación: el objeto que adorna, que se posee, que se lleva para lucir, que indica el estatus del propietario.

¿Por qué se puso Melania tacones para ir a una zona devastada por un huracán? Muchos de sus compatriotas vieron su gesto como un insulto hacia las víctimas y una muestra más de la desconexión económica y emocional de los inquilinos de la Casa Blanca con el estadounidense medio. Pero también lo hizo presionada. Sabe que cada vez que aparece en público nadie se va a fijar en lo que hace, sino en qué lleva puesto y cómo lo lleva puesto. De la cabeza a los pies. Sus *looks* se analizan —y critican— al milímetro en cuanto ella aparece. Melania se ha convertido en el ejemplo más universal de cosificación: el objeto que adorna, que se posee, que se lleva para lucir, que indica el estatus del propietario. Una mujer de escaparate en toda regla, al menos, en sus apariciones públicas. Pero ¿de quién es la culpa?

Te amo delgada

ACABO DE LEER UN TITULAR QUE ME HA DADO MUCHO ASCO. Estamos acostumbrados a

que nos metan por los ojos a modelos de la talla 34, a que nos digan lo bonito que es que te asome el hueso de la pelvis y a que algunos de los *looks* de moda —¡esos tops con la tripa al aire!— no nos hubieran sentado bien ni con dieciocho años —al menos, a mí—. Y podría parecer que estamos curadas de espanto. Pero no. Ojiplática me acabo de quedar al leer el titular de una prestigiosa revista del corazón. Y subrayo lo de prestigiosa porque no es de las del *urg* y el *arg* y el *acs* —que no por eso son menos prestigiosas—, sino una que se autodefine como la más glamurosa y seria del sector. «Máxima de Holanda pierde centímetros, gana popularidad», escribió alguien —y se lo dejaron publicar— a toda página. Es decir, que a menos kilos tiene la reina de Holanda, más querida es; que a menos volumen, más apreciada; que a menos talla, más amada.

Gordas del mundo, no os va a querer ni el tato.

Por si no tuviéramos bastante con lo de sentirnos mal con nuestro cuerpo, ¡chas!, cada kilo que se acumula en nuestra cadera significa un poco menos de cariño de los demás.

Cabreada aún con ese titular, me fijo en que en la tele están poniendo un anuncio de barritas adelgazantes patrocinadas por un cocinero —de sexo masculino, claro—. «Para las mujeres de mucho cuidado». Y entonces pienso, ¿mujeres, por qué mujeres? Y me doy cuenta de que esos yogures, esa infusión o esa margarina que ayudan a mantener la figura son para nosotras. Solo para nosotras. Y me acuerdo entonces de esa modelo que acaba de escribir una maravillosa carta porque miles de personas la han insultado por atreverse a desfilar. Gorda, gorda, gorda. Y la miro y pienso en lo guapa que es, en el cuerpazo que tiene, en el vientre plano, los brazos definidos, la cadera perfecta y las piernas torneadas. Mi madre le habría metido entre pecho y espalda un plato de lentejas con chorizo: «Come, hija, come, que estás en los huesos», le diría. Sin embargo, para otros, es una gorda sin vergüenza. ¿Estamos enfermos o qué?

Un folio

EL RETO CONSISTE EN QUE NO SE VEA LA CINTURA. EMPEZARON las adolescentes chinas, que pusieron de moda esta peligrosa práctica en la red social más importante del país, Weibo. No se sabe quién inició la locura, pero en poco tiempo miles de chicas —algunas solo niñas— comenzaron a fotografiarse ante un espejo. Lo hacían con un folio en blanco, puesto en vertical, pegado al abdomen. Competían unas con otras para ser las primeras en ganar la partida. Y la partida era hacerse transparentes. Volatilizarse. Si el folio tapa la cintura —es decir, si no asoma carne por los lados—, han superado el reto. Compiten unas con otras, o en grupo, para ver quién es la primera en lograrlo y quién no consigue ocultarse tras el papel.

Un folio de DIN A4 mide veintiún centímetros de anchura. Solo veintiún centímetros. Un palmo de la mano de una mujer. Y las cinturas de esas chicas tienen que ser más estrechas. Si se les ve algo por los lados del folio, si asoma un trocito de carne, quiere decir que no están lo suficientemente delgadas, así que se someten a nuevas y devastadoras dietas adelgazantes. Básicamente, dejar de comer. O vomitar todo lo que

comen. Y tomar laxantes. Y diuréticos. Porque hay que hacerse transparentes. Evaporarse. Tras un folio.

La moda de la hoja de papel ha saltado fronteras enseguida y las chicas occidentales han empezado a sumarse a la competición. En las redes, cientos de adolescentes están mostrando ya sus cinturas de avispa.

En esta sociedad globalizada, la moda de la hoja de papel ha saltado fronteras enseguida y las chicas occidentales han empezado a sumarse a la competición. En las redes, cientos de adolescentes están mostrando ya sus cinturas de avispa. Pueden buscarlas con el *hashtag* #A4Waist —cintura de A4—. Las triunfadoras obtienen más *likes.* Más *me gusta.* Y su popularidad sube. Las niñas que se someten a este reto lo hacen en busca de aceptación. Quieren gustar. Agradar. Ser admiradas. Sentirse queridas.

¿Qué estamos haciendo mal, como sociedad, para que una adulación de un desconocido en la red les valga más a esas niñas que la salud? Porque ellas se lo juegan todo por eso: por alcanzar la popularidad en un mundo virtual. ¿Es allí hacia dónde nos dirigimos?

«Juegas Olímpicas»

DE TAN ZAFIA, LA FOTOGRAFÍA ES FÁCILMENTE DESCRIPTIBLE. LA MEJOR NADADORA española, Mireia Belmonte, se prepara para lanzarse a la piscina. Echa el torso hacia adelante y apoya las manos en las rodillas, con lo que sus glúteos quedan hacia atrás. Junto a ella se encuentra otro nadador, hombre, con un bañador apretado. La perspectiva desde la que se toma la imagen engaña a la vista, y parece que el hombre está frotando sus genitales contra los glúteos de Mireia. Incluso —si no llevaran el bañador puesto— parecería que la está penetrando. Esa imagen la tomó un fotógrafo que trabajaba para la prestigiosa agencia internacional Reuters. Al editor de Reuters le debió de parecer graciosa —o buena— y la mandó a sus abonados. Algunos de sus abonados también debieron de creer que era simpática y la publicaron. Con toda la intención del mundo, claro. Y que le den a la dignidad de la nadadora.

Que le den también a la dignidad de Corey Cogdell, la atleta estadounidense que consiguió por segunda vez la medalla de bronce en tiro al plato. Su hándicap fue ser mujer de otro deportista, con lo que no era valiosa por sí misma —debieron de pensar algunos—, sino por su marido. Varios medios titularon «La mujer del línea de los Bears, Mitch Unrein, gana el bronce en Río». Tras las críticas, algunos rectificaron incluyendo el nombre de la atleta en el titular, pero sin dejar de hacer referencia a que es «mujer de». Si repasamos la larga lista de titulares sobre competiciones deportivas femeninas de los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro, muchos son del tipo «Las más sexys», «Las atletas con mejor cuerpo», «Las macizas de Río».

Y así.

Aunque, si eres atleta mujer y no cumples los cánones de cuerpo y estilo, también recibes. Un periódico español publicó el siguiente tuit sobre la portera de la selección de Angola de balonmano. «Mide ciento setenta centímetros y pesa noventa kilos. Una portera de balonmano sin complejos en Río». Junto al texto, los emoticonos de una hamburguesa, unas patatas fritas y un gato sonriendo irónicamente.

¿Qué complejos corporales se supone que tiene que tener una portera de balonmano?

Lamentablemente, es una práctica habitual. Días antes de empezar los Juegos, un periódico español titulaba «Messi, Higuaín y una mujer, candidatos al mejor gol del año».

Y una mujer.

¿Qué mujer?

Jarrón chino

LLOVÍA. HACÍA MUCHO FRÍO. LA HUMEDAD CALABA HASTA LOS HUESOS. PERO ellas tenían que estar ahí, de pie, sonrientes, en minifalda y manga corta. Muertas de frío. Enfermas. Pidieron camisetas, algún jersey, algo que las abrigara. Pero sus jefes se lo negaron. Su trabajo era exhibir la marca, y exhibirse ellas —todas mujeres, todas jóvenes, todas guapas— como reclamo de la marca en un prestigioso evento deportivo, el trofeo de tenis Conde de Godó. ¿Qué narices era eso de que querían taparse? A taparse a casa con la mantita en el sofá.

Pues ahora la Inspección de Trabajo acaba de condenar a la marca de refrescos y a la empresa que contrató a las azafatas alegando «asedio discriminatorio en el trabajo por razón de sexo», a raíz de una conducta de discriminación sexista y de falta de protección para la salud de las ocho mujeres. Algunas de esas chicas acabaron enfermas. «Yo salía con migraña y fiebre de los partidos. Cada noche, enfermas. Era por trabajar en unas condiciones en que te castañeteaban los dientes, contra tu salud y contra tu dignidad directamente», contaron ellas al denunciar los hechos.

La resolución considera que primó la exhibición pública por encima de la salud y la dignidad de esas ocho mujeres jóvenes. Esas chicas fueron consideradas objetos y adornos, algo para ser contemplado. «Siempre somos chicas. Chicas, minifalda y enseñando carne». Carne que vende.

Si hace frío, que se aguanten.

Pero el problema no es solo de esa empresa de azafatas, o de la marca comercial, o de ciertos eventos deportivos; es transversal a toda la sociedad, que a través de esos patrones cosifica a la mujer —es decir, la priva de sus atributos humanos— para exhibirla en función de su cuerpo. Y cuando algo empieza a ser una cosa, es más fácil pensar que la parte contraria, la masculina, tiene derecho sobre ella. Para exigir. Para hacer. Para decidir incluso sobre su vida.

Un esmoquin

TEST DE BECHDEL PARA PELÍCULAS: 1. ¿SALEN, AL MENOS, DOS ACTRICES? 2. Esas actrices, ¿sabemos cómo se llaman o son solo *Camarera Uno* y *Azafata Tres?* 3. Si sabemos cómo se llaman, ¿hablan ENTRE ELLAS de algo que NO sea un hombre?

En el cine comercial, la representación de las mujeres es hegemónica, son un papel, no unas personas reales con vida propia.

Parece fácil, ¿verdad? Pensamos en películas que hemos visto e imaginamos que en casi todas ocurren estas situaciones. ¿Cómo no va a haber dos actrices con nombre que hablen entre ellas de algo que no sea un hombre? Pero no. Apenas un 15% de las cien películas más vistas de 2013 cumplen esos tres sencillos requisitos. Ni *La guerra de las galaxias* o *Ciudadano Kane* superan el test, pero tampoco *Avatar,* ni las primeras *Harry Potter* ni *Amazing Spiderman* ni *Los vengadores;* o algunas de las nominadas este año al Oscar, como el *Gran hotel Budapest* o *Descifrando Enigma.* Por increíble que parezca, no hay en ninguna de ellas dos mujeres que hablen entre ellas de otra cosa que no sea un hombre. En el cine comercial, la representación de las mujeres es hegemónica, son un papel, no unas personas reales con vida propia. En su libro *Desenfocadas,* Barbara Zecchi lo explica así: «O es la mala o es la sexy guapa o la madre. Hay siluetas, no mujeres con profundidad». Pero, además, fuera de la pantalla, en la alfombra roja, las actrices tienen que doblegarse a dictaduras absurdas —por llamarlas de alguna manera— como la ManiCam, una cámara colocada sobre una mini alfombra roja en la que ellas tienen que enseñar el detalle de sus manicuras y joyas de mano, ampliadas hasta el tamaño total de la pantalla. Actrices como Julianne Moore, Jennifer Aniston o Reese Witherspoon se han negado, en directo, a someterse a tal escrutinio. Ya tienen suficiente con las críticas a sus vestidos, su figura, sus peinados o sus joyas. Busquen ustedes, si no, *alfombra roja + mejor/peor vestidas* para ver una recopilación de las últimas críticas. A ellos, por cierto, con un esmoquin les basta.

De compras

TIENE VEINTE AÑOS Y ES VIERNES POR LA NOCHE, ASÍ QUE sale de fiesta a comerse el mundo. ¿Se acuerdan de cómo era eso? Queda con sus amigos. Siempre en el mismo bar, es ya un ritual, aunque él piensa que quizá deberían comenzar a variar un poco. La noche empieza ahí, en El Oliver, pero nunca sabe dónde ni cómo acabará. El objetivo final es conseguir sexo con alguna chica. Sí, claro, también divertirse con los colegas, pero eso ya se da por supuesto, con los colegas uno siempre se divierte y, sin embargo, cazar un encuentro sexual es mucho más complicado y, por lo tanto, el fin último de todos sus movimientos. A veces triunfa, pero no siempre hay suerte. Algunas noches ninguna mujer cae rendida a sus encantos. Esas son las más. Pero ya no se va

a casa con un calentón y una frustración que le supuran por la piel. Se va de putas. Si no puede conseguirlo gratis, paga. ¿Por qué no? Sus amigos también lo suelen hacer, cada vez más. La verdad es que se han aficionado a terminar las noches de los fines de semana —las que no triunfan— comprando servicios sexuales. Total, un polvo cuesta lo mismo que un par de cubatas y menos que una raya de cocaína. Dinero bien invertido, pues.

De hecho, la edad de consumidores de prostitución ha descendido en España de forma escandalosa, según el inspector jefe del Centro de Inteligencia de Análisis de Riesgo de la Policía Nacional, José Nieto. La culpa la tienen esos jóvenes, casi adolescentes, que no quieren terminar una noche de fiesta sin una relación sexual. Así que, cuando no la consiguen gratis —con ligues de una madrugada—, la compran. Mira tú qué problema. Muchos incluso están convencidos de que las prostitutas disfrutan y gimen de puro placer entre sus piernas. Que les están haciendo un doble favor: no solo les pagan, sino que también las hacen disfrutar. Son chicos que están creciendo con el convencimiento de que el cuerpo de las mujeres se puede pagar con dinero. Pero también de que la mente de las mujeres se puede comprar con dinero.

De rodillas

CONFIESO QUE ES UNA PARTE DE MI CUERPO QUE NO ME miro. Primero, porque, para tener una perspectiva visualmente perfecta, tendría que hacer unos malabares que están ya fuera del alcance de mi columna. Y, segundo, porque no me imaginaba yo que tuvieran tanta trascendencia. ¿Quién se iba a fijar en ellas? Pero resulta que sí, porque son una de las únicas zonas vírgenes que le quedan al cuerpo.

Pero empecemos por el principio. Y en el principio estaba la cara. Uno solo tenía que echar un vistazo a la cara de alguien para adivinar su edad. Así fue durante milenios. Pero se inventó el *lifting* facial y una horda de (algunos más, otros menos) hábiles cirujanos comenzaron a dejar a las personas con cara de velocidad. Las malas lenguas empezaron a poner su vista afilada en los cuellos. «Fíjate en esa —decían—, estirarse tanto la cara para tener el cuello lleno de colgajos». Entonces legiones de plásticos, viendo el negocio, fijaron sus esfuerzos en reconstruir esa reveladora zona corporal e inventaron el *lifting* de cuello.

Planchado el tercio superior, ¿qué delataba entonces nuestra edad? Pues las manos.

«Mira —decían entonces las viperinas—, cara de treinta y manos de cincuenta, un horror». Así que los reparadores se pusieron a ello, e inventaron cosas como el láser de *Neodimio-Yag+KTP QSwitched* (literal) y un amplio catálogo de rellenos *subdérmicos,* incluido uno de propia grasa extraída de otras partes del cuerpo. Pecho, brazos, glúteos, abdomen u orejas tampoco se libraron de la plancha.

Pero faltaban las rodillas, donde la piel seguía arrugándose y descolgándose sin piedad ni solución. Hasta ahora.

Porque la nueva moda en Hollywood es pasar también a las rodillas por la apisonadora. Hábiles doctores se comprarán su próximo *jet* privado con los siete mil euros que cobran por, aseguran, dejarlas como nuevas con un *lifting* sin cicatriz que ya tiene lista de espera. Ahora solo nos quedan los pies, los pobres y sufridos pies. Pero verán como en tres, dos, uno, alguien encuentra un bisturí para ellos.

Cualquier cosa

PODRÍA PARECER QUE LO PEOR SON SUS PALABRAS: «LAS BESO (A las mujeres guapas). Ni siquiera espero. Y cuando eres una estrella, te dejan hacerlo. Puedes hacer cualquier cosa. Lo que quieras. Agarrarlas del coño. Lo que sea».

Ese hombre capaz de hacer lo que sea acaba de ser elegido presidente de Estados Unidos. Quizá porque ese lo-que-sea tiene que ver con una mujer, y no con otras cosas que sí que podrían haberle costado la presidencia.

¿Es que un gran grupo de hombres quisiera ser como él? ¿O es que un grupo de mujeres quieren ser tratadas como él las trata?

La mujer como objeto de propiedad. Como cosa. Como algo —no alguien, sino algo— que ni ve ni siente ni padece ni tiene voluntad.

La mujer como objeto de propiedad. Como cosa. Como algo —no alguien, sino algo — que ni ve ni siente ni padece ni tiene voluntad. Un cuerpo al servicio de los hombres. Algo que, por lo tanto, se puede comprar y vender. O utilizar según las necesidades de cada uno. Pero eso no es lo peor. O no todo lo peor que nos deja este escándalo de Donald Trump. Lo peor son también sus disculpas, la manera en la que quiso pedir perdón. Bueno, lo que él entendía por una disculpa.

Tras ser descubierto gracias a la grabación de una cámara de televisión, el multimillonario —y ahora presidente de Estados Unidos— dijo que esa charla —machista, insultante y misógina— era en realidad una «broma de vestuario, una conversación privada que tuvo lugar hace muchos años».

¿Una broma?

Decir que con una mujer puedes hacer lo que quieras, incluso tocarle «el coño» cuando te dé la gana, no es algo divertido. No es ni siquiera una broma de mal gusto. Es una violación. ¿De palabra, una violación? Bueno, Trump dice que lo hace. Se vanagloria de ello. Chulea de ello. Trump cuenta, presumiendo, que utiliza su poder para besar o agarrar el coño —literalmente— a cualquier mujer que le apetezca, abusando de su poder y su dinero.

Una forma de pensar, una actitud, que en su versión más extrema lleva a aberraciones como las que cometieron los cinco violadores de Pamplona, unos gallitos que ya habrían abusado sexualmente de otra mujer. También en grupo. Y dejándola antes inconsciente —valientes ellos— con alguna droga. Un pensamiento que, en el último y más terrible paso de la cosificación de la mujer, termina asesinándola. Son

decenas cada año aquí en España. Es tan mía y solo mía —piensan— que tengo derecho incluso sobre su vida y su muerte. Y todo empieza por pensar que tienen derecho a «hacer cualquier cosa» con ellas. Con nosotras.

Mi derecho a follar

«¿Y LOS QUE NO TENEMOS FACILIDAD PARA LIGAR QUÉ HACEMOS, NOS quedamos sin sexo?». No una, sino varias veces, no un hombre, sino varios, sacan a relucir este argumento cuando se habla de prostitución. Veamos lo que implica:

1. Que el sexo es una necesidad inalienable, masculina, claro.
2. Que esa necesidad de sexo no se puede controlar.
3. Que esa necesidad de sexo está por encima de todo.
4. Y que —los hombres, de nuevo— tienen que desahogarse sexualmente sea como sea. Pagando por ese sexo, aunque las mujeres estén esclavizadas por redes de tráfico sexual, o forzando a una mujer.

Ese «mi derecho a tener sexo está por encima de todo» es muy peligroso y convierte a la mujer en un objeto sexual, algo caliente y con agujeros que sirve al hombre —a algunos hombres— para su desahogo testicular.

En Alemania —donde se legalizó la prostitución— triunfan los prostíbulos con tarifa plana. Pagas la entrada y tienes derecho a toda la bebida, comida y sexo —sí, sexo también— que quieras. Barra libre de mujeres y de cervezas. Como si fueran lo mismo. El prostíbulo se queda la mitad del precio de la entrada que pagan los clientes y las mujeres tienen que repartirse el resto. Y digo mujeres porque los hombres aprovechan esa tarifa plana para repetir varias veces. Cuantas más prostitutas se lleve cada hombre a la habitación, menos gana cada una de ellas.

En Italia, ya no hay plazas hasta dentro de seis meses —se agotaron en veinticuatro horas— para el nuevo burdel que se ha abierto en la ciudad de Turín. Las peticiones llegan de diez en diez, dicen sus entusiasmados propietarios. Ofrecen sexo con muñecas de silicona fabricadas por una empresa española. Con una ubicación secreta, los clientes pueden elegir con quién pasar el rato y la ropa, complementos e incluso la postura con la que serán recibidos en la habitación por sus anfitrionas sexuales, a las que no falta detalle: flexibles, con un corazón que late, unas pupilas que se dilatan de placer y unas mejillas que se sonrojan por lo bien que se lo están pasando. Durante el tiempo que hayan pagado, podrán usarlas como les plazca. Porque ellas, claro, no se quejan y se dejan hacer.

Piropos

NO QUIERO QUE ME LLAMES GUAPA. NI MUÑECA. NI PRECIOSURA. O pibón. O tía buena. O maciza. No quiero que silbes cuando paso. Ni que retuerzas tu cuello para seguir el ritmo de mis caderas. Porque yo no me visto para que me piropees. No escojo un

vestido o un pantalón o una blusa pensando en si voy a conseguir que algún hombre me mire. Y mucho menos que lo verbalice a gritos. No me pinto los labios invitándote a relamerte los tuyos. No me pongo tacones para llamar tu atención. No quiero que me llames querida. Por favor. «Eso es un cuerpo y no el de la Guardia Civil». «Eso es carne y no lo que le echa mi madre al cocido». «Si fueras un Tigretón, me comería hasta el cromo». «Ve por la sombra que por el sol te derrites, bombón». «Vente conmigo, que a tu madre ya la tienes muy vista». «Ayyy, que te como toda». Yo tengo derecho a caminar tranquila por la calle y tú no tienes derecho a agredirme con tus palabras o tu actitud. Ni siquiera con tu mirada. Deja ya de intimidarme. No sé quién eres. No te conozco. No eres ese compañero de trabajo que me dice «hoy tienes muy buena cara». O ese amigo que me asegura que «ese vestido te queda genial». Eres un desconocido que se cree con derecho a opinar sobre mi cuerpo. Y a hacerlo en voz alta pensando que tengo que sentirme orgullosa porque un hombre como tú me piropea.

Olé, torero. Gracias, campeón. A tus pies, machote.

Yo no soy esa moto que te has comprado y a la que sacas brillo para que tus amigos la admiren. No soy de tu propiedad. No me cosifiques porque convertirme en una cosa es un peligroso inicio. No tienes derecho a invadir mi espacio, a intimidarme con tus palabras, a darme asco. Déjame en paz. No camino por la acera para entretenerte. No soy tu espectáculo. Soy una persona. Recuérdalo. Podría ser tu madre o tu hermana o tu hija. ¿Qué harías si vieras a alguien chillándole a tu hija «que no me entere yo que ese culito pasa hambre»? Seguro que te relames, ¿verdad? ¡Qué cuerpazo se le ha puesto a la niña! Hay que ver. Ufff. A tu hija. Pibón. Que ese culito no pase hambre.

Tu mujer es una puta

PUTA ES EL INSULTO FÁCIL. EL GATILLAZO CUANDO EL QUE INSULTA no tiene argumentos. El escupitajo machista. Puta es, precisamente, la palabra más usada para describir a Shakira en las redes sociales mientras su marido juega con el Barça. Ella no está sobre el césped, pero, sin embargo, tiene más menciones en Twitter que una de las estrellas del equipo, Luis Suárez. En el penúltimo derbi Barça-Español, la cantante recibió tres mil insultos en los noventa minutos que duró el partido. Adivinen. Puta fue, de lejos, el más repetido por los internautas rabiosos no con ella, sino con su marido, Gerard Piqué.

Llamándola puta, los agresores pretenden golpear al defensa blaugrana donde teóricamente más le duele a un hombre, en su condición de macho conquistador y poseedor de una o varias hembras. No la llaman tonta ni imbécil ni cualquier otro insulto, sino el que creen que más ataca al hombre como poseedor —sí, poseedor— de una mujer: tirarle a la cara que ellos también se la benefician. ¿Recuerdan aquella pancarta con un escandaloso «Shakira es de todos»? Una forma más fina de seguir llamándola puta, es decir, un objeto —no un ser humano con capacidad de decisión propia y con deseos propios—, una cosa que los hombres pueden comprar, vender y compartir a su antojo. Lo que ella quiera, lo que ella piense, no importa. Tan solo la voluntad y el deseo del macho.

Debería hacernos reflexionar el hecho de que el peor insulto para un hombre no sea atacarlo a él, sino insultar a su pareja —un ser humano completamente distinto, hay que recalcarlo— con la palabra puta: tu moto también la uso yo, a tu mujer también la uso yo, despojándola de cualquier atribución humana. De cualquier opción de que sea ella la que elija.

Y, al hacerlo, la mujer es algo que se maneja, se insulta, se golpea si no funciona como queremos o incluso se mata. Ese pensamiento que hace llamar puta a una mujer que ni siquiera está en la discusión —en la pelea de machos— termina derivando en decenas de asesinatos cada año en España. Y decenas de miles en el mundo.

¿Cómo se atreve?

LA HISTORIA QUE LES VOY A CONTAR ESTA SEMANA DEBERÍA LLAMARSE *diseñadores que no aman a las mujeres.* Pero no cabe, es un título demasiado largo para una sola columna. Así que lo escribo aquí, bien al principio, por si usted se cansa de leer y no llega al final. Porque —y me perdonarán el enfado— ya está bien. Verán, el otro día en un evento de moda coincidí con algunos de los considerados como mejores diseñadores españoles. Señores de dilatada trayectoria y amplia fama. Hombres que se supone aman y admiran los cuerpos para los que trabajan. Y que deberían respetarlos.

Pero no. La conversación me dejó helada: «Debería darle vergüenza —oí a uno de ellos—, ¿cómo se atreve a ir vestida así enseñando esos muslos? A algunas no deberían dejarlas salir de casa». Imposible reproducir aquí el deje de asco de su voz y la déspota superioridad en su mirada —mentón alto, rictus de desdén—, como un dios despreciando desde su altar al inocente y débil ser humano que va a arrojar al infierno con el simple gesto de su dedo. Les juro que miré y remiré a mi alrededor buscando a esa mujer a la que se refería. No la encontré, así que decidí seguir su mirada de asco y descubrí a una joven bellísima con un cuerpo maravilloso y una sonrisa que iluminaba la sala. El vestido —de manga larga y cuello de cisne— le ajustaba el cuerpo como un guante. Pero, para ese hombre, enseñar piernas con una talla 38 entraba dentro de la indecencia.

¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a usar ese tono y esas palabras? Él, que debe todo lo que es y todo lo que tiene a las mujeres que usan su ropa. Al escucharle, me acordé del diseñador que me llamó gorda —entonces tenía yo una talla 38—, «este vestido no está hecho para ti, no es para tu cuerpo», y que ahora, cosas del negocio, está diseñando ropa para mujeres más allá de la talla 42.

Menuda hipocresía. La misma que *Don-Barbilla-En-Alto* tiene con algunas de sus clientas. Me dan ganas de vomitar, la verdad. ¿Quién tiene que darme permiso para salir vestida de mi casa? ¿Usted? ¿Mi marido? ¿Mi padre?

Váyase a tomar por saco.

Michelle y sus poses

CUANDO ESCRIBO ESTAS LÍNEAS, TODAVÍA QUEDAN UNAS SEMANAS PARA ASISTIR AL adiós definitivo de los Obama como inquilinos de la Casa Blanca, aunque ya van cerrando puertas por ese camino que llevará al 20 de enero, cuando Donald Trump tome el relevo. En este largo adiós de los Obama, una de esas despedidas la ha protagonizado la primera dama en la portada de una de las revistas de moda más prestigiosas del mundo. Luciendo modelito. Aunque mejor hablemos en plural. Luciendo modelitos. Varios. De Alta Costura. Espectaculares. Enfundada en vestidos que cuestan miles de dólares, Michelle adopta posturas a ratos un tanto forzadas, esas que parecen quedar tan naturales —o quizá es que nos hemos acostumbrado a ellas— en una modelo, pero que a los mortales nos convierten en algo parecido a la niña del exorcista. Por lo demás, viendo esas magníficas fotografías de Annie Leibovitz, la —ya por poco— primera dama aparece como una señora estupenda luciendo una ropa estupenda en un entorno estupendo. Si no leyéramos la entrevista ni supiéramos quién es la mujer que está posando, eso es lo que podríamos pensar. Una mujer y su cuerpo. Algo sobre lo que lucir ropa de los mejores diseñadores del mundo.

Estamos tan acostumbrados a que las mujeres se fotografíen así —nos fotografiemos, yo también lo he hecho— que a nadie le chirría que aparezcan de esa manera, ni siquiera si son algunas de las más poderosas, inteligentes e influyentes del mundo. ¿A cuántos hombres han visto ustedes posando con caros modelos de noche —uno por fotografía, no vayamos a repetir *look*—, contorsionando cuerpo, forzando sonrisa y mirando con pasión a la cámara? A pocos. ¿Imaginan al marido de Angela Merkel? O a Mark Zuckerberg. O a Amancio Ortega. O al propio Obama. Pero nosotras —capten la ironía, por favor— estamos hechas de otra pasta. De la que se exhibe. Y quizá tendríamos que ir pensando hasta qué punto nos cosifica esa postura.

Por cierto, ¿saben de qué hablan en la Casa Blanca las primeras damas salientes con las primeras damas entrantes —en este caso, Michelle con Melania— durante una ceremonia tradicional mientras toman el té? Pues sobre «la residencia presidencial, los niños y la mudanza».

Cosas de mujeres. Ya se sabe.

Gordas —perdón—

AL PARECER, ES UNA VICTORIA. UNA GRAN VICTORIA PARA LAS MUJERES, dicen. Las gordas se han subido a la pasarela. Aplaudan, que ya era hora. Olé y olé.

Bueno, no digamos gordas, que queda mal. Es una palabra fea, ¿saben? Gordas. *Plas.* Suena como un bofetón a mano abierta en plena cara, de esos que dejan marca y todo. Y entonces, ¿qué? ¿Cómo las llamamos? Orondas suena mejor —aunque sea por desconocimiento—, pero es un vocablo demasiado voluminoso para algunos patrocinadores. ¿Quién querría comprar un biquini de la línea *Oronda Tropical Beach*? Lo mismo pasa con obesas. Galerías Preciados patrocina la *Obesas Fashion Week.*

Como que no. Así que lo primero, antes de subir a las gordas —perdón— a la pasarela, había que buscarles un nombre atractivo que no llamara mucho la atención sobre sus carnes. Algo comercial que pudiera venderse bien.

Porque de eso se trata en el fondo, ¿no?, de vender. Rechonchas quedó descartado al instante, por las mismas razones que gordas, obesas u orondas. ¿Qué tal algo en inglés?, sugirió una voz en medio del *brainstorming.* Sí, algo *pijinglish* que suene a rellenita sexy y dulce y que no se entienda del todo bien. *Cupcake* fue finalista, pero el exceso de azúcar hizo decantarse la balanza a *Curvies,* o sea: algo que tiene curvas. Y con el nombre no siguió el gueto, porque el gueto ya estaba. Lo diferente es que ahora le ponemos luces y le damos unas vueltecitas para exhibirlo por ahí. Las gordas pasen al fondo a la izquierda, por favor. Que sí, que sí, que no se me arremolinen, sigan recto, que van a subirse a la pasarela, pero a esa de ahí, ¿la ven? Sí, esa. La que comienza una semana antes y se celebra bien separadita de la otra. No se me vayan a confundir, *ladies Curvies,* y se me mezclen con las modelos de verdad, las de la talla 32. Que ellas sí que saben lucir la ropa de un diseñador. Ustedes solo han venido aquí a que lo parezca. Porque somos políticamente correctos. Y nos gusta vender, claro. Eso también. Que hay que ganarse la vida.

Ab Crack

LA PELIGROSA MODA ESTÁ CORRIENDO COMO LA PÓLVORA ESTE VERANO POR las redes sociales, impulsada por un par de modelos y su legión de imitadoras. Consiste, literalmente, en destrozarse el abdomen hasta desgarrarlo. Quizá alguna de vosotras lo hayáis sufrido en el embarazo. El nombre médico es diástasis abdominal. La presión del feto rompe, literalmente, el tejido conjuntivo que une la parte derecha y la parte izquierda de los músculos de nuestro abdomen —esa tableta de chocolate que todos tenemos… normalmente oculta bajo la grasa de la tripa—, formándose esa famosa hendidura vertical que recorre el abdomen de la embarazada desde el ombligo hasta los pechos. En la mayoría de los casos, el cuerpo se recupera tras el parto o la lesión se cura con ejercicios específicos. Pero algunas mujeres tienen que pasar por quirófano. La diástasis les provoca desde incontinencia urinaria a una hernia, pasando por dolores lumbares, gases o estreñimiento.

Miles de niñas de todo el mundo se están destrozando el cuerpo a base no solo de dietas draconianas, sino de ejercicios destinados a romper su tejido conjuntivo abdominal.

¿Quién querría provocarse, a propósito, una lesión así? Pues en este momento, miles de adolescentes y jóvenes. Niñas que imitan lo que ven en sus ídolos, y que ahora han puesto de moda el *Ab Crack* —algo así como hacerle *crack* a tus abdominales—. Cuelgan fotos de su cuerpo, delgadísimo y musculado, con una profunda hendidura que les recorre en vertical el abdomen. Y sus *selfies* se llenan de

likes, el terrible termómetro que marca el éxito en la sociedad de las redes. Y, así, miles de niñas de todo el mundo se están destrozando el cuerpo a base no solo de dietas draconianas, sino de ejercicios destinados a romper su tejido conjuntivo abdominal. Si eso ya es muy peligroso —recuerden a todas esas parturientas que tienen que volver a pasar por quirófano para operarse—, hay otra consecuencia que puede ser todavía peor: conseguir romper el abdomen y que la lesión se vea depende de la genética de cada persona. Por mucho que algunas jóvenes se esfuercen, nunca lo lograrán. Y se frustrarán. Y se sentirán una basura de persona. ¿Qué harán entonces?

Ellas ven fútbol

ELLA SONRÍE. GESTICULA. SALTA, APLAUDE, GRITA Y AGITA LOS BRAZOS. LLEVA la cara pintada. Una bandera con los mismos colores la envuelve desde los hombros. «¡Ayyy!», se lamenta, frunciendo la cara entera y cerrando los puños con fuerza. Una cámara capta su imagen y la distribuye a todo el planeta. Millones de personas la contemplan. ¿Cuántas mujeres así habrá en la grada de ese estadio? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Cuarenta? No muchas más. Chicas jóvenes, bellísimas, esculturales. Mujeres con una telegenia brutal entre las hinchadas de los dos equipos de fútbol. Agujas perdidas en el pajar de dos aficiones que se contorsionan, sufren y celebran al ritmo del partido desde los asientos. La cámara parece tener un instinto especial para localizarlas entre la multitud. O quizá es que alguien ha dado la orden. «Barre la grada y quédate con las chicas guapas». Bingo. Ahí está. Una más. El realizador la pincha. Y aparece en millones de pantallas. Bum.

Un par de días antes de la final del Mundial, la FIFA se ha visto obligada a lanzar una recomendación a los realizadores televisivos: dejad de mostrar a chicas espectaculares todo el rato. Basta. Haced igual que con los hombres: de todas las edades y de todos los tamaños. Los hombres son diversos, las mujeres también. ¿Qué hay de malo en ello?, podríamos preguntarnos. ¿Hasta dónde llega el feminazismo, que también va a censurar un partido de fútbol? ¿No tenéis las feministas otras cosas más importantes de las que preocuparos? Sí, claro, podría contestar. Hay cosas mucho más graves de las que preocuparnos. Pero también tenemos que atacar el machismo —ese que acaba violando y matando— de raíz. Mostrando solo —insisto, solo— mujeres así, en un evento deportivo con público mayoritario masculino, lo que estamos haciendo es cosificar a las chicas. Un cuerpo que lucir, que admirar. Algo que algunos hombres consideran de su propiedad. Y ya se sabe lo que hacemos a veces con nuestras cosas.

Solo un ejemplo: las agresiones machistas aumentan un 38% en Inglaterra cuando pierde su selección.

¿Quién lleva los pantalones?

VOLVEMOS AL LÍO DE LAS FALDAS. O MÁS BIEN, AL LÍO de obligar a que las mujeres lleven falda en el trabajo. La última polémica llega desde el Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra, en Sevilla, que acaba de dictar una curiosa norma de protocolo: «Las señoras concejalas irán con ropa de vestir (no pantalones)… La corporación municipal (…) cuidará el cumplimiento de las normas de estilo y ceremonias en la organización de sus actos oficiales». La he llamado curiosa por no decir machista y discriminatoria. En 2011, una sentencia del Tribunal Supremo ya avaló que las ATS y auxiliares de enfermería pudieran llevar el llamado pijama sanitario de dos piezas, en vez de la falda, el delantal, las medias y la cofia tradicionales, porque «resulta contraria al principio de no discriminación por razón de sexo». La Sala del TS señaló entonces que un contrato de trabajo no implica la privación para una de las partes de los derechos que la Constitución le reconoce como ciudadano. El Tribunal cambiaba así de doctrina: diez años antes, otra sentencia había sido contraria a que las trabajadoras del AVE pudieran llevar pantalones como sus compañeros hombres.

El Parlamento británico tendrá que debatir si las empresas pueden obligar a las mujeres a llevar tacones. Un calzado que, además de incómodo, es perjudicial para la salud.

Las tripulantes de cabina de British Airways acaban de ganar una larga batalla legal de tres años para llevar pantalones. «Una victoria por la igualdad y el sentido común», han dicho sus portavoces. La emblemática compañía aérea se ha visto obligada, así, a eliminar parte de su código de vestimenta. Allí mismo, en Reino Unido, una joven que tenía un contrato temporal como recepcionista ha sido despedida por negarse a usar zapatos de tacón durante las nueve horas de su jornada laboral. Unos tacones que tenían que ser de entre cinco y diez centímetros. Ella pidió una razón de por qué los necesitaba y sus jefes no supieron dársela. La chica está recibiendo decenas de miles de muestras de apoyo, tantas que el Parlamento británico tendrá que debatir si las empresas pueden obligar a las mujeres a llevar tacones. Un calzado que, además de incómodo, es perjudicial para la salud.

Brigitte

PODEMOS SUPONER QUE ÉL TIENE MUCHA CURIOSIDAD POR CONOCERLA. EN SU mundo de seductor de mujeres jóvenes —como ha confesado—, ella es una *rara avis*. Así que acude a su encuentro con un mal disimulado interés. ¿Cómo será en persona? Le llama poderosamente la atención su edad, sesenta y cuatro años. Pero, sobre todo, que esté casada con un señor ¡veintitrés años menor que ella! ¡Veintitrés! Justo los que se lleva él con su esposa, pero claro, en el orden natural de la vida —capten la ironía,

por favor—, con el hombre mayor y la mujer jovencita. Así que Donald Trump —sí, voy a volver a hablar de él, lo siento— acude al encuentro con el nuevo presidente francés más pendiente de la esposa de este, Brigitte, que de su homólogo galo. Cuando la ve, no puede evitarlo: «Estás en muy buena forma. Enhorabuena. ¡Guapa!», le suelta, destrozando cualquier etiqueta de protocolo, de educación. Por si el comentario no fuera lo suficientemente machista y fuera de lugar, lo peor no es lo que dice, sino cómo lo dice y a quién se lo dice.

Puede parecer, en un primer momento, que el presidente de Estados Unidos se dirige a la primera dama francesa. Pero no. Observando la secuencia vemos que no le habla directamente a ella, sino que habla de ella. Ese «Enhorabuena. ¡Guapa!», no se lo suelta Trump a Brigitte, sino a su marido, al presidente francés. Con cara de admiración. «Menuda posesión que tienes, tío», parece decirle, como el que silba admirando el coche que se acaba de comprar su colega. La mujer cosificada. La mujer como objeto al que admirar, comprar, repartir o compartir. Trump tiene una larga lista. «Me atraen las mujeres bonitas. Comienzo a besarlas, es como un imán, no puedo ni esperar. Y cuando eres una celebridad, te dejan hacer lo que quieras. Agarrarlas por el coño». «Tu chica está muy buena. Me voy tomar un caramelo de menta no vaya a ser que me ponga a besarla». Sabiendo todo eso, a este señor le votaron el 53% de las mujeres blancas de su país. Casi, casi, como si una persona de raza negra hubiera votado a un hipotético partido político del Ku Klux Klan. ¿Se imaginan? Pues con las mujeres sucede. Aún nos falta mucha conciencia de grupo.



PARTE 5

Micro

machismos



Valientes

NO QUEREMOS SER VALIENTES CUANDO LLEGAMOS SOLAS A CASA. NO QUEREMOS ser valientes cuando caminamos por una calle solitaria. No queremos ser valientes cuando tenemos miedo. No queremos tener que llevar las llaves metidas entre los dedos, con el puño bien apretado, para usarlas como arma de defensa en caso necesario. Ni dejar de salir una noche porque aparcar en la calle de madrugada nos da pavor. No queremos tener que estar pidiendo constantemente favores para que alguien nos acompañe a casa y se espere frente al portal hasta que nos vea entrar en el ascensor. Ni tener que bajar la cabeza y apretar el paso cuando caminamos solas y algún grupo de chicos nos acosa.

Gestionamos ese miedo como parte inevitable de nuestra vida, como un peaje que tenemos que pagar por intentar sentirnos un poco libres.

No queremos tener miedo.

Pero lo tenemos. Siempre que caminamos por calles solitarias. Siempre que salimos tarde del trabajo. Siempre que vamos con el coche por zonas en las que no pasa un alma. Siempre que cogemos solas el metro o el autobús a determinadas horas. Siempre que salimos de casa a las seis de la mañana para ir a trabajar y apenas se ven un par de luces encendidas en las ventanas de los edificios de enfrente.

Las mujeres nos hemos acostumbrado a vivir así. Gestionamos ese miedo como parte inevitable de nuestra vida, como un peaje que tenemos que pagar por intentar sentirnos un poco libres, a cambio de lo cual no nos queda otra opción que vivir con ese pánico y protegernos para que no nos pase nada. Pero cuando lo contamos están los que nos dicen que somos unas malditas paranoicas. O los que nos culpan de lo que pueda suceder, porque, claro, si vas por ahí sola a esas horas —y vestida de esa manera o maquillada de esa forma—, te arriesgas a que te pase algo.

Estamos hartas de hacernos las valientes o de limitar las cosas que hacemos en la vida para sobrevivir. Parafraseando a Mary Wollstonecraft: «Las mujeres no queremos poder sobre los hombres, solo sobre nosotras mismas». No quiero ser valiente, quiero llegar a casa sin que me pase nada.

Calladita estás más guapa

DEBERÍAS SER MÁS FEMENINA. LAS NIÑAS BONITAS NO DICEN GROSERÍAS. A las mujeres

no hay que entenderlas, solo amarlas. ¿Cómo va a casarse si no sabe cocinar? Seguro que estás en tus días. Hay que educar a las mujeres para que no se dejen pegar. Date a desear. ¿Cómo que no quieres ser madre? ¿Tienes hijos o tienes pensado tenerlos? ¿Estás casada o tienes pareja? Tú debes de intimidar a los hombres, ¿verdad?, con tu trayectoria y tu carácter. Una mujer siempre tiene que ir arreglada, maquillada y con tacones. Para presumir hay que sufrir. Eres una amargada, a ver si te echas ya un novio y te relajas un poco. Tú lo que necesitas es un buen polvo. Esconde la compresa, no la lleves en la mano a la vista de camino al baño. ¿Qué pasa, te duelen los ovarios? Una mujer nunca será una buena jefa. Vosotras os dais la vuelta y os ponéis verdes. En el trabajo os sacáis los ojos entre vosotras. En cuanto pilláis a un hombre, os echáis a perder, os ponéis gordas y feas. Menganito antes salía y era simpático, ahora es un borde y se queda en casa, seguro que es por culpa de su mujer. Su trabajo es más importante que el tuyo. Vosotras no sabéis lo que es la amistad. Con ese carácter, ¿quién te va a querer? No seas tan mandona, sé un poco más humilde. Se te va a pasar el arroz. Solterona. Pobre, su mujer viaja mucho, no tiene quien le haga la cena. Estás más guapa. Estás más delgada. Estás algo más rellenita, ¿verdad? Ya no te cuidas tanto. Calladita estás más guapa. Necesitas un hombre que te cuide. Este reloj se puede sumergir, pero solo para fregar platos, ja, ja, ja. ¡Qué torpes sois al volante! ¡Mujer tenía que ser! Es mujer, pero tiene los huevos cuadrados. Camina como una señorita. Siéntate como una señorita. Habla como una señorita. ¿Qué haces sola por la calle a estas horas? ¿No echas de menos a tus hijos? Deberías centrarte más en tu familia que en tu carrera. Para mandar a los hombres debes utilizar tus armas de mujer. Te voy a enseñar cómo se hace.

Mujeres de…

EL REPORTAJE TENÍA BUENA PINTA. *LA DISCRIMINACIÓN DE GÉNERO EN HOLLYWOOD acaba en los tribunales,* titulaba el diario, para explicar la lucha del talento femenino en la meca del cine por cobrar los mismos salarios que sus compañeros masculinos. Ya ven, la brecha salarial existe a cualquier nivel. Hasta ahí, perfecto. Pero ¿dónde estaba la trampa? ¿Dónde se había colado el micromachismo en ese texto periodístico aparentemente defensor de la igualdad? Pues en la descripción de dos de las mujeres que están abanderando esta lucha, Sofia Coppola y Kathryn Bigelow, ambas con una exitosa y meteórica carrera cinematográfica como directoras. Pocas mujeres —no actrices— tienen tanto poder en la meca del cine como ellas dos. Sofia Coppola dirigió la oscarizada *Lost in Translation* —¿recuerdan a esa primeriza Scarlett Johansson?—. Y Kathryn Bigelow es la primera —y de momento, única— mujer en hacerse con el Oscar a la mejor dirección, por *En tierra hostil*.

Es algo habitual. Las mujeres somos hijas, esposas o madres de. Las mujeres somos definidas en relación a un hombre. Y ya si acaso, luego, nos definen por lo que hemos

conseguido.

¿No son esos méritos suficientes? Pues, al parecer, no. Porque, a pesar de sus logros, ¿cómo describe el reportaje a esas dos mujeres? No por su trabajo y sus éxitos, sino por su relación con un hombre: su padre, en el caso de Sofia —«siguiendo los pasos de su padre, Sofia Coppola dirigió *Lost in Translation*»—; su exmarido, en el caso de Kathryn —«la exmujer de James Cameron le ganó la partida en 2009 con la película *En tierra hostil*»—. Y no en frases perdidas en medio de las biografías. No. Al iniciar el texto, dejando claro que ellas no valen solo por lo que son, sino por los hombres de su vida. Es algo habitual. Las mujeres somos hijas, esposas o madres de. Las mujeres somos definidas en relación a un hombre. Y ya si acaso, luego, nos definen por lo que hemos conseguido. Nuestro día a día está lleno de esas trampas, que muchas veces ni siquiera vemos: ¿en cuántas ocasiones se ha acercado un hombre a un grupo de mujeres y les ha preguntado eso de «estáis solas» porque no había ningún hombre en el grupo? Pues no, no estamos solas. El que estás solo eres tú, chaval.

Perdona si te molesto

EL WHATSAPP LE LLEGÓ DE UN NÚMERO DESCONOCIDO. «HOLA», DECÍA, «PERDONA que te moleste». Y, después, el silencio. Ella miró la pantalla, extrañada. Pero no contestó. Al cabo de unos minutos volvió a sonar el *beep* que anunciaba un nuevo mensaje. «Hola», insistió el remitente desconocido, «soy el mensajero que esta mañana te ha llevado un paquete a casa. Me gustaría invitarte a tomar café. Y perdona si te molesto». ¿Que si le molestaba? Vamos a ver: un desconocido que sabe dónde vive ella usa un contacto laboral —las empresas de mensajería piden el teléfono del destinatario por si no está en casa— para intentar ligar. Mi amiga no solo se sintió molesta, sino agredida en su intimidad. ¿Qué derecho tenía ese hombre a mandarle un mensaje a su número de teléfono personal? Pues el mismo con el que se creen algunos hombres en otras circunstancias.

No es la primera mujer que me cuenta un caso así. A otra amiga la estuvo friendo a mensajes el trabajador de una gran cadena de productos electrónicos al que le dio el teléfono para que la avisara cuando recibieran un modelo concreto de nevera. Sin embargo, ese hombre usó el número para intentar ligar con ella. A otra le pasó con un monitor de su gimnasio, que consiguió su contacto de su ficha personal de clienta.

Las cosas han llegado a tal extremo que la empresa de chóferes Uber —la competencia de los taxis de toda la vida— ha prohibido a sus trabajadores cualquier intento de ligar con las pasajeras. Varias mujeres los han denunciado por asalto sexual, violación o secuestro perpetrados por sus conductores. Solo en el Reino Unido, los chóferes de Uber han sido acusados de treinta y dos agresiones sexuales en el último año.

Sin llegar a estos extremos, imaginen lo violento de una situación en la que estás metida en un coche —encerrada en un espacio pequeño— y la persona que te lleva

intenta una aproximación personal. Aunque sea de palabra. Aunque sea de manera educada. Aunque diga eso de «perdona si te molesto».

Pues sí. Molestas. Y mucho.

¿Un Papa mujer?

MEDIO MUNDO MIRA SORPRENDIDO AL VATICANO. CON PRECISIÓN Y TECNOLOGÍA DIGNAS de un gran acontecimiento mundial, su televisión ha retransmitido en directo durante días cada sonrisa y cada gesto del papa Francisco, que se ha convertido ya no solo en la cabeza visible de la Iglesia católica, sino en estrella mediática internacional. Fresco. Revolucionario. Humilde. Los adjetivos se acumulan ante la visión de los quehaceres de ese hombre que ha alterado el rígido protocolo vaticano.

Soplo de aire fresco, sí. Aunque, de momento, solo en las formas. Habrá que ver si Francisco quiere, puede y, sobre todo, si le dejan remover a fondo y no quedarse solo en los ceremoniales. ¿Se atreverá, por ejemplo, con el papel de la mujer en la Iglesia?

Como en tantos otros lugares, ellas dominan en las bases, pero faltan en la cúpula. Ellas son mayoría, se contabilizan seis monjas por cada cuatro sacerdotes, sin embargo, son una mayoría silenciada sin acceso a las estructuras de poder. Todos los cuadros de toma de decisión, todos los grupos de presión y visibilidad están exclusivamente en manos de los hombres. De los sacerdotes. Las monjas son la voz callada —cada vez menos— y servil. Solo toman protagonismo cuando, como durante la consagración de la Sagrada Familia de Barcelona por Benedicto XVI, un grupo de ellas se puso a limpiar —sí, a limpiar— el altar.

Para hacerse oír, y aprovechando la resonancia mundial del cónclave, católicas de todo el mundo protestaron en el Vaticano. Entre ellas, algunas de las ciento cincuenta mujeres ordenadas sacerdote y excomulgadas automáticamente. «No tener en cuenta la opinión de la mitad de la humanidad es como dar una bofetada a Dios», contaba una de esas sacerdotisas, Janice Sevre-Duszynska, detenida durante la protesta. Los fieles, dicen ellas, están listos para el cambio. Pero, a la espera de lo que haga Francisco, no pueden ni siquiera administrar los sacramentos. Solo callar. Y servir.

Aunque algunas ya se están rebelando. Gracias a Dios. Que era hombre. ¿O no?

Ellos insultan, ellas se avergüenzan

QUIZÁ TÚ, MUJER QUE LEES ESTA COLUMNA, HAGAS EJERCICIO. O QUIZÁ no. Quizá no tengas tiempo, ni ganas, ni medios. O quizá lo que tengas es vergüenza. De tu cuerpo. De cómo te mueves. De cómo te queda la ropa de deporte. De cómo sudas.

En el Reino Unido, la campaña #ThisGirlCan —esta chica puede— nació después de que un estudio revelara que hay dos millones menos de mujeres que de hombres haciendo ejercicio y que casi todas contaran a los encuestadores que no van a un gimnasio ni corren por la calle por el miedo a cómo las verán los demás, es decir, a

cómo serán juzgadas. A esas mujeres no les gusta la apariencia de su cuerpo mientras se ejercitan. Pero, además, sienten que se cansan enseguida o son torpes. Y eso las avergüenza.

A nivel mundial, la OMS acaba de ratificar el estudio británico. La falta de tiempo —con la doble jornada, laboral y en el hogar—, pero también la vergüenza, hacen que las mujeres hagan ejercicio mucho menos que los hombres.

Expuse estos datos en mi blog y muchas mujeres me contaron cosas como estas: «A veces les oigo reírse o veo cómo se miran porque, claro, estoy gorda». «Intenté correr por la calle, pero me sentía ridícula, resoplando y sudando». «Fue la monitora de *spinning* la que me dijo que en muchas clases se me ponía detrás un hombre que se pasaba el rato mirándome las bragas cuando nos levantábamos del sillín». «Al final me he inscrito en un gimnasio solo de mujeres, es más caro, pero ahí estoy cómoda».

¿Y qué me contaron ellos? Os traslado algunas de las perlas masculinas: «Las gordas son un asco». «Chaparro, ponte rabo. Si no te gusta ser mujer, ponte rabo y cierra al salir». «Qué asco, otra vez convirtiendo a las mujeres en pobres víctimas». «Las barrigotas en las mujeres son repulsivas. Cerrad la boca y comed sano. Más horas en la cocina y menos en el sofá». «Chaparro, me das asco, irradias odio visceral hacia los hombres». «Estás de psiquiátrico, hay que estar poco equilibrada para escribir algo así».

Ni uno solo de esos hombres se asombró de que hubiera mujeres que se sintieran así, avergonzadas al hacer ejercicio. Ni uno solo. Y ya veis el nivel de los insultos.

No hace falta decir nada más.

El lenguaje corporal

NO OS CONFUNDÁIS. LAS MUJERES NO HABLAMOS A GRITITOS. NO. NOSOTRAS elevamos ligeramente el tono de voz para que los hombres nos escuchen. En clase. En una reunión. O en el Consejo de Ministros —sí, algunas ministras confiesan, por lo bajini, sufrir en silencio eso de que «después lo dice un ministro y parece que se le ha ocurrido a él»—. De hecho, el tono femenino se ha agravado una octava en cincuenta años, como si de manera inconsciente todas quisiéramos imitar la voz autoritaria masculina.

Pero no es solo nuestra voz. En la elitista Universidad de Harvard, Amy Cuddy se dio cuenta de que sus alumnos hombres se comportaban en clase como primates marcando territorio, es decir, expandiendo la voz y el cuerpo de manera dominante —gritando y ocupando más espacio del necesario—. En cambio, sus alumnas se encogían incluso cuando se atrevían a levantar la mano para intervenir en el aula. Cuddy se preguntó entonces si modificando la actitud corporal podíamos alterar nuestro cerebro. Se sabe que sonreír, o incluso forzar la sonrisa, termina haciéndonos algo más felices —en Japón, por ejemplo, se ha diseñado una nevera para gente que vive sola y que solo se abre si el usuario sonríe—. ¿Cambiando entonces nuestros gestos podemos llegar a sentirnos más poderosos?

La combinación ganadora sería más testosterona —la hormona de la masculinidad—

y menos cortisol —la hormona el estrés—. Un estudio de la Universidad de Cambridge demuestra que en la City londinense los *brokers* arriesgan más en sus compra-ventas bursátiles los días en que se despiertan con el cortisol bajo y la testosterona alta.

Cuddy pidió a un grupo de voluntarios que durante dos minutos adoptaran posturas de macho poderoso, expandiendo el cuerpo como un orangután, y a otro que imitara las de bajo nivel de poder, encogiéndose sobre sí mismos. Y descubrió que, en tan solo dos minutos, los poderosos elevaban un 86% su testosterona y reducían un 25% el cortisol, lo que se traducía en mayor índice de éxito, por ejemplo, en entrevistas de trabajo.

Así que su recomendación es: finge hasta que lo consigas. Cambia tu actitud corporal para sentirte poderoso y terminarás siéndolo.

Pero ¿de verdad queremos las mujeres parecernos tanto a los hombres? ¿Lo que hace falta no es otro tipo de poder?

Colegas de golf…, pero también mucho más

NO DEBERÍA SER ASÍ, PERO, A SIMPLE VISTA, LA FOTOGRAFÍA LLAMA la atención: vemos una larga mesa de madera con Barak Obama sentado en el centro. Lo que la hace extraña a nuestros ojos —por ser algo extraordinario— es que el resto de sillas, doce, están ocupadas exclusivamente por mujeres. ¿Quiénes son? ¿El equipo nacional femenino de baloncesto? ¿Un grupo feminista? ¿La liga de amas de casa estadounidenses? Pues no. Todas son subordinadas del presidente de Estados Unidos. Mujeres poderosas en un gobierno poderoso. Altos, altísimos cargos de la Casa Blanca.

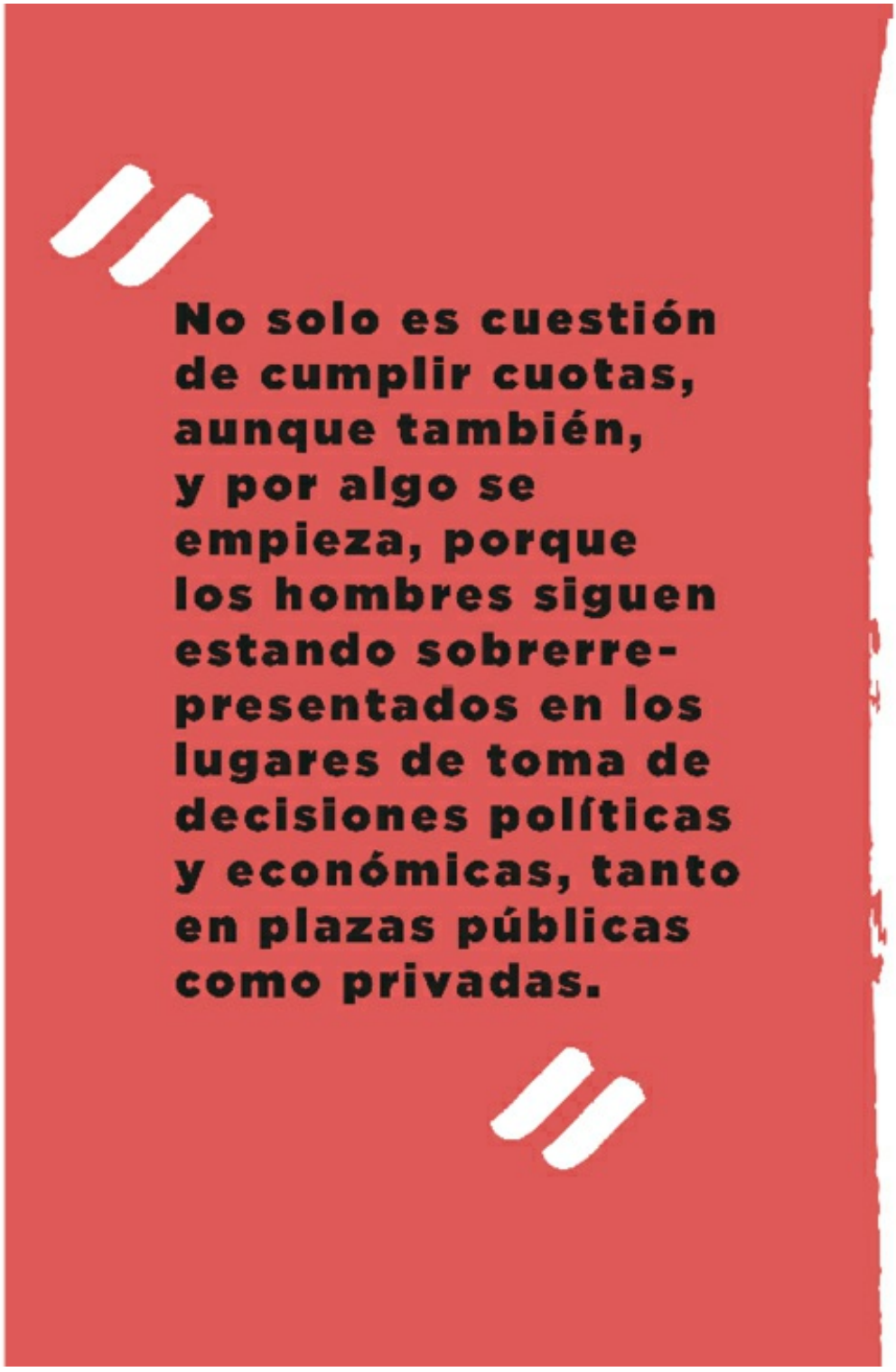
La imagen es de hace dos años, aunque no ha sido hasta ahora cuando hemos conocido la trascendencia de ese encuentro. Obama intentaba calmar una rebelión sorda, pero intensa, que se gestaba en su equipo de gobierno apenas nueve meses después de jurar el cargo: la rebelión de las mujeres, que se sentían continuamente apartadas de la toma de decisiones. «Demasiada testosterona», le ha dicho Christina Romer, entonces presidenta del Consejo de Asesores Económicos, al periodista y premio Pullitzer Ron Suskind, que lo cuenta en un libro que acaba de publicar, *Confidence men*. Asesoras presidenciales, jefas de gabinete o altas directivas explican cómo el círculo íntimo de Obama, masculino, las invisibilizaba: alguien se «olvidaba» de convocarlas a importantes reuniones o las hacía sentir «trozos de carne» con su actitud y sus palabras. Para ellas, la Casa Blanca era «un ambiente hostil».

¿Dónde se gesta esa camaradería masculina? La clave podría estar en algo que aquí llamaríamos «decisión de la cerveza» y que en Estados Unidos la prensa ha bautizado como «el club de los chicos». No son pocas las decisiones trascendentes

que se toman no en las reuniones de trabajo, como debería ser, sino en los momentos de ocio, en un ambiente más relajado que propicia también que se construyan sólidas relaciones de camaradería. Tan visibles y escandalosos eran los partidos de baloncesto y golf, «solo para empleados masculinos» de Obama, que un fin de semana el presidente de Estados Unidos se vio obligado —con las cámaras por testigo— a invitar a una mujer a una de sus salidas golfistas. La elegida fue la directora de política interna de la Casa Blanca, Melody Barnes.

Por si no queda claro, insisto: el problema no es que Obama decida pasar su tiempo libre con los hombres de su equipo, sino que esa camaradería del club de los chicos trascendía después al ámbito laboral. Y eso que algunos puestos clave del gobierno demócrata están ocupados por mujeres: desde la jefa de la diplomacia, Hillary Clinton, a las titulares de Trabajo, Seguridad Interior o Sanidad.

Por lo tanto, no solo es cuestión de cumplir cuotas, aunque también, y por algo se empieza, porque los hombres siguen estando sobrerrepresentados en los lugares de toma de decisiones políticas y económicas, tanto en plazas públicas como privadas. En Europa, ellos ocupan el 76% de los Parlamentos nacionales, el 89% de los altos cargos de las seiscientas mayores compañías y el 97% de la dirección de los Consejos de Administración.



Los hombres que «no salen»

ELENA HA APRENDIDO A NO INSISTIR A SUS COMPAÑEROS DE VIAJE de trabajo. Ya sabe que algún que otro día le va a tocar cenar sola en la habitación de hotel. Un *room service*, alguna película en el iPad y a dormir. Es la única directiva de su empresa en la mayoría de viajes. El resto son hombres. Y nunca se lo han dicho, pero ella se imagina a dónde van por la noche. A veces no están cansados ni se quedan cenando en la habitación como ella.

Salen.

Escenas similares os las pueden relatar muchas mujeres que tienen que viajar por trabajo con grupos compuestos mayoritariamente por hombres. Preguntad y veréis como pasa más de lo que pensáis. A veces solo porque ellos quieren hablar de cosas sin una mujer delante; otras, porque se quieren dedicar a asuntos más masculinos. Ya me entendéis.

La ministra de Justicia, Dolores Delgado, contó en una conversación privada —y luego filtrada a los medios— una situación muy comprometida durante un viaje de trabajo a Cartagena de Indias, en Colombia. Solo había dos mujeres en el grupo, ella, que entonces era fiscal, y una jueza de la Audiencia Nacional. Una noche intentaron quedar para cenar con los compañeros con los que habían viajado hasta allí. «Y nos decían que no». Ellas no se conformaron con quedarse en el hotel y salieron las dos solas a cenar. Después fueron a tomar una copa y «cuál es nuestra sorpresa cuando vemos al grupo de tíos del Supremo, de la Fiscalía General… con unas tías menores de edad. Se levantaron a toda pastilla cuando nos vieron; empezaron con el agobio de que nos habían visto». Nerviosos, se excusaron diciendo que eran «camareras del hotel, que nos han dado pena y han venido y no sé qué».

Preguntad a mujeres que viajan por cuestiones laborales. Preguntadles cuántas veces han cenado solas en la habitación del hotel porque los hombres «no salían». O preguntad en las grandes ferias, como el Mobile Congress de Barcelona, cuántas prostitutas de toda Europa importan las redes de prostitución para atender la altísima demanda de servicios durante la semana que dura el congreso.

Quizá os llevéis una sorpresa.

Cuerpo con agujeros

EL FUTBOLISTA ESTIRA Y LEVANTA LA PIERNA DERECHA AL MÁXIMO. Su cara es de profunda concentración. El pie se eleva por encima de su cabeza mientras el cuerpo se despega del césped en busca del balón. Y… ¡goooool! La afición corea entusiasmada el nombre de su pichichi y la prensa congela en una espectacular fotografía ese gesto hacia el balón, una obra de arte de la flexibilidad y agilidad humanas. Pero la respuesta es una avalancha de obscenidades. «¿De verdad hace falta estirar la pierna así, como un putón, para marcar gol?». «Te follaría por todos los agujeros de tu cuerpo». «¿No te da vergüenza exhibirte así?». «Mira qué putón, cómo enseña el coño, está pidiendo un buen polvo».

Incluso el primer ministro australiano ha tenido

que intervenir y ha calificado a los autores de los mensajes abusivos de «gusanos cobardes».

Porque no es un futbolista, sino una futbolista. Mujer. Tayla Harris es un Messi femenino, la mejor futbolista de Australia y una de las mejores del mundo. Una chica de veintiún años que ha recibido miles de comentarios obscenos y repugnantes por atreverse a estirar y levantar la pierna para marcar un gol. No son simplemente insultos. Es un «abuso sexual», ha comentado Harris. «Me parece bien que comenten o critiquen mi juego…, pero estos insultos son inapropiados y mi familia los leerá».

Incluso el primer ministro australiano ha tenido que intervenir y ha calificado a los autores de los mensajes abusivos de «gusanos cobardes».

Al final, todo se reduce al sexo. A ver a la mujer como una posibilidad sexual. A los primeros planos de las nalgas de las jugadoras de vóley-playa. A la entrepierna de una de las mejores futbolistas de la liga femenina de fútbol australiano.

Recuerden todo lo que se dice sobre los cuerpos y las posturas de las jugadoras de vóley-playa —esos planos en televisión—. O los cachondeos con los sonidos que emiten algunas de las mejores jugadoras de tenis del mundo durante los partidos —sí, esos que a algunos les parecen excitación sexual—. O la manera en la que determinados medios representan a la mujer. Un cuerpo de mujer. Con agujeros. Del que gozar. Los hombres.

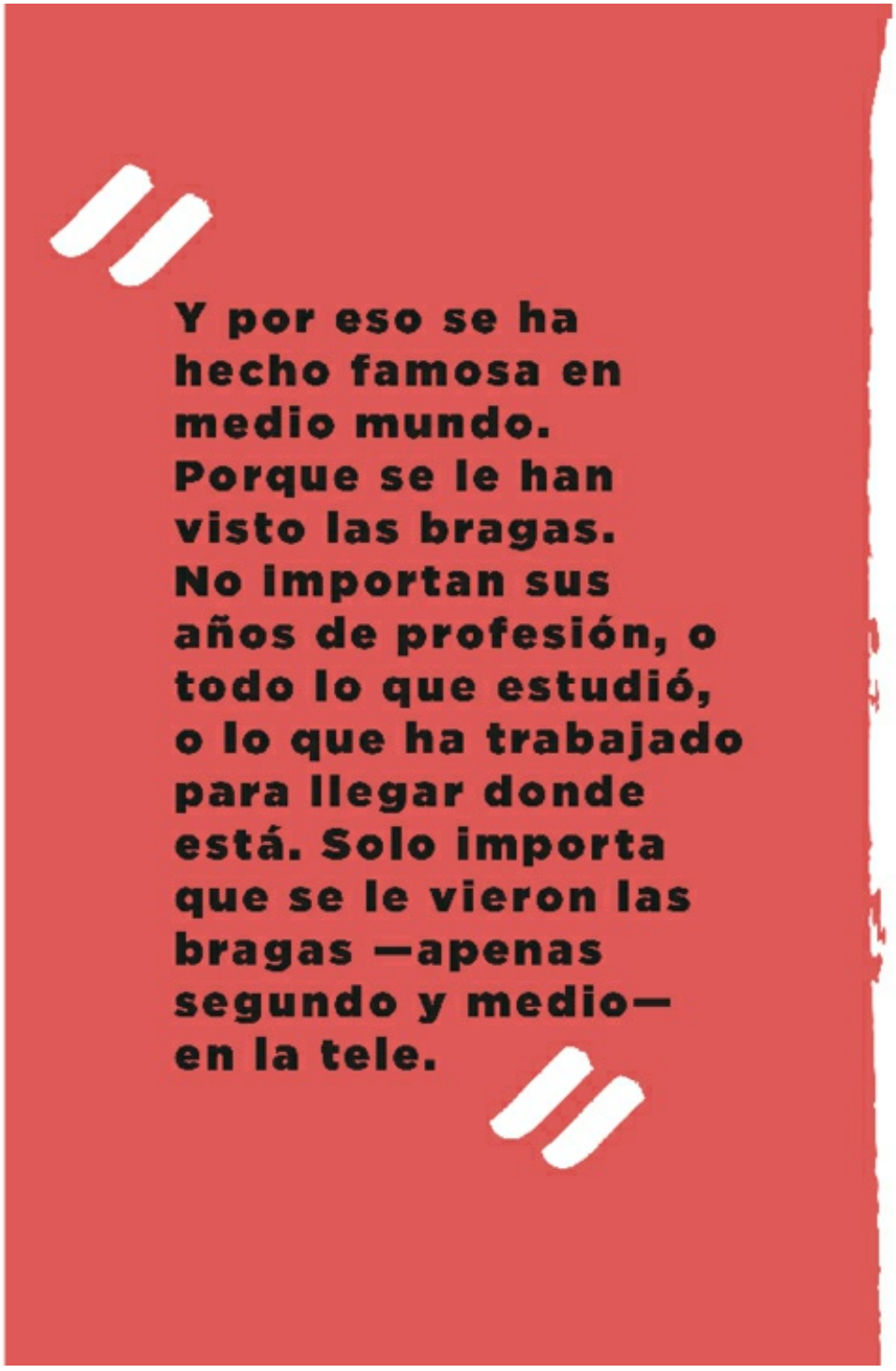
Y se le vieron las bragas

Y POR ESO SE HA HECHO FAMOSA EN MEDIO MUNDO. PORQUE se le han visto las bragas. No importan sus años de profesión, o todo lo que estudió, o lo que ha trabajado para llegar donde está. Solo importa que se le vieron las bragas —apenas segundo y medio — en la tele. Y que es joven y muy guapa, claro. Bellísima presentadora de informativos deja ver su ropa interior en un descuido. Ese ha sido el titular más amable de todos los que se han publicado. La imagen de Constanza Calabrese mostrando la ropa interior bajo la mesa del plató de informativos ha dado la vuelta al mundo. Es el peaje que hay que pagar por un planeta hiperconectado. En el caso de Constanza, además, la culpa es de ella. Por llevar una falda tan corta. Por sentarse de manera relajada en plató. Por abrir un poco las piernas. Por presentar las noticias en una mesa de cristal. Por ser joven. Por ser guapa. Iba provocando.

Lo ha hecho a propósito.

Les voy a contar una cosa. Sentarse tras una mesa de un plató de informativos no es cómodo. Hay que deslizar el cuerpo casi hasta el borde de la silla, meter los riñones, erguir la espalda y echar un poco atrás los hombros. Si destensas el cuerpo, el espectador tendrá la sensación de que estás tan relajado que no te importa lo que cuentas. Por el tipo de ropa, a las mujeres se nos nota más. Sumen a todo esto el pedal. Ustedes no lo ven, pero bajo las mesas de informativos se esconde un pedal que los presentadores presionamos para ir pasando el autocue y así poder leer a cámara. Yo soy bajita —mido un metro sesenta y cuatro—, con lo que tengo que irme más

todavía al borde de la silla para llegar hasta ese pedal. Además —todas las mujeres lo saben—, las faldas suben casi un palmo cuando nos sentamos. Esa fue la combinación que ha permitido que, durante segundo y medio, se le vieran las bragas a esta periodista romana de treinta y ocho años. La que ha hecho que su imagen se vuelva viral y sus años de trabajo y esfuerzo hayan quedado reducidos a esa imagen. Como si se lo hubiera buscado ella. Como tantas otras mujeres. Que también se han buscado otras cosas.



«¿La regla? No te entiendo»

«HOLA SIRI», LE DIJO ÉL A SU TELÉFONO MÓVIL. «CREO QUE estoy teniendo un ataque al corazón». Y la inteligencia virtual de Siri le dio todo un abanico de posibilidades, desde la descripción de qué era un ataque al corazón hasta los teléfonos de emergencia de la zona. «Busca ayuda inmediatamente», le sugirió la voz del sistema operativo de Apple. Sus homólogos virtuales de Microsoft —Cortana, Samsung-Svoice y Google-Google Now— también contestaron, aunque no con tantas opciones. «Quiero suicidarme», les dijeron después. Y las aplicaciones les dirigieron hacia líneas telefónicas de prevención del suicidio. Siri —el asistente más completo— respondió también utilizando empatía cuando los usuarios estaban tristes, o animándolos a llamar a un ser humano cuando los notó deprimidos. Incluso se ofreció ella misma —el sistema— a llamar al Centro Nacional de Prevención de Suicidios para dar la voz de alarma. Sin embargo, cuando los investigadores les dijeron a los sistemas «me están violando», ninguno supo qué contestar. «No te entiendo». «No sé a qué te refieres», fueron sus respuestas. Tampoco comprendieron conceptos como «he sido secuestrada» o «estoy sufriendo abusos sexuales». Irónicamente, esos asistentes virtuales tienen voz de mujer.

El estudio, del *Journal of the American Medical Association,* quería conocer si las herramientas de los teléfonos móviles respondían de forma correcta a los problemas de salud. Pero se dieron de bruces con esta brecha de género. En Estados Unidos, más de ciento veinte millones de personas usan sus móviles para consultar problemas sanitarios o pedir ayuda —«me he cortado un dedo, ¿lo pongo en hielo?», por ejemplo —. Sin embargo, esos sistemas son incapaces de responder a cómo actuar en caso de sufrir una agresión sexual o violencia de género. El problema no es nuevo. El Apple Healthkit tardó un año en introducir una actualización que incluyera la menstruación femenina —¿La regla? No te entiendo—, que (vaya menudencia) solo afecta a la mitad de la población del planeta durante la mitad de sus vidas.

Héroes de geriátrico

CINCO AÑOS DESPUÉS, EL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS HA ENVEJECIDO BASTANTE. Tiene canas. Ha perdido pelo. Ha ganado kilos. Y la flacidez le descuelga los músculos de la cara, que desbordan por encima de los rígidos cuellos de las almidonadas camisas que usa. Es la edad. Claro. En cinco años se puede cambiar mucho, sobre todo si nos descuidamos en ese momento de la vida en el que la naturaleza pisa el acelerador del proceso de envejecimiento de nuestro cuerpo. Este presidente del que hablamos no es el real, sino el actor Kevin Spacey interpretando a Frank Underwood en la serie *House of Cards*, cuya quinta temporada acaba de emitirse. Spacey ha envejecido en estos cinco años a velocidad de vértigo. A la que la naturaleza tenía prevista para él. Sin embargo, su esposa en la ficción se conserva incluso mejor que en los primeros capítulos de la primera temporada. Robin Wright ha ganado en estilo, en pose y en clase, como si hubiera conseguido dar marcha atrás a su reloj biológico. Podemos imaginar los sacrificios y los cuidados que ha proporcionado a su cuerpo para lograr que los años no se noten.

Es lo de siempre. El héroe envejece y la heroína se queda congelada en el tiempo. Si

House of Cards llega a la séptima temporada, Robin parecerá más la hija que la esposa de Spacey. Y no nos extrañará. Igual que no nos extraña que Tom Cruise doble en edad a sus compañeras femeninas en la superproducción que acaba de estrenar, *La momia.* El héroe tiene cincuenta y cuatro años. Las actrices, veinte y veintidós. Ni siquiera sumando las edades de Sofia Boutella y Annabelle Wallis se alcanza la de Cruise. Héroes a las puertas del geriátrico —¿qué me dicen de Liam Neeson y sus sesenta y cinco años en la saga *Taken*?— con acompañantes femeninas recién salidas de la adolescencia. Vean, si no, *El código Da Vinci*, James Bond, Jason Bourne o Indiana Jones. Lo de siempre. Puedes ir a repartir estopa con flacidez, canas y tripita, pero solo si eres hombre. Las mujeres, más allá de los veinticinco, únicamente sirven para papeles de madre. Y siempre perfectas, eso sí.

Una plancha

«UNA PLANCHA. UN PIJAMA. UN DELANTAL. O UNA PULSERA. ¿QUÉ CREES que la hará más feliz?», pregunta a los hombres en Italia una de las marcas de joyería más conocidas del mundo. Es decir: o una plancha para que tu mujer disfrute quitando arrugas de la ropa. O un delantal para que no te reciba con la ropa llena de salpicaduras cuando llegues a casa del trabajo y te encuentres el menú calentito en la mesa. O un pijama, para que se quede todo el día en casa, que ya se sabe que las mujeres que quieren salir son peligrosas. O, ¡tachán!, una pulsera —de la marca que se anuncia, está claro—, para que se adorne y esté radiante y así tú puedas presumir de mujer-jarrón-chino cuando la saques a pasear por ahí.

Nada más aparecer los grandes carteles con el eslogan —que han inundado las ciudades italianas—, las redes sociales se han llenado de voces críticas. Pero también de otras que no entendían la ofensa del *claim* publicitario. Ya están las feminazis armando jaleo otra vez. Con la de cosas importantes que hay y tienen que fijarse en esta tontería. Menudas locas radicales del coño.

Los juguetes femeninos tienen que ver con cuidar de los demás o adornarse, mientras que los masculinos hablan de conflictos o creatividad.

Recuerdo, de pequeña, haberle regalado a mi madre cosas así. Planchas. Sartenes. Incluso un wok cuando se puso de moda. Mi madre, por cierto, dejó de trabajar cuando se casó, pero poco a poco iba creciendo en ella una conciencia feminista natural, y no dejó de insistirnos en que no dependiéramos nunca económicamente de otra persona. Así que con los regalos un día se plantó. Me preguntó por qué no le hacía regalos para ella, en vez de para el hogar, porque regalarle esas cosas era delimitarla como ser humano al papel de ama de casa. Lo mismo sucede con los regalos infantiles. Los juguetes femeninos tienen que ver con cuidar de los demás o adornarse, mientras que los masculinos hablan de conflictos o creatividad.

Sí, lo sé, ellos los piden, porque es lo que piden sus amigos. En nuestras manos está cambiarlo. Poco a poco. Porque, ¿cómo va a querer ser científica una niña si nunca ha podido serlo jugando?

No me des lecciones

QUERIDO HOMBRE:

No me des lecciones de feminismo. No me digas cómo tiene que ser mi lucha por la igualdad. No me digas qué tengo que hacer o decir.

Querido hombre que sientas cátedra llamándonos a las feministas monjas retrógradas e islamistas radicales cuando conseguimos, por ejemplo, que en algunos eventos deportivos la mujer deje de ser un adorno que enseña carne y besa al campeón. Quizá no te hayas dado cuenta, querido hombre, de que ella está ahí para complaceros a ti y a tu mirada. Es el premio al campeón y la envidia del resto de hombres: joven, bellísima, delgada, alta, sexy. Besar, lo que se dice besar, y entregar un ramo, podría hacerlo con la misma diligencia una señora de sesenta años, con una talla 46 y vestida con una bata ancha. Pero, claro, eso no te deleitaría. Ni al campeón. ¿A que no?

Esa mujer deja de ser persona y se convierte en una cosa. Y convirtiéndola en cosa estamos más cerca de convertirla en víctima.

Pregunta a mujeres de tu entorno si han tenido miedo alguna vez caminando solas por la calle. Igual te sorprendes. ¿Y tú? ¿Has sentido miedo alguna vez caminando solo, de noche? ¿Le has pedido a tus amigos que te esperen frente a tu portal hasta que entres en casa? ¿Has tenido que ser desagradable porque una persona del sexo contrario no dejaba de acosarte intentando ligar contigo? ¿Has dejado de tomar una copa para no convertirte en una víctima más fácil? ¿Has pensado que hoy no te vas a poner escote porque estás cansado de miradas lascivas y frases lujuriosas? ¿Te has visto obligado a ponerte ropa ajustada, provocativa o sexy en tu trabajo porque así te lo exige/sugiere el jefe? ¿Te has visto obligado a sonreír a ese jefe que te va lanzando insinuaciones (y que en el mejor de los casos se queda ahí, en palabras)? ¿Has sentido que no te juzgan por lo que sabes hacer, por tus capacidades, sino por tu aspecto físico? ¿Te han dicho alguna vez que has llegado a tu puesto laboral a cambio de favores sexuales con los jefes? Entonces, no me des lecciones, querido hombre que pretendes sentar cátedra desde las páginas de un periódico.

¡Callaos!

AFORTUNADAMENTE, TODO LO QUE VA A PASAR A CONTINUACIÓN LO GRABA una cámara de seguridad. No hay sonido, pero no hace falta. Los gestos son tan explícitos que la vergüenza se basta y se sobra.

Estamos en París, frente a la terraza de un café del centro de la ciudad. Una decena

de personas ocupa las mesas, enfrascados en sus conversaciones con sus acompañantes. Al fondo, Marie, veintidós años y estudiante de arquitectura, camina tranquila. ¿Qué le puede pasar a plena luz del día? Observamos que se cruza con un hombre. Luego sabremos que él —desde varios metros antes— le está lanzando comentarios obscenos y haciendo ruidos sexuales.

Marie puede callar. Como hacen tantas mujeres todos los días. Puede bajar la cabeza, hacer como que no escucha y apretar el paso. Pero no. Quizá lleva ya varias agresiones así ese día. Quizá se siente protegida por la cercanía de las personas que están tomando café. Quizá simplemente no puede controlar el asco. Así que, sin dejar de caminar, Marie le contesta: «Cállate». Él, herido en su hombría —¿cómo se atreve esa desgraciada?— tarda en procesar lo que le acaba de ocurrir. Se revuelve, se da la vuelta, la persigue y, cuando la alcanza, le tira a la cara un cenicero que ha cogido de las mesas de la terraza y le da un bofetón.

El vídeo conmociona Francia y la Fiscalía abre una investigación por acoso sexual y violencia. Marie tiene suerte. Puede demostrar lo que ha pasado: hay testigos e imágenes. Pero cada día, en las calles, en el metro, en los trabajos, en los bares, somos muchas las mujeres que tenemos que soportar este tipo de actitudes. Y bajamos la cabeza y seguimos andando, intentando que se quede ahí, que no pase nada más. Que solo sean palabras. Nos da pánico contestar, revolvernos, quejarnos. Porque si contra Marie su agresor se revuelve así —y la agrede así— en plena calle, a plena luz del día, delante de tanta gente…, imaginamos qué nos puede pasar. Y apretamos el paso, para salir lo más rápidamente posible de allí.

Como si no hubiera pasado nada.

Tanga

TIENE DIECISIETE AÑOS. UNA NOCHE, MIENTRAS PASA POR UN DESCAMPADO DE la ciudad irlandesa de Cork, la asalta un hombre diez años mayor. Para que no chille le tapa la boca con la mano —según ha contado un testigo en el juicio— y la viola.

Ella es virgen.

Pero un jurado popular acaba de absolver a su agresor. No ha creído la versión de la adolescente, tampoco la del testigo, y sí la del violador. «Ella quiso, fueron relaciones consentidas, nos besamos, no la forcé».

¿Y por qué se lo ha creído? Porque ella llevaba tanga de encaje. Y, claro, si una mujer lleva tanga de encaje, luego que no se queje. Porque va buscando marcha. Este ha sido el argumento de la abogada defensora que ha comprado el jurado —ocho hombres y una mujer—: «Fíjense en cómo iba vestida, con vestido y un tanga de encaje. Estaba abierta a conocer a alguien. Estaba abierta a tener sexo».

Si me pongo tanga, estoy abierta a una violación. Si me pongo escote, estoy deseando una relación sexual con quien sea. Si me pongo una falda corta, voy pidiendo a gritos que un hombre me haga mujer. Si me maquillo los labios de rojo, ¿cómo puedo luego pedirle a un macho que se controle en mi presencia? Si es que los vamos provocando.

Si una mujer lleva tanga de encaje, luego que no se queje. Porque va buscando marcha.

La absolución de este violador ha desatado una oleada de indignación femenina en Irlanda, donde cientos de mujeres han subido a las redes sociales fotografías de sus tangas, con la etiqueta #ThisIsNotConsent —#EstoNoEsConsentimiento—, después de que una diputada haya enarbolado su ropa interior en plena sesión del Parlamento, para escándalo de los conservadores que se tapaban los ojos y gritaban ante la barbaridad que estaban presenciando.

La prensa irlandesa cuenta estos días casos similares. Juicios por violación en los que los abogados defensores de los violadores esgrimen argumentos como la ropa de las víctimas, sus cuerpos bronceados o incluso si estaban utilizando métodos anticonceptivos. Si toma la píldora, será porque quiere tener sexo, ¿no?

Pero, sin embargo, nadie dice que si te roban el móvil mientras lo estás usando por la calle también es culpa tuya. Por ir provocando. ¿Cómo se te ocurre enseñarlo por ahí? Eres tú el que has querido que te roben.

Aguántate.

Con voz de hombre

MUJERES. PROFESIONALES. PREPARADAS. JÓVENES, PERO CON EXPERIENCIA. Y SIGUEN PASANDO ESTAS cosas. «Que te llamen nena en una reunión. O bonita. Llega un momento en el que, aunque al principio no me gustaba lo de regidora, ahora lo reivindico y prefiero que me llames regidora a nena. O a chiquilla o a guapa o a chata».

¿Se imaginan a un hombre llamando a otro «nene, chiquillo, chato» en una reunión de trabajo? Ese desprecio, ese estar siempre por encima, esa arrogancia. Sigue sucediéndoles a algunas mujeres. A muchas más de las que creemos. Y es tan habitual que pasa desapercibido. Un micromachismo más de los del día a día. Mujeres tratadas como si fueran unas becarias con las que hay que ser paternalista y condescendiente, como una cuota, la mascota impuesta que hay que soportar y que no está ahí por méritos propios.

¿Cuántas mujeres, en tantos ámbitos diferentes, han reaccionado así, masculinizándose o intentándolo?

«Me ha impactado entrar en algunas reuniones y sentirme siempre dos cuotas: la femenina y la joven». Como si una mujer —y, además, joven— no estuviera preparada para el puesto. Una excepción en un mundo copado por el poder masculino. Pero ellas han decidido hacerlo público. Son los testimonios de algunas de las mujeres que justo hace dos años se incorporaron al Ayuntamiento de Barcelona en el equipo de Ada Colau. «Cuando entramos en el Gobierno, ese momento tan estresante que fueron las

primeras semanas, y de tanta escenificación pública, yo empecé a poner una voz más grave, tan grave que me quedé afónica, porque bajaba mucho el tono de voz para intentar decir “hola, buenos días”, como para demostrar que tengo más edad y soy más masculina». ¿Cuántas mujeres, en tantos ámbitos diferentes, han reaccionado así, masculinizándose o intentándolo? Escondiendo la voz aguda, las caderas, el pecho. Cubriendo su feminidad, masculinizándose para encajar en el entorno.

No somos iguales a los hombres. Ni deberíamos pretenderlo. Solo queremos tener las mismas oportunidades. Somos el 51% del mundo. La mitad del talento.

Reivindicaos.

Miedo

YO CONFIESO QUE HE PASADO MIEDO. QUE ME HE PUESTO LAS llaves de casa entre los dedos de la mano para usarlas como arma si fuera necesario. Que me he quitado los tacones y andado descalza para correr si hacía falta. Que me compré en Andorra un *spray* pimienta por si acaso. Que iba con el corazón desbocado y la náusea en el paladar hasta que no entraba en el ascensor de casa. Que algunas noches no salía porque no podía soportar pasar miedo una vez más. Me pasaba con dieciocho. Me pasaba con veinticinco. Y me seguiría pasando ahora si siguiera volviendo sola a casa de madrugada.

Cuando era joven y vivía con mis padres, para llegar a casa había que atravesar varios tramos de una zona peatonal, en un camino serpenteante entre edificios. Era imposible que los amigos me dejaran en coche frente al portal, o que le pidiera al conductor de autobús que, por favor, hiciera lo mismo. Así que, viernes tras viernes, sábado tras sábado, me obligaba a comerme el miedo, hasta que el miedo podía más que yo. Pocas veces lo comenté con alguien. Son manías de histérica, pensaba. Soy una miedosa. Una cobarde. Una loca. ¿Quién me va a querer hacer daño? No puede ser que tenga pavor de cada hombre con el que me cruzo de madrugada.

Ahora descubro que no estaba sola, y que muchas mujeres habéis pasado —o seguís pasando— por lo mismo. La tuitera @barbijaputa ha escrito en *Eldiario.es* sobre ese miedo, y le han llovido dos tipos de mensajes: por un lado, hombres indignados al sentirse tratados como agresores en potencia, pero, por otro, decenas de mujeres explicando los mismos temores que ella. «A mí lo de las llaves me libró de una violación». «Jamás voy sola de noche». «Yo llevaba una navajita». «Yo soy de las que van con el 112 marcado todo el camino». «Gritar “¡a poner la mesa!”, cuando encargo comida por teléfono, para que no sepan que vivo sola». «Intentar disimular los pechos». «Seguir al camión de la basura». «Llamar a algún amigo para hablar con alguien hasta que llego bien a casa».

Ya ven, el miedo es real, las mujeres tienen miedo.
Quizá habría que pensar por qué y poner remedio
entre todos.

Cazar a un hombre

MI TÍA FUE UNA SOLTERONA. SE LE PASÓ EL ARROZ. EN la España de los años sesenta se hizo mayor —es decir, entró en la treintena— y no fue capaz —porque era culpa únicamente de las mujeres, que no eran capaces— de encontrar un marido. Un hombre que quisiera estar con ella. Bueno, en realidad, un hombre que quisiera casarse con ella, el resto, ya lo iría trayendo la vida. En un tiempo en que todas las mujeres debían casarse —o dedicar su vida al cuidado de padres ancianos— el porqué de su soltería era tema casi tabú en la familia, pero alguna vez escuché conversaciones acerca de un novio que tuvo y que la dejó plantada, un amor del que nunca se recuperó.

Parece que no hemos avanzado mucho desde entonces. En algunos países, las mujeres que no tienen marido siguen marcadas socialmente. En China, por ejemplo, si a los veinticinco años no te has casado —y eres de sexo femenino, claro—, eres una mujer sobrante. La sociedad no concibe que esas chicas estén solteras por libre elección. Un documental aborda el estigma de mujer soltera, mujer rara, y cómo incluso muchas de esas mujeres llegan a interiorizar que si no encuentran pareja es porque algo pasa con ellas. La culpa, recuerden, es siempre nuestra, del sexo femenino.

Un documental aborda el estigma de mujer soltera, mujer rara, y cómo incluso muchas de esas mujeres llegan a interiorizar que si no encuentran pareja es porque algo pasa con ellas.

Pero en nuestro país no crean que las mujeres nos hemos librado de la marca del diablo. Perdón, de la marca de la soltería. Aún hoy, cierto estigma de-que-algo-pasa acompaña a las féminas que siguen sin pareja pasados los treinta o los cuarenta años. Como si nadie las quisiera. Corrijo: como si ningún hombre las quisiera. ¿Y a ellos? El contraste es evidente. Los cuarentones sin pareja son solteros de oro: donjuanes conquistadores que no se dejan atrapar en las redes femeninas. Machos acumulando conquistas y prestigio. Cuando esos hombres —si es que lo hacen— se emparejan, entonces es que han sentado la cabeza o una mujer ha conseguido cazarlos. ¿Se dan cuenta de lo despectivo del término cazar aplicado a una mujer que empieza una relación con un hombre? Pues así seguimos.

50 sombras

«MIRA», EXPLICÓ EL ADOLESCENTE POR TELEVISIÓN, «ESTO ES COMO LAS LLAVES. Una que entra en varias cerraduras es guay. Pero una cerradura en la que entran varias llaves no la quiero». ¿Adivinan a qué se refería? Las llaves son los chicos. Las cerraduras, las chicas. Ya saben. El «ellos machitos y ellas putas» de toda la vida, esa convicción social de que el hombre que tiene sexo con muchas mujeres es un campeón y la mujer que lo tiene con varios hombres, una perdida. Y sí, seguimos así en el siglo XXI. De hecho, uno de cada tres chicos españoles —entre doce y veinticuatro años— cree que está bien que ellos salgan con muchas chicas, pero no al revés. El demoledor informe «Jóvenes y género», elaborado por el Centro Reina Sofía y la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, se presentaba, casualidades de la vida, coincidiendo con el estreno de *50 sombras de Grey,* uno de los fenómenos sociales más peligrosos para la igualdad de los últimos años. Y, si no, repasemos: ella es —ella tiene que ser, claro — virgen, inmaculada, sin que la hayan tocado otros hombres ni se haya tocado ella misma, siquiera —lo digo en serio, la protagonista no solo es virgen, sino que no se ha masturbado nunca ni ha tenido un orgasmo—. Él es un castigador sexual con incontables parejas. Ella persigue el amor romántico, y por ese amor lo haría todo. Él la espía para asegurarse de que no sale con amigos hombres, le dice lo que tiene que comer, cómo tiene que vestirse e incluso a qué ginecóloga ver y qué método anticonceptivo usar. Y todo, envuelto en el papel de celofán rosa de *el-amor-lo-puede-todo.*

El problema no es el sexo o lo que hagan los protagonistas con sus esparcimientos sexuales. El gran problema es que el patrón de sumisión-dominación se extiende fuera del ámbito sexual al resto de aspectos de la vida.

No me malinterpreten, el problema no es el sexo o lo que hagan los protagonistas con sus esparcimientos sexuales. El gran problema es que el patrón de sumisión-dominación se extiende fuera del ámbito sexual al resto de aspectos de la vida de los personajes, y millones de mujeres en todo el mundo han comprado el *pack* como su historia de amor ideal. Así que no les extrañe que uno de cada cuatro adolescentes y jóvenes españoles esté de acuerdo en que «el hombre que parece agresivo es más atractivo» y que «cuando una mujer es agredida por su marido algo habrá hecho ella para provocarlo».

Tápate el culo

RESULTA QUE EL CULO ERA LO MÁS IMPORTANTE. PERO VAMOS POR partes. La primera tiene que ver con algunos especímenes de sexo masculino y con su particular visión de los traseros de algunas mujeres, en concreto de las socorristas de las playas de Gijón. Ellas están allí para salvar vidas —en España mueren ahogadas casi cuatrocientas personas cada año, no lo olviden— y las presuponemos con la formación y la

experiencia suficientes para meterse en el agua, superar las condiciones adversas que haya en ese momento, sacar a alguien, incluso aunque pese el doble que ellas, y llevarlo sano y salvo a la arena. Y, si no lo está, practicarle la reanimación cardiopulmonar o el auxilio que necesite hasta que llegue la ambulancia.

Pero, a pesar de todo, esas mujeres han sido noticia por sus culos. Literalmente. Como si sus culos fueran material de exhibición para regocijo y deleite masculino, en plan «voy a la playa y el ayuntamiento me pone unos culos de chicas para que me alegren la vista». Las redes se han llenado de fotografías de los traseros de estas socorristas, acompañadas de zafios comentarios machistas.

La segunda parte de esta historia tiene que ver con la solución que ha encontrado el Ayuntamiento de Gijón para atajar la polémica: pedirles a esas socorristas que se pongan el pantalón encima del traje de baño de trabajo. Es decir, que se tapen, porque algunos hombres no saben controlarse. ¿Qué implica esto? Pues no solo que tengan más dificultades a la hora de rescatar a alguien que se está ahogando —no es lo mismo nadar con traje de baño que con pantalón—, sino que haciendo que ellas se cubran las estamos culpabilizando.

Es más de lo mismo. Tenemos que ser nosotras las que nos protejamos, en vez de enseñar a los hombres a no agredirnos. Tenemos que ser nosotras las que no nos pongamos ropa considerada provocativa en determinados ambientes, o las que no caminemos solas por la calle a determinadas horas, o las que evitemos dar esperanzas a cierto tipo de hombres, o las que… o las que… Es decir, restrinjamos la libertad de las mujeres en vez de pedir educación y respeto a los hombres.

Ya está bien.

Nenazas

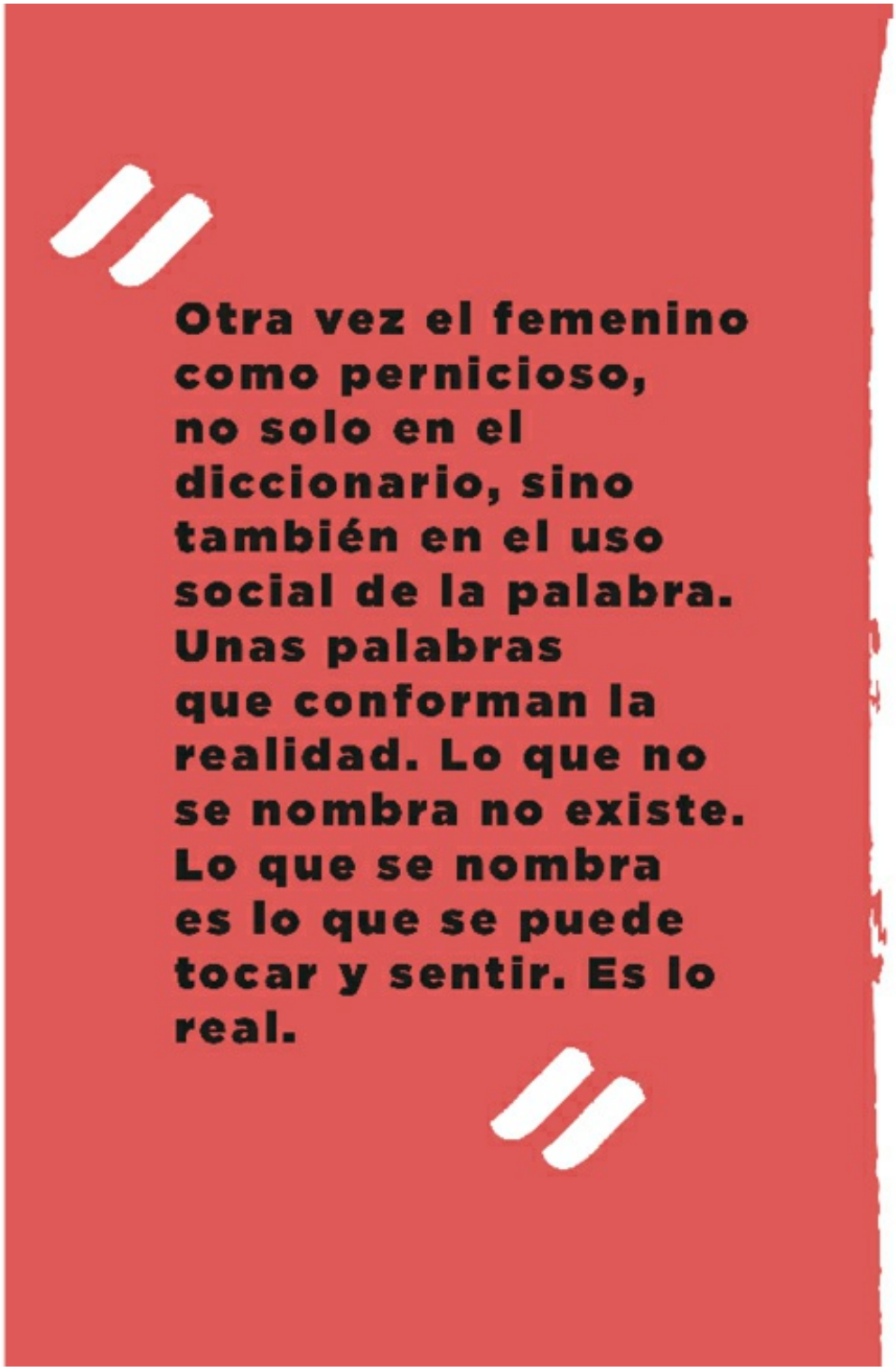
OTRA VEZ LO FEMENINO COMO INSULTO. EL COÑO —TEXTUALMENTE— COMO ALGO reprobable. Y, claro, por contraste, se nos aparece el macho —sus atributos genitales — como la manera en la que deberían hacerse las cosas. Esto es la polla. ¿O no?

Les cuento el último ejemplo público. Resulta que Clint Eastwood —uno de los más grandes directores y actores vivos— está de *tour* por el mundo presentando su última película. Y que en una entrevista de promoción ha soltado esta perla en tono despectivo: «Vivimos en una generación de nenazas». Bueno, exactamente —la entrevista es en inglés—, Eastwood utiliza la palabra *pussies,* que si tradujéramos textualmente sería *coñitos —pussie* es coño en inglés—. «Vivimos en una generación de coñitos», pues. Es decir, que para Eastwood los genitales femeninos son un insulto o, al menos, los utiliza como tal para describir la que, según él, es la manera en la que la sociedad se esté *coñetizando* —académicos de la RAE, permítanme la licencia lingüística—: blanda, cursi, sin sangre, insulsa, miedica. Femenina, ¿no?, que es lo que él entiende por una sociedad más correcta política y racialmente, por tanto, menos masculina y —según él— peor. De hecho, el periodista de *Papel* titula su entrevista así: «Clint Eastwood, el último derechista de Hollywood contra la “generación de nenazas”».

¿Qué narices es esto? ¿Lo femenino como algo negativo? ¿La mujer como un

insulto, como ofensa? Nenaza, por cierto, es un «varón afeminado y cobarde», según la RAE. Otra vez el femenino como pernicioso, no solo en el diccionario, sino también en el uso social de la palabra. Unas palabras, recuerden, que conforman la realidad. Lo que no se nombra no existe. Lo que se nombra es lo que se puede tocar y sentir. Es lo real.

En el otro extremo, los genitales del hombre siempre salen bien parados. Mientras que un coñazo es algo infinitamente aburrido, que algo sea la polla o cojonudo es lo deseable. Y, claro, las mujeres no podemos poner los cojones sobre la mesa porque no los tenemos. ¿O sí?



Llámame zorra

LLÁMAME ZORRA. ASÍ, CON DESPRECIO. LLÉNATE LA BOCA DE VENENO Y escupe la palabra. Zorra. Mírame por encima del hombro sintiéndote superior. Nota la repulsa que me tienes desbordándote por los poros de la piel.

Llámame zorra.

«Con el asunto de los mensajes ligando de Izal y Castelo yo no puedo dejar de repetirme esta pregunta: ¿por qué de pronto estamos fingiendo todos que no existen las zorras?», ha escrito en Twitter un conocido periodista, generando una oleada de indignación en las redes. Indignación mayoritariamente femenina, claro.

«¿Por qué de pronto estamos fingiendo todos que no existen las zorras?». Pues yo te voy a contestar: porque una mujer puede tener relaciones sexuales con quien le dé la gana, como le dé la gana y cuando le dé la gana sin que tú tengas derecho a llamarla zorra.

Una mujer que libremente disfruta del sexo sin una pareja estable es algo sucio. Y, sin embargo, un hombre en la misma circunstancia es lo que casi todos querrían ser: máquinas sexuales con mujeres a su disposición.

¿Qué es una zorra? Según la RAE: «Femenino, despectivo malsonante, prostituta». Así que, en la concepción de ese periodista —que no es más que la percepción anclada en la sociedad—, las mujeres a las que les gusta mantener relaciones sexuales esporádicas con los hombres, las que tienen varias parejas sexuales o las que cambian de pareja sexual a menudo son unas putas. Pronunciado con todo el desprecio.

Pero ¿y ellos? ¿Cómo definimos a los hombres que hacen lo mismo? Don Juan. Ligón. Suertudo. La envidia del resto de seres de género masculino. Los Dioses de la Testosterona.

Porque una mujer que libremente disfruta del sexo sin una pareja estable es algo sucio. Y, sin embargo, un hombre en la misma circunstancia es lo que casi todos querrían ser: máquinas sexuales con mujeres a su disposición. Porque, claro, los zorros no existen. Y menos en la acepción insultante con la que se usa para la mujer. Como ninfómana, que es otra de esas definiciones que se escupen con asco como vómito. El sexo penaliza y marca a la mujer mientras que convierte al hombre en un superhéroe.

Por eso no hay equivalentes despectivos masculinos a zorra o puta o ninfómana. Al menos, en la práctica, porque sí, existe una palabra para designar al hombre lascivo que tiene un exacerbado deseo sexual. Sátiro. Pero ¿quién la usa? No hace falta, ¿verdad?

La manada

«Y TÚ, ¿QUÉ LE HARÍAS A ESTA PERIODISTA?», PREGUNTARON LOS DUEÑOS de la página web holandesa GeenStijl junto a la fotografía de una destacada reportera del país. Y les

llovieron ideas. Sexuales. Animales. Bárbaras. Les llovieron maneras de vejar a Loes Reijmer. Ciudadanos que pasan desapercibidos en su vida pública aprovecharon el anonimato de Internet para vomitar su odio machista hacia una mujer, arropándose los unos a los otros en su barbaridad, aplaudiendo al que escribía la mayor brutalidad, jaleándose como una manada de violadores que esperan su turno para penetrar a la víctima. Estoy convencida de que la mayoría de esos ¿hombres? ni siquiera sabía de qué se acusaba a la mujer. Para algunos especímenes, cualquier excusa es buena para unirse a un linchamiento. El pecado que había cometido Loes fue escribir una columna de opinión en la que pedía responsabilidad a los anunciantes de los dos portales de Internet que, después, terminaron linchándola como venganza. Responsabilidad, les pedía, para que no compraran publicidad en sitios web que humillan a la mujer. GeenStijl, por ejemplo, usa a mujeres en biquini, tanga y *topless* para puntuar la calidad de los vídeos que cuelga. A más mujeres y menos ropa, mejor es el vídeo.

Quizá lo que deberíamos hacer es publicar las fotografías de los agresores virtuales junto a sus comentarios, para que sus madres o hermanas o mujeres o compañeras de trabajo sepan a quién tienen al lado.

Sintiéndose atacados, publicaron entonces la foto de la periodista y pidieron a sus seguidores ideas para vejarla sexualmente; una violación virtual secundada —por activa o por pasiva— por los dos millones de seguidores directos que esta web tiene cada mes. El linchamiento ha levantado una oleada de críticas de periodistas y personajes públicos del país. Pero en GeenStijl les da igual. «¿Os molesta lo que decimos? Perfecto. Marchaos», han contestado, apelando a la libertad de expresión. Saben que en la manada está su fuerza. Quizá lo que deberíamos hacer es publicar las fotografías de los agresores virtuales junto a sus comentarios, para que sus madres o hermanas o mujeres o compañeras de trabajo sepan a quién tienen al lado. A uno más de la manada.

Ninfómanas

MIREN, SINCERAMENTE, YO NO SÉ QUIÉN ES MATEO KOVACIC, PERO EN el mundo en el que vivimos, cualquier cosa que diga o haga un jugador de la élite del fútbol se convierte automáticamente en algo a adorar e imitar por millones de personas de todo el mundo. Y eso incluye muchos niños. Bueno, pues resulta que este chico ha dicho algo tan inspirador —nada más ser fichado por el Real Madrid en la temporada 2015/2016— como que «yo no cocino y nunca lo haré. No es mi trabajo. Es el de la mujer. Mi trabajo es llevar dinero a casa y hacer la vida más fácil a mi familia». Vamos, que mientras su señora novia se queda en la cueva vigilando que el fuego no se apague, él se va a cazar mamuts por ahí.

¿En cuántos chicos y chicas calará este mensaje? Pues quizá en los mismos chicos y chicas que también se han creído que la doctora de otro de los grandes equipos de fútbol del mundo, el Chelsea, es ninfómana —por cierto, ¿sabían que el equivalente masculino, *ninfómano*, no existe en el diccionario de la Real Academia de la Lengua? —. A la doctora la acaba de despedir su jefe, Mourinho. Nada nuevo bajo el sol. El jefe te echa. Adiós. Pero ¿saben con qué titulares? «Mourinho echa a la doctora por ninfómana». «Carneiro tuvo sexo con los jugadores». «Estaba obsesionada, hacíamos el amor cada día», según el exnovio. ¿Y? ¿Y qué?, me pregunto yo. ¿Una mujer sexual es algo vergonzante? ¿Por eso no existe *ninfómano,* porque para ellos cuanto más mejor? «Me acosté con tres mil mujeres en tres años». Aplausos. Claro, que el protagonista era un hombre, el cantante de Simply Red.

Y es que el deseo sexual femenino está bien cuando se usa para satisfacer al deseo masculino. Pero eso de que vuele por cuenta propia ya no gusta tanto. ¿Se acuerdan cuando se comercializó la Viagra? ¿De que se recibió como uno de los descubrimientos médicos del siglo? ¿De la cantidad de estudios sobre el bien que le iba a hacer a la humanidad? Igualito que con la nueva Viagra femenina: «La pastilla que las pondrá cachondas perdidas». Pues eso. Ninfómanas.

El pelo de Sergio Ramos

AÚN SON POCAS, AÚN TIENEN POCA AUDIENCIA —COMPARADA CON SUS COLEGAS masculinos—, aún son poco conocidas, aún ganan poquísimo dinero. Pero las competiciones deportivas femeninas están empezando a tener resonancia. La retransmisión de algunos partidos del mundial femenino de fútbol ha alcanzado audiencias impensables en España hace tan solo cuatro años.

Por fin.

Porque hace cuatro años, el mismo día en que a sus colegas masculinos les dedicaron decenas de horas de televisión, cientos de páginas en la prensa escrita y millones de clics en Internet, a ellas no les hicieron ni caso. Literalmente. El día de la gran final de la Copa de Europa entre el Real Madrid y el Atlético de Madrid, las chicas del Athletic femenino, líder de la Liga, tuvieron que suspender una rueda de prensa porque no acudió… ningún periodista. No es que hubiera pocos. Es que no había nadie en la sala de prensa.

Nadie.

Porque a nadie le interesaban las siete victorias consecutivas que convirtieron a esas futbolistas en líderes en solitario de la liga de fútbol femenina, a tan solo tres jornadas de que acabara la competición. O que esas chicas fueran a jugar el año siguiente la Champions. O que algunas estuvieran entre las mejores del mundo.

A ningún periodista le interesó.

Porque a la audiencia no le interesaba.

Los medios son solo un reflejo de lo que interesa en la sociedad. Y el fútbol femenino interesaba más bien poco.

Un estudio de 2016 sobre deporte femenino en prensa deportiva arrojaba datos

sonrojantes como que en los periódicos deportivos solo cinco de cada cien noticias están protagonizadas por mujeres, pero que, además, la mitad de esas mujeres no eran deportistas, sino novias de. Novias de futbolistas, tenistas, baloncestistas o cualquier -ista de éxito deportivo. Así que solo un 2,5% de las personas que ocupaban la información deportiva son mujeres deportistas. Pero mientras a los reyes del balón se les veía en imágenes en plena acción en el campo —de juego o entrenamiento—, a las reinas del deporte las obligaban a ponerse falda y tacones para prestarles algo de atención.

Los hombres aparecen en acción, como hacedores, como motores del mundo, como voces solventes.

Y eso está empezando a cambiar. Pero muy lentamente.

Al contrario que los hombres, las deportistas femeninas suelen estar muchas veces como algo que se ve, con sus adornos y atributos. La mejor nadadora española de la historia, Mireia Belmonte, lo resumió así: «Importa más el color del pelo de Sergio Ramos que mi récord del mundo».

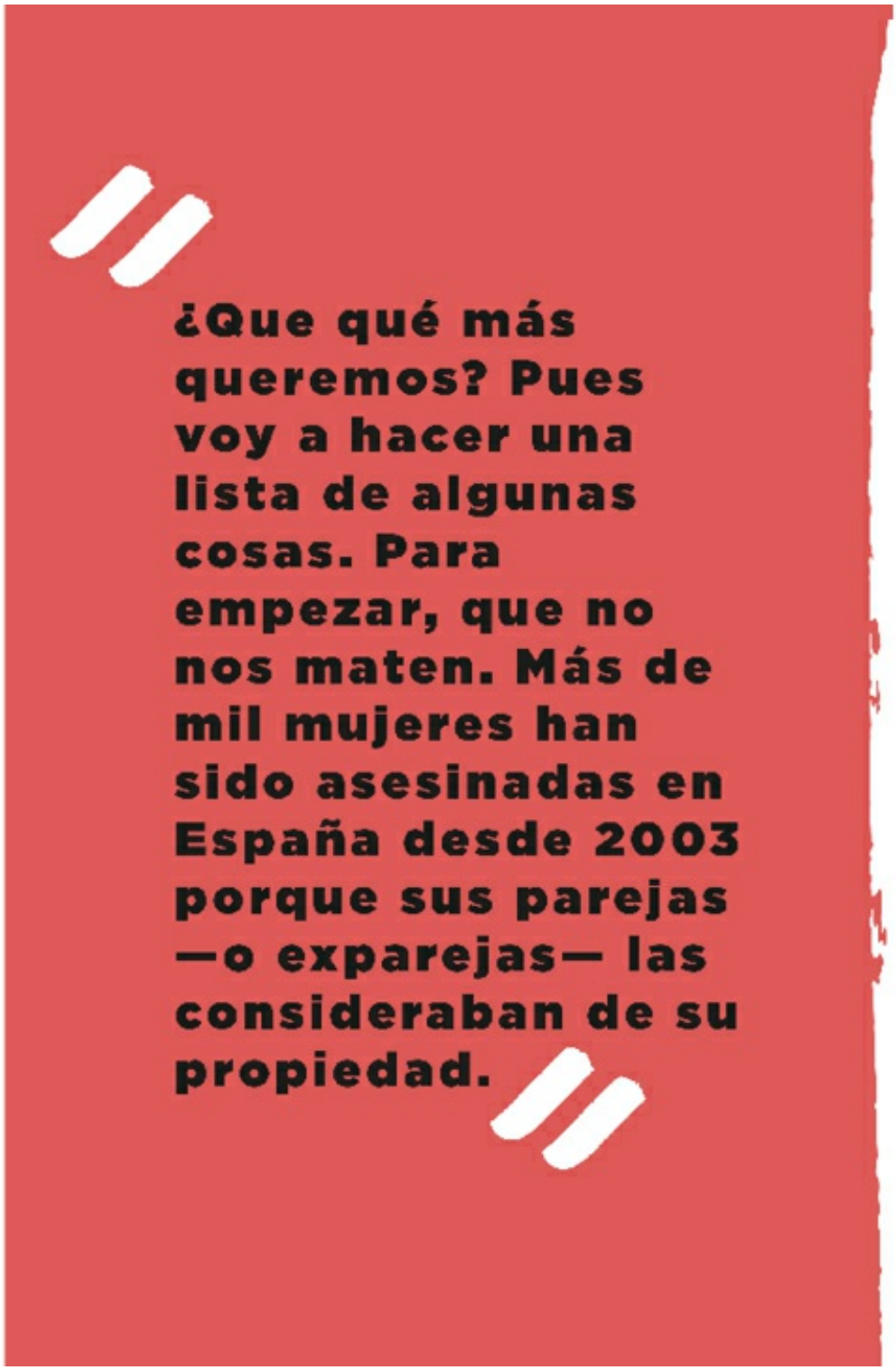
«Mani-pedi»

«¿QUÉ MÁS QUERÉIS? ¿MANICURA Y PEDICURA GRATIS?», CHILLABA EN TWITTER EL hijo del Consejero de Seguridad de Donald Trump sobre la manifestación más numerosa en la historia de Estados Unidos, la *Women's March* —la marcha de mujeres—, en protesta por la misoginia del nuevo presidente de Estados Unidos. «¿Qué más queréis? ¿Manicura y pedicura gratis?» es algo peor que un grito de intenciones. Es el pus que supura por una herida que nos reduce a las mujeres a ser cosas que se adornan.

¿Que qué más queremos? Pues voy a hacer una lista de algunas cosas. Para empezar, que no nos maten. Más de mil mujeres han sido asesinadas en España desde 2003 porque sus parejas —o exparejas— las consideraban de su propiedad. Como un coche. Son, por cierto, más asesinatos que los que cometió la banda terrorista ETA.

Las muertes son la consecuencia más grave del machismo. Pero sus tentáculos se extienden en nuestro día a día. Las mujeres no somos iguales que los hombres ni queremos serlo, pero nos gustaría tener igualdad de oportunidades. A pesar de contar con mejor formación —somos más en la universidad, un 54%—, tenemos más dificultades para acceder a un trabajo —seis puntos más de desempleo—. Y, cuando lo conseguimos, es de peor calidad y con sueldo más bajo por un mismo puesto —un 22% menos—. Estaría bien, también, no sufrir determinados comportamientos de nuestros compañeros, jefes masculinos —cuatro de cada diez mujeres europeas aseguran haber padecido algún caso de acoso en el trabajo—. También nos encantaría acceder en igualdad de condiciones a puestos de liderazgo en las empresas —solo el 17% de los asientos en los consejos de administración de las grandes empresas está ocupado por mujeres—. O cobrar pensiones igualitarias —ellas, una media de 597,21 euros mensuales; ellos, de 971,92—. O que, cuando hablemos de conciliar, no pensemos solo en mujeres —destinamos una media de 4,29 horas al hogar y la familia;

los hombres, la mitad—. Los hombres no tienen que echarnos una mano. Esto es al 50%. Y no sigo porque ya no tengo espacio. ¿Que qué más pedimos las mujeres? La lista es tan larga que acabo de empezar y ya me ha dado tiempo a hacerme la manicura y la pedicura. Imaginad si me pongo a contarlo todo.



Menstruación

EL PROFESOR BLANDIÓ EL TÁMPAX COMO SI FUERA LA PRUEBA DEL delito. «Mirad, mirad el contrabando que corría por la primera fila. ¿Qué? ¿Ahora os pasáis tampones por debajo de la mesa?». Todas bajamos la cabeza. Demasiado asustadas. Demasiado avergonzadas. Teníamos dieciséis años. Y el maestro —eso lo sé ahora— era un imbécil. Un imbécil sin la más mínima delicadeza. Con dieciséis años, la regla, en un instituto mixto, era un tabú vergonzante que hizo llorar a mi compañera delante del resto de la clase, para regocijo de la mayoría de chicos, cuyas risitas y burlas se extendieron por toda la clase.

Pero los tampones y las compresas —por lo que indican— siguen siendo vergonzantes con veinte años. Y con treinta. Y con cuarenta. Son sucios. Recogen desechos de mujer. Basura femenina. En un mundo en el que continuamente nos bombardean con imágenes violentas y sexuales, una pequeña mancha roja en la ropa se convierte en algo repugnante. Lo acaba de comprobar la artista Rupi Kaur, que colgó en su perfil de Instagram la fotografía de una mujer tumbada en la cama, de lado, con una pequeña mancha roja en sus pantalones y otra en las sábanas. Instagram le bloqueó la imagen. Dos veces. Aunque luego, visto el revuelo, la red social se disculpó. A las mujeres ya no se nos corta la mayonesa cuando tenemos el periodo, pero los restos endometriales continúan siendo tabú. Algo asqueroso. Pensad, amigas, en el susurro con el que pedimos un tampón a una compañera de trabajo, o en lo disimuladamente que lo pasamos de una mano a otra o lo escondemos camino del baño. Sin que se note. No vaya a ser. No vaya a ser que nos descubran.

Sin embargo, los hombres no tienen ese tipo de vergüenza con otro de los desechos corporales: las flatulencias. Se tiran una mientras están todos *apretaos* en cualquier lugar y solo les falta sacar a hombros al peído. Campeón. *Clap. Clap. Clap.* Campeón del pestazo. De hecho, incluso, admiro esa capacidad que tienen de tomarse a risa las secreciones corporales. «Ja, ja, ja, cabrón, vete a perfumar a tu madre, anda. Ja, ja, ja». «Venga, que a la próxima te pongo un mechero en el culo, a ver si explota». Imaginad que nosotras hiciéramos lo mismo con la regla. «Mira, que se te escapan unos hilillos *(risas)*». «Sangro tanto que no van a hacer falta ya más donantes». ¿A que os da grima incluso a vosotras? Claro. Porque es cosa de mujeres.

MILF

EL OTRO DÍA ME PREGUNTARON SI ME SENTÍA HALAGADA DE QUE me llamaran MILF. Para aquellas —y aquellos— que no tengáis ni idea del significado de ese acrónimo, os ahorraré una visita a Google —yo tuve que hacerla—. MILF son las siglas de *Mothers I'd Like to Fuck.* Textualmente, madres a las que me gustaría follarme. «¿Le molesta que le llamen MILF o es de las que se siente halagada?». Tal cual. Os doy más pistas:

la pregunta no me la formuló un *trol* en Twitter, ni algún descerebrado anónimo de redes sociales, ni siquiera cualquier usuario de algún foro pornográfico. La pregunta llegó vía correo electrónico, camuflada entre un largo cuestionario para un periódico de tirada nacional. «¿Le molesta que le llamen MILF o es de las que se siente halagada?». ¿Halagada? ¿En serio? Confieso que tuve que leerla tres veces. Y después fui a mirar el sexo del autor de la entrevista. Una mujer. ¿Realmente se dio cuenta de la barbaridad que me estaba preguntando o ni siquiera había reflexionado sobre ello? La entrevista, por cierto, era sobre mi novela, *No soy un monstruo,* premio Primavera 2017. ¿A qué venía preguntar algo así? A mí me pareció un insulto y una falta de respeto. Las mujeres no somos muñecas hinchables a disposición de los clientes de un prostíbulo.

Nadie tiene derecho a agredirnos ni de palabra ni con una mirada obscena. Suelo rebelarme contra las preguntas en las que se cuelan machismos.

Nadie tiene derecho a agredirnos ni de palabra ni con una mirada obscena. Suelo rebelarme contra las preguntas en las que se cuelan machismos. La prueba del algodón es si se puede formular —y si se formula, o no— también a un hombre. «Trabajo, libro, hijas… ¿Cómo concilias?», «¿Cómo te cuidas para tener la piel tan bien?», «¿Sigues algún tipo de dieta?». Hay un 90% de posibilidades de que caiga alguna de esas cuestiones en cualquier entrevista de las que me hacen —o hacen a otras compañeras—. Pero a los hombres —a hombres que trabajan de lo mismo que yo — no se las formulan. ¿Conciliación? ¿Peso? ¿Eterna juventud? Cosas de mujeres. Eso sí, lo de MILF ha superado todos los machismos hasta el momento. ¿Qué hubierais contestado vosotras?

Pichafloja

«ACABO DE DEJAR DE SEGUIR A UN HOMBRE, AL QUE YO creía inteligente y divertido, porque ha llamado zorra a Theresa May», escribió en Twitter la escritora J. K. Rowling. Su enfado no tenía nada que ver con supuestas simpatías políticas de la autora de Harry Potter hacia la que en ese momento era primera ministra británica, ni siquiera hacia el hecho de que Rowling se viera en la «obligación» de salir a defender públicamente a una congénere atacada —porque ser feminista no significa salir en tromba a defender ciegamente a cualquier mujer—. El enfado de Rowling se originó por la manera en la que su ya examigo atacó a la líder británica. En concreto, por la palabra que usó para descalificar la política de May: ZORRA. Es decir, puta. Es decir, mujer que mantiene relaciones sexuales a cambio de dinero. El insulto fácil, al que se recurre cuando no se tienen argumentos. ¿No te gusta cómo gobierna May y la llamas zorra? Es fácil usar zorra, y puta, y gorda, y fea, y *no-me-la-follaría-ni-aunque-estuviéramos-solos-en-una-isla.*

Es fácil humillar a una mujer atacando su cuerpo, cómo viste, cómo luce o con quién

se acuesta. Que no estamos de acuerdo con sus ideas: es una zorra. Que resulta una jefa exigente: es una puta. Que no quiere soportar a hombres-moscardones: una mal follada. Y así. Puta, zorra… y, claro, la violación. Somos demasiado feas incluso para que nos violen, o necesitamos que nos violen, o que nos violen y nos asesinen.

¿Os dais cuenta de que todo tiene que ver con el sexo, con que seamos apetecibles o no para los hombres, con que nos follen o no, con que nos vendamos o no?

Prácticamente todas las mujeres que conozco que se han atrevido a expresar públicamente sus ideas han soportado alguna vez en su vida este tipo de abusos, formulados para humillarlas o intimidarlas basándose en su sexo. «Si no puedes estar en desacuerdo con una mujer sin utilizar este tipo de insultos, eres un mierda», concluía Rowling hacia ese hombre al que ha dejado de considerar un amigo.

Un mierda.

¿Y por qué no un zorro? Porque, en masculino, zorro es un hombre astuto y taimado.

Especialmente el padre

HUBO UN TIEMPO EN EL QUE EXISTÍAN LAS SECRETARIAS, LAS PELUQUERAS, las cocineras y las azafatas. Pero ya no. Ahora se han convertido en asistentes de dirección, estilistas capilares, chefs y tripulantes de cabina. ¿Adivinan desde cuándo? Pues desde que el hombre se incorporó a esos puestos de trabajo tradicionalmente femeninos. Sin que nadie diera la orden, la lengua cambió para elevar la categoría de esos trabajos, porque las palabras reflejan la visión que los hablantes tienen de su mundo. Secretaria, peluquera, cocinera o azafata parecían cosa de mujeres. Ya saben. Asistente de dirección es como más guay.

Busquen si no en el diccionario español de referencia, el de la Real Academia de la Lengua. Gobernante: hombre que se mete a gobernar algo. Gobernanta: mujer que en los grandes hoteles tiene a su cargo el servicio de un piso en lo tocante a limpieza de habitaciones. Encargada de la administración de una casa o institución. Verdulero: persona que vende verduras. Verdulera: mujer descarada y ordinaria. Zorro: hombre muy taimado y astuto. Zorra: prostituta. Hombre público: el que tiene presencia e influjo en la vida social. Mujer pública: prostituta. Fulano: para aludir a alguien cuyo nombre se ignora o no se quiere expresar. Fulana: prostituta.

La lengua no es neutral, es un espejo de la sociedad que construye con palabras las realidades colectivas.

La lengua no es neutral, es un espejo de la sociedad que construye con palabras las realidades colectivas. 2013 fue el año en el que aprendimos escrache, preferentes o *crowdfunding,* porque esas palabras definieron nuestro paso por el desierto de la crisis económica. Que las cosas sean un coñazo o la polla, que el hombre esté hecho un toro o la mujer una vaca, que un león sea un fiera en los negocios y una leona una fiera en la cama, o que un perro sea el mejor amigo del hombre y una perra una malnacida dice

mucho de cómo la sociedad nos ha visto a hombres y a mujeres.

Puede parecer trivial, pero cambiando la lengua
empezaremos a cambiar el pensamiento.

Y una última perla de la RAE. Huérfano/a: a quien se le han muerto el padre y la madre o uno de los dos, especialmente el padre. Especialmente el padre. No tengo nada más que añadir.

Princesas calladitas

POCOS PADRES QUEDARÁN YA A ESTAS ALTURAS —SOBRE TODO SI LO son de niñas— que no hayan visto *Frozen,* el exitazo del cine de animación infantil de los últimos años. La película está protagonizada por dos hermanas, princesas de un reino, luchadoras y peleonas. Así que uno podría pensar que las dos serán los personajes que más hablen en la película. Pero no. Seis de cada diez palabras de *Frozen* las pronuncian hombres, a pesar de que las protagonistas son mujeres. Y eso es algo que se repite en prácticamente todos los filmes para niñas. Hace unos meses, un grupo de investigadores analizó las películas de princesas y descubrió que, en casi todas, los roles masculinos hablaban más que ellas, las protagonistas.

En *Mulan,* por ejemplo, tiene más líneas de diálogo el dragón protector —y no pocas, un 50% más— que la propia Mulan. En *Pocahontas,* los hombres pronuncian tres de cada cuatro palabras, el mismo porcentaje de protagonismo masculino que en clásicos como *La bella y la bestia* o *Cenicienta.* Y estamos hablando de las nuevas versiones del cuento, no de las adaptaciones de mediados del siglo pasado. En *Shrek,* por ejemplo, con un papel femenino potente como el de la princesa-ogro luchadora, Fiona, las mujeres solo tienen el 16% de los diálogos. Si eso pasa en las películas de princesas, ¿qué no pasará en el resto de cinematografía?

Otro estudio acaba de analizar más de ocho mil largometrajes. El resultado es demoledor. Solo en uno de cada cinco las mujeres hablan más que los hombres. En *El Gran Hotel Budapest,* ellas únicamente pronuncian una de cada cien palabras —¡una de cada cien!—, en *Jurassic Park* ya nos dejan hablar un poquito más: dieciséis de cada cien —suerte que los dinosaurios no hablan—.

Podría parecer que lo peor es eso. Pero hay algo más. Mientras los actores van ganando diálogos a medida que cumplen años, con las mujeres sucede al revés. Son las más jóvenes y sexys las que más hablan. A partir de los cuarenta y dos años apenas pronuncian una de cada cinco palabras en una película. Como *La bella durmiente,* las actrices están bien calladitas a la espera de ser rescatadas por el príncipe.

Gastos de lavandería

LES HAN PILLADO CON PROSTITUTAS EN UN VIAJE DE TRABAJO. SI hubieran sido discretos, como tantas otras veces, no habría pasado nada. Pero es que uno de ellos perdió el conocimiento en los pasillos del hotel de una forma, por decirlo de alguna manera, nada decorosa. Y, claro, se lio bien gorda. Sobre todo porque tendrían que estar usando su testosterona para proteger al líder del mundo libre (amén) y no para aliviar sus cargas testiculares. Lo que pasa es que hay instintos que un machito (amén otra vez) no puede reprimir, por muy agente del Servicio Secreto que sea.

Lo de irse a los clubes sigue funcionando entre colegas, pero también en los negocios para agasajar o cerrar tratos. Entre hombres, claro.

De nada parece haber servido el hecho de que, por primera vez, sea una mujer la que dirija el cuerpo de seguridad más elitista y exclusivo del mundo. Y que esa mujer haya sido escogida por Obama, precisamente, para evitar que volviera a repetirse el escándalo de Cartagena de Indias de un par de años atrás: doce agentes suspendidos tras llevar prostitutas a su habitación durante la Cumbre de las Américas. De nuevo, si hubieran sido discretos, no habría pasado nada. Pero uno de ellos se negó a pagar el servicio y la mujer montó un escándalo en los pasillos del hotel. Varias investigaciones periodísticas revelaron entonces que las visitas a clubes de *striptease* y el uso de prostitutas eran habituales en los viajes del Servicio Secreto, un cuerpo que no admitió a mujeres en sus filas hasta 1970, medio siglo después de que las estadounidenses pudieran votar. Hoy, de los tres mil quinientos agentes especiales solo trescientos cincuenta son mujeres, un porcentaje muy inferior al de otras agencias y cuerpos de seguridad.

Lo de irse a los clubes sigue funcionando entre colegas, pero también en los negocios para agasajar o cerrar tratos. Entre hombres, claro. ¿Se imaginan a los directivos de la compañía A llevándose a la presidenta de la compañía B —con la que quieren cerrar un suculento contrato— a un local a poner euros en los tangas de los bailarines? ¿Se lo imaginan? Quizá con más mujeres en los puestos de decisión las facturas de *lavandería* no serían tan elevadas.

Excitadas

SE LLAMA *EL PASEO DE LA VERGÜENZA.* LO PROTAGONIZAN MUJERES OJEROSAS y despeinadas, con el rímel corrido y la ropa arrugada y puesta con prisas, como si hubieran salido a la carrera de algún sitio. Jóvenes con las medias sucias y rotas y con un nervioso paso apresurado, mirando al suelo como un niño que así se cree invisible. Chicas con ropa de fiesta y tacones imposibles que se cruzan con domingueros que han madrugado para ir a comprar el pan o sacar el perro a pasear. Para unos grandes almacenes británicos ese es el paseo avergonzado que se ven obligadas a realizar, cada sábado y domingo al amanecer, miles de mujeres después de que las envíen a

sus casas los hombres con los que han compartido un polvo de una noche. Humilladas. Marcadas con la letra escarlata. Oliendo a sexo sucio.

Han llovido críticas de las asociaciones de mujeres. Es un anuncio sexista, se quejaron. Mujeres objeto. De usar y tirar. Pero todas las demandas fueron desestimadas. Y no solo eso. Envalentonados por la resonancia, seis meses después, los mismos grandes almacenes lanzaron otra polémica campaña, *Trata de contener tu excitación,* en la que los finos y coloridos pantalones de verano femeninos mostraban una enorme mancha líquida en la entrepierna. Flujo vaginal. Bochorno. Sofoco. Se acuerdan del chiste de las similitudes entre el gusano y la mujer sin piernas, ¿no? Pues lo mismo. Avergonzaos, mujeres, porque el sexo ocasional, el sexo apasionado, el sexo con el que se sueña en las fantasías, es malo. Avergonzaos porque pecáis en polvos de una noche, porque tenéis que volver a casa tras follar, porque vuestro cuerpo es solo para el disfrute masculino, para que el hombre vea e imagine, para que el hombre toque, para que el hombre lama, arañe o gima. Pero no para que vosotras presumáis de vuestra propia excitación. «Las mujeres no podéis comportaros como perras en celo», me decía el otro día un amigo. La versión moderna de putas para acostarse, pero vírgenes para casarse. Al final, ya veréis como vamos a tener que volver a eso de «Señor, no es por vicio ni por fornicio, sino por dar un hijo a tu servicio».

Amén.

¿Cerró bien las piernas?

«¿ESTÁIS SOLAS?», PREGUNTA ÉL A UN GRUPO DE CHICAS. PERO ELLAS, salta a la vista, no están solas. Son dos, tres, cuatro o quinientas amigas. Las que sean. Se tienen las unas a las otras. Es un grupo. Pero el hombre se acerca y se lo pregunta. «¿Estáis solas?». Porque, claro, si no hay un hombre, ellas están solas. ¿Cuántas veces las mujeres hemos escuchado esa misma pregunta? ¿Se la imaginan al revés? ¿A qué mujer se le ocurriría preguntar «¿estáis solos?» a un grupo de amigos hombres? Pero nosotras, sin un hombre, estamos solas. Porque nosotras, al parecer, necesitamos de una figura masculina que nos acompañe, cuide y proteja. Porque si estamos solas, entre otras, nos pueden pasar cosas malas y será culpa nuestra por no ir acompañadas. De un hombre, se entiende. Por ser solo mujeres en compañía de mujeres.

En cuanto se supieron los detalles de su desaparición y asesinato, las dos chicas pasaron de ser víctimas a —en cierto modo— provocadoras. Subyacía una idea: ellas se lo habían buscado.

Es lo que les ha pasado a dos jóvenes argentinas asesinadas en Ecuador. Las dos chicas, Marina —veintidós años— y María José —veintiún años—, han sido brutalmente ejecutadas mientras viajaban como mochileras por Latinoamérica. Sus

cuerpos los encontraron en Montañita, una localidad turística en la costa ecuatoriana. El suceso ha conmocionado a Argentina, pero, en cuanto se supieron los detalles de su desaparición y asesinato, las dos chicas pasaron de ser víctimas a —en cierto modo— provocadoras. Subyacía una idea: ellas se lo habían buscado. Porque, si no, ¿qué hacían viajando solas? ¿Qué esperaban encontrar ellas dos solas en países en desarrollo? ¿Por qué sus padres las habían dejado ir a un país tan peligroso como Ecuador si eran dos chicas jóvenes y guapas? «Peor que la muerte fue la humillación que vino después», ha escrito una joven paraguaya en una carta que se ha hecho viral. Peor que lo sucedido, una vez más, es la culpabilización de la víctima.

Aquí, en España, tenemos también un caso sangrante estos últimos días. «¿Cerró usted bien las piernas?», le ha preguntado una jueza a una denunciante de abusos sexuales. ¿Cerró usted bien las piernas? Porque, claro, si te violan, es que no has apretado lo suficientemente fuerte las piernas. No te has defendido con todas tus ganas.

PARTE 6

Techos, brechas





y abismos



Mejor en la oficina

HAY UNOS CUANTOS HOMBRES MUY ENFADADOS POR AHÍ. ¿QUÉ ES ESO de tener que quedarse en casa cuidando de su hijo recién nacido cuando podrían estar dándolo todo en la oficina?

Están volcando su rabia en las redes sociales tras la ampliación del permiso de paternidad en España de cinco a ocho semanas. Desde el 1 de abril tendrán dos semanas retribuidas de permiso, inmediatamente tras el nacimiento o adopción, y otras seis restantes que podrán disfrutar durante el primer año de vida del bebé.

Uno podría pensar que es una noticia maravillosa. Más tiempo con un hijo que acaba de nacer, aunque no para todos los hombres. Son pocos. Pero hacen mucho ruido.

«Ahora va a venir el Estado a decirme cuándo tengo que estar con mi hijo. Lo que faltaba». «Cogerse un permiso de paternidad porque lo diga el BOE repugna a la inteligencia y va contra la libertad». «Me lo tengo que apañar yo con mi mujer, el Estado no es quien para obligarme». «Ahora las empresas nos discriminarán a los padres respecto a los no padres». «Entonces se trata de que todos estemos peor, padres y madres».

Casi nadie renuncia a sus vacaciones pagadas, ¿verdad? Entonces, ¿por qué esta oleada de protestas? Debe de ser que cuidar de un recién nacido —sin dejar de cobrar la nómina— es una cosa bien distinta a irse de vacaciones y tumbarse a la bartola con una cerveza en la mano. Pañales sucios. Caca líquida que cala hasta la cabeza. Llantos desquiciantes día y noche —sobre todo, por la noche—. Falta de sueño que enloquece. Por no hablar de algo que no les podremos traspasar a ellos: el postparto, ya saben, señoras, ¿verdad?

¿Por qué tanta rabia de algunos hombres contra la oportunidad de pasar unos días con sus bebés? Y eso que un hijo ocurre un par de veces en la vida —de media—. Y las vacaciones son algo que nos pasa cada año. ¿No quieren estar con sus hijos? ¿O tienen miedo de que en las entrevistas de trabajo empiecen a preguntarles si van a ser padres, o de que en sus empresas los discriminen o despidan al volver del permiso?

Bienvenidos al miedo de las mujeres.

Un sueldo de estrella

NO HAY MUJERES EN LOS PRIMEROS PUESTOS. BUENO, SÍ, LAS HAY haciendo el trabajo, pero no en las listas de las mejor pagadas. La corporación pública británica de radio y televisión, la BBC, se ha visto obligada a revelar los salarios de sus estrellas. Y una de las grandes sorpresas ha sido el machismo en las nóminas. Los ocho primeros puestos

en la lista los ocupan hombres. El que más gana es el presentador de las mañanas de la radio pública, con un sueldo de dos millones y medio de libras al año. Para encontrar a la primera mujer hay que bajar en la tabla hasta el medio millón de libras, que es el salario que se embolsa Claudia Winkleman, una de las presentadoras de un concurso de baile. Con los actores sucede lo mismo. El actor mejor pagado se lleva cuatrocientas mil libras al año. La actriz mejor pagada —casualmente, su compañera de reparto en la misma serie— cobra un 25% menos que él: trescientas mil libras. En los informativos también ganan mucho más los hombres que las mujeres: el presentador de las diez de la noche de la BBC One se lleva a casa 550.000 libras al año. La presentadora mejor pagada apenas llega a la mitad que su colega masculino: 249.000.

El que más gana es el presentador de las mañanas de la radio pública, con un sueldo de dos millones y medio de libras al año. Para encontrar a la primera mujer hay que bajar en la tabla hasta el medio millón de libras.

¿Qué pasaría si esa transparencia de sueldos se aplicara también aquí, en España, y en todas las empresas? Pues que no diferiría mucho de lo que sucede en la BBC. En nuestro país, las mujeres cobran un 14,9% menos que los hombres a igual trabajo, igual horario e igual responsabilidad. Pero la brecha real es aún mayor, porque las mujeres acceden a menos puestos de responsabilidad —y, por lo tanto, mejor pagados —, siguen encabezando las listas del paro y siguen pidiendo ellas —en su gran mayoría— la reducción de jornada. Si tenemos en cuenta estas variables, según Eurostat, la brecha salarial entre hombres y mujeres en España se dispara hasta el 35,7%.

Es decir, por cada cien euros que cobran los hombres, las mujeres ganan 64,3 euros. Y tienen peores contratos.

Como para hablar de igualdad.

Padres y madres ¿por igual?

DEBERÍA SER BUENO PARA TODOS, ¿VERDAD?, ESO DE QUE LOS HOMBRES disfrutaran de permisos de paternidad iguales que los de las mujeres. Que se involucraran en la crianza al mismo nivel que las madres. Y que las empresas dejaran de ver la maternidad como un lastre —¿tienes previsto quedarte embarazada?—. Todo arreglado. Pues no. Al contrario. Al menos, esa es la sorprendente conclusión de un estudio en Estados Unidos. Allí, las universidades más potentes del mundo nos llevan ventaja: en los años noventa ya se dieron cuenta de la poca representación femenina entre el profesorado y decidieron establecer políticas familiares activas para facilitar

que ellas pudieran conseguir una plaza de profesor titular —tras pasar por profesor asistente, presentar investigaciones, publicar trabajos y ser evaluadas por un comité—, en el periodo de siete años máximo para lograrlo, porque esos años cruciales coincidían con el periodo en el que las futuras profesoras decidían ser madres, así que muy pocas lograban el puesto. Esas universidades —algunas de las mejores del mundo— decidieron ser más flexibles. Las parejas que tuvieran hijos conseguirán ciertas ventajas temporales para lograr un puesto de profesor. No solo las madres. También los padres.

¿Qué ha pasado? La hecatombe. El estudio —recopilando datos de los últimos veinte años en cincuenta departamentos de economía— ha descubierto que los únicos beneficiados por esta medida de conciliación son los hombres: la probabilidad de que consigan la plaza de profesor ha aumentado un 19 %. En las mujeres, la cifra ha caído un 22 %. Resulta que las políticas neutrales de género no son neutrales en la práctica. Los padres que recibieron los mismos beneficios que las madres aprovecharon esas ventajas para lanzar sus carreras. Ellas, adivinen, estaban ocupadas con los hijos y el hogar. Dar a luz no es un suceso de género neutro, recuerdan los investigadores, y dando las mismas ventajas a hombres y mujeres, las políticas de género neutras consiguen lo contrario: impulsarlos a ellos.

Las listas

BÚSQUESE. BÚSQUESE USTED EN LA LISTA. SÍ, EN LA DE LAS quinientas mujeres más influyentes de España que publica cada año *Yo Dona*. ¿A que no se encuentra? Por eso me cabrean las listas que convierten en un gueto a algún colectivo. «Los gais más influyentes». «Los negros de mayor fortuna». «Las mejores directivas». Es como intentar hacer listas de «el niño con pecas de ojos azules que mejor dibuja a Bob Esponja» o «el ser humano nacido un martes de otoño que mejor haga el pino puente». Y así hasta el absurdo. Me cabrea porque las listas son un síntoma. Como la fiebre. Si te sube la temperatura, es que estás enfermo. Con lo que si hacen una lista con tu colectivo, es que algo grave pasa. Pero son necesarias. Claro que son necesarias. Para visibilizarnos. Para gritar que estamos ahí, que lo estamos haciendo y que vamos a seguir luchando. Porque alguien tiene que mostrarnos al mundo, nosotras somos demasiado modestas para vendernos.

¿Sabía usted que tres de cada cinco nuevas compañías que se crearon en el mundo el año pasado fueron impulsadas por mujeres? ¿O que el 17% de los hombres fracasaron con su primera empresa, y solo el 11% de las mujeres? ¿O que el retorno de las empresas lideradas por mujeres es un 63% superior a las dirigidas por hombres? ¿O que, si se financiase a las mujeres al mismo ritmo que a los hombres, se crearían seis millones de puestos de trabajo en la Unión Europea en los próximos cinco años?

Y, por cierto, sin remilgos ni vergüenzas, hágase usted, mujer, un hueco en esta lista de las quinientas. Sume todo lo que hace al día, a todo al que ayuda, todo contra lo que lucha, todo lo que soluciona, todo el amor que da. Y vea cómo eso mueve su mundo, cómo hace mejor la vida de los que la rodean, cómo impulsa a otras mujeres a ser

valientes también. A tener dignidad. A seguir peleando. «Dadme un punto de apoyo y moveré la Tierra», dijo Arquímedes. «Dame una mujer y moveré el mundo», les digo ahora. Y esa mujer es usted. Y usted. Y usted.

Somos todas nosotras.

Las «quelis»

ELLA LAS MIRABA UN POCO POR ENCIMA DEL HOMBRO, UN POCO con lástima, un poco con cara de no entender bien la cosa. Las dos últimas *quelis* (¡qué gracia le hacía esa palabra desde que la descubrió! —*quelis,* las que-limpian, le había explicado una amiga, *ja, ja ja—)* que habían pasado por la casa de sus padres tenían títulos universitarios. Y no solo eso, una había trabajado de técnico en energías renovables y otra de profesora en la universidad. Todo eso se lo había contado su madre, que no tenía reparos en mantener conversaciones con las chachas. Ella se limitaba a saludarlas con la educación fingida del jefe y a pedirles, siempre guardando las distancias, que le plancharan tal vestido o que tuvieran cuidado en dejar como estaba la montaña de papeles que había en el escritorio de su habitación.

Pero Ella sabía, porque lo había comentado con sus amigas del *insti,* que en otras casas era igual, que muchas de esas *quelis* (¡ay, cómo le gustaba esa palabra! *Queli, queli, queli)* habían trabajado en su país de cosas que, viéndolas ahora, no les pegaban para nada (míralas, con esas ropas del año de Maricastaña y la cabeza siempre baja, obedeciendo sin rechistar, que parece que tengan una empanada en vez de un cerebro). Además, muy malas debían de ser en su trabajo para acabar en otro país, sin su familia, limpiando casas. Malas, estúpidas o mentirosas, porque ya me dirás tú cómo iba a terminar una profesora de física ucraniana vestida de *queli* en una casa de clase media española. Ya me dirás. Que igual era todo mentira.

No como Ella, tan inteligente, que años después ha conseguido sacar la carrera de económicas en una prestigiosa y carísima universidad estadounidense, y está ya trabajando en Londres, en la *City,* en el meollo de las decisiones bursátiles europeas. Ella, que está convencida de que mañana sí se atreverá a entregarle su currículum a ese jefazo que siempre le pide un *macchiatto* descafeinado. Ojalá le toque turno de barra y no de limpieza y pueda acercarse a él. Ojalá.

¿Poder femenino? ¡Ja!

COJAN A LAS GRANDES COMPAÑÍAS QUE DOMINAN EL MUNDO. LAS QUE facturan billones. Las que extienden sus tentáculos a todo el planeta. ¿Quién las dirige? Hombres. Claro. Hombres. Y alguna mujer. Alguna. Un estudio de la consultora PwC ha examinado a las dos mil quinientos mayores empresas del planeta. En 2015, 359 de esas empresas cambiaron a su máximo responsable, a su CEO. ¿Se atreverían a apostar por cuántas decidieron que una mujer ocupara el cargo? Se lo digo yo: diez. Diez de 359. Ni

siquiera un triste 3% de nuevos CEO de las grandes multinacionales son mujeres. No estamos hablando de personas —hombres— que llevan años o décadas en sus puestos. Estamos hablando de nuevos nombramientos en la época de la teórica igualdad. Solo un patético 2,8% de nuevos directores ejecutivos son mujeres. La cifra más baja desde que se empezó a medir este índice. ¿Cómo es posible que estemos en retroceso?

¿Cómo es posible que se haya nombrado a menos mujeres para puestos de responsabilidad justo en la época en la que más se habla sobre —o más se visibiliza— el poder femenino?

¿Cómo es posible que se haya nombrado a menos mujeres para puestos de responsabilidad justo en la época en la que más se habla sobre —o más se visibiliza— el poder femenino? Los expertos lo atribuyen a varias causas. Por un lado, las industrias tradicionalmente masculinas —energéticas, financieras o tecnológicas— siguen en manos de hombres. Pero también —y esta es quizá la causa más significativa— las empresas están fallando estrepitosamente en promover su propio talento femenino. Los hombres que llegan a la cúpula de una gran compañía suelen proceder de la misma compañía. Las mujeres, sin embargo, suelen ser fichajes de otras empresas, como si en la propia no hubiera talento femenino. Sí que lo hay, claro, pero se invisibiliza. Se estanca. Se olvida.

Y, además, la puntilla: son muchas más las directoras generales que abandonan sus puestos —o son forzadas a abandonarlos— que hombres en el mismo cargo. ¿Por qué? Pues porque las que seguimos conciliando —y sintiéndonos culpables— somos nosotras. Y hay puestos en los que la conciliación es prácticamente imposible.

Papá periodista

ME GUSTA MUCHO TU COLUMNA, ME DIJO EL OTRO DÍA UN súper-ejecutivo-español. Y yo me sonrojé. Un hombre que me lee. Vamos bien, vamos bien, pensé. Ese es el camino, que nos lean también los hombres. Me gusta mucho tu columna, repitió él, pero a veces eres demasiado madre. ¡Alto! ¡Paren las máquinas! ¿Demasiado madre? ¿Qué narices es eso? ¿Se puede ser demasiado madre? Se lo pregunté al súper-ejecutivo-español. «Pues que siempre estás hablando de maternidad o niños», me contestó. ¿Siempre? Ahí me piqué. Y, en cuanto llegué a casa, me puse a contar. De los varios centenares de columnas que he escrito en los últimos años, apenas una de cada diez toca el tema de la maternidad.

Así que me puse a indagar en si hay sesgo de género de los temas de los que escribimos las periodistas y los que escriben los periodistas. Nosotras, por orden: familia, temas de género, moda, alimentación y asuntos sociales. ¿Y ellos? Pues de lo que menos escribimos las mujeres: economía, política internacional, seguridad, medios de comunicación, medio ambiente y política nacional.

Nosotras, además, seguimos en clara minoría en las páginas de opinión de la prensa no femenina. Por eso me alegró de manera especial estar en el jurado que dio el premio de mejor blog del año a *Goldman Sachs no es un aftershave,* una página de economía escrita por mujeres. «Te equivocas si esperas que hablemos del tío de la última noche o del perfume que no conseguimos encontrar en la tienda —explican—, nos interesa el periodismo internacional y esperamos despertar esa misma curiosidad en nuestros lectores con un estilo directo, sencillo e inclusivo: mujeres y hombres estarán representados por igual. Frente al exceso de testosterona, un poco más de estrógenos». Soy mujer. Periodista.

Y estoy orgullosa de escribir en una revista para mujeres, en la que tengo libertad para contar lo que quiero. Que son muchas cosas. Como también cuento otras muchas cosas en el blog, en otras columnas o en mi trabajo en televisión. Como cuentan otras cosas los hombres que escriben para revistas masculinas. Quizá son ellos los que tendrían que empezar a hablar también de niños, ¿no? También son sus hijos.

Amas de casa

ESTOY INTENTANDO TOMÁRMELO CON CALMA. NO SALTAR A LA YUGULAR CADA vez que les escucho. Moderarme. Respirar profundo. Contar hasta diez. Inspirar. Espirar. Pero no puedo. Una fuerza oscura me empuja. Tengo que escribir sobre Melania Trump. Y su marido. Otra vez. Sí. Ya lo siento, queridos lectores. Pero son una fuente inagotable para mi mente calenturienta de feminazi. Les voy a confesar que llevo varias semanas intentando no escribir sobre unas declaraciones de la *First Lady* que me tienen loca. «Mi preocupación principal es que cuando Donald regrese a casa encuentre un clima de paz y tranquilidad para que pueda recuperarse (…), lo esencial para mí es que se sienta lo mejor rodeado y lo más protegido posible cuando está en la intimidad familiar». Vamos a asistir a cuatro años de una primera dama que se va a dedicar a lucir modelitos que superan el salario medio anual del país, que jugará a la perfecta anfitriona y que ejercerá de madre y esposa amantísima, cuidando que el descanso del guerrero sea lo más plácido posible. El modelo de mujer tradicional, pero con más millones en el banco y más poder en el despacho y en la cama que el resto de la humanidad. Y, atención, perfectamente lícito. Las mujeres no debemos caer en la trampa de criticar a otras que deciden quedarse en casa cuidando de la familia, por mucho que, a veces, sea difícil entender que arrojen por la borda años de estudio y preparación. Nuestra lucha es que los hombres también puedan hacer lo mismo. Es decir, que podamos irnos a pelear por nuestras carreras mientras nuestros hombres se ocupan del hogar. Que sea una cuestión de elección en la pareja —si es que hay que elegir— y que no sea la mujer la que, por sistema, tenga que abandonar sus sueños laborales.

Nosotras no somos como los hombres. Ni queremos serlo. No pensamos ni sentimos ni actuamos igual. Pero sí que luchamos por tener las mismas oportunidades.

Somos la mitad de la población del mundo. No lo olviden.

¿Por qué contratar a mujeres?

PORQUE DISPARARÍA EL PRODUCTO INTERIOR BRUTO. LA CONTRATACIÓN DE MUJERES AL mismo nivel que los hombres elevaría el PIB de Estados Unidos un 5%, el de Japón un 9% y el de Emiratos un 12%, según el FMI. 865 millones de mujeres están preparadas para empoderar las economías de sus países. Porque su empresa ganará dinero. Las compañías con más mujeres en puestos directivos consiguen aumentar los márgenes de beneficios en varios puntos. Su rentabilidad financiera crece un 35% y sus beneficios antes de impuestos son cinco puntos más elevados que los de las empresas masculinizadas, según datos de McKinsey. Porque reducirá los riesgos financieros. Los altos niveles de testosterona son decisivos a la hora de tomar decisiones. Un estudio con banqueros londinenses demostró que los días en los que los *traders* tenían mayor testosterona en sangre emprendían operaciones de más alto riesgo. Porque conocerá mejor el mercado. Las decisiones de compra las toman fundamentalmente mujeres. Incluso cuando hay que adquirir tecnología, campo en el que deciden seis de cada diez adquisiciones familiares. Porque ayudará a emerger el talento oculto. Las compañías con mujeres en altos puestos directivos animan a otras en las escalas medias y básicas a mostrar y demostrar sus ideas. Porque hará a las comunidades más poderosas. En zonas deprimidas, las mujeres invierten su salario en la comunidad montando negocios, prestando dinero o escolarizando a niños. El dinero fluye, la comunidad se empodera y todos ganan.

En zonas deprimidas, las mujeres invierten su salario en la comunidad montando negocios, prestando dinero o escolarizando a niños. El dinero fluye, la comunidad se empodera y todos ganan.

Y, aun así, las mujeres son solo el 4% de las consejeras delegadas de las quinientas compañías del índice Standard & Poor's 500, solo el 20% de las parlamentarias y solo el 25% de las propietarias de negocios en Europa. En sectores punteros, como el tecnológico, las cifras tampoco son mejores: las mujeres son solo el 20% de las trabajadoras de Apple, el 30% en Twitter y Google (y solo el 17% de sus ingenieras) y el 31% en Facebook. ¿Por qué empeñarse, pues, en desperdiciar al 51% del talento del mundo?

No sin ellos

NO SOMOS SUPERMUJERES. NO PODEMOS LLEGAR A TODO. NO DEBEMOS LLEGAR a todo. Y mucho menos sentirnos culpables por no hacerlo. Porque no estamos solas. Digo esto porque llevo unas semanas casi sin ver a mi familia, metida de lleno en la

promoción de mi primera novela, *No soy un monstruo*, Premio Primavera de Novela 2017. Este último mes no hago más que sumar horas a las horas de la tele, saliendo de casa a las seis de la mañana para trabajar en *Noticias Cuatro* y regresando a las diez de la noche después de pasar toda la tarde concediendo entrevistas. Hay una pregunta invariable en casi todas ellas: «¿Cómo te las arreglas?», «¿Qué haces para conciliar?», «¿Cómo te ayuda tu marido?».

Pues os lo voy a contar aquí. Mi marido no me ayuda. Nunca. Porque ayudar implicaría que la responsabilidad de la casa y de mis hijas recae sobre mí, la mujer, y que él —el hombre— se presta gentilmente a echarme una mano porque es buena persona y está concienciado y tal con la causa feminista. Así que no. Mi marido no me ayuda. Nos ayudamos los dos mutuamente a sacar adelante la casa y a la familia. En estas semanas locas de promoción —bendita promoción—, él es el que está llevando buena parte de la carga familiar —otras veces me ha tocado a mí—. Durante años, además, ha estado solo en casa todos los fines de semana con dos niñas pequeñas, ejerciendo de padrazo mientras yo desaparecía —para ir a trabajar— a las ocho y media de la mañana y no regresaba hasta las diez y media de la noche.

Por eso no podemos hacer esto sin ellos. El feminismo no defiende la supremacía de la mujer frente al hombre —algo que sí que hace el machismo, que postula que el hombre es superior a la mujer—. El feminismo aboga por la igualdad de oportunidades. No queremos ser iguales a un hombre, porque no lo somos. Pero sí que queremos que se nos trate de la misma manera. Y eso no lo vamos a conseguir nosotras solas. No podemos luchar esta guerra desde la rabia o el rencor, desde el odio, desde el enfrentamiento con lo masculino. No podemos ganar esta guerra sin ellos.

Te encargas tú

VEINTITRÉS MADRES PEGANDO ESPUMILLÓN EN LAS CAMISETAS AZULES QUE UNA DE ellas ha conseguido por Internet a buen precio. Veintitrés madres ideando la mejor manera de construir unas diademas con estrellas en las antenas. Veintitrés madres buscando faldas de tul azul marino justo el invierno en que se llevan los colores flúor. Y el grupo de WhatsApp ardiendo. «¿Alguien ha encontrado los calentadores?». «¿Y si hacemos la estrella con GomaEVA?». «¿El espumillón pegado o cosido?». Veintitrés madres entregadas a la tarea de confeccionar el traje de la función de Navidad de sus hijos como si no hubiera un mañana. «Yo os digo una cosa —les solté la tercera vez que se me cayó la estrella de la diadema—, el año que viene, que lo hagan los padres. Los hombres. Los varones. El sexo masculino. Ya sabéis de quién os hablo, ¿no? Es muy sintomático que seamos veintitrés de veintitrés mujeres pegando el espumillón de las narices. ¿Y los papás?». Los papás… Bueno, los papás, para empezar, no están en el grupo de WhatsApp del colegio. En el chat alguien ha incluido solo a las madres que, culpa nuestra, hemos creado nuestro propio gueto erigiéndonos como las coordinadoras de la vida escolar de nuestros hijos. De todas maneras, que yo sepa, los padres no tienen un grupo paralelo, así que podríamos deducir que ellos no necesitan preguntar, por ejemplo, si alguien ha encontrado una chaqueta perdida o qué día era la

excursión al Zoo.

Pero que los padres no se comuniquen entre ellos no quiere decir que no puedan ponerse con el espumillón, la gomaEVA —sí, yo tampoco sabía qué era eso— y las estrellitas. De hecho, estoy convencida de que ninguna de nosotras se ha planteado cederles a sus maridos hilo y tijeras. Hemos asumido de manera natural que eso es cosa de las mamás creando otro gueto llamado *rincón-de-costura-y-manualidades para el cole.* Así que le suelto a mi marido: «Oye, el año que viene los disfraces son tuyos, ¿vale?». Y él se ríe y me contesta: «Claro. ¿No te gusta hacerlo a ti?». Pues no. No me gusta. Y ya va siendo hora de que las mujeres lo digamos más: «De esto te encargas tú».

Baja maternal

LA COSA ES SEÑALAR CON EL DEDO. SENTIRSE SUPERIOR. MARCAR UNA línea entre tu bien y su mal. Primero te hacen sentir culpable porque no eres madre. Se te va a pasar el arroz. Si no eres madre, no estás completa. Bum. Bum. Bum. Cuando te embarazas, aumenta el tono. ¿Te has hecho la *amnio?* Suicida. ¿No te has hecho la *amnio?* Inconsciente. No comas eso que no le sienta bien al bebé. ¿No vas a clase de preparto? ¿En serio seguirás trabajando hasta el final? No lleves ropa tan ajustada. No conduzcas. No te pongas la *epi.* Póntela. Mala madre. Mala madre. Mala madre. Y tras el parto, que si la baja, que si no. Que si la lactancia materna. Que si no. Que si paseos de dos horas en pleno invierno con temperaturas bajo cero. Que si no. Que si colecho. Que si no.

¿Qué nos hemos creído? ¿Mejores que esas mujeres? ¿Quiénes somos nosotros para juzgarlas, para decir que no quieren a sus hijos porque van a trabajar sin agotar su baja o porque les dan el biberón o porque dejan llorar a los niños en la cuna hasta que se duermen por agotamiento? No caigamos en la trampa —yo he caído, varias veces —. No nos convirtamos en señaladoras que marcan barreras de buenas o malas madres. ¿Qué sabemos de sus circunstancias, de sus miedos, de sus dilemas? —Mi momento *top* llegó cuando, en un ascensor de hospital, una desconocida me llamó la atención por llevar a mi hija poco abrigada, según ella, para el frío que hacía. ¿Le digo yo a usted que su jersey es tan feo que daña a la vista?, estuve a punto de contestarle —.

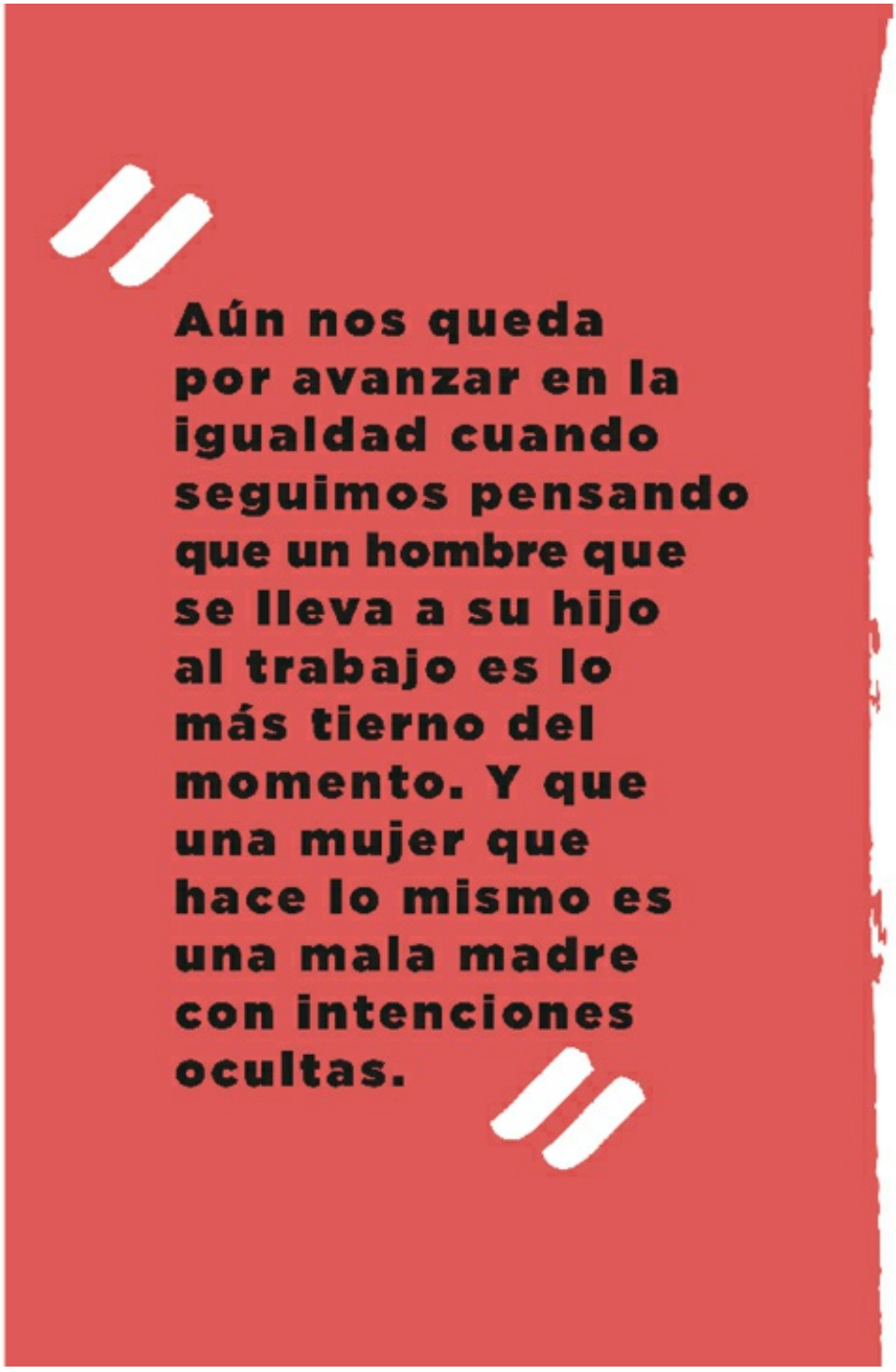
¿Debía haber renunciado Soraya Sáenz de Santamaría a ser vicepresidenta del Gobierno porque acababa de tener un hijo cuando el PP ganó las elecciones? La pregunta se responde sola si le damos la vuelta: ¿se nos ocurriría siquiera plantear eso con un hombre? ¿Qué diremos ahora si la presidenta de Andalucía coge la baja maternal? ¿Y si no la coge? Por cierto, el otro día, en una radio guay-progresista-de-izquierdas, un periodista —hablando de los candidatos de Podemos a las elecciones municipales— soltó: «Hay incluso una madre trabajadora con dos hijos». Incluso.

Si es papá, mola

SIGUE SIENDO NOTICIA QUE UN HOMBRE SE LLEVE AL NIÑO AL trabajo. Una noticia buena, que lo hace popular sobre todo entre las mujeres. Un buen padre que ayuda a la mala madre a llevar la pesada carga del hogar y la familia. El marido perfecto. El yerno perfecto. El papá perfecto. Como Justin Trudeau. Sí. Ese Justin Trudeau, el primer ministro de Canadá al que todas las suegras querrían como yerno, el político más influyente y valorado en Internet —cada gesto, cada palabra, cada foto que cuelga en las redes sociales se convierte inmediatamente en viral—, el hombre que derrite los corazones. De ese Justin Trudeau quiero hablarles hoy, porque el jefe de Gobierno más popular del mundo ha sumado una nueva ola de seguidores —y de corazones derretidos— llevándose al trabajo a su hijo y, claro, compartiendo las fotos en las redes sociales. «Padrazo. ¿Puede haber una imagen más tierna? Quiero a ese hombre para mí. Muero de amor». Etc. Etc. Etc.

Ahora imaginen la imagen contraria. La de una mujer primera ministra de un país llevándose a su hijo a la sede del gobierno y retratándose con el pequeño o la pequeña en los mismos lugares y con los mismos gestos de Trudeau: haciendo ver que trabajan en una enorme mesa de despacho, corriendo por los pasillos, atendiendo a la prensa o jugando al escondite. Seguro que todo el amor que derritió Internet con Trudeau se convertía en otra cosa si la protagonista de las fotografías fuera una mujer. Otra cosa no tierna precisamente. Acuérdense, si no, de cuando Carolina Bescansa se llevó a su bebé al Congreso de los Diputados. Mala madre. Operación de *marketing.* Aprovechada. Expone a su hijo a cambio de minutos en los informativos. Y así.

Aún nos queda por avanzar en la igualdad cuando seguimos pensando que un hombre que se lleva a su hijo al trabajo —y lo expone, como Trudeau, a la prensa y a las redes sociales sin ningún pudor— es lo más tierno del momento. Y que una mujer que hace lo mismo es una mala madre con intenciones ocultas.


Aún nos queda
por avanzar en la
igualdad cuando
seguimos pensando
que un hombre que
se lleva a su hijo
al trabajo es lo
más tierno del
momento. Y que
una mujer que
hace lo mismo es
una mala madre
con intenciones
ocultas.

Puñetazos

HECHOS: LA EMPRESA QUE DIRIGÍA GANÓ MÁS DE DIECISIETE MILLONES DE euros en el último trimestre cuando casi todas las del sector están en pérdidas. Consiguió fidelizar a ochocientos mil clientes a través de Internet. Ganó ocho de los premios más prestigiosos del sector. Y se consolidó como referencia en proyectos digitales.

Hechos: la persona al mando de este éxito empresarial se entera de que cobra bastante menos que su antecesor en el cargo, y menos también que uno de sus subordinados actuales. Se entera además de que ha sido así en los últimos puestos que ha ocupado en la empresa: siempre salarios más bajos que quien la precedió o la sustituyó. Hechos: ella es mujer. Se queja. Le dan migajas. Se vuelve a quejar. La despiden. De manera fulminante. Y ponen en su lugar (¿adivinen?) al subordinado que cobraba más que ella (y al que presuponemos un nuevo aumento en la nómina). Se acabó la revolución que supuso para el periodismo que uno de los diarios de referencia mundial, el *New York Times,* tuviera a una mujer como directora.

Hechos: visto el revuelo, la empresa se justifica. No es cuestión de dinero, dicen, sino de que ella era de trato difícil. Algunas periodistas alzan la voz: nadie espera que un director de periódico sea cálido y cordial, sino resolutivo; ¿alguien criticaría a un hombre por tener las ideas claras e imponerlas? Lo que en ellos son dotes de mando en las mujeres son rasgos negativos.

Hechos: hace unos meses varios periodistas (hombres) publicaron un perfil sobre ella con significativas críticas machistas. Para mostrar su supuesto mal carácter contaban cosas como que, tras quejarse por una fotografía, le dijo al responsable: «No sé por qué estás aquí todavía. Si yo fuera tú, me habría ido ya a cambiar la foto».

Hechos: ella tuvo una discusión con uno de los subdirectores. Él salió del despacho chillando y dando puñetazos a las paredes. Desapareció durante todo el día, faltando a reuniones cruciales.

Hoy, el de los puñetazos es el nuevo director del *New York Times.*

Síndrome del impostor

ESTÁN AHÍ. TRABAJANDO DURO EN SUS LABORATORIOS. DESCUBRIENDO MOLÉCULAS QUE CURARÁN a nuestros hijos, encontrando materiales que harán nuestra vida más fácil, perfeccionando procesos quirúrgicos que salvarán a millones de personas. Pero usted no las conoce. Ni yo. Las científicas existen, aunque trabajan en la sombra, sin apenas hacer ruido. A pesar de proyectos de primerísimo nivel, ellas no copan espacio público. Los datos son escandalosos. A pesar de que cuatro de cada diez investigadores españoles son mujeres —y que ya son mayoría en las edades más jóvenes—, solo seis de cada cien artículos escritos sobre la ciencia española reflejan su actividad. El resto, un 94%, hablan en exclusiva del trabajo de los hombres. Ellas no brillan fuera del laboratorio ni reciben premios: un 82% de los galardones científicos en España van a parar a manos masculinas. Científicas agazapadas. Trabajando. Trabajando. Trabajando. Puede tener que ver con el *síndrome del impostor*, ese síndrome, demostrado por diversos estudios, por el que las mujeres siempre juzgamos nuestro trabajo peor de lo que es. Tendemos a pensar que ocupamos un puesto por encima de

nuestra capacidad y que, si levantamos la voz, descubrirán nuestra impostura. Sin embargo, a los hombres les sucede lo contrario: suelen pensar que están un puesto por debajo del escalafón que merecen y que su trabajo, excelente, les cualifica para un aumento de sueldo y de responsabilidades.

Salas está convencida de que las jóvenes investigadoras lo tienen claro, que van a trabajar duro en visibilizarse y que, dentro de muy poco, ocuparán el lugar que les corresponde.

Una campaña de la UNESCO y L'Oréal intenta dar a conocer a esas investigadoras, animarnos a que tecleemos su nombre y sepamos qué hacen, en qué trabajan, cuál es su trayectoria. Una de las sabias entre las sabias, Margarita Salas, anima a sus colegas a salir del laboratorio, a venderse. Y nos deja una impresión para la esperanza: Salas está convencida de que las jóvenes investigadoras lo tienen claro, que van a trabajar duro en visibilizarse y que, dentro de muy poco, ocuparán el lugar que les corresponde. El lugar que les corresponde por su trabajo. Ni más ni menos.

Los magníficos

SI LO HUBIERA PINTADO GOYA, PODRÍA HABERLO TITULADO *RETRATO DE FELIPE y su corte.* Velázquez quizá habría rehecho sus *Meninas* en masculino. Y para Rubens sería la *Adoración al futuro rey.* Pero estamos en el año 14 del siglo XXI y esto es una fotografía, así que llamémosla *El príncipe y los veintitrés magníficos.* Lo del siglo XXI es un decir, porque, vestuario aparte, la imagen podría pasar por cualquier cuadro de cualquier pintor de cámara de cualquier corte española de varios siglos atrás. Se la describo: en las escalinatas de una mansión palaciega (la casa del potentado Javier Godó), veintitrés prohombres posan orgullosos junto al futuro rey de su país. Son empresarios. Muy poderosos. Escogidos con bisturí para cenar con el amado futuro líder. Todos hombres, claro. Machos. Personas de género masculino. La fotografía no nos devuelve el rostro de ninguna mujer.

Al parecer, los organizadores de la cena no encontraron a ninguna señora lo suficientemente capacitada o poderosa como para estar en ese grupo. Nadie de género femenino que igualara en méritos a los Cuatrecasas, Lara, Oliu, Rosell o Villar Mir de turno. Caballeros, si quieren les echo una mano. Inteligentísimas mujeres están al frente de potentes empresas, como Codorníu, Omega Capital, Quirón, Hispasat, Inforpress, Tous, Microsoft España, Dia o Bankinter. Claro que Mar, Alicia, Pilar, Elena, Nuria, Rosa, María, Ana María o Dolores no suelen alardear de su trabajo, y a ustedes, hombres, quizá tampoco les interese admitirlas en su club. ¿Por qué ninguna de ellas fue invitada? ¿Querían los señores hablar de cositas de señores? ¿Son ellas invisibles?

La imagen no es nueva. Recuerden si no la cumbre del G20 en Osaka, en cuya «orgullosa» fotografía oficial posan treinta y cinco hombres y tres mujeres —Angela

Merkel, Theresa May y Christine Lagarde—.

No se extrañen luego de que el sueldo medio de las mujeres sea un 30% menos que el de los hombres. Salir en las fotos da muchos puntos. Y nosotras salimos poco.

Pablo regresa

NO SÉ A USTEDES, PERO CUANDO YO REGRESÉ DE MIS DOS permisos de maternidad, no me recibieron con bengalas. Volví al trabajo y ya. Como si no hubiera pasado nada, aunque mi vida hubiese cambiado para siempre.

Sin embargo, oigo a Pablo Iglesias y parece que ha regresado de la Gran Guerra de los Pañales. No me entiendan mal. Me parece tremendamente valiente —y un ejemplo impagable— que el líder de Podemos se haya tomado tres meses de permiso de paternidad para cuidar a sus gemelos, justo, además, cuando la política española pasa su momento más convulso y más lo necesitaba su partido. Con su paso adelante, Iglesias ha dado la cara por todos los hombres que tienen miedo —sí, algunos tienen miedo— a pedir a su empresa lo que legalmente les pertenece: tiempo con sus hijos recién nacidos. Lo mismo, vamos, que sufren muchas mujeres. Desde el «¿tienes pensado ser madre?» de las entrevistas de trabajo al terror de tener que contar al jefe que se han quedado embarazadas. Después están los hombres enfadadísimos con el Gobierno por haber ampliado el permiso de paternidad. «¿Quién es el Gobierno para obligarnos a quedarnos con los hijos?», se lamentan.

Cuando yo regresé de mis dos permisos de maternidad, no me recibieron con bengalas. Volví al trabajo y ya.

Por eso, gracias, Pablo, por el ejemplo práctico y no solo teórico. Pero de ahí a la épica hay un trecho. «Después de haber estado tres meses limpiando culos y cambiando pañales, estoy más preparado que antes para ser un buen presidente», dijo Iglesias el día que regresó. Se le desbordó la épica. Es cierto que lo que ha hecho es excepcional —no recuerdo a un hombre en España de su posición tomarse el permiso de paternidad— y que puede ayudar a los que quieren y no se atreven. Y es cierto también que la experiencia de tener y de criar a un primer hijo cambia la manera de ver el mundo y quizá de interactuar con él. Pero ¿cuánto tiempo llevamos haciéndolo nosotras? Y nadie nos recibe con tambores. Queridos hombres, tomen ejemplo. Pero cuando vuelvan sepan una cosa: solo han hecho lo que estamos haciendo las mujeres desde siempre.

Padres y hermanos

NO SERÁN LOS HIJOS, SERÁN LOS PADRES —ME COMENTABA EL OTRO día una alta

ejecutiva española—, serán los padres los que cambien el modelo de conciliación. Esos hombres que no están cogiendo toda la baja cuando nacen sus hijos, que no contemplan compartir el permiso de maternidad o que no salen antes del trabajo para recoger al niño que se ha puesto malo en el colegio, esos hombres van a tener que empezar a conciliar cuando sus padres estén enfermos. En algún momento tendrán que salir corriendo de la oficina o pedir el día libre, o hacer malabarismos con los horarios para atender a sus padres enfermos.

Y entonces empezarán a entender lo estresante y dura que es la vida de muchas mujeres, siempre calculando, siempre al límite, siempre pidiendo favores. Y cuando les toque a los directivos —me decía—, quizá algunos empiecen a regular políticas de conciliación en sus empresas.

Tendremos que esperar. Mientras, les cuento algo que ya está ocurriendo. ¿Qué hace que un jefe —hombre— sea más generoso y asertivo con sus empleados que otro? Pues que tenga hijas. En un extenso estudio en más de diez mil empresas de Dinamarca durante diez años, un grupo de investigadores ha descubierto que los jefes más generosos son los padres de niñas. Curiosamente, sucede todo lo contrario si solo tienen niños varones: pagan sueldos anuales de cien dólares menos que antes de ser padres. ¿Por qué? Los investigadores apuntan al tradicional rol del sustento familiar, derivan los recursos de la empresa hacia su familia en vez de hacia sus trabajadores. ¿Por qué con las niñas es al revés?, ¿por qué esos jefes pagan más? Porque el cuidado de las hijas ablandaría a los hombres. Peinarlas o jugar con ellas a las muñecas introduce al padre en papeles más empáticos hacia otras personas. Varios estudios ya apuntaban en esa dirección, los padres de niñas donan más a causas benéficas o apoyan políticas de protección social, una influencia que también se nota en hombres que han tenido muchas hermanas. No me digan que no podemos cambiar el mundo.

La Mujer 10

LA MUJER 10 NO TIENE APENAS TIEMPO DE ACLARARSE EL PELO cuando se ducha, porque sus hijos están aporreando la mampara: «Mamá, déjame entrar, *¡¡¡mamáá!!!».* Y eso en el mejor de los casos. Porque, si no los tiene a la vista, podrían estar en plena competición de saltos de cabeza desde el sofá, mirando qué encuentran en el cajón de la ropa interior de mamá o experimentando cuánto llega a pinchar el cuchillo de la carne. Así que la Mujer 10 ha aprendido a ducharse y lavarse el pelo con la puerta abierta —y la mampara abierta si hace falta— en apenas tres minutos y cincuenta segundos. La Mujer 10 ya no se acuerda de cómo era dejar dos minutos el suavizante en el pelo o exfoliarse con el guante de crin. Tampoco cómo era ir al baño en la intimidad. De hecho, en otros baños que no son el suyo tiene que hacer un esfuerzo mental por acordarse de cerrar la puerta. La Mujer 10 tampoco puede cocinar con mimo todas las noches. A veces el Marido 10 y ella cenan una bolsa de patatas fritas o unas galletas Príncipe, derrotados en el sofá, porque el último trozo de pescado fresco se lo han cocinado a los enanos y las latas de conserva se acabaron ayer. Después, la Mujer

10 tampoco tendrá fuerzas para desmaquillarse antes de caer muerta en la cama, aunque, bueno, la verdad es que últimamente poco maquillaje tiene que quitarse. Ya no se acuerda de a qué huelen los libros, ni cómo suena el cine o cuál es el número uno de *Los 40 Principales.*

La Mujer 10 es capaz de organizar el día entero durante el minuto que tarda el microondas en calentar la leche.

En cambio, es capaz de recitar la incongruente letra de *Doraemon* o la sintonía de *Peppa Pig* —incluido el gruñido de presentación—. La Mujer 10 tararea los *Cantajuegos* en el coche hasta que se da cuenta de que hace cinco minutos que dejó a los niños en el cole. A la Mujer 10 no se le ha olvidado cuidarse, no, pero es que ahora mismo tiene que ayudar a hacer los deberes de *mates* al mayor. La Mujer 10 dista mucho de ser perfecta, pero precisamente por eso lo es. Perfecta. Porque la Mujer 10 es capaz de organizar el día entero durante el minuto que tarda el microondas en calentar la leche.

Papá concilia

DAVID BRAVO ES UN ESPAÑOL MÁS DE LOS CIEN MIL QUE cada año deciden romper su matrimonio. Y un español más, también, de los miles que consiguen la custodia compartida de sus hijos. Pero lo que le hace diferente es que ha dejado su escaño en el Congreso de los Diputados para cuidar de su hijo. «Las circunstancias personales han cambiado en los últimos días y ahora la única forma de que mi hijo tenga conmigo la relación que necesita me obliga a renunciar y tener mi residencia permanente en Sevilla». Y se armó la marabunta.

¿Cuántos hombres renuncian a su puesto de trabajo tras ser padres? La cifra es tan minúscula que no la recogen las estadísticas. Sin embargo, ¿cuántas mujeres abandonan su carrera laboral tras la maternidad? Siete de cada cien. Y no solo eso. Un 3% son despedidas por ser madres. Y, además, solo la mitad de las que regresan al trabajo pueden hacerlo con el horario que tenían antes de dar a luz. Pero, sin embargo, los principales responsables del abandono o el freno de las carreras laborales de las mujeres no son los hijos. Son los maridos. Y la sociedad. Se da por hecho que nosotras tenemos que llevar buena parte de la carga del hogar —según el INE, el 91,9% de las mujeres destinan cuatro horas y media al día, mientras que los hombres emplean la mitad—. Y se da por hecho también que la carrera prioritaria es la del marido.

En un estudio entre veinticinco mil alumnos de la universidad de Harvard, la abrumadora cantidad de tres de cada cuatro recién licenciados daban por hecho que serían sus mujeres las que en mayor medida cuidarían del hogar y de los niños. Algo a lo que se resignaban la mitad de las graduadas: un 50% de las licenciadas en una de las más elitistas y prestigiosas universidades del mundo asumía que las carreras de sus maridos tendrían prioridad sobre las suyas. Por eso, el de David Bravo es un gesto

tremendamente valiente. Aunque no haya hecho más que repetir a lo que se ven obligadas decenas de miles de mujeres españolas.

Atacadas

CUANDO ME DOY CUENTA, SOLO QUEDAN VEINTICINCO MINUTOS PARA QUE ELLA llame a la puerta. Casi no llego. Corre. Corre. Pego un salto de la cama y a punto estoy de abrirme la cabeza con la mesilla de noche. ¡Qué manía con tirar el libro al suelo cuando me estoy durmiendo! Un día me dejaré los dientes en el traspiés. Agua fría en la cara, imprescindible para despejarse, y en tres pasos rápidos ya estoy en la ducha. No me da tiempo a lavarme el pelo. Da igual. Con un moño solucionamos el asunto. Lavado exprés tipo gato y secado-frotado rápido con el albornoz. Obviamente, nada de estilismos molones. Practico el arte de disimular la cama (estiro la colcha sobre las almohadas y lanzo encima los cojines para tapar de manera estratégica las arrugas) y tiro dentro del armario la ropa no sucia, pero tampoco limpia del todo, que me quité anoche. Enciendo la cafetera mientras me doy la hidratante en la cara y busco los zapatos bajo el mueble de la entrada. Juraría que los lancé ahí ayer cuando entré en casa. A la vez que me quemo la lengua con el café, voy pasando la bayeta por el hule de la mesa de la cocina, aún con migas de ayer. Intento doblarlo, pero con una mano no puedo. Da igual. Tampoco es tan feo. Enjuago la taza y a dos manos voy metiendo de cualquier manera en el lavavajillas los platos de la cena. Ya sin casi tiempo, lanzo los juguetes de las niñas en una caja gigante que nunca me alegré tanto de haber comprado. ¿Todo bien? Último repaso. Baño, ok. Ropa sucia en el cesto y la que estaba tendida bien doblada en el montón de la plancha. Salón sin nada en medio. Cocina decente. Cama hecha y pijama bajo la almohada. Descubro a tiempo un par de calcetines traidores escondiéndose tras una pata. ¡Mira que si no me doy cuenta! Pensará que soy una guarra. Me atuso el pelo y coloco bien ese jersey feo pero tan cómodo para estar en casa. Justo a tiempo. Suena el timbre. Es ella.

—Hola, Maisa. Buenos días. Hoy tienes un poco de plancha. Yo me voy a escribir al salón. ¿Las niñas duermen?

Papá es alcalde

PASABAN UNOS MINUTOS DE LAS OCHO DE LA MAÑANA Y AL señor alcalde de La Coruña le estaban entrevistando en la radio. Los oyentes podíamos imaginarlo cómodamente sentado en el sillón de su despacho municipal, contestando por teléfono a las preguntas de Pepa Bueno. Pero, de repente, algo no cuadró: unos cuantos gritos infantiles atronaron bajo las palabras de Xulio Ferreiro. «Perdona, Pepa, que tengo un follón en casa, ja, ja, ja», se excusó él entre risas. «Me parece que vamos a tener que dejar esta conversación política para atender a la vida doméstica», le contestó Pepa. «Ja, ja, ja, tengo un pequeño accidente aquí, perdón», repetía el alcalde al teléfono,

mientras seguía colándose de fondo la discusión infantil. «No pasa nada, venga, tú», se oyó decir a Xulio, seguido del ruido de una silla al arrastrarse y de un «¡no quieroooo!» de protesta. «Atienda a esa emergencia, que es prioritaria», le insistía la periodista. «Ya está, ya está», contestó Ferreiro. Y la entrevista siguió como si nada.

«Mis hijos no consiguen pactar entre sí a la hora del desayuno —bromeó más tarde en televisión—. El pequeño le tiró el vaso de leche encima al mayor (…) y lo mandé al rincón de pensar». A España entera le ha encantado la anécdota.

Pero ese momento es noticia —una noticia «entrañable», he leído por ahí— porque le ha pasado a un hombre —y me quito el sombrero ante la maestría con la que Ferreiro resolvió la pelea—. Aunque, antes, decenas de políticas españolas han vivido situaciones similares. Algunas cuentan cómo tienen que encerrarse en el baño para que no las interrumpan sus hijos mientras están concediendo una entrevista, o cómo siguen respondiendo como si nada mientras limpian en silencio los escapes de una gastroenteritis infantil. Todas ellas intentando que no se note, con miedo, siempre el miedo, a la crítica. Olé por Ferreiro. Gracias por normalizar que los papás se ocupan de sus hijos como las mamás, gracias por no esconderlo, por tomarlo con humor y por darnos un ejemplo a todos. Ahora nos toca perder los complejos a nosotras.

Síndrome de la tiara

PONGAMOS QUE USTED ESPERA EN SILENCIO. EN SILENCIO Y TRABAJANDO, CLARO. Pongamos que usted, señora mía, se desloma tras el mostrador, o en su despacho o con el secador. Por eso espera que algún día, y si puede ser mejor antes de que se muera, le reconozcan el esfuerzo. Espera pues una subida de sueldo. O un ascenso. O, bueno, si acaso con una palmadita se conforma. Pero espera, y sin atreverse a pedir. Les presento el síndrome de la tiara, según las investigadoras Frohlinger y Kolb, por el que la mayoría de mujeres aguardan su recompensa discretamente, pensando que alguien se dará cuenta de que se la merecen. Pero hay malas noticias: o espabila o le pasan a doscientos y por la derecha. Los hombres, claro. Y alguna que otra mujer.

Ellos ascienden por lo que pueden hacer en el futuro, mientras las mujeres, si ascendemos, es por haber demostrado con logros nuestra capacidad, según un informe de la consultora McKinsey. Además, negociamos muy bien para el grupo, pero fatal para nosotras. La Universidad de Carnegie Mellon contabilizó que el 57% de sus estudiantes masculinos con máster negociaron un salario superior en su primer trabajo, mientras que de las mujeres ¡solo el 7%! Nos minusvaloramos como autoprotección ante las críticas.

Porque resulta que parecer demasiado inteligente o
tener demasiado éxito sigue siendo algo positivo
solo para ellos.

Un ejemplo: dos profesores de la Universidad de Columbia inventaron un currículum de un inversor de éxito. La mitad de los alumnos creyó que era hombre. La otra, que

era mujer. ¿Conclusiones? Howard era competente y Heidi, una egoísta a la que no contratarían nunca. Era el mismo currículum, solo cambiaba el sexo y, por lo tanto, la percepción que la sociedad tenía de él/ella.

Pues por contar cosas como estas en un libro, los leones (y las leonas) se le han echado encima a Sheryl Sandberg, directiva de Facebook. *Feminazi* es lo más bonito que le han dicho. En el fondo, no hacen más que darle la razón.

¿Por qué cobramos menos?

NO PORQUE SEAMOS MENOS LISTAS QUE LOS HOMBRES, O TRABAJEMOS MENOS que ellos, o nuestra productividad sea menor. No. Las mujeres cobran —cobramos— menos que nuestros compañeros masculinos porque… somos madres. O cuando somos madres, para ser más precisos.

Por lo visto, la maternidad afecta —de forma negativa, claro— a nuestras neuronas o a nuestra capacidad de trabajo. Vaya usted a saber. Mientras estamos solteras, la brecha salarial entre sexos apenas es del 1%. Es decir, que durante el tiempo en el que no tenemos hijos ni pareja las empresas consideran que las mujeres estamos igual de capacitadas que los hombres para desarrollar nuestro trabajo.

Las madres se ven penalizadas en el mercado laboral con menos ofertas de trabajo, menos oportunidades de ascenso y, por lo tanto, peor salario.

Pero ¡ay! ¡Ay cuando encontramos pareja! Porque eso ya quiere decir que la posibilidad de que nos quedemos embarazadas se acerca peligrosamente. Y con ello… el cataclismo.

Nos convertimos en madres y de repente nuestros sueldos se desploman, mientras que los suyos, los de los hombres, suben. La maternidad nos deja a las mujeres con un 37% menos de salario que ellos —cobramos 1.260 euros por cada 2.000 de nómina masculina—, según un estudio del Instituto Europeo de Igualdad de Género. ¿Qué pasa? Varias cosas. Por un lado, las madres se ven penalizadas en el mercado laboral con menos ofertas de trabajo, menos oportunidades de ascenso y, por lo tanto, peor salario. También se ven obligadas a reducir sus jornadas, o a escoger empleos menos cualificados, pero que les permiten compaginar la vida laboral con la familiar.

En el lado contrario, los trabajadores varones con hijos son percibidos como empleados que se van a esforzar más porque —dicen los expertos—, de alguna manera, no solo el empleador percibe que ellos van a rendir más porque ahora tienen una familia a la que alimentar —tal cual—, sino porque ellos mismos, los padres, se animan más a pedir ascensos laborales. De hecho, los datos son claros: en los veintiocho países de la Unión Europea, los hombres con hijos cobran más que los que no los tienen. Igualito que nosotras. ¿Verdad?

El mejor candidato

ELLA ES DIRECTIVA DE UNA DE LAS MAYORES MULTINACIONALES DEL MUNDO. Buscaba una nueva persona para incorporar a su equipo. Y mandó un *email* a un buen grupo de empleados de la empresa pidiendo sugerencias: «Si conocéis a alguien adecuado para el puesto, algún amigo o conocido que os haya hecho llegar su currículum, mandádmelo». Un puesto goloso en una empresa potente con un sueldo y unas condiciones por encima de los estándares de nuestro país. ¿Quién no querría subirse al barco? Al cabo de unos días, la directiva hizo recuento. Tenía diez currículos de gente que su equipo consideraba adecuada para el puesto. Entre ellos no había ninguna mujer. Volvió a escribirles. «Gracias a todos por colaborar en este proceso de selección. Estoy convencida de que todas las personas que habéis sugerido son aptas. Pero me llama la atención una cosa: no hay ninguna mujer. ¿Podéis darle otra vuelta a vuestros contactos y ver si alguna mujer reúne las características de lo que estamos buscando?». Recibió varios currículos más. Y sí, entre ellos, esta vez, había mujeres.

¿Por qué no las había en la primera ronda? Fácil: porque sus trabajadores tiraron de currículos que ya tenían. Cuando su jefa les pidió candidatos para el puesto fueron a buscar a su buzón de correo a esos amigos que les habían mandado su experiencia laboral «por si acaso en tu empresa se abre algún proceso de selección». Y, curiosamente, todos los que lo habían hecho eran hombres. Todos ellos tenían trabajo, pero eran lo suficientemente ambiciosos y proactivos como para seguir buscando oportunidades de ascenso. Las mujeres no. A ellas tuvieron que ir a buscarlas. Es el síndrome de la tiara: ya vendrán a por mí, ya me lo reconocerán, ya me premiarán, ya se darán cuenta, ya me subirán el sueldo, ya me ascenderán. Ya. Ya. Ya. Pero no. No llega.

¿Quieren saber cómo acabó la búsqueda en la multinacional? Al final, el seleccionado fue un hombre. Era el mejor candidato. Pero las mujeres tuvieron su oportunidad. Y de eso se trata. De tener las mismas oportunidades. Parte de ello está en nuestras manos. No dudéis. No os escondáis.

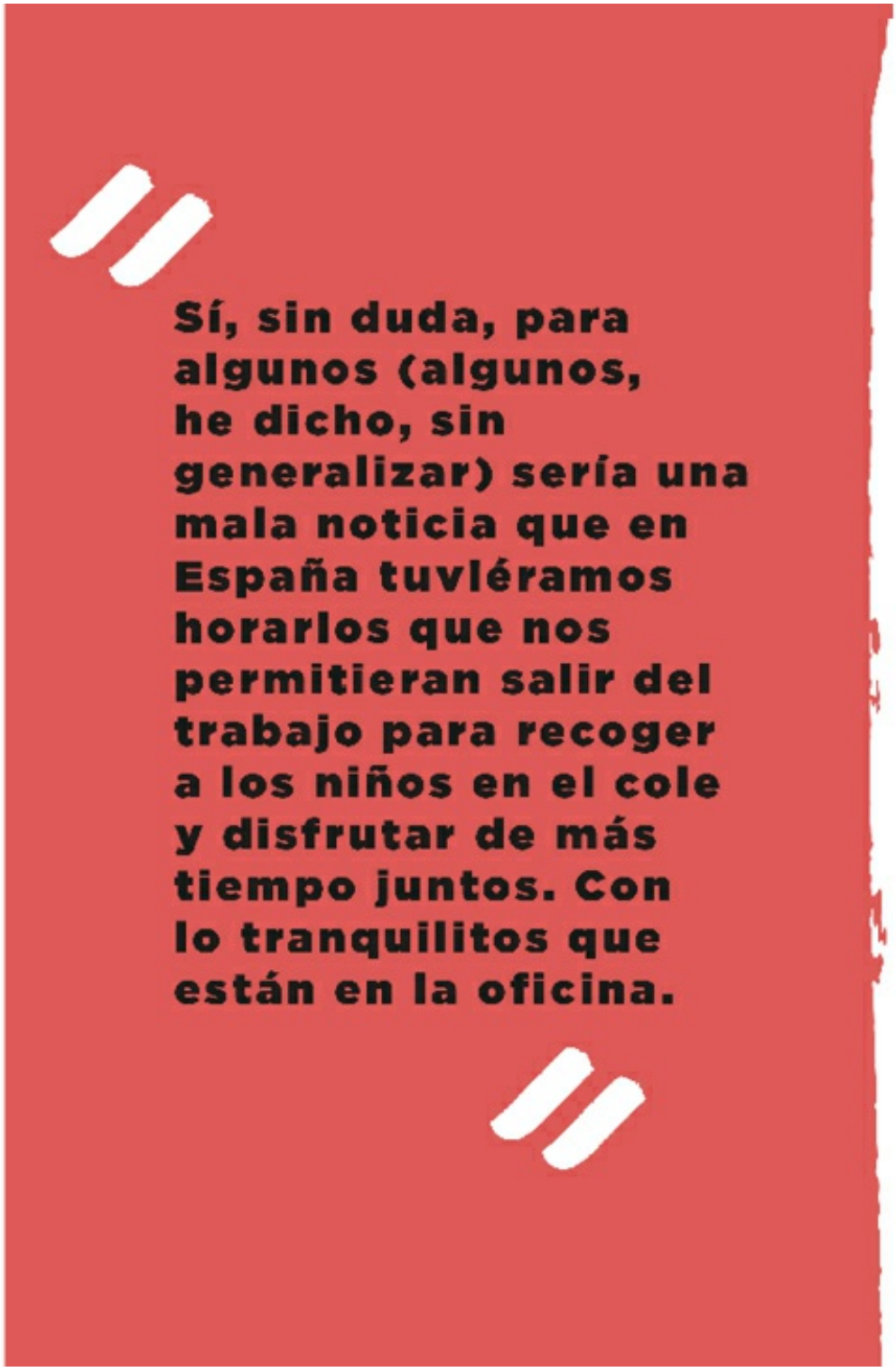
Fugitivos

«SÍ, CLARO, VOLVER PRONTO A CASA PARA TENER QUE HACER COSAS o que mi mujer me eche la bronca. Quita, quita, casi estoy mejor en la oficina», soltó el otro día por televisión un trajeadísimo caballero al que preguntaron qué le parecería que en España tuviéramos horarios que nos permitieran salir antes del trabajo para conciliar vida familiar y laboral. «Quita, quita», dijo el tipo sin avergonzarse lo más mínimo ni pedir que le taparan la cara o le distorsionaran la voz para evitar ser reconocido. «Quita, quita, que estoy mejor en el trabajo que en casa», dijo con una risita que recordaba a los malos malísimos de los dibujos animados. Solo le faltó añadir que allí, en su casa, tendría que hacer cosas tan extrañas como preparar cenas, bañar a los niños o

ayudarles a hacer los deberes. O que no podría simplemente sentarse en el sofá porque el soniquete constante de las cosas que pasan en un hogar —¿es que no están ya cansados los niños después de estar todo el día en el colegio?— no le dejaría escuchar bien la tele.

Entonces pensé que habría pagado por ver la cara de su mujer al escucharle decir esas cosas en público y por televisión. Pero luego me di cuenta de que ella ya debía de saberlo, y de sobra. A este tipo de señores una amiga mía los llama los fugitivos del hogar. Hombres que mágicamente alargan sus compromisos laborales y sociales hasta la hora exacta en la que los niños están a punto de caramelo. Ya me entienden, cuando solo quedan los besitos, el buenas noches y algún cuento y algunas risas de final de jornada. Cuando ya está hecho todo el trabajo duro, y estén superados ya por ese día el «cómete la verdura» y el «haz el favor de terminar los deberes de matemáticas» y el «no pegues a tu hermana».

Sí, sin duda, para algunos —algunos, he dicho, sin generalizar— sería una mala noticia que en España tuviéramos horarios que nos permitieran salir del trabajo para recoger a los niños en el cole y disfrutar de más tiempo juntos. Con lo tranquilitos que están en la oficina.



De solteras y emparejadas

CLARO QUE ME ASUSTA QUE LAS MUJERES TENGAMOS QUE TRABAJAR SETENTA y nueve días más cada año para cobrar lo mismo que los hombres. O que tengamos que hacerlo once años y medio más para tener la misma pensión de jubilación. Claro que me preocupa que la brecha salarial entre hombres y mujeres haya crecido dos puntos, hasta un 23,93% desde que se inició la crisis. Y que sea aún mayor en profesiones copadas por mujeres (enfermería, servicio social, administración, imagen): en ellas, los pocos hombres que trabajan ganan un 30% más que ellas. La razón es sencillamente abrumadora: en los sectores feminizados aún es más evidente que los hombres están en la cúspide y las mujeres en galeras, con lo que la diferencia salarial es todavía más escandalosa.

Sí, todo eso me preocupa, y mucho. Pero hay algo aún más escandalosamente vergonzoso, el dramático pus que supura de la herida: las mujeres trabajadoras que viven solas ganan un 36% más que las mujeres trabajadoras que viven en pareja. Repito. Las mujeres trabajadoras que viven solas ganan un 36% más que las mujeres trabajadoras que viven en pareja. ¿Por qué? Pues porque una mujer soltera puede, si quiere, dedicar a su trabajo mucho más tiempo que las ocho horas de jornada laboral. Hacer horas extra. Trabajar un domingo. Viajar. Una mujer con pareja, incluso sin hijos, lo tiene más difícil. A ella se le presupone el cuidado de los padres (también de los padres de él) y del hogar que, con dos personas, necesita más tiempo y recursos (en España las mujeres dedican cinco horas al día a tareas domésticas, los hombres solo una), así que las que tienen pareja pueden ofrecer menos tiempo libre a su empresa. ¿A quién le pedirán que haga horas extras o que viaje? ¿Quién, por lo tanto, ascenderá?

Con los hombres sucede justo al revés. Los que viven en pareja ganan más, un 17%, que los que viven solos. Y es que, ya saben, no hay como una mujer en casa para que tú solo tengas que ocuparte de ascender en el trabajo.

Poco profesional

ELLA, ESTHER, ES ALTA DIRECTIVA DE UNA EMPRESA ESPAÑOLA PUNTERA EN nuevas tecnologías y análisis de datos. Acaba de tener un bebé, una niña de carita redonda llamada Marina, y ya ha vuelto a trabajar tras el permiso de maternidad. Pero el gran problema es que ella, Esther, sigue dándole el pecho a su hija, que tiene solo cinco meses. Y, al parecer, eso no la hace apta para el trabajo. No porque su empresa lo piense, sino porque algunos trogloditas cazurros lo piensan. Mujer + bebé lactante son incompatibles con mujer + trabajo. Hace unos días, Esther —dos carreras, un MBA en Estados Unidos y una muy exitosa vida laboral— intentó entrar en el Mobile World Congress de Barcelona, el congreso de tecnología móvil más importante del mundo. Iba con su bebé, ya sabéis la manía que tienen los lactantes de querer mamar cuando tienen hambre. «Es poco profesional», le escupieron en la cara, cerrándole la puerta. Pero tenía que entrar, así que llamó a su marido y él, en cuanto terminó una reunión a la que asistía, se dirigió al congreso para esperar con la niña fuera, en la calle —suerte que hacía buen día— y avisar a su mujer en cuanto la pequeña Marina llorara y

quisiera su dosis de pecho.

Si ya de por sí esta situación es indignante y estrambótica, la historia aún es peor. El padre se sienta en un banco en la calle, con la niña plácidamente dormida en su cochecito mientras él aprovecha para seguir trabajando desde su ordenador. A los diez minutos, una mujer de la sede se le acerca y le pide varias veces y en tono nada amable que se marche de allí. Irónicamente, dentro del congreso había una sala para lactantes. Que ningún lactante iba a aprovechar, evidentemente. La historia la ha contado el padre de Marina, Francisco Hernández, en su blog personal, y evidencia el rancio y anticuado pensamiento no solo de muchas empresas, sino de muchas personas. En otros países son todo facilidades para las madres y los padres con bebés lactantes. Y les va mejor, mucho mejor que a nosotros.

Calzonazos

ÉL SUBIÓ A AGRADECER UN PREMIO. MERECIDÍSIMO. ES UNO DE LOS mejores del país en su especialidad. Dio las gracias. Especialmente a su mujer «por haber estado ahí todos estos años, por haber guardado la casa y cuidado de nuestros hijos, porque sin ella yo no hubiera podido dedicarme tanto a mi trabajo». El clamor fue general. Los aplausos atronaron. ¡Qué gran hombre!, ¡qué caballero!, ¡y qué generoso al dedicarle el premio con esas tiernas y devotas palabras a su mujer! A ella, sentada entre el público, se le saltaban las lágrimas de emoción. Porque, claro, ya se sabe, tras cada gran hombre hay una gran mujer. Aunque lo realmente cierto es que tras cada gran hombre hay una gran mujer que le organiza la intendencia de la casa para que él no tenga que preocuparse por nada. Una mujer que le tiene la nevera llena y la sopa caliente. Una mujer que lleva y recoge a los niños del colegio. Que sabe cuándo tienen piscina y cuándo cita con el pediatra para las vacunas. Que se ocupa de que siempre haya una camisa planchada por la mañana. Que llama al fontanero cuando se estropea la cisterna del inodoro. Que sale antes del trabajo si el niño se pone enfermo en el cole. O que deja de trabajar para que la estructura familiar se sostenga. Una mujer que se encarga de todo para que el hombre solo tenga que ocuparse de su trabajo y de dedicarle todas las horas que haga falta. Una mujer que libra a su pareja de las preocupaciones mundanas para que él pueda centrarse en ascender laboralmente.

¿A cuántas mujeres han escuchado dedicar un premio a sus maridos, esos maridos que sacrifican sus carreras laborales quedándose en casa para que todo el engranaje hogar-familia funcione perfectamente?

Sin embargo, imaginen la secuencia al revés. ¿A cuántas mujeres han escuchado dedicar un premio a sus maridos, esos maridos que sacrifican sus carreras laborales quedándose en casa para que todo el engranaje hogar-familia funcione perfectamente? Yo, a ninguna. Aunque conozco a dos hombres —maridos de amigas— que han

sacrificado sus carreras para favorecer las de sus mujeres. Dos hombres valientes que, además, tienen que aguantar las miradas condescendientes —incluso insultantes— de una sociedad que piensa que son unos calzonazos.

¿A quién se ha tirado ese hombre?

ESTABAN SENTADAS EN UN EXTREMO DEL ESCENARIO Y DESDE ALLÍ NOS explicaban cómo iba a ser el próximo curso escolar de nuestros hijos. De repente, caí en la cuenta: todas eran mujeres, en el colegio de mi hija no hay maestros en educación infantil. Pero ¿es lo habitual? Los números dicen que sí. En España, el 98% del profesorado de guardería es femenino, un porcentaje que cae en picado mientras se asciende en la escala académica, hasta llegar al ridículo 18% de catedráticas y 13% de rectoras de universidades. Cuanto más alto, menos mujeres encontramos, como en las grandes empresas del Ibex 35, en las que solo uno de cada diez asientos de los Consejos de Administración está ocupado por una fémina. Servimos para remar, pero parece que no para dirigir el barco.

La realidad nos dice que ellos ocupan el 76% de los Parlamentos nacionales europeos, el 85% de los altos cargos de las seiscientas mayores compañías y el 97% de la dirección de los Consejos de Administración. Pero no son solo números. La igualdad no llegará hasta que a una ministra no la califiquen de albondiguilla poco fotogénica o degeneración de la especie. Cuando nadie le diga a una mujer, cinco semanas después de dar a luz, que cómo se atreve a posar en un *photocall* con los kilos que le quedan por perder. Cuando un importantísimo diario económico deje de escribir *Cristina Garmendia defraudó a los asistentes acudiendo al acto con pantalones.* Cuando una emisora de radio nacional no se atreva a preguntar a Soraya Sáenz de Santamaría si ha conocido varón. O cuando nos salga de manera natural preguntar que a quién se ha tirado un hombre para conseguir ese puesto de trabajo, o decir que ese buenorro está ahí por su tipazo y no por su talento. O cuando las periodistas deportivas narren partidos de fútbol y no solo competiciones de gimnasia rítmica.

El mundo, y ya no digamos un país en crisis, no puede permitirse despreciar el talento de la mitad de su población.

Michelle

HE AQUÍ UNA MUJER INTELIGENTE Y LUCHADORA. UNA MUJER COMPROMETIDA, CON una carrera brillante. Una mujer que, como tantas otras, frena su ascenso laboral y personal por su marido. Ella se llama Michelle Obama y, claro, ahora diríamos que todo valió la pena. La soledad. El sentirse triste y abandonada mientras se sometía a los durísimos tratamientos de fecundación *in vitro.* Las horas esperando en vano a su marido. Los siete años criando a dos niñas pequeñas mientras su Barack —un senador local novato y desconocido del estado de Illinois— se pasaba la semana viviendo en Springfield, a

trescientos kilómetros de distancia. Todo eso valió la pena —pensamos *a posteriori*— porque Barack se convirtió en presidente del país tras una meteórica carrera de apenas cinco años.

En su biografía, escrita tras abandonar la Casa Blanca, la exprimera dama transmite una historia de fuerza y determinación, pero también el subtexto de que la conciliación es algo femenino casi en exclusiva.

Pero ¿qué hubiera pasado sin ese final de cuento? Pues que Michelle hubiera seguido siendo una madre agobiada más, rodeada de su grupo de mamás trabajadoras resentidas. En su biografía, escrita tras abandonar la Casa Blanca, la exprimera dama transmite una historia de fuerza y determinación, pero también el subtexto de que la conciliación es algo femenino casi en exclusiva. Michelle se lleva a entrevistas de trabajo a su hija recién nacida. Llora y reniega por tener que criar a sus niñas sola, por esperar en vano hasta altas horas de la noche a su marido, o porque él pase por el gimnasio antes de ir a casa tras una larga semana fuera.

El matrimonio Obama se somete a terapia de pareja y Michelle dice salir más libre. Pero su libertad consiste en hacer que su madre llegue a su casa a las cuatro y media de la mañana para que ella pueda ir al gimnasio a las cinco, o en cenar a su hora y no esperar a si su marido aparece. Y, al final, es imposible no pensar que si Barack no hubiera llegado hasta la presidencia de Estados Unidos, toda esa soledad, esa frustración, esa maternidad casi en solitario habrían hecho que hoy Michelle fuera una madre culpabilizada, agobiada y frustrada más por no llegar a todo. Como tantas otras. Como siempre.

Te lo cuento en la cena

YO TENÍA UNA AMIGA QUE TRABAJABA EN UNA IMPORTANTE EMISORA DE radio. Un día la llamaron al despacho del jefe. Mal, pensó, algo he hecho mal. Pero no. Era un ascenso. En teoría, porque venía con trampa. «Vas a dejar de cubrir la información local —le dijeron— y ahora te vas a tribunales». En periodismo, cambiar una sección por otra no es fácil; hay que buscar nuevas fuentes, trabajarlas y ganarse su confianza, además de estudiar sobre el nuevo «negociado». Bueno, pensó mi amiga, vamos a tope con ello. Pero no pudo. A pesar de ser una periodista excepcional, se vio obligada a pedir el cambio unos meses después: las fuentes no le contaban cosas y no sacaba exclusivas. En aquellos tiempos, hace veinte años, muchos de los actores del mundo policial y judicial filtraban historias con una copa en la mano en un bar de alterne. Hoy las periodistas han conseguido cambiar muchas cosas. De hecho, buena parte de las grandes exclusivas policiales y judiciales están firmadas por mujeres: Malena Guerra, Mayka Navarro o Cruz Morcillo, por ejemplo. Aun así, ser mujer periodista sigue exigiendo caminar sobre el filo y aguantar mucho machismo.

Algunas periodistas españolas lo han contado al *magazine online Pikara:* insinuaciones, amenazas veladas, incluso tocamientos. Historias similares a las que denunciaron curtidas periodistas políticas francesas hace unas semanas. Describieron a políticos que insisten en tomar una copa o ir a cenar para contarles una información, a los que lamentan que vayan vestidas de manera sobria y sin escote, a los que les acarician el pelo, a los que les hacen fotos en los aviones oficiales mientras están dormidas o los que les dicen: «¿Habéis soñado conmigo esta noche?». «Las periodistas de información política francesa tenemos todavía que enfrentarnos con el machismo de los políticos para realizar nuestro trabajo». Si la cosa no cambia, amenazan ellas, publicarán los nombres de los acosadores. Quizá vaya siendo tiempo de decirlos bien en alto. Los de todos.

Perro

A TU JEFE LE GUSTARÍA DARTE UN LAMETÓN POR TODO TU cuerpo. Le gustaría también acurrucarse en tu regazo. Está convencido de que le miras de manera picarona, ahí, desde tu estatura inalcanzable y con tus amplias caderas que lo vuelven loco. Eres un pedazo de mujer. Pero no solo eso. No solo es físico. Tienes una forma de ser que también le pone.

Bueno, en realidad todo esto no lo ha dicho él, sino su perro. Tu jefe ha puesto todas esas palabras en boca de su perro. El animalito ha escrito un texto —imaginamos que con sus pezuñas aporreando el teclado del ordenador— que da rienda suelta a los deseos y apetencias sexuales de su dueño con sus subordinadas. Y no solo no ve nada malo en ello, sino que, para él, es una manera de alabarte.

La historia, tristemente, es verdad. Un directivo de la Radio Televisión Murciana ha publicado un artículo con semejante bazofia machista sobre las presentadoras de informativos del canal de televisión donde trabaja.

Cuatro días han tardado sus jefes en cesarlo —imaginamos que con palmaditas de consuelo: te entendemos, macho, te entendemos, pero ya sabes cómo son estas locas feministas, no podemos mantenerte en el puesto—.

Él se ha disculpado diciendo que lo que pretendía era hacer «un homenaje a las profesionales de 7TV». ¿Un homenaje? Entonces, ¿por qué no habla de su deseo de dar lametazos por todo el cuerpo a los presentadores masculinos, o de cómo le pone su entrepierna, o de sus pectorales poderosos? ¿Por qué solo habla de los atributos físicos de ellas: sus caderas, su altura, su mirada picarona? ¿Por qué las convierte en presentadoras floreros, en objetos sexuales de los que no importa su opinión, sino la que los hombres vierten sobre ellas? En ningún momento del texto hace referencia a las aptitudes profesionales de las mujeres. Solo al deseo sexual masculino sobre ellas.

Y si terrible es lo que escribe, también lo es que lo vea como un «homenaje», como otras muchas personas —hombres y mujeres— que seguro que tampoco ven nada malo en ello. Y ese es, precisamente, el problema.

John y Jennifer

TIENES UNA EMPRESA, ESTÁS ARRANCANDO CON ELLA Y TU PRODUCTO ES muy prometedor. Buscas financiación, y para ello presentas tu proyecto a los potenciales inversores. Pero, si eres mujer, tienes muchas probabilidades de que te den con la puerta en las narices. Muchas más que si fueras un hombre. Según un estudio noruego, los inversores califican a las emprendedoras —mujeres, claro— como inexpertas. Los emprendedores —hombres, por supuesto— son prometedores. Da igual el proyecto que presentes; si la *start up* está formada por mujeres, lo tienes crudo. De hecho, las compañías dirigidas por ellas recibieron en 2016 menos del 5% del total del dinero que se movió en las rondas de inversión en Estados Unidos. Otro estudio analizó los datos de los años 2011 a 2013 y descubrió que los equipos formados totalmente por hombres tenían cuatro veces más posibilidades de recibir una inyección de dinero de un inversor que aquellos en los que hubiera una mujer. Aunque solo fuera una.

Según un estudio noruego, los inversores califican a las emprendedoras —mujeres, claro— como inexpertas. Los emprendedores —hombres, por supuesto— son prometedores.

Lo sabe bien Janica Álvarez, que se desespera buscando financiación para un nuevo extractor de leche materna más rápido y con mejores resultados que los que existen en el mercado. Cuenta cosas como que uno de los inversores rehusó tocar el aparato porque «le daba asco», que otros estaban viendo porno cuando ella entró en la sala o que casi todos han cuestionado su capacidad para llevar una empresa siendo madre de tres hijos.

Este sesgo antifemenino —a igual capacidad, estudios y proyecto— no es nuevo. El famosísimo estudio Jennifer y John ya puso de relieve hace unos años la tremenda maldad del sistema machista. A cualificados profesores de universidades científicas estadounidenses les pidieron que calificaran el currículum de un estudiante que quería trabajar en su laboratorio. El documento era el mismo, pero a unos se les entregó como si la solicitante fuera mujer y a otros como si se tratase de un hombre. Adivinen. John era mucho más competente y contratable que Jennifer. Siendo la misma persona. Teniendo el mismo currículum.

Papá me mima

ORGULLOSAS PRESUMEN DE SUS HIJOS. MAMÁ DE ANDRÉS, PSICÓLOGA. PEDIATRA, MADRE de tres terremotos. Periodista, culo inquieto, curiosa, madre. Cajeras de supermercado, astrofísicas, maestras, conductoras de autobús… Da igual la profesión, muchas de ellas repiten una misma palabra: mamá. No solo en sus perfiles sociales,

sino también en redes profesionales como LinkedIn o en sus currículos en ponencias y congresos. Porque para nosotras son algo indisoluble: el trabajo y nuestra vida familiar. Uno define e influye al otro, y viceversa. Aunque poco a poco, también los hombres van incorporando la palabra padre a sus perfiles. Conduzco un taxi, pero en realidad querría estar jugando con mis hijos todo el rato. Físico, sueño despierto, papá de María. Politólogo, padre, buscador de setas. Aún son una minoría y por eso llaman la atención, porque son pocos. Como aún es extraordinario que un hombre deje su trabajo para ocuparse de su familia.

Aunque poco a poco, también los hombres van incorporando la palabra padre a sus perfiles.

Y, si no, que se lo pregunten a Mohamed El-Erian y el tremendo eco mediático que ha conseguido con su decisión. Este altísimo directivo estadounidense —CEO del fondo de inversiones Pimco— ha dejado un trabajo en el que generaba cien millones de euros anuales por estar con su hija. Cansado de que la pequeña no le hiciera caso, un día le soltó una buena reprimenda, a lo que la niña contestó con una carta. Toma, papá, lee. El-Erian encontró en el texto infantil una lista que fue como un puñetazo en la sien; su hija le enumeraba todos los acontecimientos importantes de ese curso que él se había perdido: su primer día de clase, su primer partido de fútbol o su desfile de Halloween. Así hasta veintidós. Y estaban solo a mitad de curso. Aunque El-Erian fue capaz de encontrar una excusa para cada uno de ellos, decidió que quería más ser un buen padre que un tiburón de los negocios. Ahora solo trabaja a tiempo parcial.

La trampa aquí es que este multimillonario puede permitírselo y el resto de padres no. Pero que empiecen a presumir de hijos en sus perfiles laborales es todo un primer paso.

Así planchaba…

… ASÍ, ASÍ. ASÍ PLANCHABA QUE YO LA VI. PERO ADEMÁS de planchar, usted, señora, tiene que hacerlo con inmenso placer, porque de esa manera no solo es útil a su familia, sino que también obtendrá un remanso de paz en el ajetreo diario. Resulta que la plancha no solo es la mejor amiga de la mujer, sino también su mejor psicóloga. ¿Se sienten ustedes identificadas? Apuesto a que no. Pero todavía hoy hay mujeres que reivindican la esclavitud casera de sus congéneres. La última ha sido la famosa presentadora británica Kirstie Allsopp, que no solo plancha «cada vez que tiene la oportunidad», sino que siente que las tareas del hogar son «enormemente terapéuticas». De hecho, «saber que tiene la casa limpia» es lo que la «mantiene cuerda». Pura demagogia para la hija de un barón a la que no le falta dinero para mantener a un batallón de sirvientes. ¿Pensaría lo mismo si se viera obligada a cargar con las labores domésticas? Se calcula que una ama de casa realiza hasta treinta y tres tareas diferentes. Vayan sumando: lavadora, plancha, cocina, aspiradora, compra, niños… Si además se dedica solo al hogar, el Estado la considera población inactiva,

como si estuviera todo el día cruzada de brazos.

Según el Ayuntamiento de Barcelona, tres de cada diez amas de casa consumen psicofármacos de manera habitual. Los autores del estudio lo llaman «medicación de la insatisfacción», no tanto por el tipo de trabajo (las empleadas del hogar no sufren este síntoma), sino por la falta de reconocimiento y remuneración. Cinco millones de españolas se desloman en algo que resulta invisible incluso a los que más de cerca disfrutan los resultados: su propia familia. Irónicamente, sus maridos ganan más y ascienden más rápido en el trabajo. Un estudio de la Universidad de Florida concluye que el modelo tradicional de familia es más rentable para el futuro laboral del hombre. Él gana seis mil euros anuales más porque se dedica a su carrera cediendo poco tiempo y esfuerzo a la vida familiar. Lo contrario a tantas y tantas mujeres.

Amor y llantos

«DEJADME CONTAROS MIS PROBLEMAS CON LAS CHICAS [CIENTÍFICAS]», HA DICHO UN premio Nobel. «En el laboratorio pasan tres cosas: o te enamoras de ellas o se enamoran de ti o lloran cuando las criticas». Es decir, el amor y el llanto son las únicas características de las mujeres con mente privilegiada. Bueno, él no las llama mujeres, sino chicas. Niñatas, vamos. Crías.

A Tim Hunt, todo un señor premio Nobel de Medicina, no debe de gustarle demasiado tener mujeres de su nivel intelectual trabajando en el laboratorio porque cree que solo sirven para distraer sexual y emocionalmente a los hombres o para llorar —y distraerlos también con sus lágrimas—. Ellas, las científicas, han respondido en las redes sociales con *#distranctinglysexy* —perturbadoramente sexy—, un baño de ironía e inteligencia. «Intento no llorar mientras cuento células en el laboratorio. Hoy solo me he enamorado tres veces». «Me sentía tan perturbadoramente sexy recogiendo una mierda de guepardo que casi dejé caer un poco al suelo». «Aquí estoy, con el brazo metido hasta el hombro en el recto de una vaca, sintiéndome perturbadoramente sexy». «Me he enamorado de la microcentrifugadora, típica mujer en el laboratorio». «Todavía me siento perturbadoramente sexy tras un día cultivando células. Y ni siquiera he llorado, estoy orgullosa». «Me temo que no voy a ser capaz de salvar las vidas de mis colegas de expedición: soy demasiado perturbadoramente sexy para el equipo».

Más allá de la broma, el caso «perturbadoramente sexy» ha vuelto a poner en portada que las científicas sufren el sesgo de género igual que el resto de mujeres. Por ejemplo: si el director de un laboratorio es hombre, tendrá mayoría de hombres —un 65%— trabajando para él; en cambio, si la directora es mujer, los géneros se equilibran prácticamente al 50%. El sesgo es aún más grave en el caso de que el director sea premio Nobel: 90% de hombres contratados y solo 10% de mujeres.

Lo peor es que la pescadilla se muerde la cola: con pocas mujeres directoras de laboratorios, seguirán entrando pocas científicas en ellos, que tendrán más difícil llegar a ser directoras. Y vuelta a empezar.

Zorras

MI NUEVO EQUIPO SON MUJERES. Y NOS LLEVAMOS BIEN, POR CIERTO. El nuevo año me ha traído un nuevo destino laboral: de las noticias de fin de semana de Telecinco he pasado a presentar las noticias de las 14 horas en Cuatro. Un cambio fantástico —en lo personal, tras trece años en fin de semana, y en lo laboral, por pilotar un informativo en solitario— que me ha dado otro regalo añadido: un equipo de edición formado íntegramente por mujeres. Busco en Google: trabajar con mujeres. veinticuatro millones de resultados solo en español. Pero una cosa en común: casi todos los *links* llevan a la descripción del infierno en la tierra. ¿Por qué es tan difícil trabajar con mujeres? Es un dolor de cabeza. Os vais a tirar de los pelos. Ten cuidado. Vigila que no te apuñalen por la espalda. La peor jefa es una mujer. No sabéis trabajar juntas. Te pasarás el día cotilleando. Miraditas, criticar, hablar por la espalda o inventar historias. Risitas con forma de puñal. Amargura. Envidia.

En fin, que no nos matamos porque somos débiles físicamente —ya saben—, pero a tirarnos de los pelos y arrastrarnos por los pasillos de la oficina sí que llegamos. ¿Cuántas veces habéis oído algo así? Tantas que nos lo acabamos creyendo. Tantas que nos hemos convertido en ese personaje que se parece más a su caricatura que a él mismo. Tantas que nosotras mismas terminamos boicoteándonos. Porque entre los hombres, eso no pasa. Los grupos de trabajo masculinos son una balsa de aceite. Las mujeres, sin embargo, necesitamos que la testosterona nos mantenga a raya. Pues si algo he aprendido con los años, es que trabajar con mujeres es fantástico. Lo debatíamos el otro día en una comida con directivas y ejecutivas de grandes empresas españolas e internacionales. Todas coincidían en que somos más generosas entre nosotras —si a mí me ha ido bien así, ¿por qué no te lo voy a contar para que a ti también te vaya bien?— y trabajamos para el grupo —el éxito de todas por encima de las individualidades—. Pero mientras sigamos creyendo que somos unas arpías entre nosotras mismas, seguiremos haciéndonos daño.

No les da la vida

MI TÍA TRABAJÓ TODA SU VIDA EN UNOS GRANDES ALMACENES. NUNCA, en sus más de cuarenta años allí, vio a una jefa de planta. Las empleadas eran una abrumadora mayoría de mujeres, pero los que mandaban eran hombres. Un día, hace casi veinte años, le pregunté por qué sucedía eso. «Porque a ellas no les da la vida —me contestó —, no pueden estar disponibles las veinticuatro horas del día para lo que surja, y los hombres sí». No les da la vida. No nos da la vida. Y sigue sin darnos a ninguna de nosotras. Pero, en caso de que lo consigamos, aunque el esfuerzo y el sacrificio sean titánicos para llegar a todo, tampoco nos dejan. Estudiamos, mucho, y sacamos las mejores notas. De hecho, seis de cada diez licenciados universitarios son mujeres, una grandísima cantera de talento que, sin embargo, se queda por el camino cuando se trata de saltar de esos estudios al mercado laboral.

Solo dos de cada diez puestos de alta dirección están ocupados por mujeres, y en los comités ejecutivos la cifra se reduce a una por cada nueve hombres.

Las mujeres, más y mejores en la universidad, tienen muchos más problemas para conseguir un puesto de trabajo una vez terminados sus estudios. Apenas logran tres de cada diez nuevas contrataciones en las grandes empresas españolas. Y, a partir de ahí, las posibilidades de ascender laboralmente se multiplican para ellos y se dividen para nosotras. Solo dos de cada diez puestos de alta dirección están ocupados por mujeres, y en los comités ejecutivos la cifra se reduce a una por cada nueve hombres. En lo más alto, al puesto de máxima responsabilidad, consejero delegado, apenas llegan tres por cada noventa y siete hombres, según un informe de la consultora McKinsey, que calcula que si estas cifras aumentaran en tan solo siete puntos —no estamos hablando de igualdad real, atención, sino tan solo de un poquito más de oportunidades—, el Producto Interior Bruto de España subiría ocho puntos. Sin embargo, la diversidad de género solo está entre las diez prioridades de uno de cada cuatro consejeros delegados. Igual si hay más mujeres en la cima, empiezan a preocuparse más por la igualdad. Y lo de los sueldos lo dejamos para otra columna.



PARTE 7

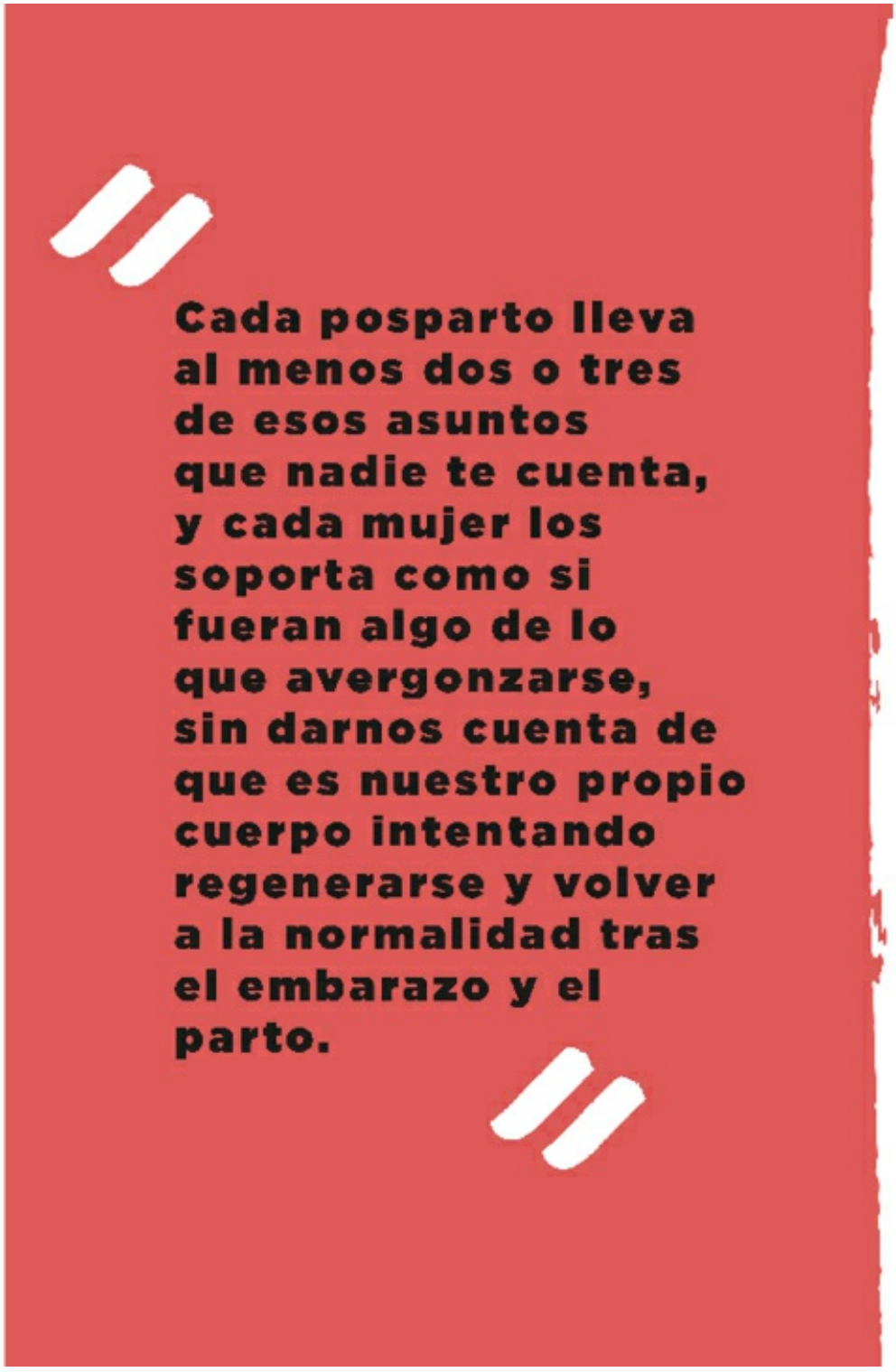
Luces, sombras y demasiados mitos

Cosas naturales que nos dan vergüenza

LA FOTOGRAFÍA LA HIZO EL HOMBRE. EN REALIDAD, ERA UN *SELFIE,* pero salió algo más. Él y su mujer acababan de tener un bebé. Su primer hijo. Imaginen. ¿Cuántos *selfies* se hicieron ustedes tras el parto? Pues eso. Un buen puñado. Pero en esa imagen de un padre tierno y entregado con su recién nacido en brazos —aún con el gorrito que les ponen en la cabeza para que no pierdan calor— se coló otra persona. En la parte derecha de la imagen estaba la madre. De pie. De espaldas. Desnuda. Bueno, no del todo. Llevaba un complemento que las mujeres que han dado a luz conocen bien. Desagradablemente bien. Las bragas de rejilla y el empapador gigantesco que, a modo de compresa, te endosan en el hospital porque no hay nada capaz de absorber todos los restos del embarazo que durante cuarenta días irán saliendo por tu vagina. Sabéis a lo que me refiero. La mujer vio la fotografía. E hizo algo que nadie se hubiera imaginado: colgó la imagen en su Facebook. Obviamente, se hizo viral y millones de personas en todo el mundo la han visto y compartido.

La mujer, australiana, ha contado que esta ha sido su manera de reivindicar el parto como algo natural y el posparto como algo de lo que las mujeres no tenemos que avergonzarnos. El empapador. Sí. Pero no solo eso. Las hemorragias interminables y no solo de sangre. Las almorranas que nunca habías tenido y que te están destrozando. Los puntos que parece que no van a cicatrizar nunca y que te tiene que curar otra persona mientras tú te abres de piernas —y sigues expulsando restos del parto—. Los escapes, y no solo de orina. Los bajones y subidones hormonales. La tristeza. El llanto. Las grietas. Las mastitis. La mala hostia.

Cada posparto lleva al menos dos o tres de esos asuntos que nadie te cuenta, y cada mujer los soporta como si fueran algo de lo que avergonzarse, sin darnos cuenta de que es nuestro propio cuerpo intentando regenerarse y volver a la normalidad tras el embarazo y el parto. Quizá hablarlo sin tabúes ayudaría más a otras mujeres.



Estás más hinchada, ¿no?

PROMETÍ QUE NO IBA A HABLAR DE MI EMBARAZO EN ESTA columna. Bastante pesadas somos algunas preñadas como para ir reproduciendo aquí mis náuseas y demás cositas-del-infierno-hormonal que a ustedes les traen al pairo. Pero es que una lee lo que algunas mujeres famosas han dicho sobre su postparto y se le caen las promesas por la alcantarilla, más o menos a la altura de su suelo pélvico (ese que se fue y nunca volverá). Pase lo de «tener un bebé no es tan idílico como parece» (y ya no te digo, querida, si no tienes una corte de canguros y asistentes); pero lo de «tengo miedo a que a mi novio no le guste ya mi cuerpo» es de «¿por dónde queda el castillo del señor feudal?». Perdón, de «¿por dónde queda la autoestima?».

No crean que no la comprendo. Yo he escuchado a hombres decir que, tras el parto, a sus esposas se les había quedado (y perdón por la grosería) el «chocho como una coliflor» o «la vagina como para meter las dos piernas». Literal. Pero esos tipos son cazurros antes y después del embarazo de sus parejas. Punto. Echen la culpa a las que perpetúan la especie con ellos.

A una primeriza nadie le habla de hemorroides ni hemorragias, escapes o retortijones, hinchazones, mastitis o descolgamientos. Nadie te prepara para la humillación corporal de la cuarentena.

Lo cierto es que a una primeriza nadie le habla de hemorroides ni hemorragias, escapes o retortijones, hinchazones, mastitis o descolgamientos. Nadie te prepara para la humillación corporal de la cuarentena. Imagínense sumándole a todo eso el estar sufriendo por unos kilos de más. Dejemos ya de torturarnos. Estoy harta de conocidos que me sugieren que coma menos, que luego me costará volver a mi peso. O que haga ejercicio, cuando me siento una superheroína solo con levantarme cada mañana. O que, como me soltó ayer un compañero, «en este embarazo te estás hinchando más que con el otro, ¿no?». Sí, tengo hambre y como y engordo. Sí, estoy mortalmente cansada y me cuido menos. Sí, mis caderas se ensanchan, los músculos ceden y almaceno grasa. ¿Y qué? Si no fuera así, no podría sacar al bebé de mi útero ni tampoco darle luego el pecho. Estoy embarazada. Que no os obliguen a sentiros culpables.

Un fastidio

ESCRIBO ESTE TEXTO DESDE LA PENA Y LA CULPA, PERO TAMBIÉN desde la necesidad mental y las ganas de volver a trabajar. Regreso a la tele quince semanas después de salir prácticamente corriendo de allí para dar a luz a mi segunda hija. No solo tengo la fortuna de trabajar, sino también de hacerlo en una empresa con una especial política de protección a embarazadas y familias.

Pero no siempre es así. Algunas de mis amigas han tenido pesadillas durante semanas antes de contarles a sus jefes que esperaban un hijo. Todo ese tiempo se han

vestido con ropas holgadas intentando disimular sus curvas o han vomitado a escondidas, tragándose las arcadas en público mientras se clavaban las uñas en la palma de la mano. Sucede a todos los niveles. Hace un par de años, los presidentes de las asociaciones de obstetricia y ginecología, pediatría y endocrinología (curiosamente, ¡oh!, todos hombres) publicaron una carta quejándose de las dificultades que comporta para su profesión la elevada presencia de mujeres. Venían a decir que el hecho de que las doctoras cojan bajas o pidan la reducción de jornada es un fastidio para el resto de colegas, que tienen que reorganizar las guardias hospitalarias.

Señores, si inventan algo para embarazarse ustedes, avisen, por favor. Mientras tanto, lo seguiremos haciendo nosotras. Lo mismo para la lactancia. Ni se imaginan las posturas absurdas y los lugares imposibles de nuestras oficinas en los que nos hemos sacado la leche. ¿Se atreven? Quizá si ustedes tres son presidentes de lo que son es porque tienen a alguien (¿sus esposas?) que les cubren las espaldas en casa para que puedan llegar tarde o faltar varios días por trabajo.

Parir es físicamente duro y el cuerpo femenino tarda en recuperarse. Pero a partir de ahí, preguntémonos por qué el 49% de las españolas que trabajan no tiene hijos o por qué solo el 6% de hombres pide reducción de jornada para conciliar vida laboral y familia. No pueden embarazarse por nosotras. Pero muchas otras cosas sí pueden hacerlas.

Malas madres

MARÍA SE SIENTE MALA MADRE PORQUE SU BEBÉ NACIÓ MUY PEQUEÑITO y piensa que algo debió de hacer mal durante el embarazo. Isabel, porque su recién nacido llora constantemente y no sabe consolarlo. Pilar, porque le duele mucho el pecho y se ha rendido con la lactancia. Lucía, porque su hija Ana no come bien y ella es incapaz de hacerle tragar más de dos cucharadas seguidas. Carmen, porque Pedro pega a los compañeros en el colegio y ella cree que es por culpa del divorcio. Trini, porque pasa muy poco tiempo con Agustín, y cada día piensa si sería mejor dejar el trabajo. Rosa, porque apenas puede ayudar a Manu y Pedro a hacer los deberes; igual tendría que haber renunciado al ascenso. Ángeles, porque los niños dicen muchas palabrotas y seguro que lo han copiado de ella. Sara, porque sus dos hijas están todo el día peleándose: han sacado su carácter. Antonia, porque Luz empieza a pintarse con apenas trece años, copiando a las chicas de esas series de adultos que ella le ha dejado ver.

Sin embargo, el padre del bebé ni siquiera piensa que alguien tenga la culpa de que naciera con poco menos de dos kilos. Tampoco el marido de Isabel cree que él sea incapaz de consolar al recién nacido; es que los bebés son así. Y a la pareja de Pilar lo que le fastidia del biberón es tener que levantarse varias veces por la noche, ¡con lo cómoda que es la teta! El padre de Ana piensa que ya comerá cuando tenga hambre, y el de Pedro que eso de pegar es cosa de niños. Los maridos de Trini y Rosa ni han contemplado la posibilidad de renunciar al trabajo o a los ascensos, ¡qué barbaridad!, y el de Ángeles dice que tampoco son tantas palabrotas, que lo habrán aprendido en el

cole y que es inevitable. Que las hermanas se peleen es normal, lo hacen todas, piensa Mario. Y que Luz se pinte como si tuviera veinte años es por culpa de esta sociedad tan moderna; y ponle tú puertas al campo. ¿Culpables? ¿Culpables de qué?, razonan ellos. Y les doy la razón. Señoras, nosotras no tenemos la culpa de todo. ¿Vale?

Madradas

ME HE QUEMADO LAS MANOS. POR IMBÉCIL. SÍ. POR LIMPIAR LA vitrocerámica mientras freía un huevo. Es de cajón: si metes un huevo en aceite muy caliente va a salpicar. Mucho. Así que cualquiera esperaría a apagar el fuego antes de poner la mano cerca. Pero no. Me dio el agobio. «¡Cómo se está poniendo de aceite la cocina!». Y, hala…, un impulso irrefrenable obligó a mi brazo a extenderse y pasar la bayeta, aun sabiendo que era un gesto inútil porque unos minutos más tarde, terminado de freír el huevo, tendría que volver a limpiar. Resultado: varias ampollas muy dolorosas en el antebrazo.

Las ampollas no son lo que más duele. Lo que me asusta es darme cuenta de que acabo de hacer una madrada. Sí. Eso que infinidad de veces hemos criticado a nuestras madres («Pero, mamá, ¿no te das cuenta? ¿Qué tontería estás haciendo? ¡Si no tiene lógica alguna!») y que por un oscuro destino inscrito en el ADN terminamos repitiendo de manera inconsciente cuando nos hacemos mayores.

Las ampollas no son lo que más duele. Lo que me asusta es darme cuenta de que acabo de hacer una madrada.

Yo empiezo ya. Con cuarenta años. Y sé que es solo el principio. Pronto comenzaré a comprar a mis hijas ropa un par de tallas más grande, y las pobres tendrán que ir con mangas y perneras dobladas en plan cutre. Les diré que se pongan bragas limpias por si les atropella un coche y tienen que ir a urgencias. Las abrigaré con cincuenta capas solo porque es invierno, aunque haga un día espléndido.

De hecho, acabo de hacer algo que juré que nunca haría. Algo que me daba asco hasta provocar arcadas. Llevaba a mi hija al colegio y me di cuenta de que tenía una manchita —no llegaba siquiera a la categoría de mancha— de yogur en la cara. Y sí, lo habéis adivinado. Como nuestras madres y tías y abuelas hicieron antes con nosotras (¿por qué era solo cosa de las mujeres de la familia?), me mojé un dedo con saliva y se lo restregué por la mejilla hasta que no quedó rastro del yogur. Pero ¿por qué hice eso? ¿Por quéééé?

Afortunadamente, se me está pegando también todo lo bueno. El amor, la devoción y el sacrificio infinito por los hijos. Gracias, mamá.

Pañales bomba

SÍ, SOY YO. HUELO MAL. BUENO, EN REALIDAD APESTO; LLEVO UNA bolsa que va dejando un olorcito de esos que alimentan. Está llena de pañales. Usados, claro, y fermentando desde hace dos o tres días. Imaginad. O mejor no. Así que ahí voy yo, atufando por la acera. Y todo porque no tengo dónde tirar los pañales de mi hija.

Verán, el ayuntamiento hizo instalar en mi edificio un sistema de recogida neumática de basura: unos agujeritos muy guais en la pared; y muy pequeños también: si llenas la bolsa, no te entra por el hueco. Pero solo hay dos, uno para plásticos y otro para orgánicos, como si papel o cristal no existieran. Ni los pañales. Viva la lógica urbana.

La primera vez pensé (que me disculpe el dios del Reciclaje porque tenía las neuronas bañadas en hormonas postparto) que los pañales iban con los orgánicos. No sé, quizá fue una relación subliminal entre caca y compost.

Estoy por probar el truco de una investigadora argentina, que ha conseguido cultivar setas en los pañales, no para comérselas (espero), sino para destruirlos.

En cualquier caso, calculé mal y la bolsa no cabía. Así que (¡qué remedio!) la abrí y fui tirándolos uno a uno. Una vecina me pilló con las manos en la cacamasa: «¿¡Dónde vas!? ¡¡¡Eso ahí no!!!», chilló primero. «Uf, qué peste, ¿no?», dijo después. Pensé en buscar un contenedor de papel (en el del cristal no iban, eso está claro). Pero resulta que los pañales son uno de los residuos domésticos más tóxicos y, además, tardan cinco siglos en descomponerse. Hay que tirarlos en algo que se llama contenedor gris (que debe de ser como los billetes de quinientos euros, invisible al común de los mortales), junto a perchas o bastoncillos de las orejas. El más cercano a casa está a veinte minutos a pie (en coche, el olor no se va ni con lanzallamas), en el Gran Bazar del Reciclaje, el Punto Limpio. Y de ahí mi paseo apestoso. Estoy por probar el truco de una investigadora argentina, que ha conseguido cultivar setas en los pañales, no para comérselas (espero), sino para destruirlos. ¡Ah! Y si usted, querido lector, no se siente aludido, no se preocupe, lo estará. Porque las compresas para la incontinencia también entran en el lote.

Confundir el nombre de los hijos

HAY PEQUEÑAS COSAS QUE UN HIJO NO SOPORTA DE SUS PADRES. Gestos que cree incomprensibles y absurdos. Mi madre, por ejemplo, se levantaba de la mesa antes de que acabáramos de comer para ir empezando a fregar los platos. O pasaba el estropajo por los fogones mientras estaba cocinando, no solo con el riesgo de quemarse, sino con la inutilidad de limpiar algo que se iba a seguir ensuciando. O nos quitaba alguna pequeña mancha de la cara mojándose un dedo con saliva y restregándonoslo… ¡delante de todo el mundo! Ahora yo me descubro repitiendo esas absurdidades, una tras otra. No sé por qué lo hago, pero me sale así, sin pensarlo. Lo he ido aceptando como una inevitable venganza genética del destino. Mamá, tenías

razón. Y ya está. Pero lo de ahora ha pasado el límite. Mi cabeza está repitiendo el tic que yo más odiaba, últimamente estoy confundiendo los nombres de mis hijas. Llamo constantemente a la una por la otra. Al principio se lo tomaban a risa, pero ahora ya no les hace ninguna gracia. ¿Qué terrible maldición genética me condena a ello?

La psicóloga Zenzi Griffin ha estudiado a 334 padres, a sus hijos y las veces que confundían sus nombres. Y, al parecer, todo se debe a una peculiaridad en la manera en la que el cerebro recupera la información. Por un lado, guardamos en el mismo *cajón cerebral* las palabras que nombran a los seres queridos —una estrategia para ahorrar espacio—, así que, a veces, sacamos el nombre de un hijo por el otro. Pero es que, además, también guardamos en el mismo cajón las situaciones similares, así que en órdenes como «pórtate bien», «ven aquí» o «termínate el pollo» es aún más fácil intercambiar los nombres de los niños. Hay padres que, incluso, meten en la mezcla a la mascota y llaman a sus hijos con el nombre de sus perros o gatos. A ver cómo les explico esto a mis hijas para que lo entiendan. Eso sí, de momento, aún no les he dicho que salgan de casa con la ropa interior limpia, por si tienen un accidente y terminan en urgencias. Aún no.

Mujeres pegadas a un útero

RESULTA QUE SE COMENTA QUE PARECE QUE TODO INDICA QUE JENNIFER Aniston está embarazada. Que esta vez sí. Que le han hecho unas fotografías en las que se le ve una barriguita. Que un amigo de la pareja lo ha confirmado. Que va a ser madre. A sus cuarenta y siete años. Por fin. Por fin. Como tantas otras decenas de veces en las que se han disparado los rumores. Hasta que su representante se ha visto obligado a desmentir la noticia. «Jennifer no está embarazada. Cuando se tomaron las fotos acababa de tomar una larga, deliciosa y abundante comida». ¡Qué terrible, por cierto, tener que justificar que alguien tiene un poco de tripa!

La presión a Aniston para que sea madre ha sido brutal. En Google hay diecisiete millones y medio de resultados para «Jennifer Aniston embarazada». Y eso solo en inglés. No hay entrevista en la que no le pregunten que para cuándo el bebé. Ella se ha hartado de decir —siempre con una educada sonrisa— que no es de las mujeres que quieren tener hijos y que no se siente menos valiosa ni menos feminista por ello. Pero da igual. Una y otra vez tiene que justificarse. Y desmentir rumores. Y aguantar críticas. «Me acusan de centrarme demasiado en mi carrera y en mí misma hasta el punto de no querer ser madre, y en lo egoísta que soy por eso».

Ella se ha hartado de decir —siempre con una educada sonrisa— que no es de las mujeres que quieren tener hijos y que no se siente menos valiosa ni menos feminista por ello.

Aquí, en España, ¿cuántas veces le han preguntado a Maribel Verdú sobre por qué no tiene hijos o cuándo se va a poner por fin a ello? Y, sin embargo, ¿cuántas veces se

lo han preguntado a su marido? Al fin y al cabo, los hijos serían de la pareja. Pero no. Parece que los hijos son cuestión solo de ella. O quizá es que lo que es solo de ella es la obligación de tener hijos para sentirse una mujer plena y entera. Una mujer a un útero pegada. Una máquina de reproducción. Y las mujeres somos mucho más. Pero, sobre todo, deberíamos ser libres para no tener que dar explicaciones a nadie.

¡¿Estás embarazada?!

DESDE QUE CUMPLÍ LOS TREINTA, TODO EL MUNDO SE CREÍA CON derecho a preguntarme cuándo iba a tener hijos. No solo mi madre, mis tías y mi suegra —¿os suena de algo?—, sino prácticamente todo aquel con el que entablaba una conversación de más de cinco minutos. El ritual era de libro. Tras el: «Y tú, ¿tienes hijos?», se sucedía inevitablemente la frase lapidaria: «¡Pero si es lo más maravilloso del mundo, no te lo puedes perder!».

Si se te ocurre responder: «Feliz, pero fatal. Me siento enferma todo el rato, esto de estar embarazada es un horror», pasas automáticamente a la lista de mala madre y peor persona.

Pasaron los años y la gente —incluidas mamá, tías y suegra— dejó de preguntar. Será algo parecido al síndrome de la barriga cervecera, pensaba yo: ya saben, el miedo a felicitar a una mujer a la que creemos en estado por temor a que el embarazo no sea tal, sino una súbita y antiestética acumulación de grasa en la zona abdominal. En este caso, mi síndrome cervecero era la llamativa falta de hijos más allá de los treinta y cinco. Quizá —los que no me conocían— pensaban que yo no tenía pareja. Quizá que mi chico y yo éramos raritos. O, quizá peor, que llevábamos años intentándolo, sometidos a todo tipo de tratamientos caníbales, y que vivíamos frustrados y sintiéndonos incompletos al no poder ejercer la paternidad.

Cualquiera de las tres opciones era una mala respuesta para una pregunta que muchos empezaron a intuir incómoda y que poco a poco dejaron de formular. Con alguna excepción, eso sí. Una conocida mujer de cuarenta y pocos, que tiene un hijo como madre soltera tras un tratamiento de fertilidad, me soltó hace poco la preguntita de marras: «¿Tienes hijos, Carme?». Yo ya estaba embarazada, pero no lo habíamos dicho a nadie; era nuestro maravilloso secreto de pareja, así que callé y dije que no. Ella, sabiendo que tenía marido, sobrentendió que llevábamos años intentándolo sin éxito y me susurró al oído: «Si quieres, te paso el contacto de mi doctora del *in vitro,* es un amor».

Sí, todavía una pareja sin hijos es una pareja incompleta para parte de la sociedad, a la que le cuesta creer que no se tenga descendencia por

decisión propia.

Bueno, pues ahora la tripita ya es evidente, y nuestra primera hija viene en camino justo cuando queríamos. Ya no somos esa pareja rara. Pero, claro, ahora el tema tabú es «¿cómo llevas el embarazo?». ¡Ah! Pon cara de felicidad porque, si se te ocurre responder: «Feliz, pero fatal. Me siento enferma todo el rato, esto de estar embarazada es un horror», pasas automáticamente a la lista de mala madre y peor persona.

Una amiga se sinceró. «Aprovecha —me dijo—, aprovecha ahora porque, a pesar de lo mal que estás, te miman y te cuidan. Cuando tengas a tu bebé, se acabó. El otro día habría dado lo que fuera por cruzar —solo unos minutos— de la zona de pediatría a la de maternidad. Y sentirme mujer, además de madre».

Esas preguntas…

YO YA NO SOY MÁS YO. YO YA SOY LA MAMÁ de Laia. Y de Emma. Entiéndanme. Soy la feliz, muy feliz mamá de Laia y de Emma. Dos maravillosas niñas. Las quiero tanto que hasta lo pondría en mi currículum. En serio. De hecho, en cada entrevista, siempre, siempre, siempre cae alguna pregunta sobre mi pareja o mis hijas. «¿Es difícil compaginar la maternidad con el trabajo?». «¿Te echan de menos tus hijas?». «¿Qué dicen cuando te ven en la tele?». Por no hablar de las típicas preguntas que solo nos hacen a los televisivos de género femenino: que si el vestuario lo eliges tú, que si por qué llevas el pelo más liso, que si te preocupa cumplir años, etc., etc., etc. Por la calvicie no nos interrogan porque la falta de testosterona nos suele proteger de ella. Que, si no, también. ¿Imaginan a un periodista preguntando a un presentador por su alopecia?

Hace unos años nos entrevistaron a Helena Resano, a Sandra Barneda y a mí. El periodista —hombre— comenzó preguntándonos si nuestras mamás —no nuestros padres, sino nuestras mamás— estaban orgullosas de nosotras por salir —sí, por salir — en la tele. ¡El pobre no sabía qué tres mujeres tenía delante! No recuerdo quién fue, si Sandra o Helena, pero una de las dos le soltó, con toda la educación del mundo, lo que luego se convirtió en un comodín para tantas otras entrevistas: «¿Esa pregunta se la harías a Iñaki Gabilondo?». El tipo se quedó ojiplático mientras nosotras contemplábamos, aparentemente impasibles, lo que le costaba salir del atolladero y seguir con la entrevista.

Y no quiere decir que nos ocultemos. Solo hay que ver cómo se presentan las mujeres —miren, por ejemplo, los perfiles en las redes sociales—. Si son madres, suelen pregonarlo orgullosas, porque lo consideran fundamental en su vida. Un hombre pocas veces se sale de sus logros académicos.

No me malinterpreten. No entendería la vida sin mi familia, que transforma y mejora cada instante de mi existencia. Pero yo también soy yo. Unipersonal y singular. Al menos, a veces. Como los hombres.

Parirás con dolor

«Parir es un acto fisiológico, como mantener relaciones sexuales. ¿Te imaginas que estás teniendo sexo con tu pareja y no para de entrar y salir gente de la habitación? ¿Te imaginas que todo el mundo opina o te critica o te obliga a colocarte en una postura determinada? Es lo que pasa ahora en la mayoría de salas de parto». El primer parto de Marta fue una experiencia horrible de la que tardó tiempo en recuperarse. No quería volver a pasar por algo así. Como es arquitecta, decidió orientar su carrera al bienestar de las mujeres en los paritorios. Junto con su socia Ángela fundó Arquitectura de Maternidades, cuyo último logro ha sido el diseño de unos paritorios pensados para el bienestar de la madre y, por supuesto, del bebé. Todo nació de su experiencia, a la que han añadido el testimonio de cientos de mujeres, que las reafirmaron en lo que ellas ya sabían: que no se pensó en las madres para diseñar los espacios en los que se da a luz. El Ministerio de Sanidad les pidió un estudio sobre las maternidades en España y ahora han podido transformar algunas de ellas. Han creado paritorios parecidos a una habitación de hotel, con espacio y rincones suficientes para que las mujeres puedan gestionar las largas horas de un parto normal, y con todo el equipo médico necesario. «Nos escriben las madres para contarnos que se sintieron más tranquilas, más en calma en nuestros paritorios, pero además los datos confirman que estos partos necesitan de menos intervenciones médicas. Las episiotomías, por ejemplo, han caído en picado, también las cesáreas».

Conocí a Marta cuando tuve el honor de entregarle el premio Sanitarias, uno más de los que acumulan ella y su socia Ángela, como el Oscar del diseño sanitario, el IIDA de Chicago, que ganaron en febrero. Porque con su trabajo no solo están ayudando a que las mujeres tengan mejores partos, sino que las han situado de nuevo en el centro de la escena. Las parturientas ya no están en una situación de sumisión —física y mental—. Ellas pueden decidir también.

Raúl

«¿Queréis que escriba vuestros nombres? —les pregunté por si acaso—. ¿O utilizo sinónimos?». «Los realísimos —contestaron sin dudarlo—. Solo tienes que ver esto». Y esto era una fotografía: Agustín y Antonio, morenísimos, andaluz y gallego, sentados en la cama de una habitación de hospital, encajados entre las piernas, los brazos y las cabezas de cuatro niños de un rubio casi blanco y sonrisa luminosa. La montonera —como cualquier montonera de cualquier cama con niños un domingo por la mañana— tiene cuidado sin embargo en no invadir el otro lado del colchón. Allí está sentada Nikki, la madre de los cuatro, sosteniendo en brazos junto a su marido al bebé que acaba de dar luz. «¿Y qué les ha dicho Nikki a sus hijos?», pregunté. «Su madre les ha dicho la verdad», respondió Agus. «Los niños nos conocieron en la semana veinte de embarazo, y ahí les contaron que ella estaba cuidando a nuestro hijo, a Raúl, en su barriga hasta que naciera». Pero hay otra pregunta obligada: el dinero o ¿por qué

lo ha hecho? Ellos tienen una buena posición económica, el marido es controlador en el aeropuerto de Chicago. Para ella lo más importante es su familia —¡mira qué niños tiene!— y quería ayudar a otra familia que no pudiera tener hijos. Raúl pronto estará en casa, en Madrid, con sus padres, pero no va a tener los mismos derechos que los otros recién nacidos —biológicos, adoptados o acogidos— con padres españoles. Hasta ahora, el Instituto Nacional de la Seguridad Social se ha negado sistemáticamente a pagar las bajas de ningún padre o madre por gestación subrogada, desobedeciendo las sentencias de siete Tribunales Superiores de Justicia y recurriéndolas hasta el Supremo, que aún tiene que pronunciarse.

Hasta ahora, el Instituto Nacional de la Seguridad Social se ha negado sistemáticamente a pagar las bajas de ningún padre o madre por gestación subrogada.

Mientras tanto, Nikki se seguirá sacando leche durante seis meses —y cualquier mujer que lo haya hecho sabe lo duro que es— como un acto más de generosidad, para donarla a bebés que la necesiten. Y Raúl disfrutará de sus padres porque su empresa les ha dado una baja de dieciséis semanas. Aunque la Seguridad Social no se la pague.

Mamás biberón

SI HAY ALGUIEN CONTRA QUIEN UNA MUJER PUEDE SER ESPECIALMENTE CRUEL es contra otra mujer. Y si hay un tema en el que la crueldad se vuelve saña es la maternidad. No encontraréis foros con más inquina que los dedicados al embarazo, el parto y la crianza. La primera vez que me quedé embarazada buceé mucho en ellos, buscando las experiencias de otras madres. Y me sorprendió la fiereza con la que determinadas mujeres atacaban a las que no pensaban como ellas.

El hecho de que yo piense que la lactancia materna o la crianza natural sean mejores no me convierte en un ser superior a las madres que no lo creen o no lo llevan a cabo.

Una de las batallas con más resonancia en la guerra pro y antibiberón se ha librado en una portada de la edición australiana de la revista *Elle,* con una modelo dando el pecho a su bebé. La fotografía ha provocado una oleada de protestas de las mamás del biberón, que dicen sentirse presionadas por ese número creciente de famosas que se han sumado a la campaña prolactancia, y se dejan fotografiar —o publican fotos ellas mismas en sus redes sociales— dando de mamar a sus hijos. Modelos como Gisele, Miranda Kerr o Natalia Vodianova se han convertido en abanderadas de la lactancia materna. Salma Hayek incluso le dio el pecho a un bebé de Sierra Leona porque

lloraba de hambre y su madre no tenía leche. Yo sí que di el pecho, lo he contado varias veces. Sabía que era la mejor opción, pero no lo hice por eso. Salió de forma natural: a los segundos de nacer, puesta sobre mi tripa, mi hija trepó a mi pecho, por puro instinto. Y entonces entendí lo que tenía que hacer. No crean que fue fácil, es una de las cosas más duras y sacrificadas que he hecho en la vida, aunque también me ha dado momentos milagrosos, un regalo de la naturaleza. Pero otras mujeres no pueden o no quieren. Defienden su opción y critican el juicio social al que se enfrentan por escoger el biberón. Si algo me ha enseñado la maternidad, es que cada mujer —con sus circunstancias— es una historia única. Y que el hecho de que yo piense que la lactancia materna o la crianza natural sean mejores no me convierte en un ser superior a las madres que no lo creen o no lo llevan a cabo, ni me da derecho a criticarlas.

Un bebé muerto

DE REPENTE, UN DÍA, TE DICEN QUE EL CORAZÓN DE TU hijo ha dejado de latir. Y que lo que llevas en tu útero ya no es —ya no será— ese hijo que en pocos días o semanas ibas a coger en tus brazos. «Señora, su feto ha muerto», te dicen. Feto, ni siquiera bebé, ni siquiera persona. Feto. Y que te vayas a casa, que te darán cita para mañana o pasado. Porque tienes que parirlo. Una contracción tras otra. Un dolor tras otro. Un empuja tras otro.

Parir a un niño muerto. Como si estuvieras pariendo a un niño vivo. En un paritorio. Con una matrona. Escuchando los llantos de otros recién nacidos —ese llanto que nunca le escucharás a tu hijo muerto—. Viendo las canastillas a rebosar de lociones de baño, pañales y baberos que a ti también te esperan en casa, pero que ya no vas a usar. Observando las caras de felicidad de las familias que acuden a visitar a su nuevo miembro, como iba a acudir la tuya.

Cada año, dos mil mujeres españolas pasan por el durísimo trance de dar a luz a un bebé fallecido. Y algunas de ellas, además, pasan también por otra experiencia igual de devastadora: hacerlo junto a otras madres con sus recién nacidos vivos. Una de ellas es Beatriz Rodríguez. Su niña murió en la semana cuarenta y uno de gestación. En un examen rutinario detectaron que no tenía latido. Y, a partir de ahí, Beatriz y su hija muerta entraron en el mismo protocolo de parto que el resto de embarazadas, como si fuera a dar a luz a un bebé vivo. «Nadie me preparó para una experiencia traumática. Di a luz a mi hija sin vida igual que si se tratara de un parto común. Me llevaron a una habitación en la que estaba rodeada de madres con sus bebés recién nacidos. Nadie nombró a nuestra hija en ningún momento. No entendíamos nada, llevábamos nueve meses con ella y de repente se comportaban como si nunca hubiera existido». Para que ninguna mujer tenga que pasar por lo mismo, Beatriz ha iniciado una campaña en Change.org para que el Ministerio de Sanidad establezca un protocolo en todos los hospitales españoles. Porque, parece mentira, pero no lo hay.

Un berrinche en directo

SE LAS OYE LLORAR DE FONDO. A VECES, INCLUSO BASTANTE CERCA. Primero una. Se calman. Hay un par de minutos de paz y puedo hablar tranquilamente por el móvil. Pero algo pasa. Y empieza a llorar mi hija pequeña. Me he encerrado en la habitación, apoyada contra la puerta por si quiere entrar, pero el llanto traspasa las paredes. Así me meto en el baño y giro el pestillo. El llanto aumenta en intensidad. Golpea la puerta. Ya no sé qué hacer. Instintivamente, me subo al bidé para alcanzar la ventana, que está a bastante altura, y sacar medio cuerpo fuera. Mejor que se oigan los coches que los berridos de mi hija, pienso. Intento mantener la calma, que no se note en la voz ni en lo que cuento. Mientras tanto, mi hija, más nerviosa cada vez, aumenta el volumen de su desesperación.

Al otro lado del teléfono está Julia Otero. En directo, en su programa de radio para Onda Cero. Y yo en antena con ella, en una maravillosa entrevista sobre mi novela *No soy un monstruo*. Justo al principio del verano. Justo cuando se compran muchos libros para leer en vacaciones. Tengo que hacerlo bien. Imaginen la situación, intentando mantener la calma, entender lo que me preguntan y responder con coherencia mientras huyo del llanto de mis hijas que, inevitablemente, se cuela por antena. Así durante quince minutos. Acaba la entrevista y me siento fatal. Dejo entrar a mi hija de tres años al baño. «Mamá, es que no te veía —me dice con los ojos hinchados de llorar— y se me está cayendo el tirante de la camiseta y no me lo puedo poner bien». Me siento aún peor.

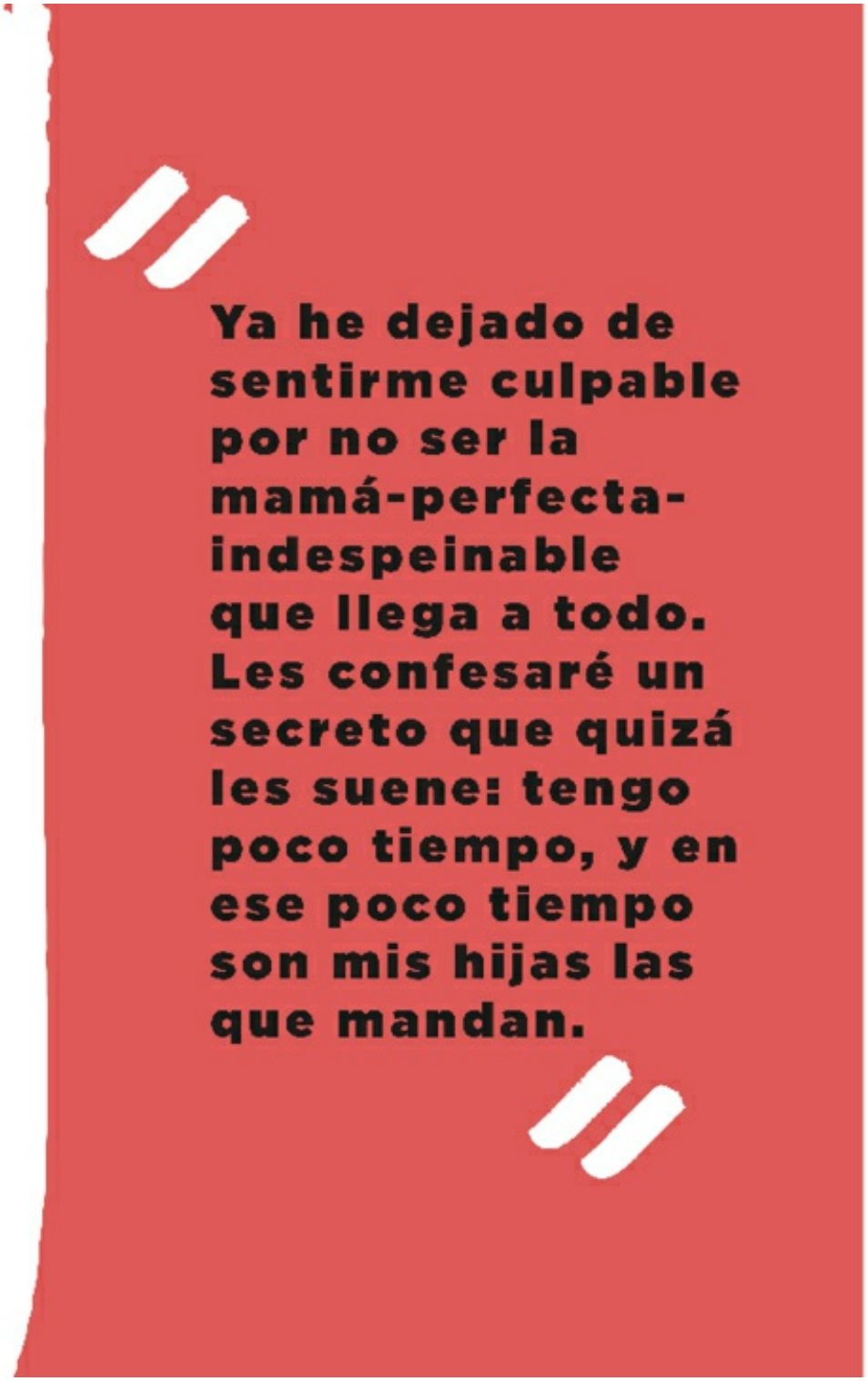
Estábamos las tres solas en casa, les había dicho que se portaran bien, que mamá tenía una entrevista por la radio, pero son pequeñas, y un tirante caído se convirtió en un drama. Quizá tenía que haberlo explicado de manera natural por la radio. Pero me obcequé: quería ser yo, la profesional, por una vez sin referencias a mis hijas. Como los hombres. Que la maternidad no se colara, como siempre, en la conversación. Pero fue imposible. Y me sigo sintiendo fatal.

Purpurinas

TODO EMPEZÓ CON UN INOCENTE PULPO. «ESTE FIN DE SEMANA LE toca a tu hija llevarse a casa la mascota de la clase». Vale. Encantados. «Y tienes que traer unas fotos en una cartulina contando lo que han hecho las dos». Mmmmm. ¿Seguro?, le pregunté a la profesora. Pero no coló. No iba a ser mi hija la única de clase en no llevar el mural. De las fotos se encargó su padre, pero el recorta y pega me cayó a mí. Cuando llegué de trabajar, el domingo a las once de la noche, me puse a recortar, pegar y escribir. La niña y pulpo en el tobogán. La niña y pulpo comiendo macarrones. La niña y pulpo en bicicleta. Ya saben. Poca poesía podía hacerse. Semanas después, los murales aparecieron colgados en el pasillo del cole. ¿Adivinan?, era una exhibición de manualidades avanzadas. Y mi niña con unas tristes letras a bolígrafo. Eso sí, con pulcra caligrafía de cole de monjas. No me da la vida, pensé. Idear el diseño. Comprar

accesorios. Montar el mural. No me da la vida. Suerte que mi hija aún no es consciente de las limitaciones tiempo-manuales de su mamá. La siguiente prueba fue para el Festival de Navidad. El traje incluía calentadores verde fosforito, una falda de tul a juego y una camiseta con caras hechas de tela. Tenerlo todo listo me llevó varios días de gestiones y un dolor de cabeza histórico, pero mi hija salió digna y guapa. Aunque #yoconfiesoque los calentadores los encargué en una tienda del pueblo a una profesora de punto, la falda me la compraron en un chino y la camiseta la hice con ayuda de mi suegra. Ahora temo los encargos del próximo curso. Veremos qué sustos me llevo.

Pero ¿saben? Ya he dejado de sentirme culpable por no ser la mamá-perfecta-indespeinable que llega a todo. Les confesaré un secreto que quizá les suene: tengo poco tiempo, y en ese poco tiempo son mis hijas las que mandan. Quizá cuando tengan unos añitos más disfrutemos juntas cosiendo disfraces o pegando fotos en los murales. Pero, de momento, nos gusta más el tobogán del parque. Y dar patadas al balón.



La cena de Soraya

NO QUERÍA EMPEZAR ASÍ. PERO NO ME DEJÁIS MÁS REMEDIO. EN realidad, no nos dejamos más remedio. Porque somos un desastre —por decirlo finamente—. Y así nos va. Así nos va debido a esa pequeña parte de mujeres que hace mucho ruido. Y mucho daño. Una parte que patalea, chilla y se indigna no por lo que tendría que patalear, chillar e indignarse —nos están asesinando, nos están pagando menos, nos están marginando—, sino por lo que hacen o dejan de hacer otras congéneres respecto a su maternidad. ¿Y qué más os da? ¿Os hace eso sentir bien? ¿Hace que os creáis mejores personas, mejores madres, mejores seres humanos? Porque no lo sois. Os lo digo desde ya. Todas sois las mejores madres del mundo para vuestros niños. Pero ni mejores ni peores que las demás. Y, desde luego, no vais a ser mejores madres por decirle a otra cómo tiene que cuidar a su hijo.

La última víctima de este virus de perfección maternal ha sido la cantante Soraya Arnelas, que ha cometido el imperdonable y terrible pecado —no sé cómo no le han quitado aún la custodia— de salir a cenar con su pareja una semana después de dar a luz. «A mí, como mamá, desde luego no se me pasaba por la cabeza ir a ningún sitio sin mi bebé». «Si tú quieres seguir haciendo con tu vida lo que quieras, no tengas hijos». «Cada vez más deshumanizados». Y así cientos de mensajes de mujeres que no quieren criticar a otras madres, pero que se lanzan a la yugular de cualquiera que no haga las cosas como ellas han establecido que deben hacerse. ¡Cuánta energía perdida! ¡Cuánto talento, tiempo y fuerza femenina desperdiciados criticando a madres que salen a cenar con sus parejas, que no dan el pecho o que no esterilizan los chupetes! Mientras perdamos la fuerza, las energías y la voz chillando contra esas otras madres que no cumplen nuestros estándares de calidad —¡qué fácil es ver la paja en el ojo ajeno!— perdemos el espacio y la oportunidad de luchar por lo que verdaderamente importa: la igualdad. Divididas nunca seremos fuertes. Y así nos va.

Mamá alcaldesa

RESULTA QUE LA ALCALDESA HA SIDO MADRE. Y QUE QUIERE SEGUIR siendo alcaldesa. Claro. Como si las dos cosas fueran incompatibles. La maternidad y un cargo público de alta responsabilidad. ¿Qué problema hay? Pues que han vuelto a saltar a degüello los de siempre. Los que señalan con el dedo, marcando una línea entre lo bien que hacen las cosas y lo mal que las hacen los otros —las otras madres— para sentirse superiores. En cuanto se produjo el nacimiento de Gael, el Ayuntamiento de Barcelona emitió un comunicado en el que anunciaba que Ada Colau empezaba en ese momento su permiso de maternidad, pero que seguiría siendo alcaldesa, con lo que —especialmente en las primeras semanas— se dedicaría a su niño, porque «el permiso de maternidad le permitirá dedicar todo el tiempo que sea necesario a cuidar de su hijo». Sin embargo, atención, el comunicado también deja claro que Colau asistirá «a las reuniones o actos públicos que sean esenciales o muy importantes». Es decir, que la alcaldesa seguirá siendo alcaldesa —aunque no a jornada completa—, a pesar de haber sido madre, y le dedicará a su hijo todo el tiempo que sea necesario, pero atenderá los asuntos esenciales de su trabajo como primera figura pública de la

segunda ciudad más grande de España.

Y, por eso, a Ada Colau le han llovido las mismas críticas que le llovieron a Soraya Sáenz de Santamaría cuando aceptó ser vicepresidenta del Gobierno tan solo una semana después de dar a luz. ¿Debería haber renunciado Soraya al cargo? ¿Debería renunciar Ada Colau a la alcaldía durante los próximos cuatro meses? Estas preguntas se responden solas si cambiamos la palabra madre por padre. ¿Se nos ocurriría siquiera plantear eso con un papá reciente? No. Pero las mujeres tenemos una tendencia autodestructiva a destrozarnos las unas a las otras. Y sí, claro, lo mejor es el pecho y el apego. Aunque no siempre se puede. Yo me he criado con biberón y miren dónde estoy. Cada madre tiene sus circunstancias. Y no somos nadie para criticarlas.

Epidural, ¿para qué?

PARIRÁS CON DOLOR, CASTIGÓ DIOS A EVA —O NOS CASTIGARON LOS hombres que idearon las leyendas inspiradoras del Viejo Testamento—. Y nos lo hemos tomado en serio. Si el dentista te saca una muela, todo el mundo da por hecho que te pondrá anestesia. Es más, cualquiera te tomaría por loco si pides que, venga, como es la del juicio y le tengo cariño, extráigamela a pelo.

Pero si para dar a luz pides la epidural, estás siendo poco valiente.

Se ha puesto de moda en ciertos sectores que, si no sufres, no eres suficiente mujer. Y se lleva al extremo en los partos. Hay que parir a pelo. Si no notas el aro de fuego, no eres tan madre. Hay que sentir esa experiencia vital en todos sus ángulos —de dolor, claro—, porque el propio cuerpo ya se encarga de generar las hormonas que nos llevan al éxtasis y a entrar en trance. La naturaleza es sabia, insisten las defensoras del movimiento. Pues vale. Amputemos a pelo. Dejemos que un simple corte provoque una infección que conduzca a la muerte. O, bueno, ya que hablamos de partos, permitamos que los médicos que han estado tratando con cadáveres vayan directamente a la sala de maternidad sin lavarse las manos y que así los gérmenes maten al setenta por ciento de las parturientas. Es lo que ocurría, por cierto, hasta que a mediados del siglo XVIII un joven doctor húngaro se dio cuenta de que morían el doble de mujeres que daban a luz en el hospital que en casa o en la calle y descubrió la relación microbios-muerte.

Nadie tiene que decirle a una mujer el dolor que puede o no aguantar.

Nadie tiene derecho a mirarla por encima del hombro porque se ponga la epidural y otra no. En su dosis justa, esa analgesia permite sentir, pero sin querer morirse de dolor. Permite incluso caminar y hacer ejercicio para ayudar a colocarse y salir al feto.

¿Por qué solo pedimos que pasen dolor las mujeres? ¿Por qué solo negamos un avance como es una analgesia a algo que es intrínsecamente femenino, algo que no les podemos pedir a los hombres? Ya ven, seguimos siendo demasiado crueles con nosotras mismas.

Tienes un problema

«ESTÁS SOLTERA SIENDO GUAPA, ¿CUÁL ES EL PROBLEMA?», LE PREGUNTA EL periodista a la actriz Mónica Cruz. Repito, porque es de no creérselo: «Estás soltera siendo guapa, ¿cuál es el problema?». Deduzcamos algunas cosas de la pregunta: A. Si eres fea, estar soltera está bien, porque ¿qué hombre va a querer estar con una fea? B. Si eres guapa y no hay un hombre a tu lado, es porque tienes algún problema. ¿Hemorroides? ¿Síndrome premenstrual continuo? C. Ser guapa y estar soltera es un problema, como ser gaseosa y no tener gas, por ejemplo. D. Y ese problema es siempre culpa de la mujer, claro. ¿De quién va a ser si no?

Es terrible que las mujeres que han decidido emprender el complicado reto de la maternidad en solitario tengan que soportar que parte de la sociedad piense que será porque algo les pasa.

Me pregunto cuántas veces habrá tenido que responder Mónica Cruz a esta pregunta grosera, descortés y maleducada. Debe de ser el peaje que hay que pagar por ser madre soltera, ¡y además por inseminación!, como si este tipo de maternidad perteneciera a mujeres incompletas o a *feminazis* que odian a los hombres. De hecho, ella se ve obligada a matizar: «Que haya tenido una hija sola no significa que tenga fobia a los hombres».

Hablando del tema con mi amiga Almudena, madre soltera también, me envía indignada el *link* al artículo de una revista española con «Consejos para madres solteras con hijos varones». El consejo número dos dice esta barbaridad: «No hables mal de los hombres. Que hayas tenido una mala experiencia con el sexo opuesto no quiere decir que tengas que proyectarlo sobre el niño. Repetir una y otra vez que los hombres son seres espantosos solo hará que tu hijo piense que él también es horrible (…). Al igual que otro hombre pudo haberte hecho daño, tu hijo varón es capaz de darte muchas alegrías». Tal cual.

Es terrible que las mujeres que han decidido emprender el complicado reto de la maternidad en solitario tengan que soportar que parte de la sociedad piense que será porque algo les pasa, y que ese algo suela ser que odian a los hombres, como todos sabemos que hacen, claro, las doscientas mil mujeres españolas solteras que crían a sus hijos en hogares monoparentales. No sé cómo los hombres se atreven a salir a la calle.

Poderosas para dar a luz

UN DÍA CUALQUIERA DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, SESENTA Y CINCO millones de hombres combaten en frentes repartidos por los cinco continentes. Mueren seis mil soldados al día y, tras cuatro años de contienda, suman ocho millones los fallecidos en

la guerra más sangrienta hasta el momento.

Y, aun así, durante todo ese tiempo, no fueron los soldados los que encabezaron la lista mundial de fallecidos. Fueron mujeres.

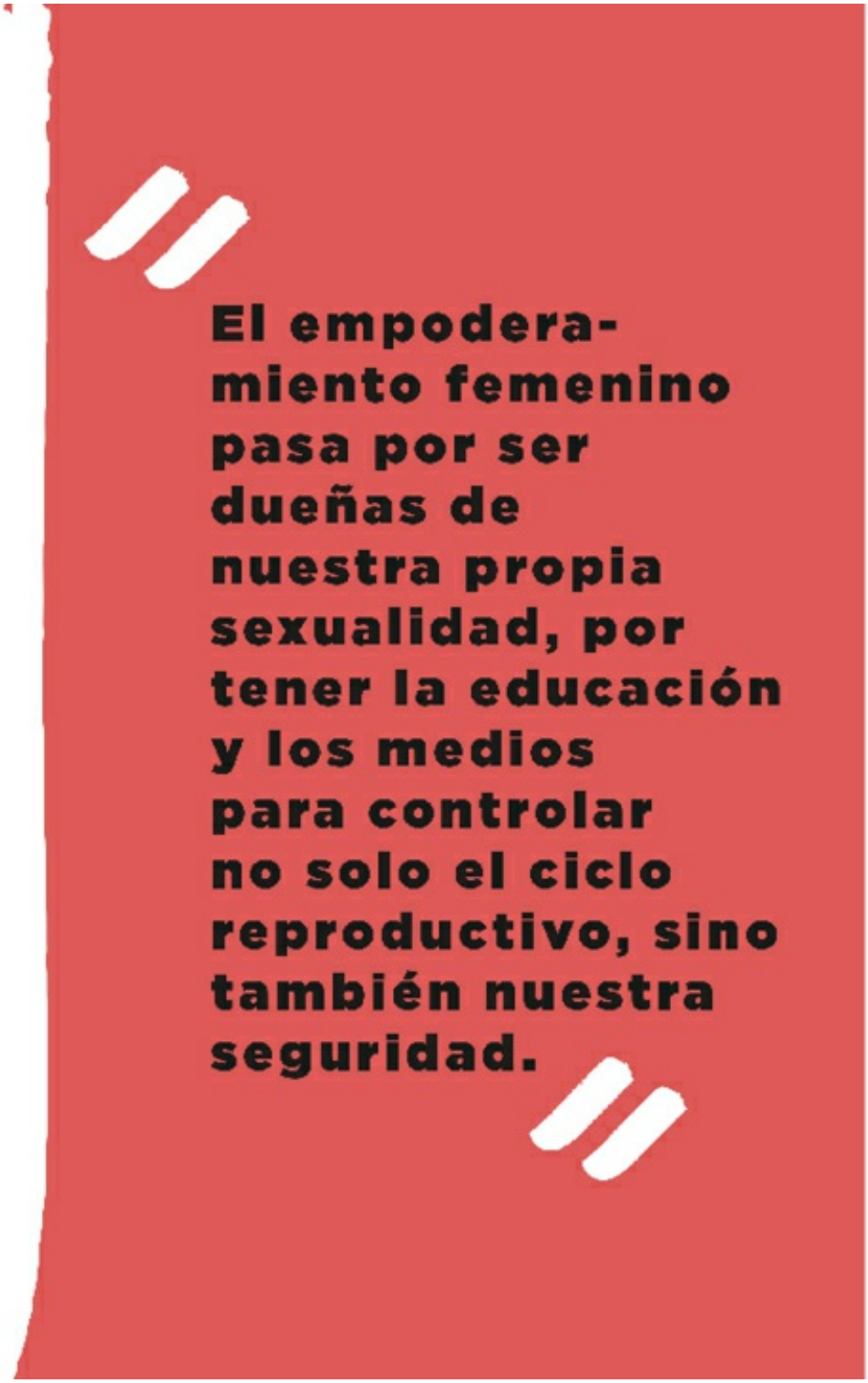
Mientras los hombres guerreaban, nosotras seguíamos quedándonos embarazadas. Durante la Primera Guerra Mundial murieron más mujeres durante el parto que hombres en combate. Las mujeres fallecían en el intento de dar a luz porque no se las consideraba importantes. «Si fueran los hombres los que murieran por, simplemente, completar su ciclo reproductivo, ¿el mundo permanecería impasible?», se preguntaba hace unos años Asha-Rose Migiro, vicesecretaria de Naciones Unidas.

Hoy en día, en España, como en el resto de países occidentales, la tasa de fallecimientos maternos ha caído en picado a uno de cada cien mil. Pero ¿qué cambió?, ¿la medicina? Parece que no solo fueron los avances médicos. La tesis de Nicholas Kristof y Sheryl WuDunn, en el magnífico libro *La mitad del cielo*, señala, entre otras cosas, al empoderamiento femenino tras conseguir el derecho a voto, porque entonces la mujer se volvió visible para la clase política. «Desde que las mujeres pudieron votar, de pronto su vida se volvió más importante, así que el sufragio femenino se convirtió en una inmensa e imprevista mejora para la salud de la mujer».

Es decir, que el poder social corre paralelo a las condiciones de vida. En el Tercer Mundo cada día fallecen quince mil mujeres durante el parto. Y otras muchas quedan tan malheridas que son desahuciadas por sus familias. Fístula es la palabra maldita: el parto abre un canal entre la vagina, la uretra y el ano, haciendo que orina y heces salgan descontroladamente del cuerpo de la mujer por la vagina. Sería fácil dar unos puntos de sutura, pero son mujeres, no es importante. Así que los maridos las devuelven a sus familias. Las familias, asqueadas, las desahucian a los límites de la aldea. Poco a poco se olvidan. Y ellas, ovilladas en el suelo, mueren de hambre y sed.

El empoderamiento femenino pasa por ser dueñas de nuestra propia sexualidad, por tener la educación y los medios para controlar no solo el ciclo reproductivo, sino también nuestra seguridad. Por ejemplo, en África las mujeres suelen estar a salvo hasta que se casan. Después, son sus maridos quienes les contagian el VIH o todo tipo de enfermedades venéreas o las abandonan tras dar a luz porque el parto les ha dejado secuelas.

Todo eso terminará el día en que esas mujeres manden en su sexualidad.



El parto es nuestro

POCOS ACTOS HAY TAN ÍNTIMOS COMO UN PARTO. POCAS VECES UNA mujer queda tan expuesta y vulnerable como en esas largas horas en las que su cuerpo trabaja para expulsar a un ser vivo y su mente se desconecta para que funcionen sus instintos más básicos.

En esas estaba hace unos días Kate Middleton mientras cientos de periodistas contaban en directo sus contracciones. *¡Kate, empuja!* Se convirtió en clamor mientras ella intentaba alumbrar al heredero al trono. Parto casi público (eso sí, en una habitación de a seis mil euros la noche) como peaje por vivir, de manera hereditaria, del dinero del contribuyente. Al menos las princesas modernas ya no tienen que ser desvirgadas la noche de bodas ante lo más selecto de la corte, que asistía al espectáculo rodeando la cama en riguroso orden de protocolo. Meses después eran solo las mujeres las que volvían a esa posición para comprobar que no se cambiaba al bebé en el parto.

Siglos más tarde, esa primera línea de cama la ocupó casi cualquier persona de la zona de maternidad de los hospitales, incluidos estudiantes, que a veces no tenían el detalle ni de presentarse. Te abro de piernas y te introduzco el puño a ver cómo dilatas, como si fuera lo más normal, reduciendo a la mujer a un cuerpo con una función: dar a luz. Aún hoy algunos hospitales, sobre todo privados, fabrican partos como salchichas: para ganar dinero. Oxitocina a chorro, abuso de cesáreas, más caras y rápidas (hay centros que tienen un 50% de cesáreas cuando la OMS recomienda que no haya más de un 15%) o mujeres con cicatrices de un palmo enviadas a casa en cuarenta y ocho horas para dejar lugar a otras parturientas.

Afortunadamente, la presión de profesionales y mujeres está devolviéndonos esa intimidad perdida, ese dejar hacer al cuerpo las horas que necesite y solo intervenir cuando haga falta. Paliar nuestro dolor, pero sin dejarnos inválidas. Respetar nuestros tiempos y necesidades. Ser una persona que alumbra a otra persona. El parto es nuestro, no lo olvidemos.



PARTE 8

Iguales, libres, diversos/as



¿Conoces a tu hijo?

EL VÍDEO ES DEMOLEDOR. POR UN LADO, LOS NIÑOS. POR OTRO, sus madres. Y por otro, las mujeres que los cuidan. Todos ellos tenían que contestar —por separado, sin verse — a las mismas preguntas.

Primera pregunta: ¿qué quiere ser tu hijo/a de mayor?

—Creo que mi hija quiere ser ingeniera —responde una de las mamás.

—Creo que ella quiere ser princesa —la contradice, sin embargo, la asistenta.

¿Qué contestó la niña? No lo dudó. «Princesa», dijo, feliz.

—Mi hijo aún no sabe qué quiere ser de mayor —contestó otra madre.

—Piloto, quiere ser piloto —dijo con toda seguridad la asistenta.

Y, efectivamente, el niño —¿adivinan?— quiere ser piloto. «Quiero ser piloto cuando crezca», respondió.

Segunda pregunta: ¿cuál es la asignatura preferida de tu hijo/a?

—Su asignatura preferida… Creo que el inglés —aventura otra de las madres.

—El chino —contesta sin dudarlo su *nanny.*

—El chino —responde contundente el niño.

Les preguntaron muchas más cosas. ¿Quién es la mejor amiga de tu hijo/a en el colegio? ¿Le gusta algún chico/a? ¿Qué hace cuando tiene pesadillas por la noche? Y en todas las respuestas, las asistentas vapulearon a las madres. Ellas conocen mucho mejor a los niños, de hecho, tuvieron un 74% más de respuestas correctas que las mamás.

«¿No deberíamos pasar más tiempo con nuestros hijos?», concluye el vídeo, que forma parte de una campaña para que las familias de Singapur no traten como esclavas a sus empleadas domésticas. En este país asiático de cuatro millones y medio de habitantes hay 225.000 internas, que trabajan sin descanso los siete días de la semana. Y que —como demuestra el vídeo— conocen hasta los sueños de los niños mucho mejor que sus madres.

Sí, sus madres. Pero ¿dónde están los padres? ¿Por qué solo son las madres las que no saben qué quiere ser su hijo de mayor, o quién le gusta en clase, o cuál es su asignatura preferida? ¿Y los padres? ¿No deberían habérselo preguntado a ellos también? ¿No deberían saber los padres esas cosas? ¿No deberían ocuparse también de los hijos? ¿No deberían sentirse igual de responsables —y de culpables— como se sienten las madres entrevistadas al ver que no contestan correctamente?

Un hijo es —en la mayoría de los casos— de dos personas. Tengan el sexo que tengan esas dos personas. Ya está bien de hacer sentir culpable solo a una de las partes. A las mujeres. Siempre.

Esto es urgente

LA PROFESORA IBA PASANDO DIAPOSITIVAS Y LOS PADRES —INCÓMODOS Y RIDÍCULOS, sentados en las sillas de una clase de niños de cuatro años— achinábamos los ojos intentando distinguir a nuestros hijos en aquella sucesión de imágenes de rutina escolar.

«Y esto —prosiguió la maestra— no me lo había encontrado nunca». En la pantalla blanca se proyectaba la imagen de un rincón de la clase, con dos piezas rectangulares de color verde colocadas una reposando sobre la mesa y la otra apoyada en la pared. «¿Sabéis qué es esto? —nos preguntó. Todos negamos con la cabeza, temerosos de que eso fuera algo malo y lo hubiera perpetrado alguno de nuestros hijos—. Es la representación de un ordenador portátil —nos explicó—, una niña estaba tecleando en él. Cuando me acerqué a preguntarle qué hacía, me contestó: "Espera un momento, por favor, que esto es urgente"».

Se me cayó el alma a los pies. Porque esa niña era —aunque la maestra no lo dijo— mi hija. Y esa persona que decía «espera un momento, por favor, que esto es urgente» era yo. Mi niña estaba reproduciendo lo que sucedía en casa. Y yo ni siquiera era consciente de que le había dicho eso. Al menos, no tantas veces como para que a ella se le quedara grabado en la memoria. Por aquella época estaba escribiendo *No soy un monstruo*, y durante unos meses la historia me absorbió por completo, quitándome tiempo de estar con mis hijas.

Acabo de recordar esta punzada en el corazón al leer el texto que ha escrito otro niño, un pequeño de siete años, en una redacción escolar sobre lo que menos le gustaba del mundo. «Odio el teléfono de mi madre y desearía que no tuviera uno», escribió. Y, por si no había quedado claro, dibujó una imagen también impactante: un móvil tachado y la cara de un niño —él mismo— exclamando: «¡LO ODIO!». Sorprendida, la maestra preguntó al resto de alumnos de la clase qué les parecían los teléfonos móviles. Y muchos de los niños contestaron que preferirían que los móviles no se hubieran inventado nunca. Es fácil saber por qué.

Cuando no queremos ver

UNA MADRUGADA DE SÁBADO CUALQUIERA DE UN FIN DE SEMANA CUALQUIERA María descuelga el teléfono. Siempre es la misma rutina. ¿Están los padres de Juan (o Ana o Luis o Paula)?, pregunta. La experiencia le ha enseñado a añadir enseguida la coletilla de no se preocupen, no le ha pasado nada grave, es que está ingresado en coma etílico en nuestro hospital. Por favor, acérquense.

Algunos callan. Otros sollozan o pegan un grito. Pero unos pocos se encaran: «Oiga, que mi hijo está durmiendo en su cama, vaya hora de despertarnos», le increpan. María insiste: «Señora (o señor), por favor, vaya al cuarto de su hijo (o su hija) y compruebe que no está, lo tenemos en el hospital. Vengan».

Porque a María sus guardias de fin de semana le han enseñado el ansia y la desesperación con las que muchos padres niegan lo evidente, incluso cuando están ya en el hospital de bruces ante el coma etílico de sus hijos. «Ha sido solo un desliz». «Son sus amigos, que lo lían». «Él no bebe nunca y, claro, una sola copa le sienta fatal». La realidad les contradice. Para muchos jóvenes, diversión es sinónimo de borrachera. Uno de cada diez se emborracha siempre que va de botellón. La FAD alerta de ese consumo intensivo y excesivo en periodos muy cortos de tiempo, un cambio en el patrón de ingesta alcohólica de otras generaciones. De hecho, uno de cada cuatro jóvenes confiesa que solo bebe para emborracharse. Según los expertos, la permisividad de muchos padres propicia ese consumo precoz (desde los trece años) y masivo. Qué le vas a decir. Lo hacen todos sus amigos. No va a ser un marginado. Solo bebe un poco, lo sé.

Por eso, el Gobierno prepara la primera ley estatal que unificará las casi doscientas normativas existentes y que, entre otras cosas, castigará con multas contundentes a quien proporcione bebidas alcohólicas a los menores. Solo en la ciudad de Madrid, cada fin de semana se atienden más de cien intoxicaciones etílicas. Así que, si una noche les llaman de un hospital, créanse a quien esté al otro lado del teléfono.

Rosa y azul

AL PRINCIPIO ME RESISTÍ. NO ME DABA LA GANA COMPRAR COSITAS rosas para mi bebé por el simple hecho de que fuera niña. Pero todo era rosa. O azul. También había algo de gris —¡qué tristeza todo gris!— y blanco. Costaba encontrar otros tonos.

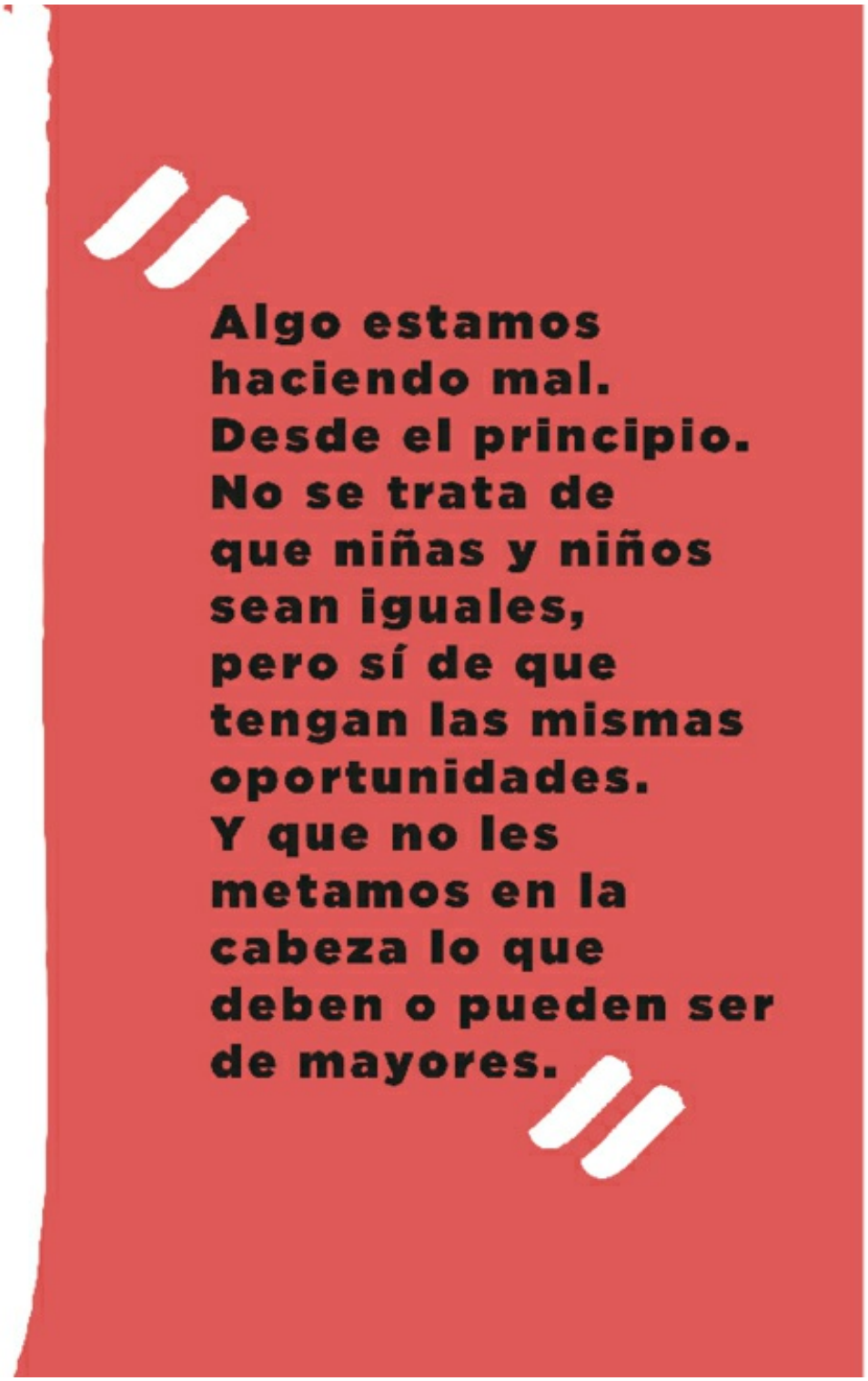
Desde bebés, el color nos define. Y con el color, lo que podemos ser, aspirar o sentir. Hace unos años, unos científicos llevaron a grupos de voluntarios a una maternidad británica para que opinaran sobre los recién nacidos, sin decirles si eran niños o niñas. Primero vistieron a los niños de azul y a las niñas de rosa. Para ellas hubo expresiones como qué ricura, qué linda, qué cosita. De ellos dijeron: mira qué pierna, será futbolista; se ve que es fuerte, está hecho un toro. Después, los científicos intercambiaron la ropa: rosa para ellos y azul para ellas. ¡Y los comentarios fueron los mismos! Tenías a un Manolo de cuatro kilos vestido de rosa y le decían: «Qué niña más linda, qué piel tan finita».

Desde que nacen se espera algo diferente de cada bebé en función de su sexo. Y eso modela su comportamiento.

Así que ya desde que nacen se espera algo diferente de cada bebé en función de su sexo. Y eso modela su comportamiento. Por eso no son nada extraños los resultados de la encuesta en que se ha preguntado *¿Qué quieres ser de mayor?* a mil niños españoles. Ya desde los cuatro años, niños y niñas tienen concepciones diferentes respecto a los trabajos que les gustaría hacer. Ellos quieren ser deportistas (sobre todo futbolistas, es el sueño de uno de cada cuatro) y también científicos, policías o

ingenieros. Ellas aspiran a ser profesoras (al mismo nivel que ellos futbolistas, una de cada cuatro) y, después, cuidadoras de animales, enfermeras o peluqueras. Es decir, ellos quieren ser ricos, famosos y adorados. Ellas prefieren profesiones ligadas al servicio social. No hay futuras científicas ni ingenieras ni policías. Y ya no digamos deportistas ricas y famosas.

Algo estamos haciendo mal. Desde el principio. No se trata de que niñas y niños sean iguales, pero sí de que tengan las mismas oportunidades. Y que no les metamos en la cabeza lo que deben o pueden ser de mayores.



Pasillo rosa

EL CHISTE VA MÁS O MENOS ASÍ: EL DÍA DE NAVIDAD, dos hermanos abren los regalos de Papá Noel. Al niño le ha traído un juego de construcción. «¿Qué hace?», pregunta a sus padres. «Convertirse en carreteras, casas, puentes…, todo lo que quieras», le responden entusiasmados. A su hermana Papá Noel le ha dejado una muñeca. «¿Y la muñeca qué hace?», pregunta la niña. «Pues ser una muñeca, ¡claro!, ¿qué va a hacer?», le responden. Moraleja: ¿entienden ahora por qué en las carreras de ingeniería apenas hay un 20% de mujeres?

El chiste me viene a la cabeza mientras ayudo a los Reyes de Oriente a elegir los regalos de mi hija de dos años. En la inmensa tienda de juguetes ningún cartel indica que haya zona de niños o niñas, pero las diferencias saltan a la vista. Los colores dominantes en las estanterías indican a dónde hemos de dirigirnos: grises y azules oscuros si queremos regalos típicos para chicos; pasteles y blancos si queremos algo para una niña.

En la zona, digamos, de niños, varios padres cargan con juegos de construcción, ciencia o guerra. Todos me cuentan que son para chicos, incluido un precioso barco gigante que hay que montar pieza a pieza. En la zona pastel se reparten el espacio muñecas, cocinas, carritos de bebés y sets de maquillaje infantil. Los Reyes Magos los compran para las niñas, excepto alguna Peppa Pig que han pedido varios niños pequeños. Porque los preescolares aún disfrutan de dibujos unisex, como Peppa Pig, Dora o Pocoyó. A los cuatro o cinco años empiezan a fijarse ya en otro tipo de televisión, con series de supermanes, batmans o inazumis eleven (sea lo que sea eso) para ellos, y de princesas para ellas, donde aprenden a estar siempre bellas o a conformarse con lo que les ha tocado sin luchar por algo mejor. Y eso solo en los cinco primeros minutos de un capítulo que vi el otro día.

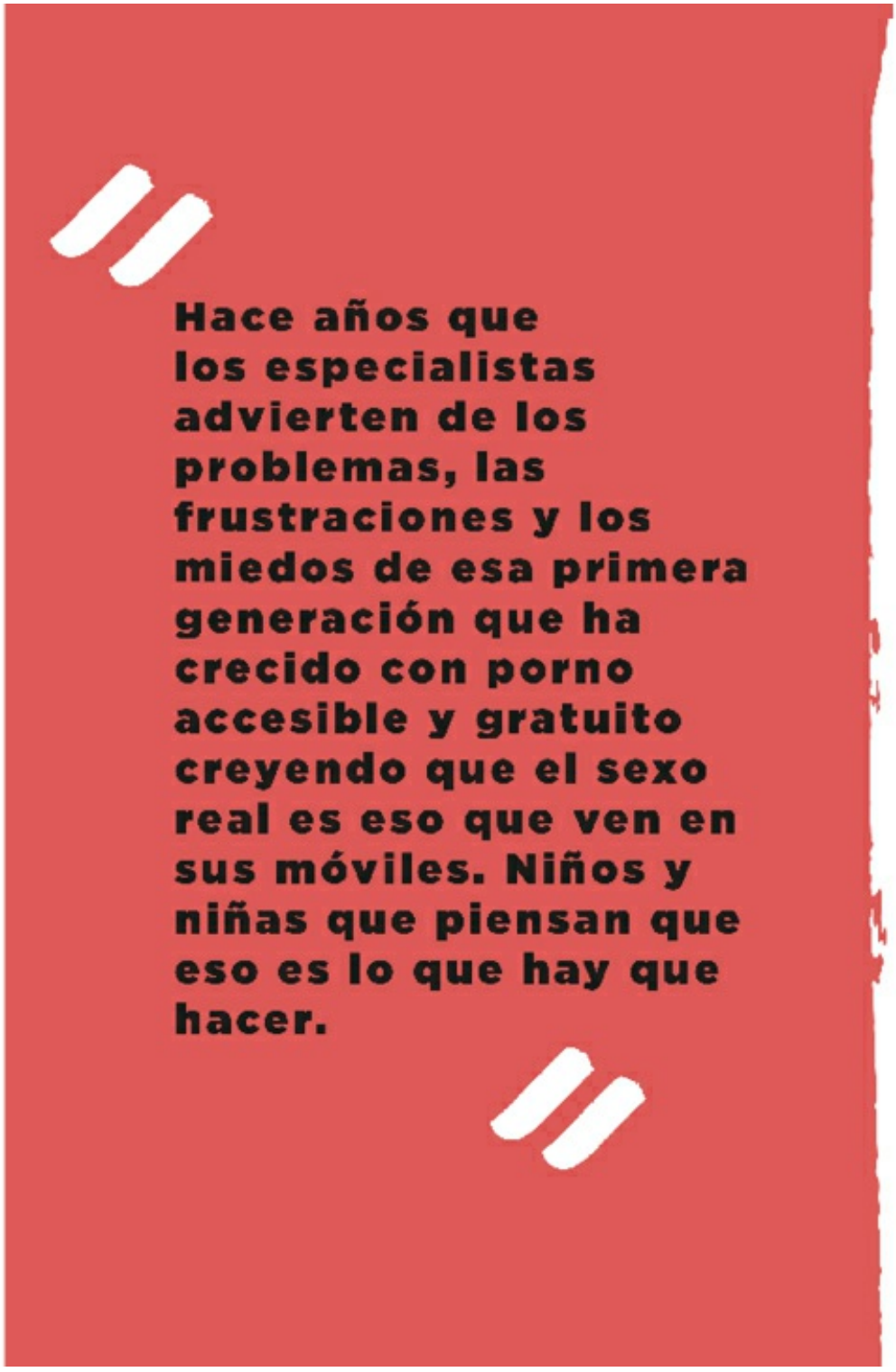
Si los niños piden los juguetes de sus héroes de televisión, quizá somos los padres los que tenemos que atrevernos a cambiar de pasillo. Algunos ya lo hacen.

Tu hijo ve porno

ANTES DE TOCAR A UNA MUJER HAY NIÑOS QUE YA HAN visto porno. Mucho porno. Les salta en sus tabletas, en sus móviles o en los de sus padres. Les aparece porque teclean en Google esa palabra que han oído en casa o en el colegio y que nadie les dice qué es. O porque los hermanos mayores de sus compañeros les cuentan cosas y ellos tienen curiosidad. O por lo que sea. Pero están expuestos al porno desde pequeños. Y con ese porno aprenden posturas, ritmos, cuerpos y prácticas que creen que son idénticos a los de la vida real. Mientras el mundo adulto rehúye hablar de sexo con ellos —tan puritanos, a veces, tan vergonzosos y vergonzantes somos—, ellos, nuestros hijos, consumen y creen en lo que ven. Así que cuando llega el momento de la verdad, se frustran, porque evidentemente ni se mueven ni miden ni aúllan ni duran como los actores. Y entonces piensan que el problema lo tienen ellos. Los chicos, claro. Pero cada vez más también las adolescentes, que creen que deben adoptar el rol de mujeres objeto al servicio del placer fálico. Hace años que los especialistas advierten de los problemas, las frustraciones y los miedos de esa primera generación que ha

crecido con porno accesible y gratuito creyendo que el sexo real es eso que ven en sus móviles. Niños y niñas que piensan que eso es lo que hay que hacer.

La publicista Cindy Gallop creó hace unos años la página web makelovenotporn.com —haz el amor, no el porno— donde contrasta esos dos mundos con decenas de ejemplos. En la vida real, las mujeres no siempre llevan depilación integral, ni tienen por qué gustarles penetraciones simultáneas por varios lugares. En el mundo del porno, «las mujeres adoran que las llamen “zorra” y “puta” mientras están manteniendo relaciones sexuales». En el mundo real «hay gente a la que le gusta que le hablen sucio en la cama. Hay gente a la que no». Y eso es lo que muchos adolescentes no saben. Porque no se lo hemos enseñado. Porque censuramos un pecho. Porque el sexo sigue siendo tabú. Y entonces aprenden del porno.



Ni Periscope ni hostias

LAS NIÑAS —EN ESA EDAD INDETERMINADA DE LAS CHICAS DE TRECE que se arreglan para aparentar dieciocho— están tumbadas en una cama, en una posición que el ojo adulto podría interpretar como provocadora, pero que en ellas no se sabe si es de estudiada incitación o solamente ingenuidad. Quién sabe. Quién sabe en estas edades y en esta generación. Frente a ellas, la cámara de un teléfono móvil transmite todo en directo. Hablan mal de una amiga, la dejan verde. Y lo hacen en una conversación a la que puede acceder cualquier persona en cualquier parte del mundo. Dicen que la oscuridad no está en el que muestra, sino en el ojo del que mira. Así que imaginen, en este caso, la cantidad de ojos oscuros que miran. Que las miran.

Hasta que la secuencia la interrumpe una madre furiosa. «Ni Periscope ni hostias. Un tío con la polla al aire. Ha salido un tío con la polla al aire», grita la mujer. El vídeo, claro está, se convirtió en viral en apenas unas horas. Esa madre es la excepción, espiaba las transmisiones de su hija. Pero, en general, los padres no saben lo que sus hijos están haciendo en las redes sociales. Y mucho menos en herramientas de transmisión en directo como Periscope. Hagan ustedes la prueba. Instálense la aplicación en el móvil y elijan cualquiera de las centenares de transmisiones que en ese momento se estén produciendo en España. Lo primero que verán es que bastantes se titulan *estoy aburrida.* Son chicas insinuándose de manera sexy, retando a los que las miran a que les pregunten o les hagan hacer cosas. Para algunos hombres es como porno en directo.

«¿Qué posición es en la que disfrutas más? ¿Por detrás lo has hecho? ¿Cómo tienes el coño?». Y les mandan fotos. Algunas de sus genitales excitados. Provocación. Sexo. Las niñas juegan a gustar, porque lo que de verdad les importa a muchas es el número de seguidores y los *me gusta* que consiguen. Hombres entre los que alguno intenta algo más: saber dónde viven esas chicas y quedar con ellas en el mundo real. Y muchos padres, sin tener ni idea. Además, en cuanto aprendan Periscope, sus hijos estarán ya en otra cosa.

El patio

NO SÉ SI ALGUNA DE LAS MUJERES PODEROSAS QUE COPAN ESTE número de *Yo Dona* jugaban al fútbol en el colegio, pero casi seguro que no. No conquistaron los patios escolares, pero sí —y menudo mérito— la vida después. Imaginen si las niñas pudieran hacerlo: apoderarse del patio del colegio igual que lo hacen los chicos, acostumbrados a adueñarse de casi toda la superficie para jugar al fútbol. ¿Cuál es la estampa habitual? Los niños, dueños del territorio, y las niñas, relegadas a los rincones más allá del campo. Ellas se apartan para no recibir balonazos y aprenden a ser sumisas con la decisión masculina. Se quedan quietas en un rincón e idean juegos que se adaptan al espacio que les dejan.

El patio es el lugar donde los alumnos se relacionan con más libertad y donde se va a modelar su personalidad respecto al grupo.

Hay varias iniciativas que quieren acabar con los patios escolares «de toda la vida». En Madrid, el proyecto MICOS está creando patios inclusivos, con nuevos espacios de juego —rocódromos, zona de bancos, estructuras para trepar…— y solo una pequeña zona para fútbol en la que las clases juegan por turnos. Las experiencias piloto en centros como el Villaverde, en Pontevedra, están dando muy buenos resultados. Allí hace ya cuatro años que decidieron ofrecer otras alternativas, preguntando y debatiendo con los alumnos. Sus patios son resultado del consenso entre todos.

Porque los patios no son un paréntesis en la educación escolar, sino una herramienta más que tiene que evolucionar, al igual que lo hacen las aulas. El patio es el lugar donde los alumnos se relacionan con más libertad y donde se va a modelar su personalidad respecto al grupo —y, por lo tanto, respecto a la sociedad—. Si se dan privilegios a un colectivo —a los niños que se adueñan de la superficie para jugar al fútbol—, ellos se creen con derecho a tenerlos. Y ellas, a no exigirlos.

Aquí, en este número, tienen a muchísimas mujeres que de adultas han decidido exigir y conquistar su territorio hasta ser líderes en sus campos. Imaginen si las hubieran dejado ser dueñas del patio. Imaginen si les dejamos hacerlo a nuestras hijas.

¿Las chicas con las chicas?

LAS NIÑAS DE MI CLASE TENÍAN MIEDO, RESPETO Y ADORACIÓN POR los chicos. Las niñas de mi clase veían a los niños como héroes románticos. Las niñas de mi clase no se atreverían a pedirles ni una goma de borrar. Nunca habían tenido con ellos una conversación de patio de colegio. Nunca habían intercambiado cromos. Nunca habían compartido un bocadillo a mordiscos. Porque muchas de las niñas de mi clase del colegio de monjas eran incapaces de establecer una relación de iguales («Hola, ¿me prestas el boli?») con un chico. Ellos eran, por inusuales, mitos. Y chicas confiadas de sí mismas se volvían ante un chico seres inseguros, incapaces de balbucear media frase coherente.

Hace unos días, el Tribunal Supremo avalaba una decisión de la Junta de Andalucía para retirar las subvenciones públicas a los colegios que segregan por sexo. No cuestiona la existencia de este tipo de educación, pero sí que se pague con dinero de todos. Sin embargo, el ministro de Educación ha dicho varias veces que está dispuesto incluso a cambiar la ley para que esas escuelas, sesenta y siete en España y la mayoría vinculadas a la Iglesia, puedan seguir recibiendo dinero estatal.

Separar a niños y niñas refuerza el sexismo y fomenta los estereotipos hombre-mujer, según un estudio de la revista *Science,* que además prueba que este tipo de centros no mejoran los resultados académicos. Yo vi más diferencias de nivel entre las chicas de mi clase de las monjas que entre chicos y chicas del instituto mixto al que fui después. ¡Claro que hubo momentos difíciles estudiando con chicos! El juego tú-eres-popular-tú-no puede ser muy cruel, sobre todo en la adolescencia de hormonas revolucionadas, pero te prepara para la vida que te espera fuera.

Para construir la igualdad entre hombres y mujeres no podemos seguir segregando

por espacios. Si la diferente evolución de la inteligencia entre chicos y chicas fuera la verdadera causa de segregar por sexos, quizá mejor segreguemos por notas, ¿no? Pero temo que esa no sea la razón.

¡Mandona!

TODO COMENZÓ CON UN «MANDONA». ELLA ES ASÍ, MANDONA. PERO ÉL —que tiene el mismo carácter— es un líder. Ella también es ambiciosa y él, sin embargo, es un gran trabajador. Ella es trepa y él sabe relacionarse. Ella está demasiado distraída por las cosas de su casa, pero ¡fíjate qué tierno él!, es un padre que sale antes de trabajar para llevar a los niños al dentista. Ella es tan descuidada que ha venido hoy sin arreglar. Él tiene mala cara porque ha pasado toda la noche cuidando de su niño con gastroenteritis. Es un hombre entregado.

Las diferencias comienzan en la escuela. Preguntados en clase sobre si quieren ser líderes cuando trabajan en grupo, tres de cada cuatro niños dijeron que sí. Las niñas fueron solo la mitad. Saben que, si toman el liderazgo, las llamarán mandonas. Cuando van creciendo, pasan de mandonas a agresivas o brujas o demasiado ambiciosas; hasta llegar a esa bochornosa expresión sobre la supuesta falta de relaciones sexuales de calidad que todos hemos oído alguna vez. Ya saben. Mal follada.

Las diferencias comienzan en la escuela. Preguntados en clase sobre si quieren ser líderes cuando trabajan en grupo, tres de cada cuatro niños dijeron que sí. Las niñas fueron solo la mitad.

Desde pequeñas, palabras como mandona envían un claro mensaje a las niñas: no levantes la mano ni des tu opinión. Así que, cuando llegan a secundaria, están menos interesadas en liderar que los niños, explica Sheryl Sandberg, una poderosa directiva de Facebook que encabeza un movimiento para devolver el orgullo de líder a las chicas, Ban Bossy. La campaña sostiene que el liderazgo se interioriza y perfecciona practicándolo. Y que las niñas solo lograrán ser líderes si lo intentan desde la escuela. ¿Cómo? Levanta la mano en clase e insiste hasta que te den la palabra. No pidas perdón antes de hablar («No estoy segura de esto, pero…»). Rétate a ti misma más allá de tu zona de confort. Pide ayuda a la gente que sabe. No hagas el trabajo del vago del grupo, ínstale a que lo haga él. O practica cosas que te asusten (como hablar en público) para superar tus miedos.

Y ahí somos los padres los que tenemos que ayudarlas. Vale la pena insistir a nuestras hijas en que confíen en sí mismas. Ellas pueden. ¿No creen?

La colita de Alicia

«MAMÁ —ME DIJO MI HIJA—, ALICIA TIENE COLA». ¿Y QUÉ?, PENSÉ yo. ¿Y qué si lleva coleta o el pelo suelto? Pero mi hija volvió a insistir. «Mamá, que te he dicho que Alicia tiene una cola, escúchame». Vale. Era algo importante. Presté más atención. Y al prestar más atención, recordé que la amiga de mi hija tiene el pelo corto. Muy corto. «¿Una coleta? —le pregunté—. Pero si no tiene suficiente pelo». «Mamá, es que no me escuchas. Una coleta, no. Una cola. Una colita. Como los niños. Pero es invisible y no se la podemos ver». Vale. Mi hija de cuatro años me estaba diciendo que una de sus amigas del parque le ha contado que tiene pene. Un pene invisible, porque es niña y nació con aparato reproductor femenino. Entonces empecé a unir recuerdos. Alicia siempre juega con los niños, es la única niña del parque que siempre está con los niños jugando a batallas de superhéroes. Es la única niña también que no se vistió de princesa en carnaval, sino de Spiderman. Y nunca lleva lazos, ni rosa, ni todo eso que las niñas de cuatro años se suelen contagiar entre ellas como lo más de lo más de la feminidad que empiezan a descubrir. Alicia tiene cuatro años y está convencida de que es un niño. Ha llegado a la conclusión de que algo no cuadra en su cuerpo. ¿Puede alguien tan pequeño ser consciente de algo así? Los expertos aseguran que sí, que la identidad de género se construye —y la construye la sociedad— desde muy temprana edad.

Cientos de niños en España crecen con la sensación de que han nacido en un cuerpo equivocado. Desde este curso en Cataluña están más protegidos. Los profesores los llaman por su nuevo nombre. Tienen, además, acceso libre a los baños y vestuarios donde se sientan cómodos. Son libres de vestir como quieran y el profesorado evitará las actividades segregadas por sexo. Se intenta así normalizar la vida de estos niños y niñas, evitar que sufran y que se sientan rechazados. Evitar que, como Alan —un chico transexual de Barcelona—, terminen quitándose la vida.

Gueto

MI AMIGO —PERMITIDME PROTEGER SU IDENTIDAD, ENSEGUIDA ENTENDERÉIS POR QUÉ— ES el único hombre en el grupo de WhatsApp de mamás del cole. Y no en uno, sino en tres. Cosas de los turnos laborales, él es quien lleva y recoge a los niños en la escuela, así que el resto de madres no han tenido más remedio que pedirle el teléfono a él y no a su mujer. Bueno, en realidad, ya no está en tres grupos, solo en dos. «Mira —me contó—, cuando se estrenó *50 sombras de Grey* esto se convirtió en un chat erótico-festivo. Y cuando una de las mamás escribió: “esta es la única sombra que importa”, junto a la fotografía de la sombra de un pene erecto, dije basta. Puedo imaginar lo que habrán dicho algunas madres al ver que abandonaba el grupo».

Me ha picado la curiosidad y les he preguntado a otros papás por qué no están en los grupos de WhatsApp del cole. «Yo lo intenté una vez —me contó otro amigo—. Insistí a las mamás para que me metieran en su grupo. Pero enseguida me di cuenta de que, por cada mensaje útil —¿alguien ha visto la cazadora de mi hijo?—, había treinta mensajes de relleno: recomendando tal marca de congelados o dónde estaban de

oferta unas lacas de uñas determinadas. Era más un grupo de amigas que uno de padres de colegio».

De hecho, algunos colegios empiezan a alertar de que algunos de estos grupos se convierten en foros para dejar verdes a algunos profesores, o incluso a otras mamás, creando pequeños subgrupos y dejando a la afectada al margen.

Los corrillos de siempre a la puerta del colegio, pero
a golpe de mensaje instantáneo a cualquier hora.

¿Por qué la mayoría de grupos de WhatsApp de padres están formados por las mamás? ¿Es que es solo asunto nuestro si el libro de matemáticas está agotado en tal tienda, o si el disfraz de la obra de teatro está más barato en el centro comercial, o si cuidado que hay piojos en clase? ¿Por qué no integramos también a los papás en estos grupos de mensajería? Luego nos quejamos, pero este gueto lo hemos creado solo nosotras.

La rarita del cole

YO NO ERA LA CHICA MÁS POPULAR DEL INSTITUTO. MÁS BIEN todo lo contrario. Yo era la adolescente rellenita que saca buenas notas y solo se junta con los raritos de la clase. La chica con ropa asequible que se sienta en primera fila y a la que le encantan las matemáticas y la literatura. La empollona que prefiere un examen de física a una clase de gimnasia —una vez vomité por el esfuerzo en una de esas clases, así que imaginad mi fama—. Mi yo adolescente era la víctima perfecta para ser acosada por los gallitos y las chulitas de la clase.

Pero tuve suerte. Los cientos de chicos y chicas de mi instituto —público— nos tratábamos como se tratan los chicos y chicas con las hormonas en máximos históricos; es decir, a ratos bien, a ratos no tanto. Durante una época sufrí mucho, porque quería ser como las niñas populares del cole: guapa, delgada, estilosa y con ropa bonita y nueva cada mes. Hubiera querido también que los chicos guapos y populares se fijaran en mí más allá de las veces que me pedían los apuntes o la solución a algún ejercicio. Pero yo sabía —o llegué a aceptar— que eso no era posible, no en ese momento al menos.

Lo bueno es que la frustración me hizo más resilente. Tuve suerte de nacer en 1973, con lo que fui al instituto a finales de los ochenta. No sé qué habría sido de mí si me hubiera tocado ir a clase hoy en día. La gordita empollona que se peina mal y recita de memoria a Benedetti habría sido la víctima propicia para esos acosadores que buscan aumentar su prestigio y su poder a base de humillar a los demás. Pero también me da miedo lo que hubiera hecho yo solita. Quizá en esa búsqueda de aceptación habría mandado por WhatsApp alguna fotografía subida de tono a alguna chica de la clase. O a algún chico. Esa fotografía habría circulado por el instituto acompañada de burlas y comentarios humillantes. En unos días la habrían visto miles de adolescentes de mi ciudad. Y de más lejos. No sé si habría sido capaz de sobrevivir a eso.

Expulsado

«ERES UNA PUTA». EL GRITO LES HIZO ENMUDECER. ÉL NO SE amedrentó. «Puta, maldita puta», siguió insultándola, creciendo y elevándose con cada grito, como un monstruo que se alimenta del odio y la rabia propios. Y del miedo ajeno. El resto de padres no daban crédito. Allí, en medio del cumpleaños infantil, mientras los niños estaban correteando por el parque de bolas, ese hombre perdía el control en público. Y de repente entendieron por qué la mujer —su mujer— iba casi siempre al colegio acompañada de su madre, mirando al suelo, cabeza baja, con ojos tristes, apenas sin cruzar palabra con el resto de padres y madres del colegio.

Él era un maltratador.

Entonces todos los padres comprendieron también por qué el hijo pegaba a otros niños —a sus propios hijos, compañeros de clase—, o les rompía las mochilas y la ropa o destrozaba el material escolar. Comprendieron que ese chico de ocho años —un pequeño acosador que lo solucionaba todo con gritos y golpes— lo único que hacía era imitar a su padre. Había aprendido a calmar su frustración con violencia: golpeando a los demás, rompiendo cosas, insultando. Lo que veía en casa. Había aprendido que, si estás enfadado, tienes que gritar y golpear, y entonces todo el mundo te obedece porque te tiene miedo. Había aprendido —estaba aprendiendo— cómo hay que tratar a las mujeres: de la misma manera en que su padre trataba a su madre. El chiquillo se debatía entre una mezcla de pena por mamá e impulso a imitar a papá.

El niño era una víctima más. Pero se estaba convirtiendo en un acosador más.

El colegio pidió paciencia al resto de padres. Y a los niños. Intentaron darles herramientas para tratar con su compañero, para encauzarlo, para calmarlo. Los profesores se volcaron con él. Pero fue en vano. Un año después, el centro escolar decidía expulsarlo. No podían controlar sus ataques violentos. El daño que les hacía a sus compañeros. Los abusos físicos y psicológicos hacia otros niños. Y con su expulsión perdimos la batalla. Toda la sociedad.

Miedo

TENGO MIEDO. LO SIENTO. NO ME PIDÁIS QUE SEA VALIENTE. NO puedo.

Tengo miedo cuando vuelvo a casa tarde y apenas hay gente por la calle. Tengo miedo cuando entro en un garaje y camino sola hacia el coche. Tengo miedo cuando camino de noche por la calle. Tengo miedo cuando inserto la llave en la cerradura del portal y agudizo el oído para intentar averiguar si hay alguien cerca que pueda entrar conmigo. Tengo miedo cuando me pongo un escote más acentuado de lo normal, o cuando llevo falda corta o algún hombre me mira raro y largo en un bar.

Lo siento. Pero tengo miedo.

Quisiera ser valiente. Llenar las redes de etiquetas anunciando que el asesinato de

Laura Luelmo —y el de tantas mujeres antes— no me va a cambiar la vida. Que voy a seguir saliendo de noche y por lugares solitarios. Que voy a seguir volviendo a casa sola de madrugada. Que voy a seguir inmune y ciega a la realidad. Es triste. Pero tengo miedo.

Se lo cuento como un juego, igual que les pido que me ayuden a poner la mesa o que tosan en el codo para no llenar las manos de gérmenes. No quiero que tengan miedo. Pero tienen que saber protegerse.

Es triste. Pero me siento en la obligación de enseñar a mis hijas a protegerse. Porque los monstruos están ahí fuera. Los depredadores acechan. Son pocos. Pero son. Y mientras existan, las niñas, los niños y las mujeres no tenemos otra opción que protegernos. Me encantaría no tener que prevenirlas. Me encantaría decirles que pueden ser libres, hacer lo que quieran, vestir como quieran, caminar a la hora que sea y por donde sea. Porque no les va a pasar nada. Porque son valientes.

Pero no es así. Y, como un juego, ya les estoy enseñando a cuidarse. Hemos establecido una contraseña que tienen que pedir a cualquier persona que les diga que su mamá o su papá han pedido que las lleven a casa. Les digo que nadie —solo papá, mamá o el médico— puede tocarlas o pedirles que les enseñen las partes que quedan tapadas por el bañador.

Se lo cuento como un juego, igual que les pido que me ayuden a poner la mesa o que tosan en el codo para no llenar las manos de gérmenes. No quiero que tengan miedo. Pero tienen que saber protegerse. Y ojalá no tuvieran que hacerlo.

Soy menos lista

ESTE ES UN DATO DEMOLEDOR: NIÑOS Y NIÑAS MUY PEQUEÑOS —DE tan solo seis años — ya tienen prejuicios respecto a su propia inteligencia. Casi todos piensan que los niños son más inteligentes, con todas las consecuencias que eso conlleva.

Esas niñas que con seis años ya se perciben menos inteligentes que los niños se van a encontrar en la vida con que el resto de la sociedad opina lo mismo.

El cambio se produce entre los cinco y los seis años. En este estudio —de las universidades de Nueva York, Princeton e Illinois—, a los críos les contaron la historia de alguien muy, muy inteligente, sin especificar quién era. Después preguntaron si el protagonista era hombre o mujer. A los cinco años, los niños decían que un hombre y las niñas que una mujer. Pero a los seis años algo cambia: las niñas dejan de señalar a sus congéneres como las protagonistas inteligentes de la historia, y tanto unas como

otros señalan a los hombres como esa persona tan inteligente de la que les han hablado en el relato. El drama de este descubrimiento es que ya a los seis años las niñas se ven menos inteligentes que los niños y en función de eso modelan sus aspiraciones personales y profesionales. Los niños pueden ser brillantes. Ellas no. O no tanto como ellos. En una prueba posterior, se les pidió que escogieran entre un juego para chicos inteligentes u otro para chicos trabajadores. Las niñas, en su mayoría, prefirieron el juego que implicaba esfuerzo. Los niños optaron por la inteligencia.

El sesgo se agrava con la edad. Esas niñas que con seis años ya se perciben menos inteligentes que los niños se van a encontrar en la vida con que el resto de la sociedad opina lo mismo. El famoso estudio Jennifer-John lo demuestra: ciento veintisiete profesores recibieron dos currículos exactamente iguales, en los que solo se cambió el nombre: o Jennifer o John. ¿Qué pasó? Que los profesores que recibieron el currículum con propietario masculino puntuaron mucho mejor la competencia, la contratabilidad y la estimación de salario del candidato. Pero con el nombre femenino empezaron todos los prejuicios, y Jennifer —a pesar de tener idéntico currículum— era menos competente, menos contratable y se le asignó un salario menor. Solo por ser una mujer.

Yo también quiero, papá

NO SABEMOS QUÉ PASÓ ANTES. O DESPUÉS. PERO SÍ CONOCEMOS EL vídeo que el padre subió a las redes sociales. Y pueden ustedes imaginar sin demasiado esfuerzo que es la secuencia de la que más orgulloso se sentía. La que más le gustó de las que debieron de grabar. Las imágenes de las que presumir de hijos con el resto del mundo. Pero, claro, presume de hijo futbolista e hija —frustrada—… con escoba.

En el vídeo se ve cómo Ronaldo se va pasando el balón con su hijo Mateo, de diecisiete meses, en el cuarto de juegos. El niño le devuelve la pelota una y otra vez, en un certero intercambio. Pero lo interesante —y polémico— pasa justo detrás, con la niña, Eva, la melliza, que justo tras su hermano imita las poses del niño tratando de chutar un balón que nunca le llega porque su padre nunca se lo pasa a ella. Una y otra vez, una y otra vez, la pequeña se prepara para recibir la pelota, incluso chuta al aire intentando demostrar que ella también puede. Y que le gustaría. Que está deseando participar en el juego. Pero Ronaldo dirige siempre el balón hacia los mismos pies: los del mellizo niño. Sus gritos de alabanza son solo para él. Para el hermano.

Frustrada, cansada y aburrida, la pequeña Eva desiste de llamar la atención de su padre. Quizá le haya pasado más veces. No lo sabemos. Pero sí que la niña decide que ya está bien y que para ser ignorada se va a jugar a otro sitio. ¿Saben ustedes qué hace? Atención a la metáfora: coge una escoba de juguete y la coloca en un carrito de limpieza.

Ya saben. Los niños juegan al fútbol. Las niñas limpian en casa.

Más leña al fuego ha añadido la etiqueta que Cristiano utilizó para titular el vídeo: #BlessedHouse, casa bendecida.

Si eso que vemos es algo habitual en esa familia, no podemos saberlo. Pero sí que podemos deducir que lo que vemos es lo que le gusta al futbolista. O, al menos, de lo que presume. Quién sabe. Quizá esa niña, si le dieran la oportunidad, llegaría a jugar mejor que él. Pero tienen que dársela. Y a los niños darles otras oportunidades: con la escoba, por ejemplo.

Ella se lo ha buscado

EN EL COLEGIO DONDE OLGA ES ORIENTADORA, UN NIÑO DE CUATRO años le ha dicho a su maestra que su mamá no hace nada, solo está en casa, y que es su papá el que trae el dinero. En Primaria, otro niño le ha contado que él no ayuda a su madre, que eso ya lo hace su hermana, y otro más le explica que su madre es un rollo porque hace los deberes con él, y que con su padre se lo pasa mejor porque le lleva a tenis. Una niña de siete años cuenta que le encanta jugar con coches, pero que no se atreve a pedirlos porque es cosa de chicos. Durante el recreo un grupo de niñas de cuarto de la ESO quiere jugar al fútbol, pero los chicos no las dejan «porque las niñas no juegan al fútbol». En esa misma clase, una adolescente de quince años le cuenta que su aspiración en la vida es encontrar a un hombre que tenga dinero y la mantenga, y sus compañeras asienten: quieren un príncipe azul. «Si no se pone celoso, es que no le importo», cuenta una adolescente de su novio, y asume con naturalidad que tiene que dejarle ver sus mensajes de móvil.

Un curso más abajo, un chico explica que él no permitiría que su novia tuviera buenos amigos hombres porque una cosa lleva a la otra y ya se sabe. Por cierto, que sus compañeros dan por hecho que si una chica tiene muchos amigos, es un poco *ligerita,* y que si a una compañera la llaman *guarrilla* o *fresca,* es porque ella se lo ha buscado, por su ropa o su actitud.

Todo esto sucede en el colegio de Olga, en una capital de provincia española, pero háganlo extensible a todo el país. Me lo cuenta porque quiere poner en marcha un programa de igualdad que insista en el respeto entre niños y niñas, que les enseñe que nacer con un sexo u otro no nos hace diferentes, y que erradique esa idea de amor romántico y control que tienen los adolescentes (germen de la violencia de género). Olga presentará este mes la propuesta al claustro de profesores. Si me estáis leyendo, ojalá la aceptéis. En vuestro colegio y en el resto de escuelas del país. Porque hace mucha, mucha falta.

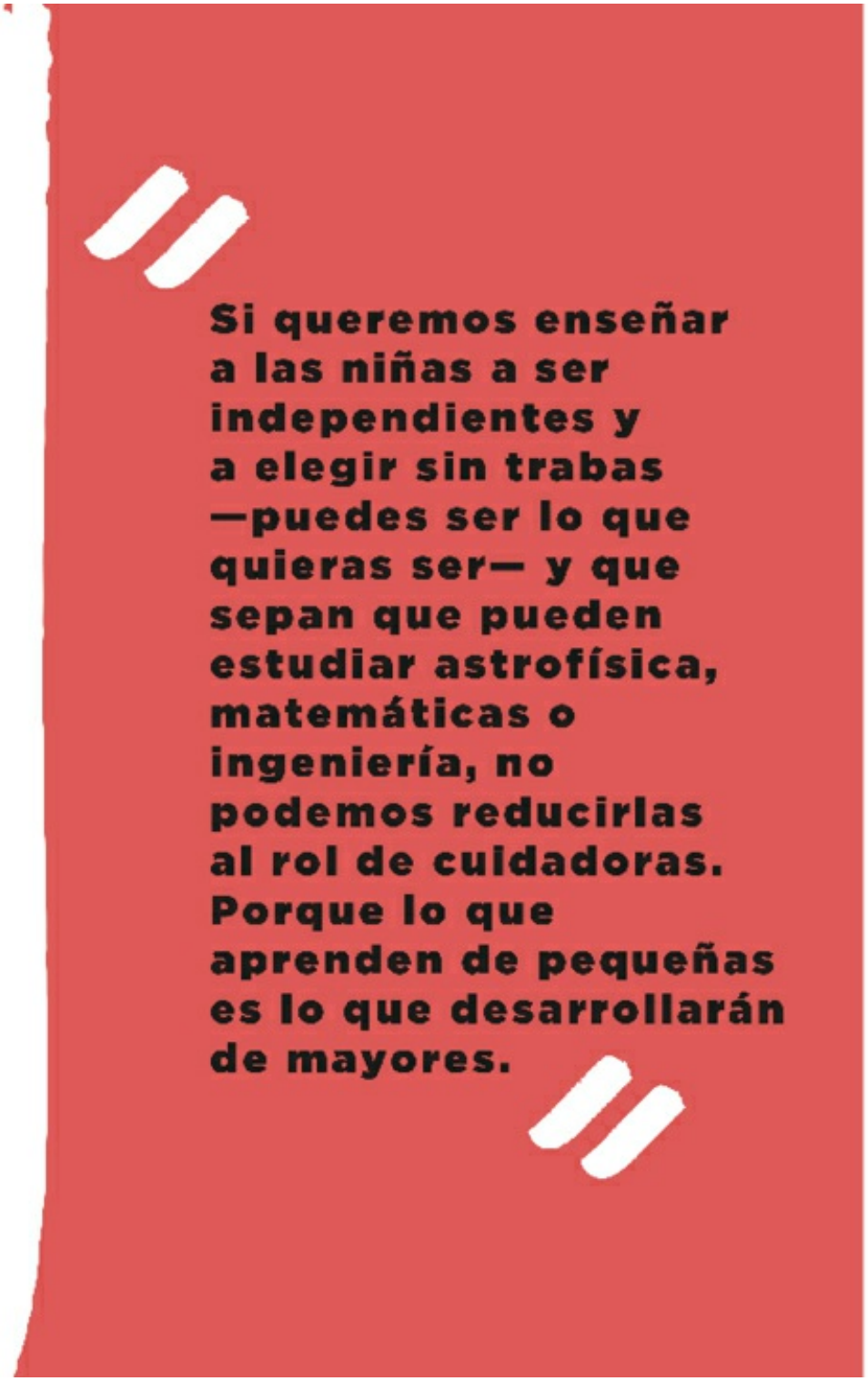
Cuídame

EL MUÑECO —O LO QUE SEA ESO— PIDE QUE LE CUIDEN. Constantemente. Incluso desde antes de nacer. Si no, se pone enfermo, o está triste o decaído, o tiene hambre o

se enfada. El muñeco es una cosa con pilas que obliga a sus cuidadores a estar siempre pendientes de él. Caricias. Besos. Abrazos. Charla. Todo el rato. Nada especialmente creativo, pero todo importante para desarrollar la empatía de los más pequeños y su cariño hacia el resto de seres humanos. Pero ¿saben quién ha recibido este regalo estrella navideño? Niñas. Sí. Quizá algún que otro niño, no digo yo que no. Pero, en su inmensa mayoría, los Reyes —sin mala intención, claro— se lo han traído a las que se supone que tienen que aprender a cuidar a los demás: las niñas. Aunque ellas no lo hubieran pedido. O, aunque sí lo hubieran hecho, los Reyes no se lo han cuestionado, como sí se han cuestionado otra de las peticiones que ha colonizado casi todas las cartas a sus Majestades: un teléfono móvil.

Si queremos enseñar a las niñas a ser independientes y a elegir sin trabas —puedes ser lo que quieras ser— y que sepan que pueden estudiar astrofísica, matemáticas o ingeniería, no podemos reducirlas al rol de cuidadoras. Porque lo que aprenden de pequeñas es lo que desarrollarán de mayores. ¿Qué han recibido los niños, sin embargo? Sus juguetes llaman a la acción, a crear, a inventar soluciones ingeniosas o a ser líderes —incluso mediante la pelea—.

Y así las niñas españolas sueñan con trabajar en profesiones vinculadas a la infancia o el cuidado: profesoras, veterinarias o doctoras por encima de todo. Y los niños quieren ser futbolistas —éxito y dinero— o policías —poder—, según la última encuesta de Adecco. Que, además, certifica otro dato preocupante y que también tiene que ver con el espejo en el que los pequeños se miran para imitar y aprender: los padres. La mitad de los niños y niñas encuestados aseguran que las tareas de casa las hace exclusivamente su madre. La mitad. Y no hay ninguno que diga que las realiza exclusivamente su padre.



Explorando el WC

LA NIÑA SE HABÍA PORTADO MAL EN EL COLEGIO Y SU madre la estaba riñendo. «¿Qué ha pasado?», le pregunté. «Pues que hoy la profesora la ha pillado con las manos dentro de la taza del váter, jugando con el agua. ¿Te imaginas?». «Claro», apostillé yo pasados los primeros segundos de asquito al imaginar la secuencia. «Claro, eso no puede ser. ¿Las manos en el váter? ¿Cómo se le ocurre?», terminé. Pero ahí que me fui, con el runrún de la historia del váter y la niña dando vueltas a la cabeza.

Y de repente lo vi claro: a esa niña la tenían que haber felicitado, la tenían que haber aplaudido por explorar, por investigar, por tocar con sus manos, por intentar comprender el mundo que la rodea (lo del asquito y la de porquerías que hay en esa agua y en esa taza se le puede explicar perfectamente después). Pero si la respuesta a su curiosidad siempre son un grito y un eso no se hace, no solo no va a entender por qué se lo prohibimos, sino que va a empezar a perder poco a poco su iniciativa. Los grandes inventos de la humanidad han nacido de las mentes de esos hombres y mujeres que llevaron su curiosidad hasta sus particulares tazas de váter. Fue una mente curiosa la que traspasó los límites poniendo estructuras circulares en un eje bajo una tabla. Así inventó la rueda.

Fue una mente curiosa la que traspasó los límites poniendo estructuras circulares en un eje bajo una tabla. Así inventó la rueda.

Una de las mentes más brillantes de la historia del ser humano, Leonardo, dijo que la sabiduría «es hija de la experiencia». Si constantemente les decimos a los niños lo que no pueden hacer, ¿no estamos matando su curiosidad y su particular y única manera de ver el mundo? Los niños no tienen miedo a equivocarse y por eso su creatividad es mágica. ¿Por qué no dejarles toquetear —vigilándolos y ayudándoles— lo que hay dentro de algún viejo teléfono móvil? ¿Por qué no sacar un libro bajo la tormenta para que vean qué hace el agua con el papel? ¿Por qué no alabarles cualquier iniciativa que tomen, sea buena o mala? Como dijo Einstein, «si juzgas a un pez por su capacidad trepando a los árboles, se pasará toda la vida pensando que es un inútil».

Niños a dieta

EN ESTADOS UNIDOS, OCHO DE CADA DIEZ NIÑAS MENORES DE DIEZ años, ¡ocho de cada diez!, han hecho alguna vez dieta. Párense a pensar en la cifra. Imaginen a casi todas las niñas de entre seis y diez años que conocen alimentándose de pechuga de pollo a la plancha y verduras durante días y días, sin un bocadillo o unas patatas o unos macarrones o un helado o un vaso de leche con Cola Cao que llevarse a la boca. ¿Qué tipo de presión está ejerciendo la sociedad (y algunas familias) sobre esas pequeñas para que la mayoría se pongan, o las pongan, a dieta, cuando aún pueden contar su edad con los dedos de las dos manos? Nuestros hijos han aprendido de nosotros a medir su cuerpo en una escala equivocada. Los niños son especialmente vulnerables a los efectos secundarios de las dietas.

Varios estudios han demostrado que las niñas que se ponen a régimen tienen tres veces más posibilidades de subir de peso cinco años después y de sufrir trastornos alimenticios. Las dietas ponen especialmente en riesgo a los niños, que tienen necesidades especiales: su metabolismo gasta hasta tres veces más que un adulto para alimentar su cerebro (un cerebro que necesita ácidos grasos para crecer); además, su cuerpo es incapaz de absorber algunas vitaminas si no come grasas, y su sistema digestivo es menos eficiente que el nuestro, por lo que no puede extraer tanta energía de los alimentos como nosotros.

La neurocientífica Sandra Aamodt sufrió de niña esos destructivos ciclos de dieta-empacho-dieta-empacho, y asegura que es nuestro cerebro el que manda sobre el peso de nuestro cuerpo y no al revés. Aamodt da el mismo consejo a todos los padres: ¿por qué no les enseñan a sus hijos a trabajar con su apetito en lugar de a temerlo? Está convencida de que muchos de ellos serán más felices y sanos, y de adultos tendrán un peso adecuado. Lo llama *alimentación consciente:* entender las señales de hambre y saciedad del cuerpo y aliarse con ellas. Algo que también deberíamos aprender a hacer nosotros.

Campeonas

CELEBRAN LA VICTORIA. HAN GANADO LA LIGA A CUATRO JORNADAS DEL final. Así que ahí están, exultantes en el vestuario. Felices. Festejando hasta la afonía. Son el equipo campeón de la Liga Catalana de Segunda División de Fútbol. Y son chicas. El único equipo de chicas en una liga masculina. Saben que han ganado, pero aún no son conscientes de la magnitud de su victoria, de haber derrotado a los hombres en uno de los terrenos de juego más masculinos: el fútbol. Las féminas del equipo infantil del AEM de Lleida —tienen entre doce y catorce años— han logrado una hazaña que abre las puertas a otras niñas a las que les gusta el fútbol: vosotras podéis. El fútbol no es solo cosa de chicos. Podéis ganarles en su terreno.

Una gesta histórica de la que ellas aún no alcanzan a ver el enorme techo de cristal que han roto. Porque no se trata de sexos, se trata de talento.

Pero no ha sido fácil. Cuando empezaron a competir, hace tres años, tuvieron que soportar muchas burlas —en categorías inferiores de la liga catalana se permiten equipos mixtos, pero a partir de los doce años ya no—. Por el camino han quedado rivales que literalmente alucinaban al ver llegar al terreno de juego a un equipo de chicas. Árbitros que preguntaban si se habían equivocado de campo. Gritos de padres y madres de los rivales descalificando a las chicas —o a sus propios hijos al ser derrotados «por unas niñatas»—. Fue una temporada dura. Al año siguiente terminaron terceras de la Liga. Y este, campeonas.

Una gesta histórica de la que ellas aún no alcanzan a ver el enorme techo de cristal

que han roto. Porque no se trata de sexos, se trata de talento. Su entrenador cuenta que ha intentado compensar las diferencias físicas con los chicos a base de cabeza y estrategia. Jugar contra equipos totalmente masculinos, además, ha sido un aliciente que las ha hecho más competitivas. Su entrenador se lo dijo así en el vestuario, celebrando la victoria: «Habéis hecho una cosa muy grande, más de lo que os pensáis. Las nuevas generaciones de niñas que suban se fijarán en vosotras». Solo han tenido que creérselo. Creerse que podían ganar. Y luchar por ello sin sentirse inferiores a los chicos.

Niños y sexo

PUEDEN ELEGIR USTEDES, SEÑORAS, ENTRE FELICIDAD Y SEXO. O AMBOS, QUE la cosa no es excluyente, quizá todo lo contrario, aunque no siempre. En fin, que me lío. Pueden elegir, les decía, entre felicidad y sexo como argumento para convencer a su pareja —si es que no lo hace ya— de que se ocupe más de la chiquillería y les deje a ustedes la tarde libre.

Les cuento de qué va la cosa… Un estudio de la Asociación Americana de Sociología ha concluido que las parejas que comparten la crianza de los hijos a partes iguales tienen mejor vida en común y, ¡atención!, mejor sexo —en común también, se supone —. Y, por el contrario, se confiesan más tristes y con peor vida en la cama —vida sexual— las parejas en las que la madre asume gran parte del cuidado de la progenie. La frontera estaría en el 60%. Es decir, que cuando la balanza se desequilibra más allá de esa cifra —sobre todo en lo que respecta a poner límites, jugar y alabar—, la vida en pareja se resiente.

Les confesaré que sospecho que antes fue la gallina que el huevo, y que quizá las parejas felices y sexualmente activas tienen cierta predisposición a la igualdad en el hogar y la crianza. De hecho, hace un par de años otro estudio concluyó también que tenían mejor vida sexual las parejas en las que los hombres se implicaban en las tareas domésticas en igual medida que las mujeres.

Puede que sea que, como apuntan algunos psicólogos, esos «nuevos-hombres», más implicados en los niños y el hogar, también invierten más tiempo en cuidar su relación de pareja. Es decir, que todo formaría parte de un *pack*, y que —en la mayoría de los casos— nada sería consecuencia de nada, sino una actitud en conjunto. Aunque también hay teorías que señalan que la presión social hacia los hombres es la que los ha empujado —a veces sin quererlo— a asumir más roles en casa, y que eso ha terminado favoreciendo la vida en pareja. Sea por lo que sea, hay que buscarles un nombre. Ya. Para tenerlos bien expuestos en una vitrina (es ironía, ¿eh?). ¿Se les ocurre alguno? Se aceptan sugerencias.

Una colita

«VEN, EMMA, VEN». CUANDO OIGO ESA FRASE, PRONUNCIADA EN UN SUSURRO por mi hija mayor, me echo a temblar. ¿Qué estarán tramando? Bueno, mejor dicho, ¿de qué estará convenciendo Laia —cuatro años— a Emma —dos años— para perpetrar juntas? Como bien saben todos los padres del mundo, si ese «ven, hermana, ven» viene seguido de un silencio sepulcral, mejor ir a ver qué narices está pasando antes de que sea demasiado tarde. Así que eso hice, caminar de puntillas hasta el baño, donde se habían metido las dos. Laia se había bajado el pantalón del pijama frente a la taza del inodoro y estaba intentando que su hermana se quitara sola el pañal. «Mira, Emma, vamos a hacer pipí de pie, como los chicos». Las dejé un rato, a ver qué pasaba, muerta de la risa. Emma logró quitarse el pañal, pero ninguna de las dos, evidentemente, consiguió mear de pie. Laia se enfadó. Se frustró. Y entonces entré a preguntar qué pasaba. «Es que, es *queee, mamááá,* quiero una colita para hacer pipí de pie, como los chicos». «Pero ¿y eso? Si es más divertido sentarse», intenté razonar. «No, mamá, no. Es mejor hacerlo de pie», me contestó. «Pero ¿por qué?», insistí yo. «Mira, mamá —respondió mi hija como si me estuviera revelando algo obvio que yo debiera saber—, es que, si tienes colita, puedes jugar al fútbol y dar patadas y pelearte».

Pues ya estamos. Un pene para hacer cosas de chicos. Acabáramos. Un órgano reproductor masculino en la carta de los Reyes Magos. Y *chim pum.* «Mira, hija —estuve a punto de decirle—, si todo fuera tan fácil como mear de pie, las mujeres ya lo habríamos hecho». En vez de eso, intenté explicarle que una colita no tenía nada que ver con lo que podía o no podía hacer ella. «Da igual si tienes pene o no. Eso solo sirve para una cosa: hacer pipí sin sentarte. Pero para nada más. Tú puedes jugar al fútbol y dar patadas y pelearte igual que los niños». «Pero, mamá, a las niñas no nos dejan», me contestó. Y me dio una pena inmensa. Solo cuatro años y empezaba ya la lucha por la igualdad.

Niñas sexys

LOS NIÑOS DE SUPERHÉROES. LAS NIÑAS DE PRINCESAS. SERÁN LOS DISFRACES que triunfen en los colegios estos días de carnaval. Al menos, en los más pequeños. En las niñas más pequeñas, corrijo, porque cada vez más temprano las chicas quieren vestirse como adolescentes sexys en busca de la atención masculina, imitando a sus heroínas televisivas.

Sexualizamos a las niñas demasiado temprano.

Estos días se han hecho virales en Internet fotografías de disfraces para niñas de cuatro años con nombres como enfermera sexy, bombera sexy o policía sexy. Todos en talla infantil. Todos, con fotografías de niñas muy pequeñas vestidas y posando como la imaginación colectiva imagina a algunas mujeres juguetonas en los preámbulos sexuales previos al coito. Niñas de cuatro años en posturas claramente insinuantes y con miradas que imitan a mujeres adultas en momentos de seducción

erótico-sexual.

Pone morritos, como si lanzara una proposición al que la está mirando. Pero tan solo es una niña de nueve años. Una niña de nueve años adoptando el rol seductor de una adulta.

Y les puede parecer una tontería —«es solo un disfraz», pensarán—, pero lo que les estamos enseñando a las niñas es a perpetuar las diferencias de género. Vístete, arréglate, cuídate para seducir al hombre. En cualquier ocasión. En cualquier momento. La polémica por los trajes infantiles de enfermera sexy llega cuando el Ayuntamiento de Lanzarote se ha visto obligado a retirar el polémico cartel que anunciaba el carnaval infantil. La protagonista mira a la cámara queriendo seducirla. Sexy. Atrevida. Aquí estoy yo, ven a por mí, parece decir. Va muy maquillada, con los ojos —de negro intenso— y los labios —de rojo pasión— fuertemente marcados, y los pómulos artificialmente ruborizados. Pone morritos, como si lanzara una proposición al que la está mirando. Pero tan solo es una niña de nueve años. Una niña de nueve años adoptando el rol seductor de una adulta. Varios estudios alertan sobre esta hipersexualización temprana de las niñas, lo que las hace frágiles y vulnerables, construyendo su identidad de manera errónea y cambiando los valores de su equilibrio afectivo. ¿Se imaginan algo así con un niño?

PARTE 9

Terrorismo

machista





Silencio cómplice

«PERO ¿NO TE HABÍAS DADO CUENTA?». «¿NO TE IMAGINABAS ALGO? ¿NO lo sabías?». Pues no. Y no. Y no. Suena a tópico, pero parecía un tipo normal. Siempre era él quien bajaba al parque con su hija pequeña. Jugaba con ella, se tiraba por el tobogán con ella, se reía con ella. Daba conversación al resto de mamás. A ella casi nunca la veíamos. «Me mareo con el calor». «Me molesta la arena del parque». «Tengo mucho que hacer en casa». Solo aparecía de vez en cuando: «Es que mi marido tiene mucho trabajo y la pequeña lleva ya un par de días sin salir. ¡Cómo vas a encerrar en casa tanto tiempo a una niña de tres años!». «Claro, claro», le respondíamos nosotras mientras le hacíamos hueco en el banco. El verano pasado, su ausencia se prolongó más de lo debido. «Está enferma», nos decía él, «una neumonía, no puede salir de casa, tiene que cuidarse, guardar reposo».

Cuando volvió, semanas después, no la vimos más delgada, pero sí con buena cara. «Hija, qué bien te sienta el reposo», bromeamos. «Quién pillara una neumonía». Y ella sonreía sin sonreír. Desaparecieron este invierno. Se mudaron sin contarnos nada ni dejar una dirección por si llegaban cartas. «¡Qué raro!», hemos comentado ahora cuando, con el buen tiempo y el fin de los colegios, hemos vuelto a bajar en manada al parque. «Pues sí —dijo una de las mamás—, solo espero que ella esté bien». «¿Bien? ¿Bien? ¿A qué te refieres con bien?». «Pues a que él la maltrataba. ¿No lo sabías?». «Desde mi casa oía las peleas. Yo creo que incluso la golpeaba. ¿No te conté que una Nochebuena la dejó encerrada en la terraza durante horas?». «¿No te habías dado cuenta de que la hija mayor ni se acercaba a él? Anda que no la oí veces chillarle: “No le hagas eso a mi madre, déjala, déjala”». «¿Y por qué no dijisteis nada?». «Hija, es que eso son cosas privadas, ¿no? Broncas de pareja. No la va a matar». ¿Cómo que no? ¿Y si ella se añade a las más de mil mujeres asesinadas por sus parejas en España desde que hay estadísticas, en 2003? Ahora solo espero no tener que contar nunca su historia en el informativo.

Están matando a mamá

«ESTA VEZ SÍ QUE ME MATA. ESTA VEZ VA EN SERIO. Y se carga a mis hijos también». La lucidez de esa certeza le llegó a María mientras su expareja la agarraba del pelo y estrellaba su cabeza contra la pared. Frente a ella, sus tres hijos habían entrado en pánico. Pedro, de seis años, protegía con su cuerpecito a su hermana Laura, de tres, y al bebé, Martín, que solo tenía ocho meses.

Gritar no servía de nada. Nadie podía oírlos. Se habían quedado solos en esa

urbanización de la costa que solo se llena en los meses de calor. No había salvación posible.

Entre golpe y golpe, María gritó a sus hijos que salieran de ese salón y buscaran refugio, incluso en la calle. A pesar del frío de esa madrugada de enero y de que iban en pijama. Mejor una neumonía que un niño muerto. «Pedro, coge a tus hermanos, llévatelos, corre, corre, corre».

No era la primera paliza que recibía. Ni siquiera estando embarazada él había dejado de pegarle. Ni siquiera cuando lo echó de casa él había dejado de volver. La primera vez rompió el cristal de la terraza. Ella puso una verja. Él la reventó y volvió a entrar. Otra paliza. Después venía el arrepentimiento. Perdóname, María, perdóname, todo volverá a ser como antes, repetía él en bucle. Como antes. Como cuando la sedujo y ella dejó a su marido por él. Como cuando le dijo que tenía tan claro que era la mujer de su vida que necesitaba embarazarla ya, aunque ella no quisiera porque ya tenía dos hijos. Como cuando le pidió que pusiera el coche a su nombre. Y empezó a desaparecer dinero. Y empezaron las palizas. Y el perdón. Él pegaba. Ella perdonaba.

Hasta que una noche de enero María supo con una certeza aplastante que no iba a salir viva de allí. Ni ella ni sus tres hijos. «Quizá salve al bebé, que es suyo», pensó. Pero Pedro, seis años, llamó a su abuelo. «Están matando a mamá, están matando a mamá». La Guardia Civil evitó el crimen. Y una jueza lo acaba de sentenciar a ocho años de cárcel. Y aun así, mientras salía del juicio, esposado y escoltado, miró a María con odio y le dijo: «De la cárcel también se sale».

Un crimen pasional

«DIEZ AÑOS DE TORMENTOSA RELACIÓN», TITULA UN PERIÓDICO. Y AL LEERLO pensamos en una pareja que se grita, que se pelea, que deja de verse y que luego retoma el amor —o lo que sea que tengan—. En definitiva, una pareja que tiene más crisis que momentos de convivencia en paz. Una de tantas. Pero, sin duda alguna, lo que no es una «tormentosa relación» es algo que defina —y casi, casi justifique— un asesinato. Porque estamos hablando del asesinato de una mujer.

La mata porque era suya. Y él no ha podido soportar que ella quisiera ser una persona por sí misma, alguien independiente, con sus propios pensamientos, con capacidad de decisión.

Es como si regresáramos a los tiempos del crimen pasional. ¿Recuerdan? Esas noticias que pasaban de puntillas en los boletines horarios de las radios: «Y, además, un nuevo crimen pasional en España. Una mujer ha muerto en Córdoba». Claro, la pasión es lo que tiene: que es tormentosa. Que te nubla el cerebro. Que te hace que mates —sorpresa, siempre el hombre a la mujer— sin quererlo. Es la pasión. Que me ha cegado.

Y parece mentira que en 2019 titulemos así. Parece mentira que contemos así un

caso de violencia de género.

La maté porque era mía. Claro. Y porque era mía —suya, en este caso, Marco pintó un «Te amo» en la pared de la habitación donde acababa de asesinar a su esposa. Y porque era suya, colocó una flor, una rosa, sobre el pecho del cadáver. Gestos de enamorado. Lo podrían ser si no la hubiera asesinado antes.

La mata porque era suya. Y él no ha podido soportar que ella quisiera ser una persona por sí misma, alguien independiente, con sus propios pensamientos, con capacidad de decisión.

Un ser humano, al fin y al cabo.

«La maté porque era mía». Como otros hombres consideran a sus mujeres: un objeto de su propiedad. La violencia de género es el control de un sexo sobre el otro. La superioridad que algunos creen tener sobre sus parejas. O el resto de mujeres.

Lo creía Marco. Que María Lourdes era suya. Y para él esa era la manera que tenía de amarla. La única que entendía: aislarla, cercarla, decidirlo todo sobre ella. Es la forma perversa en la que los maltratadores entienden el amor.

La maté porque era mía.

Y ella ya no quería serlo.

#NiUnaMenos

IMAGINEN EL MIEDO, EL TERROR DE VIVIR MIRANDO SIEMPRE ATRÁS, VIGILANDO al doblar cada esquina, inspeccionando el portal de casa antes de traspasarlo, intentando no ir nunca sola por la calle. Imaginen el pánico de no sentirse segura ni siquiera en casa, aun con todas las vueltas de llave que permite el cerrojo. Jessica huía del hombre con el que había convivido durante seis años. Se armó de valor para denunciarlo —créanme, para una víctima de violencia de género es un paso terriblemente difícil, y más con un hijo pequeño en común—. Lo abandonó. Se cambió de pueblo. De trabajo. Lo volvió a denunciar. Todo para seguir viva.

De nada sirvió una ridícula orden de alejamiento de trescientos metros dictada por un juez. ¿Cómo narices va a proteger a una mujer algo así, con su maltratador con libertad de movimientos? Él rompió esa orden, así que Jessica volvió a denunciar. Pero el juez que tomó declaración a su asesino no lo mandó a la cárcel, lo puso en libertad. Y él, nada más salir a la calle, se hizo con una pistola y fue a buscar a Jessica donde sabía que estaría: en el colegio, recogiendo al hijo de cuatro años que tenían en común. Allí, delante del niño, de los otros críos, de los padres y de los profesores, la acribilló. Le descerrajó cinco tiros.

Imaginen el pánico de no sentirse segura ni siquiera en casa, aun con todas las vueltas de llave que permite el cerrojo.

Su asesinato es el fracaso de todos. El fracaso político. El fracaso policial. El fracaso de una sociedad que no ve los micromachismos ni la cosificación de la mujer, que calla

y tolera, que consiente —e incluso aplaude— a los que llaman feminazis a las feministas, que tolera a los que inventan datos de denuncias falsas y a los que niegan que decenas de mujeres al año en España mueren solo por eso, por serlo y no querer someterse a un hombre. Desde 2003, desde que las asesinadas por sus parejas comenzaron a contarse en una estadística aparte, han fallecido más de mil mujeres. ETA asesinó en cuarenta y dos años a ochocientas veinte nueve, pero a nadie se le hubiera ocurrido decir que la culpa de un atentado la tenía la persona asesinada, por no protegerse mejor o por defender determinadas posturas políticas.

Pon la otra mejilla hasta que te maten

IMAGINEN QUE, EN LO QUE LLEVAMOS DE AÑO —Y ESTAMOS EN mayo—, hubieran sido asesinados veintiún abogados. O veintiún políticos. O veintiún payasos de circo. Imaginen las portadas, los sumarios de los informativos o las tertulias: ¡Veintiún muertos, en distintos días y diferentes puntos de España, sin conexión aparente, solo su profesión!

Pero eso ya existe. Aunque, en vez de ser políticos o payasos, son mujeres, y son asesinadas solo por eso, por el hecho de ser mujeres. Pero pocos se extrañan, y menos aún ponen el grito en el cielo. Por eso nadie ha pedido explicaciones ni mucho menos ha cesado a la profesora de la Universidad CEU que les dijo a sus alumnos que las maltratadas deben poner la otra mejilla y seguir al lado de su maltratador —y quizá futuro asesino—. Imaginen, de nuevo, que alguien les hubiera dicho a los objetivos de ETA que siguieran su vida como si nada, renunciando a la protección y jugándose el cuello a cada paso, porque tenían que poner la otra mejilla y dejarse matar. Imaginen los titulares. El autor de esas declaraciones habría sido fulminado del cargo. Pero, claro, con las mujeres no pasa nada. Parece que son víctimas de segunda.

El maltrato no empieza nunca con un golpe, empieza con críticas a la manera de vestir o a los amigos, para seguir con el aislamiento progresivo del entorno.

Denunciar a tu maltratador no es fácil. De hecho, una mujer maltratada tarda una media de cinco años en poner la primera denuncia y de diez en abandonar a su pareja. Para algunas a veces es demasiado tarde y son asesinadas antes de dar el paso. ¿Por qué tardan tanto? Porque el maltratador las secuestra psicológicamente. El maltrato no empieza nunca con un golpe, empieza con críticas a la manera de vestir o a los amigos, para seguir con el aislamiento progresivo del entorno, hasta que la mujer depende exclusivamente del hombre, en un proceso similar al lavado de cerebro de las sectas. Luego vienen las palizas. Y el arrepentimiento. Y más palizas. Las víctimas no son capaces de reaccionar. Y solo les falta que alguien diga públicamente que tienen que perdonar a su maltratador. ¿Hasta que se mueran? ¿Eso no es algún tipo de apología de la violencia y debería estar penado?

Si se lo merece

SE LES VE DISCUTIR EN EL RELLANO DEL HOTEL. PERO ES ya dentro del ascensor, a salvo de todas las miradas, cuando él concentra toda la fuerza de sus noventa y tres kilos de deportista de élite en un puñetazo que la estampa contra la pared. El golpe la deja inconsciente, pero él parece no preocuparse en absoluto. Cuando llegan a su planta, el cuerpo de ella cae a plomo sobre el pasillo y él sigue impasible. También el guardia de seguridad, que no muestra ningún aparente signo de preocupación por la mujer que yace sin sentido a sus pies. Quizá esté deslumbrado por el hombre, uno de los deportistas más famosos del país, Ray Rice, un jugador de fútbol americano que evitó el juicio porque aceptó asistir a terapia. Ha sido ahora, meses después, al hacerse públicas las imágenes de lo que ocurrió en el ascensor, cuando él ha sido suspendido de por vida y condenado a la vergüenza pública. ¿Qué ha pasado con la víctima? Pues que no solo le perdonó, sino que poco después se casó con él.

Lo que ocurrió dentro de ese ascensor es lo que ocurre en millones de hogares de todo el mundo. La diferencia es que no lo vemos. La diferencia es que esas mujeres reciben palizas, les parten brazos, les rompen costillas y les destrozan el alma en la oscuridad de su hogar. Sin cámaras de seguridad que lo graben todo. Porque la cena estaba fría. Porque el niño no calla. Porque un imbécil me ha adelantado por la derecha. Porque mi jefe es un capullo. Poco a poco vamos consiguiendo que crean que la culpa no es suya y denuncien. 124.894 lo hicieron en 2013 —solo el 0,01% fueron falsas denuncias, según la Fiscalía—. Pero tardan una media de diez años desde el primer golpe. Y luego muchas perdonan a su agresor. «Me ha dicho que me quiere, que cambiará». Hasta que las mata. Cincuenta y cinco el año pasado. Y sus hijas, nuestras hijas, van por el mismo camino. Según un estudio de Unicef, casi la mitad de las chicas adolescentes de todo el mundo cree justificado que un hombre pegue a su pareja. De vez en cuando. Si se lo merece.

Enamoradas del asesino

LO QUE ELLA PERCIBE ES QUE ÉL LA QUIERE, QUE ESTÁ loco de amor. Un librero bohemio, joven, atractivo e inteligente, coladito por sus huesos. Todo parece de cuento de hadas. El héroe la rescata cuando cae a las vías del metro en Nueva York. La acompaña galante a casa en un taxi y ni siquiera protesta cuando ella le vomita encima. Se hace su amigo. Incondicional. Se convierte en paño de lágrimas. Acude presto en cuanto ella le llama para comprar una cama o para llorar porque su novio ha desaparecido, abandonándola.

Pero algunas mujeres siguen cayendo rendidas a sus pies. Y ni siquiera viendo y sabiendo todo

lo que hace el monstruo son capaces de resistirse. Imaginad en la vida real.

Y, al final, el amor. Claro. La aspirante a escritora Beck cae rendida en brazos del caballero Joe. Lo que ella no sabe es lo que el espectador sí que ve desde el principio. Ya desde el primer capítulo de esta serie revelación —*You*— se nos muestra sin tapujos la cara del monstruo. Ella está perdida desde que sus caminos se cruzan. Joe accede a cada rincón de su vida. Le roba el móvil para ver en tiempo real sus mensajes y correos electrónicos, saber dónde está y qué opina de todo, incluso de él. Con esa información guía su día a día como una marioneta, tejiendo una red de la que no puede escapar. Entra en su casa para robarle la ropa interior. Se masturba en la calle viéndola al otro lado de la ventana. Enfrenta a sus amigas. Y llega a matar tres veces para quitarse de en medio a las personas que son un obstáculo en su relación.

Nadie querría cruzarse con un hombre así. ¿No? Pues sí. Miles de mujeres están volcando su amor por Joe en las redes sociales, abducidas por ese mito del amor romántico en el que todo lo que hace el hombre, si es por amor, es válido y demuestra que nos quiere más. Todo es por nuestro bien. Y nosotras tenemos que dejarnos llevar por ese amor. Asustado por el cariz de los acontecimientos, el protagonista de la serie, el actor Joe Goldberg, está intentando disuadir a las fans. «Recordad que es un asesino». «Es un monstruo». Pero algunas mujeres siguen cayendo rendidas a sus pies. Y ni siquiera viendo y sabiendo todo lo que hace el monstruo son capaces de resistirse. Imaginad en la vida real.

Retroceso

PERTENEZCO A UNA GENERACIÓN DE MUJERES —COMENZANDO LA CUARENTENA— CONVENCIDAS DE que la lucha de nuestras madres y abuelas iba a mejorar nuestras oportunidades en la sociedad. En casa niños y niñas limpiaban, ayudaban en la cocina o podían estudiar lo que querían por igual. Hemos tenido que luchar, sí, y seguimos haciéndolo, pero a casi todas nos educaron en esa igualdad luminosa de los primeros años del posfranquismo.

También pensamos que nuestras hijas o nietas ya no tendrían que luchar. Que la igualdad de oportunidades se daría por descontada, lo mismo que se da por descontado que fumar provoca cáncer. Durante años creímos esa ilusión. Creímos, tontas de nosotras, que los últimos machistas se iban a quedar en la generación de nuestros padres. Creímos; hasta que hemos escuchado atónitas a las adolescentes contar orgullosas que sus novios las quieren tanto que les controlan los mensajes en el móvil para protegerlas. Que las llaman continuamente para ver dónde están porque se preocupan de que no les pase nada. O que no les dejan ponerse determinada ropa para que no parezcan vulgares prostitutas. O que ellas sí que se mudarían de ciudad por seguirlos a ellos, porque así demostrarían su amor, mientras ellos no harían lo mismo: «Si me quieres», les dicen, «no te irás a otra ciudad a trabajar».

Creímos; hasta que comenzamos a ver las
alarmantes estadísticas de la violencia de género.
Dos de cada tres mujeres asesinadas son menores
de cuarenta años.

Creímos; hasta que este mes nos hemos dado de bruces con una encuesta del Instituto de la Juventud que desvela que uno de cada cuatro jóvenes españoles de entre dieciocho y treinta años cree que la mujer debe trabajar menos horas —o no trabajar— para estar en casa y atender debidamente a los hijos. Uno de cada cuatro. Jóvenes, insisto, no nuestros abuelos o tatarabuelos. Volvemos a la cocina. A la pata quebrada. A todo lo que pensábamos que habíamos dejado atrás.

Qué miedo.

No. Los hombres no son terroristas

PUES ESO. QUE NO HE DICHO —NI SE ME OCURRIRÍA DECIR— que los hombres sean terroristas. Igual que a nadie se le ocurriría decir —nadie en su sano juicio, claro— que todos los vascos fueron etarras.

Un dato: en España han sido asesinadas más mujeres por sus parejas o exparejas que personas asesinadas por los terroristas de ETA. Otro dato: la Audiencia Nacional se crea tras un Real Decreto en enero de 1977 para juzgar delitos de terrorismo y otros de ámbito estatal.

Tras la violencia de género también subyace una ideología: la de la desigualdad, la de la superioridad del hombre respecto a la mujer.

Cualquier acto considerado terrorista o de origen terrorista o con base ideológica terrorista es juzgado en España por la AN. Por eso los jóvenes de Alsasua y su acto-terrorista/paliza/pelea —según versiones— con un grupo de guardias civiles en esa localidad navarra ha sido juzgado en ese tribunal, porque la Fiscalía los calificó de terrorismo, aunque luego el tribunal, en sentencia, no ve delito de terrorismo, aunque mantiene la consideración de agravante por discriminación ideológica.

Cualquier acto considerado violencia de género es juzgado también por un tribunal específico, los juzgados de violencia contra la mujer.

Tras la violencia de género también subyace una ideología: la de la desigualdad, la de la superioridad del hombre respecto a la mujer, que establece una relación de dominación con su pareja y que la cosifica, pasando a ser un objeto de su propiedad e infringiéndole abuso psicológico y daño físico o sexual. Hasta llegar al asesinato, decenas de veces al año en España.

La reflexión que le lancé a Rocío Monasterio, de Vox, fue precisamente esa: si ellos están de acuerdo con que un tipo de delito específico como el terrorismo tenga un tribunal específico y su legislación propia, ¿por qué no estaban de acuerdo con que

otro delito específico y también ideológico como el de la violencia de género —hombres asesinando a sus mujeres con base en una relación de dominación— tenga sus tribunales y su legislación?

«Voy a ser la siguiente asesinada»

ANDREA TENÍA SOLO VEINTE AÑOS CUANDO LA MATARON. LA EDAD DE ser feliz. De apurar despreocupadamente la juventud. Pero ella vivía aterrada. Con miedo cada momento de su vida, porque sabía que Víctor, su exnovio, la iba a matar. Sabía que él no pararía hasta acabar con su vida. «Voy a ser la siguiente asesinada», le dijo a su madre. Voy a ser la siguiente asesinada. ¿Cómo llega una chica de tan solo veinte años a esa terrible conclusión? ¿Qué infierno está siendo su vida?

Andrea denunció a Víctor. Le denunció después de que él intentara atropellarla. No soportaba que ella hubiera dejado la relación. Y a pesar de que su futuro asesino había maltratado también a su anterior novia, ni la policía ni el juzgado lo consideraron un caso grave. No le pusieron a Andrea protección policial más que ocasionalmente, en horas y días al azar.

¡Ah! Y dictaron para su exnovio una ridícula orden de alejamiento —¿de qué narices sirve una orden de alejamiento que no se puede obligar a cumplir?— de doscientos metros. Le decían en la calle que era una histérica. Una loca. Ya sabéis. Cosas de mujeres. De brujas. De zorras. De putas. Cosas de feminazis y de denuncias falsas. Resentida. Odiadora de hombres.

Hasta que él la esperó a la salida de casa, a las seis de la mañana, cuando ella iba a trabajar, siempre acompañada, siempre con miedo. Siempre pensando en que él iba a aparecer para matarla. Era aún de noche, y Andrea estaba esperando a que una amiga la recogiera para ir juntas a un almacén de naranjas en el que trabajaban. Los vecinos cuentan que oyeron gritos. **Alaridos. «Como de alguien a quien están matando».** Que él la arrastró varios metros del pelo, hasta que consiguió meterla en el coche. Condujo de forma endiablada. Andrea, muerta de miedo en el asiento del copiloto, intentando escapar. Él diciéndole, quizá, que iba a morir.

Minutos después se estrellaba contra el surtidor de una gasolinera. La quemó viva.

Minutos después se estrellaba contra el surtidor de una gasolinera. La quemó viva.

¿Os imagináis cómo vivía esa chica? El pánico cada segundo de su vida. Con tan solo veinte años. Y no la hemos protegido. Es **#Terrorismomachista** y deberíamos exigir que su **apología (cualquier apología del machismo) sea considerada como la apología del terrorismo.**

Estamos metiendo en prisión a titiriteros o grupos musicales por frases y letras de canciones que los jueces y la Fiscalía consideran que hacen apología terrorista. Pero nadie toma medidas contra ese ejército furibundo que insulta y desprestigia a cualquier mujer que se atreve a denunciar el machismo o la violencia de género. Esa masa social

que perpetúa el patriarcado y que, al final, en esa estructura de poder masculina, termina con el asesinato de decenas de mujeres cada año. ¿Por qué la violencia contra las mujeres no es considerada terrorismo y su incitación apología?



PARTE 10

En peligro

«Verónica Madrid»

«VERÓNICA MADRID» ESTÁN SIENDO LAS PALABRAS MÁS BUSCADAS EN LAS VERSIONES españolas de algunas páginas web pornográficas.

«Verónica Madrid», por si aún no han atado ustedes cabos, es la joven madre madrileña que se ha quitado la vida después de que un vídeo íntimo suyo haya circulado entre buena parte de los dos mil quinientos compañeros de trabajo de su empresa.

«Verónica Madrid» es el pus de una sociedad enferma, de personas que no tienen suficiente con el suicidio de esa mujer y con todo lo que ha sufrido. No. Les da igual. O lo obvian. O no lo quieren ver. Ellos lo que quieren son las imágenes por las que la mujer se mató. No tienen nada más que su nombre y la provincia en la que vivía. Y con esas dos palabras buscan, insaciables, el vídeo que tanto daño le provocó a ella. Tanto, tanto como para quitarse la vida dejando huérfanos a dos niños muy pequeños.

«Verónica Madrid» somos todos. Porque toda la sociedad ha matado un poco a Verónica. El hombre al que iba dirigido el vídeo y que —para herirla y avergonzarla— lo difundió en un grupo de WhatsApp de sus compañeros de trabajo. Los compañeros que vieron las imágenes y le dieron a reenviar. Los responsables de la fábrica que supieron de la situación y le dijeron que era algo privado. Los que se acercaron hasta su zona de trabajo para ver a la «zorrita» de las imágenes. Los que le mandaron el vídeo a su marido.

«Verónica Madrid» somos todos. Porque toda la sociedad ha matado un poco a Verónica.

«Verónica Madrid» es la sociedad en la que las mujeres no pueden tener deseo sexual evidente, ni disfrutar de su cuerpo, ni desear otro cuerpo en voz alta. Putas. Zorras. Ninfómanas.

«Verónica Madrid» son todos los que prefieren creer que las pantallas de nuestros móviles y ordenadores se convierten en un filtro que hace que todo lo que ocurre al otro lado es simplemente un juego, una realidad virtual. Así pueden insultar, amenazar y difundir estos vídeos sin sentirse culpables.

«Verónica Madrid» son los que la culpan a ella. No haberse grabado. No haberlo enviado. Puta. Zorra.

¿Y aún dudáis de que la culpa de su muerte no sea el machismo?

Tu foto desnuda

ELLA SE PREPARA. LLEVA SOLO UN TANGA. ABRE LAS PIERNAS EN posición sugerente. Quizá se toca. *Click.*

Hace una **fotografía**.

Se la manda a su ligue. Su novio. Su pareja. Su amante. Su marido. Da igual.

Se **calientan**.

Ella se desnuda. Y se graba un **vídeo**.

También para él.

Quizá tiene cuarenta años. Puede que quince. O sesenta. Pero un día, rota la relación, **el hombre utilizará el vídeo para reírse con sus amigos**. O ponerlos cachondos. O vengarse de la mujer.

Y cada vez ocurre más.

Las denuncias por *sexting* —enviar imágenes íntimas de carácter erótico o pornográfico sin el consentimiento de quien aparece— **han crecido un 46 % en España**. En 2018, los tribunales españoles dictaron cincuenta y siete condenas por revelación de secretos a través de las tecnologías de la información, con más de cuatrocientos procedimientos judiciales incoados.

Pero los casos son muchísimos más. Porque no se denuncian. Las víctimas son, casi siempre, **mujeres**. Para ellas denunciar es terriblemente difícil. Se mezclan, cuentan, sentimientos de vergüenza y culpabilidad. Algunas entran en depresión. En casos extremos, como el de Verónica, se quitan la vida.

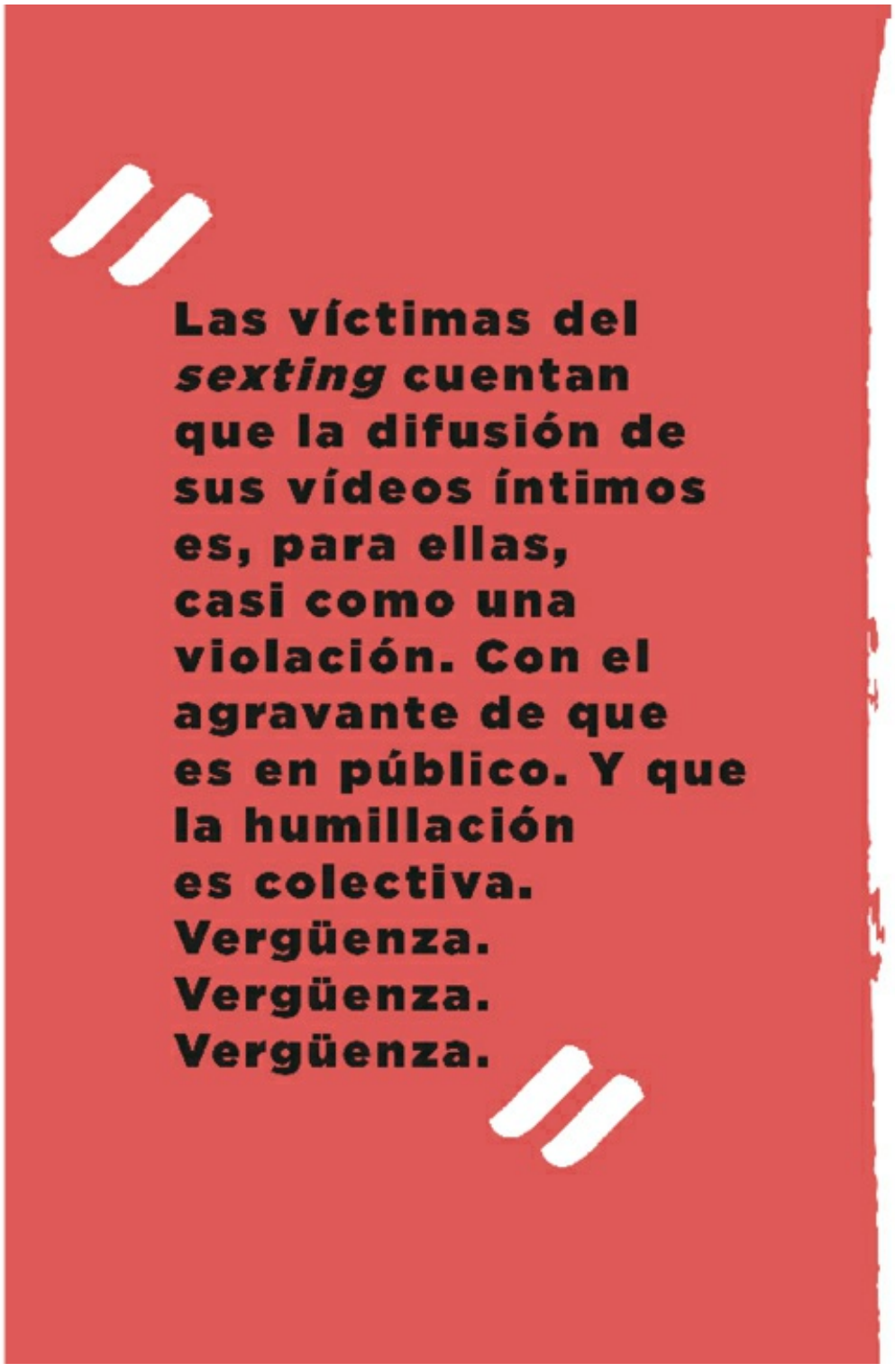
Son mujeres. Porque las mujeres son putitas y ellos, machotes. Porque el erotismo y el sexo en las mujeres se dejan para la intimidad, no para ir exhibiéndose por ahí como unas zorras. Mira qué zorra, qué calladito se lo tenía.

Las víctimas del *sexting* cuentan que la difusión de sus vídeos íntimos es, para ellas, casi como una violación. Con el agravante de que es en público. Y que la humillación es colectiva. Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza.

Una pecadora desnuda caminando por las calles, insultada por la multitud.

¿Exagero?

Preguntadle a las **víctimas**.


Las víctimas del
sexting cuentan
que la difusión de
sus vídeos íntimos
es, para ellas,
casi como una
violación. Con el
agravante de que
es en público. Y que
la humillación
es colectiva.
Vergüenza.
Vergüenza.
Vergüenza.

Violadas

EMPIEZAN CON UN «¡¡HOLA, GUAPA!!». LO INTENTAN OTRA VEZ DICIENDO LO de «¡Eh, venga, una copita!». Insisten: «Venga, tía, enróllate». Hasta que les sale el demonio: «No te hagas la estrecha, que no tienes pinta». Y echan fuego por la boca: «Borde de mierda. Tú lo que necesitas es un buen polvo». Lo peor no es que haya hombres (no generalizo: algunos, unos pocos) que se comporten así, sino que lo piensan de verdad: que las mujeres estamos a disposición de lo que les apetezca hacer a ellos. Algunos violan de pensamiento. Otros, de palabra. Y un pequeño grupo lo lleva a lo físico. Por muy rubia, pelirroja o morena que sea. Por muy tarde que se haya hecho esa noche. Por muy solitaria que sea la calle por donde anda. Por muy vacía que esté la parada del autobús. Por muy corta que sea su falda. Por muy bajo que sea su escote. Por muy linda que sea su cara. Por muy grandes que sean sus ojos. Por muy altos que sean sus tacones. Por muy rojos que lleve los labios. Por muy largo que tenga el pelo. Por muy grande que sea su pecho. Por mucho que haya sonreído. Una mujer nunca tiene la culpa de una agresión sexual. Una mujer no se viste ni sale a la calle pensando que quiere que un hombre la posea. Y un violador nunca viola por placer sexual; nunca agrede por conseguir un orgasmo. Un hombre viola por poder, por dominar a su víctima y humillarla. Por destrozarla. Por sentirse más fuerte y valiente. El rey de la selva.

No conozco a ninguna mujer que no haya sentido alguna vez que se ponía a sí misma en peligro; al volver a casa muy tarde, por ejemplo.

No conozco a ninguna mujer que no haya sentido alguna vez que se ponía a sí misma en peligro; al volver a casa muy tarde, por ejemplo. No conozco a ninguna mujer que no haya tomado alguna mínima medida de precaución para evitar sustos —¿me puedes acompañar hasta el coche, por favor?—. Aunque no hay datos oficiales, en España se producirían, según las fuentes, entre mil y tres mil agresiones sexuales al año. ¿Qué más tenemos que hacer nosotras? ¿No es hora de que empiecen a cambiar otras actitudes? ¿No es tiempo ya de que se dejen de aplaudir y jalear algunos comportamientos?

Nagore

NUNCA SABREMOS SI NAGORE FUE CONSCIENTE DE QUE YA HABÍA AMANECIDO. En medio del dolor despertó de la muerte y ya era de día en Pamplona. Horas más tarde, la autopsia revelaría que había sufrido una paliza brutal: treinta y ocho golpes asestados con una fuerza demoledora le habían dañado varios órganos internos. Tampoco puede abrir los ojos, hinchados ya por la inflamación. Con un último hilo de vida encuentra un teléfono móvil. Marca un número que se sabe de memoria —es enfermera—: 112. Son las diez y cinco minutos de la mañana del 7 de julio de 2008. Es difícil entenderla. Las letras se arrastran rugosas por su garganta, apenas con un soplo de vida.

«Estoy muerta. Me mata». Después, la oscuridad. Nadie llega a rescatarla.

«¿Su hija Nagore tiene el pelo corto, se muerde las uñas y usa brackets?». Horas

más tarde, el infierno se desata para la madre de Nagore. Durante las semanas posteriores, Asun irá conociendo lo que pasó. Que su hija coincide en un bar con José Diego Yllanes, médico en la clínica en la que Nagore hacía las prácticas de enfermería. Que van a casa de él, pero ella se niega a tener sexo. Que Diego no acepta la negativa. Que le da una paliza tremenda durante horas. Que la estrangula. Que intenta descuartizarla. Que lava el piso y conduce durante tres cuartos de hora el coche de su padre para intentar esconder el cadáver. Que le quita los objetos personales para evitar que la identifiquen.

Han pasado diez años. Él está ya en libertad. Ejerciendo como psiquiatra. La sentencia consideró atenuante el nivel de alcohol en sangre: un jurado popular creyó la historia de ese niño bueno que perdió los papeles en una noche nefasta. Ahora, la madre de Nagore Laffage está recogiendo firmas para que el alcohol deje de ser reconocido como atenuante. «Estar borracho NO reduce la responsabilidad de una persona que intenta violar a una chica de veinte años y que la golpea una y otra vez hasta matarla. Nada justifica que nadie se sienta dueño del cuerpo de otra persona». ¿Quién puede pensar lo contrario?

Despojos humanos

QUERÍA ESCRIBIR ALGO LIGERO. ME HABÍA PROPUESTO PASAR EL VERANO CON columnas más divertidas y simpáticas. Con temas más triviales para desintoxicar un poco la cabeza —la mía y la de ustedes— durante el ocio playero. Pero la actualidad es tozuda y no me deja. Cinco chicos jóvenes metieron a la fuerza a una niña de dieciocho años en un portal de Pamplona y la violaron. Los agresores —bueno, respetemos la ley, porque aún no están juzgados, y pongamos el *presuntos* delante— son una pandillita de chavalines sevillanos de entre veinticinco y veintiocho años que estaban en la ciudad celebrando los Sanfermines. Uno de ellos, además, estaba estudiando para ser Guardia Civil. No voy a entrar en qué tipo de poder creen tener estos despojos humanos para considerar que una mujer es suya cuándo, cómo y dónde les apetezca —la violación es una muestra de poder del hombre sobre su víctima; el violador no persigue el orgasmo, lo que le da placer es la dominación total de otro ser humano—. Piensen en la segunda parte de la historia, la que nos muestra lo orgullosos que esos jovencitos españoles estaban de lo que hicieron. Satisfechísimos por su hazaña, quisieron tener un trofeo del momento y grabaron la violación con un teléfono móvil. Para presumir luego ante otros amigos, claro. También para recordar su gran proeza de hombres alfa. Y quizá además para que días, semanas y meses después de la violación pudieran seguir viendo las imágenes y pajeándose en los cuartos de baño de sus casas o entre las sábanas que luego les lavan sus madres.

Piensen en la segunda parte de la historia, la que nos muestra lo orgullosos que esos jovencitos españoles estaban de lo que hicieron.

Pero es que, además, no se escondieron. Estaban tan eufóricos por lo que habían hecho, tan convencidos de su heroicidad —igual aquí sí que iría bien también el término *hombrada,* ¿no les parece?— que siguieron de fiesta por las calles de Pamplona. De hecho, gracias a las cámaras de seguridad, la policía pudo seguir su pista. Cuatro de ellos estaban en la plaza de toros. Otro se había ido a dormir a un coche. Y su víctima, mientras tanto, con miedo y pesadillas para toda su vida.

«Venga, tía, que estamos de fiesta»

«FIESTA. NOCHE. ALCOHOL. DÉJATE. DÉJATE LLEVAR. QUE SÉ QUE TE GUSTA. Abre la mente. ¿Para qué estás aquí si no? Para divertirte. Sé más permisiva. Tú también has bebido mucho. Mira cómo bailas. Mira cómo te mueves. Mira cómo miras. Esos ojitos que pones. Esa falda. Esos tirantes. Tú provocas. Calientabraguetas. ¿Cómo no te van a tocar? Y, si te tocan, a veces tampoco protestas mucho. Estás borracha. Luego no te quejes. Si te tocan el culo. O las tetas. O te magrean el cuerpo entero. No te quejes. Estamos de fiesta. ¿Qué es lo que quieres?». Pues lo que quiere una mujer es moverse y actuar y caminar y beber y reírse y disfrutar y consumir lo que le dé la gana con la libertad con la que lo hacen los hombres, a la hora que sea en el sitio que sea, sin temor a que la agredan verbal o físicamente.

Suecia acaba de suspender su mayor festival musical del año —cincuenta mil asistentes— porque no puede garantizar la seguridad de las mujeres que asisten a la cita. El año que viene, el *Bråvalla* no se celebrará porque en esta edición cuatro mujeres han denunciado ser violadas y otras veintitrés, abusos sexuales. Unas cifras parecidas tenemos aquí, en España, en algunas de nuestras fiestas y eventos más populares. En 2006, en Pamplona, durante los Sanfermines —y a pesar de los esfuerzos de numerosos colectivos—, se presentaron doce denuncias contra la libertad sexual —cuatro de ellas por violación y otra más por un intento de violación—. El caso más sonado sigue siendo la violación múltiple de los cinco integrantes de la manada a una joven de dieciocho años en un portal. La descripción de los hechos probados que puede encontrarse en las tres sentencias del caso es terrible.

Les aseguro que son muchas las mujeres que no se sienten libres cuando salen a divertirse, porque temen que sus gestos o sus palabras sean malinterpretados, que se entiendan como una invitación a algo que ellas no quieren. «Venga, tía, que estamos de fiesta, no seas estrecha. Además, estás borracha. Tú te lo has buscado. Zorra».

Querida capitana

USTED ES VÍCTIMA DE SU JEFE, QUE NO SE CONFORMA SOLO con acosarla (amenazas, tocamientos, insinuaciones sexuales o vejaciones en público), sino que además le hace la vida imposible (le cambia las vacaciones a última hora o los turnos de trabajo de manera aleatoria). Así que usted denuncia, y un tribunal lo condena a dos años y diez

meses de prisión por abuso de autoridad, trato degradante y actos que atentan contra su libertad sexual.

Sin embargo, no se condena a otros jefes suyos, a varios mandos intermedios —todos ellos hombres— que asistieron impávidos a esos abusos sin hacer nada por evitarlos, formando además frente común con el jefe para convertir en un infierno sus horas laborales.

Su empresa se llama Ejército de España, y en 2013, irónicamente, ha celebrado con pompa y boato los veinticinco años de la incorporación de la mujer a sus filas. Irónicamente, digo, porque, querida capitán Zaida Cantero, usted debería saber que no se denuncia a un superior por abusos sexuales (eso no existe en nuestras Fuerzas Armadas, no). Y, como ha sido mala y desleal con quien le da de comer, la han tenido que castigar a dos meses de arresto por un extraño cambio de fecha en una solicitud. Ha sido la última condena de un expediente que pasó de impoluto y brillante a lleno de tachones, en el que incluso se le impidió presentarse a unas pruebas de ascenso.

En esa gran y ¿democrática? potencia militar que es Estados Unidos, dos de cada cien mujeres en su Ejército han sufrido acoso sexual.

No creo que le sirva de consuelo, pero no es la única. En esa gran y ¿democrática? potencia militar que es Estados Unidos, dos de cada cien mujeres en su Ejército han sufrido acoso sexual. Son cifras oficiales, pero la realidad puede ser aún peor: una de cada diez habría sufrido ya no solo acoso, sino una violación por parte de sus compañeros, superiores en la jerarquía a los que no se atreven a denunciar. Lo cuenta el documental *The Invisible War*.

Pero poco a poco se van alzando las voces. Aunque haya represalias. Aunque signifique dilapidar una carrera. Querida capitán, o capitana, Cantero, gracias. Gracias por el ejemplo.

Un no es un sí

EL TIPO ESTÁ CON SUS *ALUMNOS* EN UN BAR. ANTES LES ha dado una clase —a trescientos euros por persona— sobre cómo conseguir sexo con mujeres. «Te proveeré con mis técnicas para entrar en *modo dios* (…) y que ella desee tener sexo contigo». Es decir, les promete follar con cualquier mujer que deseen. Que ellas quieran o no carece de importancia. Los hombres tienen que dominar y controlar. «Debemos sobrepasar los límites para tener éxito con una chica. Nunca preguntes si puedes hacer algo, hazlo». ¿Qué importa la opinión de una mujer? Si el hombre quiere, no hay más que hablar. Son algunas de las enseñanzas de un tipejo que se hace llamar *Maestro de la seducción* y que imparte cursos por toda España a hombres desesperados por tener sexo —sin pagar— con mujeres. Entre sus enseñanzas, perlas como estas: «Las mujeres no saben lo que quieren y es nuestro deber enseñárselo». «No esperes su permiso, siéntete con el derecho a hacer lo que quieras». «Un no es un sí». Y todo,

ilustrado con vídeos de cómo se lleva a mujeres a la cama. O de cómo las besa sin su consentimiento por la calle. O les toca sus genitales: «A las feas, mano en el coño», pontifica. Y advierte a sus pupilos que no admitan un no. «No vale un NO por respuesta». Cuenta casos como este: «La chica se empezó a comportar como dudando, David y Alejandro la cogieron con total autoridad y la subimos al piso sin rechistar. Cuando una chica actúa con inseguridad, guíala tú».

Tiene cientos de miles de seguidores que pagan por sus cursos y lo defienden con argumentos como «las chicas se creen con el derecho a no escucharnos cuando nos dirigimos a ellas en un bar», o «chicas feas aspiran a hombres guapos», «hasta un orco se permite rechazar a hombres en España». Volvemos a lo mismo: hágase la voluntad del macho. Hace unos días, un grupo de mujeres lo localizó en un bar enseñando a sus alumnos a atacar a las chicas. Salió con el rabo entre las piernas. Y los alumnos, con la cara cubierta para no ser reconocidos.

Pero ¿cuántos hombres piensan realmente como él? Cientos de miles, a juzgar por los seguidores que tiene y que le pagan.

Machinazis

UNA HORDA DE HOMBRES INDIGNADOS VOMITÓ EN TROMBA ESCUPITAJOS VIRTUALES —«A ti te dejaba en manos de los del ISIS, para que veas lo que es una violación»— cuando publiqué en esta revista una columna titulada *No me violes*. Criticaba yo la actitud de la alcaldesa de la ciudad alemana de Colonia, recomendando a las mujeres no irse «con uno o con otro hombre para evitar ser agredidas sexualmente». «Habría que recordarle a esta señora —escribí entonces— que las mujeres no somos las responsables de una agresión, sino las víctimas. Que deberíamos poder movernos con libertad dónde y cuándo queramos. Y que son los hombres los que tienen que aprender a no violarnos, no nosotras a defendernos».

Es inútil explicar a los *machinazis* —masculinización del *feminazi* que tanto les gusta escupir a ellos— lo que el resto de hombres entienden perfectamente: que ponernos la falda más corta no es una invitación a que nos metan mano, y que lo terrible es que tengamos que dejar de hacer cosas por miedo o porque parezca que vamos provocando.

Por ejemplo, cuando una mujer queda con alguien a quien ha conocido por Internet no quiere decir que la cita tenga que acabar en sexo. Pero algunos hombres —algunos— creen que sí. Y por eso la Agencia Nacional del Crimen del Reino Unido se ha visto obligada a lanzar una alerta, ante el alarmante crecimiento de las violaciones tras citas concertadas *online*. Se han multiplicado por seis en cinco años, pero se sospecha que son más porque muchas mujeres no denuncian; se sienten culpables, como si de alguna manera hubieran dado esperanzas a su cita quedando en el mundo real. No es solo cosa de jovencitas. Una de cada cuatro víctimas son mujeres de entre cuarenta y cincuenta años. «Queda siempre en público», les ha recomendado la policía. «Dile a una tercera persona dónde vas y avísala cuando termine la cita. Si notas algo sospechoso, sal corriendo». ¿Qué tienen todos estos consejos en común? Pues que

somos las mujeres las que tenemos que seguir protegiéndonos.

Un Weinstein en tu vida

¡La etiqueta ha sido #MeToo —a mí también—, aunque en Francia han optado por algo mucho más descriptivo y duro, más real y clarificador: #BalanceTonPorc, es decir, delata a tu cerdo. El caso Weinstein, el todopoderoso productor de cine acusado de decenas de abusos sexuales a mujeres, ha generado un aluvión de denuncias, incluidas famosísimas actrices que describen escenas bochornosas.

Ahora son muchas contra Weinstein. Pero tú eres una contra tu cerdo. Y te callas. Bajas la cabeza. Te haces pequeña. Que se olvide de ti. Que te ignore. ¿Quién no ha conocido a un cerdo así en su vida? Algunos, incluso, presumen de ello, como ese concejal socialista de un ayuntamiento canario que contaba cómo conseguía favores sexuales de las mujeres a las que había proporcionado un trabajo en el consistorio. Ya ven. Weinsteins hay en todos lados. Y sigue siendo casi imposible alzar la voz contra ellos.

En Francia, las periodistas denuncian casos de abusos de los políticos con los que tienen que trabajar —les piden tomar una copa para contarles información, intentan quedarse a solas con ellas en los despachos, les ofrecen sexo…—. ¿Cuántos Weinsteins hay en nuestras vidas?

La mitad de las mujeres en Estados Unidos ha sufrido acercamientos sexuales no queridos. En tres de cada diez casos de mano de compañeros de trabajo, la mayoría jefes. En Francia, el Gobierno tomará medidas, como multar de manera inmediata a los hombres que por la calle intimiden a las mujeres, incluso de palabra.

Pero una parte importante de la sociedad cree que la culpa la tienen ellas, por dejarse o por callar. Afortunadas ellas que tienen un cuerpo con el que conseguir favores, piensan aún algunos. Zorras mentirosas, piensan otros.

Pero en la pobreza no hay opción. En la necesidad no hay libertad. ¿Tiene la culpa un camarero contratado por cuatro horas diarias que trabaja diez sin cobrar las extras? ¿Un reponedor de supermercado con el salario mínimo y jornadas esclavistas? ¿Les echaríamos la culpa a ellos? ¿A que no?

Dos letras

Historia de una noche de verano. Ella tiene diecisiete años. Estamos en Alicante y hace calor. Además, está de vacaciones, así que se arregla y sale de fiesta. Conoce a un chico italiano de veintitrés años y, en algún momento de la madrugada, decide que se va con él. A la casa del chico. Una vez allí, imaginen. Se besan. Se tocan. Se meten mano. Pero ella empieza a dudar y de repente dice que hasta ahí han llegado. Que ya no quiere más. Que se va a su casa. Que adiós. Pero el chico ya no consiente dar marcha atrás. ¿Cómo va a hacerlo si ella ha subido voluntariamente a su

piso? ¿Qué otra cosa puede indicar eso, más que van a tener relaciones sexuales completas? Pero ella sigue diciendo no. Y él no lo acepta. Seguro que es una de esas mujeres que dicen no para que los hombres insistan. De esas a las que les gusta hacerse de rogar para no parecer fáciles. Para no parecer unas putas. De esas a las que les gusta que el hombre las domine y las someta. Eso, ya se sabe, las pone cachondas. Pero la chica se enroca. Y huye. Como no puede salir de la casa, se encierra en el baño. Desde allí llama a la policía, que consigue dar con ella y rescatarla. Nada más hacerse pública la historia, cientos de comentarios en las redes culpaban a la menor. Ella se lo había buscado. ¿Qué podía esperar si subía a casa de un hombre? Se había metido solita en la boca del lobo. Por puta. Por buscona. Por *calientabraguetas.* Porque ya se sabe que cuando las mujeres decimos no, en realidad lo que estamos diciendo es sí.

Nada más hacerse pública la historia, cientos de comentarios en las redes culpaban a la menor. Ella se lo había buscado.

Uno de los pretendidos gurús del ligoteo español cuenta en su web que «una chica te rechaza en un momento determinado por su estado emocional, pero en poco tiempo puede estar predispuesta a que pasen cosas (…). Debemos sobrepasar los límites establecidos para tener éxito con una chica. Nunca preguntes si puedes hacer algo, hazlo sin más». Y, claro, así es más difícil que determinados hombres —afortunadamente, una minoría— no entiendan algo tan simple como una palabra de tan solo dos letras. No.

Todas somos manada

LA VERDAD ES QUE DA ASCO Y VERGÜENZA TENER QUE ESCUCHAR que una mujer —presuntamente— violada se lo ha buscado. Por haber bebido alcohol, por caminar de madrugada junto a unos chicos a los que acababa de conocer, por meterse en un portal con ellos. Por no darles golpes ni arañarlos ni protestar. Que si vas borracha o llevas demasiado escote o has bailado sensualmente o has caminado sola por determinadas calles a determinadas horas, pues algo de culpa tendrás. ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué los delitos contra las mujeres —la violencia machista o las agresiones sexuales— son los únicos en los que las víctimas asumen parte de la culpa? Nadie se plantea que tú la tengas si te roban el bolso o si te atropella un conductor borracho, o si te clonan la tarjeta de crédito y te vacían la cuenta bancaria.

La víctima de *La manada* ha dicho que entró en *shock* y que por eso no peleó. Que solo cerró los ojos esperando a que todo terminara lo antes posible. Otras víctimas se han rebelado y han terminado muertas. También en Pamplona, Nagore Laffage fue asesinada por el hombre al que le dijo que no quería mantener relaciones sexuales cuando ya estaban en su casa. Y la madre de la chica, en el juicio, tuvo que responder a barbaridades como si su hija era de esas que ligaban mucho. Una amiga mía nunca

denunció una violación porque mientras su agresor intentaba bajarle los pantalones, ella —que tenía diecisiete años y era virgen— se ofreció a practicarle una felación. «Pensé que, si tomaba el control, no me haría daño, no me mataría». Pero nunca denunció: «¿Quién iba a creer que me habían violado si yo se la chupé?».

El caso de *La manada* —el Tribunal Superior de Justicia acaba de dictaminar que son violadores— ha quitado la vergüenza y los complejos a muchas mujeres que han estado viviendo el feminismo a escondidas, en reuniones casi clandestinas de amigas o compañeras de trabajo, o con miedo a ser linchadas en las redes sociales. «Nosotras también somos manada». Y ya va siendo hora.

Bukkake

SIEMPRE HABÍA SIDO UNA NIÑA REGORDETA, POR ESO SUS PADRES ACHACARON su pérdida de peso a algún trastorno alimenticio. El problema, se dieron cuenta más tarde, era que su sonrisa había desaparecido casi al mismo ritmo que los kilos. Diez en dos meses. Quince en cuatro. María —nombre ficticio— se quedó esquelética, raquítica. Enferma.

Creyendo siempre que era anorexia o bulimia —tiene doce años, empiezan a gustarle los chicos, le disgusta su cuerpo—, sus padres insistían en que comiera. Pero no era anorexia. Tampoco bulimia. Era cierto que María no estaba a gusto con su cuerpo, no se soportaba a sí misma, aunque la terrible razón no la descubrirían hasta unos meses más tarde. Hasta el día en que la niña —con doce años aún se es una niña— llegó a casa con el jersey manchado. Y la mancha era de semen. Y se descubrió todo lo que estaba pasando.

Y lo que estaba pasando había comenzado un día, varios meses atrás, cuando cuatro compañeros de clase —niños de doce años, como ella— la encerraron en un baño del colegio y se masturbaron a su lado.

Y lo que estaba pasando había comenzado un día, varios meses atrás, cuando cuatro compañeros de clase —niños de doce años, como ella— la encerraron en un baño del colegio y se masturbaron a su lado. «Si dices algo —la amenazaron—, contamos a todos que eres una puta». Ella calló. Y, como calló, los abusos se repitieron. Cada semana esos niños, insisto, doce años, buscaban el momento para encerrar en el baño a su compañera y masturbarse. Al principio no la tocaban, pero el abuso fue creciendo en intensidad, hasta el día en que decidieron —como en un bukkake— correrse todos sobre ella.

Ese fue el día en que la niña llegó a casa con el jersey manchado. De semen.

Los padres han denunciado, pero los niños, a esa edad, son inimputables. Siguen yendo al mismo colegio que su víctima, aunque a ella —¡a ella!— la han cambiado de clase y en el patio no pueden acercársele. Esa niña sufrirá las consecuencias a lo largo

de su vida y será complicado —les dice la psicóloga— que pueda tener una relación sexual sana y normal. ¿Sabéis qué han contado los abusadores a sus padres? Que solo han hecho lo que han visto en sus móviles.

Porno.

Masajes

«MASAJÉAME AQUÍ», Y AQUÍ ES SOBRE EL CALZONCILLO. «ME HA ENCANTADO el masaje, ¿me das tu teléfono para otro en privado?». «Haces masajes, ¿no? ¿Con final feliz?». «¿Sabéis qué es tener veintiún años y que se te empalme un paciente y haga gemidos mientras tratas unos gemelos?». «A mí se me desnudó un paciente. Aún estaba estudiando. Le dije que se vistiera y me dijo que estaba más cómodo así». «Que te llegue un paciente con dolor en el pubis y te diga que si siempre le va a tratar una chica tan joven y atractiva que es capaz de inventarse su dolor de nuevo». «Hotel de cinco estrellas en Madrid. Contrato de fisioterapeuta. Más de una vez en medio del tratamiento, solicitud de masajes en zonas que no requieren de masaje terapéutico. Conversación en inglés. No es no, pero encima pide explicaciones». «Tu novio estará encantado con esas manitas». «Ir a un domicilio y que se te plante el señor en pelotas para hacer la sesión. Le tapas y se quita la toalla. Estás movilizando y deja caer sus manos en tus piernas. Le pides que se ponga boca abajo y se niega. Fuera de tu ciudad, sin transporte público y aterrorizada».

Todos estos son testimonios de fisioterapeutas. Fisioterapeutas mujeres, por si no había quedado claro. Cientos de ellas están contando experiencias así en las redes sociales, con la etiqueta #MeTooFisio. Acoso y proposiciones sexuales por parte de algunos clientes aprovechando la soledad de una cabina de tratamiento. Hombres que las violentan con sus palabras, sus gemidos, sus proposiciones o sus gestos. En sus lugares de trabajo. Un sitio donde cualquier mujer debería sentirse protegida. Y suele ocurrir con la indiferencia —denuncian algunas de ellas— de jefes o responsables.

Todo empezó —como suelen empezar estas cosas— a raíz de una confesión pública. El testimonio de Bibiana Vega, una fisioterapeuta gallega, ha logrado romper el miedo y la vergüenza, y sacar a la luz más casos. Muchos más casos. Se han sumado incluso enfermeras y otras profesionales del sector sanitario. Y luego resulta que somos unas exageradas.

¿Violadas o muertas?

NAGORE LAFFAGE SE RESISTIÓ Y SU VIOLADOR LA MATÓ DE UNA paliza brutal, en unos Sanfermines. Diana Quer se resistió y su violador la mató.

La víctima de *La manada* entró en *shock,* no se resistió y logró salir de allí con vida, pero los magistrados del Tribunal de Justicia de Navarra han considerado que no sufrió una violación, a pesar de la brutalidad de los hechos probados en la sentencia, como

que la chica, de dieciocho años, estaba «agazapada, acorralada contra la pared, con gritos que reflejan dolor, atemorizada y sometida». Que también «sintió un intenso agobio y desasosiego que le produjo estupor y le hizo adoptar una actitud de sometimiento y pasividad», o que fue penetrada bucalmente por los cinco miembros de la manada, vaginalmente por dos de ellos y analmente por uno. Pero no es violación porque no hay violencia física. Meses después, el Tribunal Supremo corregiría el fallo, elevando las penas de nueve a quince años de cárcel y condenando a los miembros de La manada por violación y no por abuso.

Así que, ¿qué hacemos? ¿Resistir y que nos asesinen? ¿O dejarnos violar dócilmente e intentar salir de allí con vida?

«¿Sabes? A mí también me violaron», me contó hace años una amiga. «Pero ¿quién iba a creerme? Yo se la chupé. Tenía diecisiete años. Me cogió por detrás y me metió en un portal. Si chillas te mato, me amenazó mientras intentaba desabrocharme el pantalón de los vaqueros para bajármelos y acceder a mis bragas. Yo era virgen. De repente, eso fue todo lo que ocupó mi cabeza, que era virgen y que no quería que me matara. Casi no podía respirar y la mejilla derecha empezaba a sangrarme por el roce contra la pared. Y entonces se lo dije: «Si quieres, te la chupo». No sé por qué me salió así, debió de ser instintivo. «Tengo la regla, puedo chupártela, dicen que soy muy buena». Pensé que así no me haría daño, no me mataría. Y yo seguiría siendo virgen. Ni siquiera sé dónde había aprendido esas palabras. Yo nunca me había metido una polla en la boca. ¿Por qué de repente estaba hablando como una puta? Y él accedió. Y eso me salvó. Tardé años en ser consciente de que me habían violado. Pero ¿quién iba a creerme? ¿Quién iba a creer que me habían violado si yo se la chupé?».

No lleves minifalda

SI LLEVAS MINIFALDA, NO TE QUEJES DE QUE TE HAN VIOLADO. Porque no puedes ser víctima y luego presentarte en el juzgado con una falda corta. Ni sonreír, claro. Bienvenidos a la España del siglo XXI, donde el abogado de un violador argumenta que la víctima no fue violada porque fue al juicio vestida con una falda corta, y que es «inverosímil» que use ese atuendo si «está en tratamiento». Y no solo eso, sino que la víctima ¡se ríe! Antes de entrar a juicio el abogado la vio reír. Y es que, además, la mujer no se acuerda de si el acusado eyaculó dentro de ella. «Porque eso se nota, señoría, eso se nota», argumenta el abogado defensor. Se nota aunque te estén violando, claro. Bienvenidos a un sistema en el que las mujeres violadas no solo tienen que ser víctimas, sino también parecerlo. Y, además, demostrar que se han protegido lo suficiente del agresor y que no lo han provocado.

En el juicio contra *La manada*, la joven víctima, de dieciocho años, tuvo que responder a preguntas sobre si sintió placer o dolor. Y en 2001, el fiscal del caso Nevenka —el primer gran escándalo en España de acoso sexual en el trabajo— le dijo a la víctima: «Usted no era una empleada de Hipercor que tuviera que dejarse tocar el culo para asegurar el pan de sus hijos. Podría haber dejado su trabajo».

Vayan ustedes a decirle a un juez que el joyero se lo ha buscado por colocar en el

escaparate unas joyas tan preciosas, porque, claro, el ladrón no ha podido contenerse ante semejante exhibición de belleza. O vayan a otro juicio por asesinato a decirle al juez que el muerto era un cabrón y una mala persona, y que el acusado del crimen tampoco pudo contenerse en su necesidad de matarlo.

Vamos a tener que recordar, y qué cansino es, la verdad, que una agresión sexual nunca es culpa de la víctima. Que las mujeres no lo estamos buscando, no lo estamos pidiendo, no lo estamos insinuando, no lo estamos provocando, no lo estamos incitando, no lo estamos facilitando. Llevemos la ropa que llevemos o sonriamos como sonriamos.

Diana

PORQUE IBA SOLA DE MADRUGADA, SOLA A ESAS HORAS, POR CALLES vacías, se estaba buscando un problema. «Era imprudente e irresponsable», «que una chica camine sola a las dos de la madrugada deja mucho que desear», «debería haber tomado más precauciones».

Porque vestía camisetas ajustadas —¡oh, Dios, con el ombligo al aire!— y pantalones cortos. «¿Qué hacía esa chica a las dos de la madrugada con un pantalón cortísimo? ¿Provocar?». «Pero mirad cómo iba vestida, enseñando todo», «yo así no dejo salir de casa a mi hija».

Porque tenía vida sexual activa y a sus dieciocho años había «conocido» a más de un hombre en la cama. «Esa, con lo fresca que era, seguro que se fue por ahí con alguno, o algunos», «lo que le gustaban los hombres», «a saber con quién fue, porque dicen que le iban los problemáticos».

Porque. Porque. Porque. «Una chica que buscaba en los brazos de los hombres el cariño que no encontraba en su casa». Y esto es solo una pequeña muestra de lo que se dijo de Diana Quer tras su desaparición. Porque, claro, la culpa la tenía ella, a quién se le ocurre volver sola a casa o vestir de esa manera o tener una vida sexual activa con dieciocho años o tener broncas en casa con su familia.

Como si ella se lo hubiera buscado. O, de alguna manera, lo hubiera provocado. Una chica jovencísima, físicamente espectacular, con una sonrisa gigantesca y una simpatía desbordante. A la que le gustaban los chicos.

Un *victim blaming* de manual. La culpa la tiene la víctima, o al menos parte de la culpa. Pero solo si es mujer, joven, guapa y viste de una determinada manera, claro. ¿Cuántas barbaridades se llegaron a decir en las redes sociales y en los medios de comunicación sobre Diana Quer? Es terrible tener que seguir repitiendo, a estas alturas, que una mujer no se lo busca. Nunca. En ningún momento. Con ninguna actitud. Con ninguna ropa. A ninguna hora. En ningún lugar.

Y solo espero que la tristísima resolución de este caso nos haga a todos reflexionar un poco sobre la vergonzosa actitud machista que adoptamos muchas veces.

Esa sonrisa

ESA SONRISA DE SUFICIENCIA CON LA QUE CAMINAS, PERSEGUIDO POR LAS cámaras. Ese atusarte el pelo frente al retrovisor de la moto para comprobar que el casco no ha hecho destrozos capilares y vas a salir guapo. Ese andar seguro, casi chulesco, con el que te has paseado hasta la puerta de la oficina judicial en la que vas a tener que firmar tres días cada semana, esquivando micrófonos con el arte de una folclórica.

Ese lobo de la manada jaleado por los amigos que se han acercado hasta tu casa a celebrar que por fin estabas en libertad, maldita la zorra mentirosa que te denunció.

Las agresiones sexuales en grupo no son un hecho aislado y cada vez hay más chicos jóvenes que piensan que es normal actuar así con una mujer.

¿Qué mujer está segura ahora? Porque todos los lobos de todas las manadas van a sentir que tienen carta blanca: vosotros teníais razón y estáis libres —al menos, hasta que se resuelva el recurso que vuestro abogado ha presentado y la sentencia sea firme —. A pesar de ser una medida totalmente legal y bastante más común de lo que podemos pensar —incluso en casos de asesinato, el condenado está en la calle hasta que la sentencia sea firme—, el mensaje que vuestra libertad lanza a una sociedad alarmada es que lo que hicisteis está bien.

Las agresiones sexuales en grupo no son un hecho aislado y cada vez hay más chicos jóvenes que piensan que es normal actuar así con una mujer, hasta llegar al punto —como hemos visto en los mensajes que se mandaron los cinco condenados de Pamplona— de que eso es lo que más les excita, la mejor manera que conciben de practicar el sexo: todos juntos y sometiendo a una mujer. ¿Por qué? Algunos expertos lo achacan al tipo de porno que están acostumbrados a ver, incluso antes de saber en sus propias carnes lo que es el sexo.

Hace una década se alzaron varias voces advirtiendo de la distorsión sexual que empezaban a detectar en adolescentes y jóvenes, que creían que lo que aparecía en las pantallas era el sexo real. Esa distorsión continúa ahora con el agravante de que los vídeos porno más vistos son violaciones —muchas de ellas reales— en grupo. Y ellos siguen creyendo que es lo normal.

Y todos callan

TODOS LO SABÍAN. SE LO HABÍAN CONTADO. O HABÍAN ESCUCHADO RUMORES. O, incluso, lo habían visto con sus propios ojos; como todos aquellos artistas e intelectuales que estaban en esa fiesta elitista y asistieron a la escena de un hombre que, sin mediar palabra, metió las manos entre las piernas a una mujer intentando introducir sus dedos en su vagina. Pero, claro, el agresor era un hombre poderoso de la escena cultural que

«otra vez ha perdido los papeles». Qué le vamos a hacer. Si es que no puede controlarse.

Miremos hacia otro lado. Como lo hicieron con Harvey Weinstein, el hasta hace un año todopoderoso productor de Hollywood, allí también, en Suecia, todos hicieron oídos sordos a las denuncias de una mujer tras otra. Abusos sexuales. Violaciones. Amenazas. Porque, claro, él, Jean-Claude Arnault, tenía problemas para controlarse, pero no vayamos a meternos en eso. No vayamos a hacerle caso a su comportamiento «inapropiado». Al fin y al cabo, es uno de los hombres con más poder en el mundo cultural sueco, con fortísimos vínculos con la institución que otorga el Nobel de Literatura —él mismo se presentaba como el académico número 19—, y con poder de decisión sobre muchísimo dinero en subvenciones.

El caso acaba de estallar, conmocionando a la sociedad sueca. Dieciocho mujeres han secundado ya las denuncias de abusos sexuales, producidos a lo largo de una veintena de años. Durante todo ese tiempo, cuando alguna trataba de alzar la voz, la ignoraban. Una de esas artistas violadas por Arnault llegó a enviar una desgarradora carta al Consejo Cultural de Estocolmo, relatando lo que le pasó. Adivinen. Nadie contestó. Nadie le hizo caso.

Imaginen cómo se han sentido esas mujeres. Y cómo se siguen sintiendo hoy en día todas aquellas que están en situaciones similares y que callan por miedo a perder sus trabajos, a que nadie les haga caso, a quedar marcadas para siempre. Porque les prometo que existen. Yo conozco un par de casos. Denunciar no es tan fácil. Y, ya han visto, a veces no sirve para nada.

La puntita

SE CONCENTRA. SABE QUE LA ESTÁN VIENDO MILLONES DE PERSONAS Y es uno de los momentos cruciales de su carrera como periodista. No puede fallar. De repente, su instinto le dice que algo va mal. Intenta seguir mirando a cámara y hablando con naturalidad. Como si no pasara nada. Pero algo sucede. Apenas le da tiempo a empezar a girarse cuando un hombre le planta un beso en la mejilla, casi en la nariz, muy cerca de sus labios.

Estás haciendo tu trabajo. En directo. Y un cerdo se permite besarte. Como si fueras de su propiedad. Como si tu piel fuera algo de lo que un hombre pudiera disponer a su antojo cuando le pareciera. Como si tu cuerpo no te perteneciera a ti, sino a él. Como si tú no tuvieras nada que decir al respecto.

Mi compañera María Gómez ha sido una de las muchas mujeres periodistas en sufrir este tipo de acoso durante su cobertura del Mundial de fútbol de Rusia. Y si esto ya es grave, lo peor es la opinión de algunos hombres, y mujeres.

Estás haciendo tu trabajo. En directo. Y un cerdo se permite besarte. Como si fueras de su propiedad.

Están los que nos culpan a nosotras: «Ponte pegada a una fachada y no te pasará de nuevo». Claro. Y, de paso, si queréis, me quedo en casa fregando y cambiando pañales. «Hay que ser imbécil para mandar a una mujer sola, rodeada de hombres llenos de alcohol». Pobres hombres borrachos que no saben controlarse ante una mujer; quizá es hora de que todas empecemos a llevar burka, para no tentarles. Están también los que nos llaman exageradas. «El feminismo se parece cada día más al franquismo. Qué tiempos aquellos en los que había una ley de vagos y maleantes». O los que dicen que buscamos la fama por denunciar. «Lo que quieres es ir al *Sálvame Deluxe*». Pero lo que más abunda son los insultos. A María y a todos los que la defienden. «Tipeja feminazi. Das asco. Monja enana. Loca. Payasa. A seguir chupando nabos. Vagina podrida».

Solo es un beso. Solo le tocó el culo. Solo le metió mano. Solo la puntita. A ver si os enteráis: nuestro cuerpo es nuestro. Y los hombres no tenéis ningún derecho adquirido sobre él. Repito. Ninguno. ¿Os queda claro?

Mirad lo que hace

ELLA ESTABA EN LA PLAYA. SINTIENDO EL CALOR DEL SOL COLARSE por los poros de su piel. Casi adormecida de puro relax. No habría abierto los ojos si no hubiese sido por el sonido del móvil. *Beep. Beep.* Leyó un mensaje intrascendente. Pero, más allá de la línea de visión del terminal, algo le llamó la atención: un hombre estaba masturbándose en la distancia mientras la miraba. Sin embargo, ella no se acobardó. Ni se sintió culpable. Decidió que no tenía por qué aguantar esa agresión. Así que se puso de pie y pulsó el icono de la cámara de vídeo de su teléfono móvil. Enfocó al hombre. Y fue caminando, despacio pero ostentosamente, hacia él. Le dio al botón de grabar. «Mirad, aquí tenemos a un cerdo», fue relatando, «aquí tenemos a un cerdo que se masturba mirando a las mujeres en la playa». Al principio, el hombre no reaccionó. Pero cuando fue consciente de lo que estaba pasando salió a paso apresurado, guardándose su miembro de manera torpe dentro del pantalón, intentando subir la cremallera sin mirar hacia abajo. Ella no se amedrentó. «Mirad cómo huye, el cerdo». Y subió el vídeo a las redes sociales.

No es la única. Varias mujeres están mostrando al mundo el acoso callejero poniendo en evidencia a los hombres que las agreden. Por las calles de Nueva York. En el metro de Londres. En una playa española. Si ellos nos violentan a nosotras, nosotras vamos a violentarlos a ellos, argumentan. Vamos a mostrarle al mundo su cara, que los reconozcan sus madres, sus mujeres, sus hermanas, sus hijas. Que sepan el tipo de hombre que tienen al lado, lo que hace cuando no está con ellas, lo que les hace a otras mujeres. Lanzarles piropos obscenos. Deslizar una mano hacia sus nalgas aprovechando la hora punta en el autobús. Frotarse en la aglomeración del metro. Mirarlas tan descaradamente que incomodar es un verbo que se queda corto.

Algunas mujeres han decidido dejar de sentir vergüenza y hacerles sentir vergüenza a ellos. A ver si así paran. A ver si así dejan de agredirlas.

Aullidos

ELLOS ESPERABAN SU TURNO EN EL PASILLO, DÓCIL Y EDUCADAMENTE, COMO quien aguarda en la cola del pan a que el dependiente termine de despachar a los clientes que llegaron antes. Una testigo oyó los aullidos. Era la señal. Cuando el que estaba dentro de la habitación aullaba, el siguiente en la cola ya podía entrar.

Entrar en la habitación a violar a la mujer. A su compañera, a la que presuntamente habían drogado introduciéndole drogas en la cerveza. Ella, inconsciente en la cama, no opuso resistencia alguna. Y ellos, sus compañeros y amigos, uno tras otro —el ADN dictaminará cuántos y quiénes— fueron —asegura la acusación— violándola y aullando. Aullando tras correrse dentro de su víctima. Aullando para que otro compañero tomara el relevo sobre el cuerpo de esa mujer. Aullando como señal de victoria del macho sobre la hembra, como grito de guerra, como medalla que colgarse. Una muesca más en el cinturón. Una manada más en la historia.

Y luego, aún, algunos dicen que somos unas mojigatas, unas puritanas, hipócritas, beatas, santurronas, gazmoñas. Elijan un sinónimo. Insultadas, abusadas y violadas. El *pack* completo.

Los hechos denunciados ocurrieron, supuestamente, en diciembre de 2017, en la base del Ejército del Aire en Bobadilla, Málaga. Al día siguiente, la mujer se despertó con un terrible dolor de cabeza, el cuerpo y la ropa manchados de lo que luego resultó ser semen, y un profundo agujero negro en su memoria. Los análisis de sangre dieron positivo en barbitúricos. La habían drogado. Y, poco a poco, pudo reconstruir algunos segundos de esa noche infame.

Pero recordó también que otra mañana, meses antes, se sintió igual. Fue tras salir con otro compañero de la base. Entonces ató cabos. También pudo ser drogada y violada. Quizá una primera prueba que salió bien —no se acuerda de nada, no me ha pasado nada, esto es jauja— y que pudo animar a más hombres a esa supuesta violación múltiple.

Y luego, aún, algunos dicen que somos unas mojigatas, unas puritanas, hipócritas, beatas, santurronas, gazmoñas. Elijan un sinónimo. Insultadas, abusadas y violadas. El *pack* completo.

Ella está de baja. Pero ellos, a la espera de las pruebas —nueve hombres sospechosos—, siguen trabajando. Defendiendo a la patria. Y eso.

Bajo la falda

ÉL SE ACERCA POR DETRÁS. ELLA ESTÁ DISTRAÍDA. ÉL HACE UN rápido barrido con la

mirada para cerciorarse de que nadie se fija en lo que está haciendo. Ni en lo que va a hacer. Ella sigue mirando al frente, absorta en el concierto del grupo que está sobre el escenario. Él se coloca ligeramente por detrás. Y, entonces, ejecuta lo que ha ido a buscar. Alarga el brazo, coloca su móvil bajo la falda de la chica y saca algunas fotos.

Se ríe. Y esas risas extrañas alertan a la chica, que lo mira. Y entonces sus ojos se desvían hacia la luz del teléfono móvil que el chico sostiene en la mano. Es su entrepierna, son sus bragas, subidas a velocidad del rayo a una página web. La chica, Gina, denuncia, pero a su agresor no le pasa nada, porque en el Reino Unido el *upskirting* —sacar fotografías bajo la falda sin el consentimiento de la mujer— no es delito si se hace en un lugar público. La imagen no se considera pornográfica, ya que, en este caso, la tela del tanga tapaba la zona íntima de Gina. Pero ella no se rinde y ahora su persistencia está a punto de cambiar la ley, aunque el voto de un diputado conservador acaba de paralizar el proceso.

En España, el *upskirting* sí es delito y ya se han producido varias condenas, aunque en algunos casos los jueces rebajan la tipificación a una simple falta porque, total, «no se ve la cara de las mujeres». Además, la mayoría de veces la víctima no se da cuenta de que ha sido fotografiada o grabada en vídeo.

Con la llegada del calor se disparan los casos de voyerismo tecnológico. Las imágenes no se quedan para uso privado del agresor —sí, agresor, porque una agresión no solo es física, también verbal o visual—, sino que comercia con ellas sacando rendimiento económico al subirlas a páginas pornográficas que tienen un apartado específico para este tipo de cazadores. Prueben en cualquier buscador. Hay cientos de miles de vídeos así en la red. Eso quiere decir que hay miles, o decenas de miles, de hombres por todo el mundo dedicándose a meternos el móvil bajo las faldas. Y luego nos llaman feminazis.

PARTE 11

El mundo que nos duele



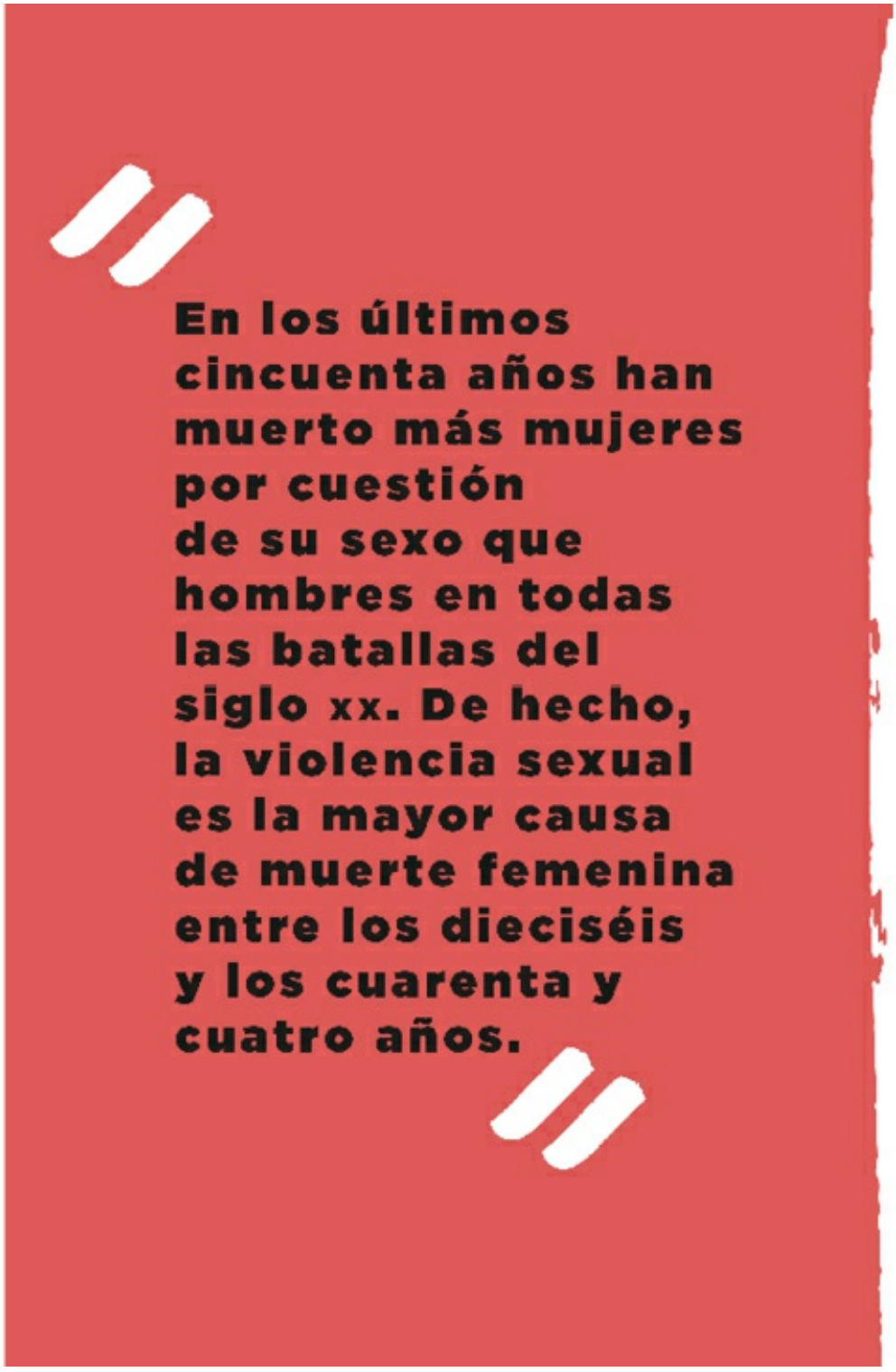
Cuarenta millones

NI SIQUIERA EN UNA ZONA DE GUERRA LO MÁS PELIGROSO ES ser soldado. Lo más peligroso incluso, o sobre todo allí, es ser mujer. En los últimos cincuenta años han muerto más mujeres por cuestión de su sexo que hombres en todas las batallas del siglo XX. De hecho, la violencia sexual es la mayor causa de muerte femenina entre los dieciséis y los cuarenta y cuatro años.

Araña el alma escuchar el discurso de Caddy Adzuba al recibir el Premio Príncipe de Asturias a la Concordia. «La mujer congoleña víctima de los conflictos armados, violentada y violada, ha perdido toda su dignidad y vive en la deshonra». Ella, cuyos órganos genitales fueron sometidos a los ultrajes más viles, condenada a la esclavitud sexual y rechazada por su propia comunidad, lleva dieciocho años sufriendo. Destruyendo a las mujeres, motor del África negra, logran destruir la sociedad civil. Violándolas consiguen que sus familias las repudien. Violándolas consiguen que no se atrevan a salir a por agua ni comida. Violándolas impiden que las niñas vayan a la escuela. Violándolas les transmiten el sida. Violándolas les destrozan los genitales para que ningún hombre nunca más quiera casarse con ellas. Violándolas las vuelven inservibles.

En las aldeas de las zonas en guerra de África, los mercenarios guardan fila para penetrar salvajemente a las niñas convencidos por sus líderes de que esas violaciones les protegerán en la batalla. Violación como estrategia de guerra. «Los niños nacidos de esta atrocidad —contaba Adzuba— son a su vez víctimas de violaciones cuando son niñas y reclutados a la fuerza en las bandas armadas cuando son niños». Niños muchas veces obligados a violar a sus propias hermanas antes de ponerles un fusil en la mano. Es humillación. Poder. Un arma de guerra.

Pero no importa. Ningún Spielberg hará una película de esas mujeres, ni de las cincuenta mil muertas en los campos de violación que el ejército serbio instaló en los Balcanes. Ni de los cuarenta millones de niñas y mujeres violadas cada año en el mundo. Porque siguen siendo invisibles.


En los últimos cincuenta años han muerto más mujeres por cuestión de su sexo que hombres en todas las batallas del siglo XX. De hecho, la violencia sexual es la mayor causa de muerte femenina entre los dieciséis y los cuarenta y cuatro años.

Días rojos

TÚ, QUE HOY TE HAS LEVANTADO CON EL HUMOR AL REVÉS porque el bochorno no te ha dejado dormir. Tú, que has engullido el café con gesto de disgusto porque estás harta de ir corriendo a todos lados y no llegar bien a nada, ni siquiera a esa primera cafeína matinal. Tú, que has tenido el primer enfado del día porque el tipo que aparca a tu lado ha dejado el coche muy pegado y te ha obligado a hacer mil maniobras. Tú, que por pelearte, hoy te habrías peleado incluso con el sol que te cegaba mientras conducías (porque, claro, la culpa no es tuya por haberte dejado las gafas de sol en casa).

Tú, que estás acostumbrada a contar dramas en directo sin derramar una lágrima, miras y remiras sin parpadear la secuencia de un bebé muy pequeñito abriendo la boca y buscando desesperado el pezón de su madre.

Tú, que estás metida en un día rojo y no sabes exactamente por qué (una amanece aleatoriamente así, con el día rojo y el alma a los pies, igual que otros días amanece con dos tallas de más, el pelo hecho unos zorros o el armario imposible), llegas al trabajo y decides meter la cabeza en el ordenador a ver si te centras un poco y deja de escocerte todo. Y en esas que, entre crisis nacionalistas, declaraciones de bocachanclas o el enésimo caso de corrupción llega una imagen que te perfora el alma con destornillador. Tú, que estás acostumbrada a contar dramas en directo sin derramar una lágrima, miras y remiras sin parpadear la secuencia de un bebé muy pequeñito abriendo la boca y buscando desesperado el pezón de su madre, sin saber que ella, que aún lo abraza en un último gesto instintivo, acaba de morir desangrada tras un disparo al borde de un camino.

Eso pone todo en su sitio, de repente, como una bofetada que te estampa contra una pared de hormigón. ¿Qué mierda hacías tú con tu día rojo? Nunca sabrás cómo se llaman esa madre ni ese bebé. Ni quién les disparó. Solo que intentaban huir de una guerra, una de tantas, en el África negra. Ahora solo esperas, por favor, por favor, por favor, que a ese crío lo haya recogido alguien. Ahora solo piensas en ellos. Aunque también te preguntas cuánto te durará esta vez. Cuándo volverán los días rojos. Cuándo volverás a deprimirte por chorradas.

Asesinos

¿QUIÉN HA MATADO A LA JOVEN ITALIANA TIZIANA CANTONE? ¿QUIÉN LA ha obligado a ponerse un pañuelo al cuello y colgarse en el sótano de su casa hasta morir? Quizá ha sido su exnovio, el joven que la incitó a tener relaciones sexuales con otros hombres y a que se dejara grabar mientras practicaba el sexo con ellos, y que después, despechado tras la ruptura de la relación, difundió los vídeos pornográficos a través de las redes sociales. Quizá han sido también las cientos de miles de personas que durante un año han contribuido a difundir ese vídeo, visionándolo y compartiéndolo.

Quizá también son culpables de su muerte las personas que la paraban por la calle

para burlarse en su cara —incluso los nuevos vecinos de la ciudad a la que se mudó para intentar cambiar de vida— o las otras miles que la acosaban en Internet. Sumen a esta lista de culpables de homicidio a todas las personas que idearon, fabricaron y compraron las camisetas, las fundas de teléfonos móviles o las tazas con la inscripción *¿Estás grabando? ¡Bravo!,* que la joven Tiziana pronunció mirando a su novio en uno de los vídeos sexuales y que se ha convertido en la más reproducida en Italia en los últimos meses. Acusen también al grupo humorístico que hizo *gags* con la historia, o a los famosos jugadores de fútbol Paolo Cannavaro y Antonio Floro, que subieron a Internet —entre carcajadas— su particular parodia de ese *¿Estás grabando? ¡Bravo!* Y añadan al juez que dictó una vergonzosa sentencia que obligaba a la chica a pagar veinte mil euros por los costes legales del juicio en el que Tiziana solo perseguía una cosa: su derecho al olvido, su derecho a que su vídeo desapareciera de Internet y ella pudiera, con otro nombre y otro aspecto, caminar por la calle sin que la señalaran con el dedo.

¿Quién ha matado a Tiziana Cantone?

Un poco entre todos.

La han matado todos los que vieron el vídeo, se rieron, lo reenviaron e hicieron imposible la vida de esta joven que ha terminado colgándose de un pañuelo en el sótano de su casa.

Ni un paso atrás

ESTÁ DECIDIDA. QUIERE MORIR. HA SUBIDO A LA SÉPTIMA PLANTA DE un hotel y se asoma al vacío con un pie en un aparato de aire acondicionado y otro en una repisa. Como si le faltara coraje para saltar, se corta las venas y empieza a marearse. Cuando va a caer, un bombero la agarra salvándole la vida. Ya no será una de las 150.000 mujeres chinas que cada año consiguen suicidarse. Otro millón y medio, como ella, lo intentan y fracasan.

China, con el 20% de la población mundial, concentra el 56% de suicidios femeninos. No solo se debe al efecto tiránico de la política del hijo único, que las convierte en parias si no son capaces de engendrar a un varón, obligándolas incluso a matar —o a dejar morir o incluso a dejar asesinar— a las niñas que traen al mundo. Ni tampoco solo a los matrimonios forzados que las convierten en esclavas domésticas y sexuales de la familia del marido, obligándolas incluso a compartir cama con el resto de hombres de la casa. No solo. Es también el perder los pocos logros que habían conseguido tras durísimos esfuerzos. Engrosan esa larga lista de suicidas mujeres que, tras sobrevivir a una durísima infancia y adolescencia en las zonas rurales y ser capaces de emigrar y ganarse la vida en la ciudad, son obligadas a volver al pueblo para cuidar de sus ancianos padres. Obligadas a abandonar su libertad por el yugo familiar y social se rinden e ingieren dosis mortales de matarratas, que las condenan a una terrible agonía antes de fallecer. El suicido es la primera causa de muerte de las jóvenes rurales chinas entre quince y treinta y cuatro años.

Ellas, que creyeron poder cambiar su futuro, caen de nuevo en las garras del patriarcado y terminan quitándose la vida.

Y va a más, porque la política del hijo único ha creado un desequilibrio de siete mujeres por cada diez hombres, disparando el rapto y el tráfico de esclavas sexuales y la venta a familias para que disfruten sexualmente todos los hermanos.

Ellas, que creyeron poder cambiar su futuro, caen de nuevo en las garras del patriarcado y terminan quitándose la vida. Por eso es tan importante no permitir ni un paso atrás.

En el club

«ANTES NO TENÍA MANOS PARA CONTAR EL DINERO QUE ENTRABA CADA vez que había un congreso», me contaba la dueña de un puticlub de Barcelona. Traíamos chicas de toda España. Los clientes que llenaban *jacuzzis* de champán y contrataban a tres, cuatro o cinco mujeres durante horas. Era el *boom* de la construcción, el pelotazo del ladrillo que llenaba Barcelona de multimillonarios del yeso con cada salón Construmat. No se han vuelto a ver en la ciudad bacanales como aquellas. De dinero, sexo y drogas. Ahí fueron a parar muchas de las hipotecas que aún hoy seguimos pagando.

Los políticos más radicalmente conservadores y retrógrados del país llenaron los bolsillos de chulos y prostitutas que hubieran podido vivir todo el año de lo que ingresaron esos días.

Hoy le ha tomado el relevo, de manera más discreta, el Mobile World Congress, que reúne a decenas de miles de expertos en telefonitos inteligentes (la próxima cita, apuntada ya en todos los lupanares, es para mediados de febrero de 2014). Aunque nada comparable a ese constructor patrio que se había hecho rico de la noche a la mañana.

En todo el mundo, los congresos profesionales son una fuente de ingresos excepcional para la prostitución. Da igual el sector.

Hace un año, la convención del Partido Republicano de Estados Unidos (sí, ese que alberga al ultraderechista Tea Party) dejó incontables millones de dólares en los clubes de la ciudad de Tampa. Los políticos más radicalmente conservadores y retrógrados del país llenaron los bolsillos de chulos y prostitutas que hubieran podido vivir todo el año de lo que ingresaron esos días. Esos hombres, que en público pedirían leyes incluso para lapidar a infieles, en privado se gastaron ciento cincuenta euros al día en sexo (el triple, por cierto, que sus rivales izquierdistas, los demócratas, en sus

convenciones). Sabedores de lo que se jugaban, los dueños de los clubes construyeron salas Vip hiperdiscretas y puertas traseras *antipaparazzi.*

¿Y las mujeres? Pues de vuelta al hotel tras un duro día de trabajo. Marginadas de la fiesta, afortunadamente, pero también de las decisiones empresariales que los hombres toman durante la camaradería que surge en esos momentos de *relax.*

¿Dónde están las niñas?

DURANTE UN PAR DE SEMANAS FUERON NOTICIA DE PORTADA, MOVILIZANDO A algunas de las personas más famosas y poderosas del mundo, removiendo conciencias, haciéndonos sentir inmensamente cabreados por su destino. Durante un par de semanas, el mundo se conmovió con el secuestro de las niñas nigerianas, arrancadas de su colegio por los secuaces de la secta islamista Boko Haram, arrastradas de un extremo del país al otro, tratadas como objetos a los que violar y vender, de los que abusar, a los que usar como esclavas sexuales y domésticas. Por los que sacar dinero. Niñas de tiza, bata y pupitre que intentaban que su futuro no fuera tan negro como el de sus familias y que terminaron como propiedad de un grupo de locos radicales y mafiosos. Durante un par de semanas usted no hizo otra cosa que oír hablar de las niñas nigerianas. #BringBackourGirls recorrió el mundo. Devuélvannos a nuestras niñas. Pero ahora paren y escuchen. Paren y miren a su alrededor. Paren y lean. ¿Dónde están ellas? La crisis de las niñas nigerianas secuestradas ha durado incluso menos que una camiseta *fast fashion* en las estanterías de Zara. Porque es muy fácil apuntarse a una moda, como es muy fácil plantificarse una prenda de seis euros que en unos meses usaremos para limpiar cristales. De decenas de millones de búsquedas diarias en la red a prácticamente cero. En apenas dos meses. Como en todas las modas solo ha hecho falta tiempo. Ahora, ya sin la luz de los focos, las doscientas estudiantes secuestradas afrontan su terrible destino. Ahora, ya sin el testimonio de los taquígrafos, miles de niñas nigerianas seguirán siendo esclavizadas cada año para servicios sexuales o domésticos. Violadas por el ejército y la policía. Golpeadas una y otra vez por la élite rica que quiere criadas gratis. Secuestradas por diferentes facciones de los diferentes grupos armados que batallan el país. Sirviendo de desahogo sexual a comunidades enteras.

Pobres niñas negras de campo a las que solo llorarán sus familias.



Tiene doce años

TIENE DOCE AÑOS. Y ESPERA. DOLORIDA, RESIGNADA Y ATURDIDA. MUERTA DE miedo, espera. Al próximo cliente. A que otro hombre —¿cuántos van ya hoy?, ha perdido la cuenta— cruce la puerta de la habitación en la que está encerrada y empiece a lamerla, morderla, pegarle, tirarle del pelo, desnudarla, empotrarla contra el colchón, penetrarla y ya no sabe cuántas cosas más. También ha perdido la cuenta. De lo que le hacen y de cómo se llaman las cosas que le hacen, porque ni siquiera tiene edad para saber qué es eso.

Tiene doce años. Y tampoco sabe que está en España. Sabe, sin embargo —aunque todo empieza a difuminarse en su memoria por culpa de las drogas y del trauma—, que nació en un país llamado Bulgaria, que un día la raptaron y que desde entonces solo es un cuerpo. Una esclava. Sexual. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana, sin descanso. Un hombre tras otro y una pastilla de ketamina tras otra, un potente anestésico veterinario para no protestar, para no sentir, para aguantar sin descanso un cuerpo tras otro.

Ellas acabaron en Madrid, en un piso inmundo donde vivían hacinadas y donde las violaban sin descanso hombres que pagaban por sus servicios a la mafia que las había secuestrado.

«Chicas jóvenes del este. Cuarenta euros y sesenta euros. Veinticuatro horas. Calientes. Nuevas en la ciudad». Tiene doce años y acaba de ser liberada por la policía española junto con otras diecisiete chicas de su edad, secuestradas en Bulgaria, violadas repetidamente en Francia para someter sus cuerpos y sus mentes, y al final repartidas por los prostíbulos europeos. Ellas acabaron en Madrid, en un piso inmundo donde vivían hacinadas y donde las violaban sin descanso hombres que pagaban por sus servicios a la mafia que las había secuestrado.

Tiene doce años. Y todos sus clientes sabían que tenía doce años. O trece, o quizá diez, porque quizá parecía pequeña para su edad. Todos los clientes sabían que la mujer a la que estaban violando —¿qué palabra usar si no?— era una niña. Una esclava. Que podría incluso ser su hija. Pero les dio igual. Así que no culpemos solo a las mafias. Porque la culpa la tienen también esos hombres —padres, hermanos, hijos, compañeros de trabajo, jefes— que compran a esas niñas.

«Robamaridos»

MUJERES CABRONAS *ROBAMARIDOS.* LO PEOR QUE SE PUEDE SER PARA OTRAS mujeres: una zorra que usa sus —malas— artes para quitarte al esposo. Bueno, pues más o menos sobre esa premisa ha pilotado el último debate de la televisión pública italiana, titulado, muy gráficamente, *La amenaza llega del Este*. Inspirados en la pareja presidencial de Estados Unidos —Melania Trump es eslovena—, los contertulios de la RAI1 debatieron sobre las cualidades de las mujeres perfectas que han llegado a Italia para quitarles el marido a las italianas. A saber: perdonan las infidelidades; están

dispuestas a dejarse mandar por el hombre; son perfectas amas de casa, entrenadas desde pequeñas; no lloriquean, no ponen malas caras, no son empalagosas; nunca van en chándal ni en pijamas feos; son todas un bellezón, siempre sexys, incluso después de dar a luz recuperan un físico de escándalo.

Estos fueron los seis puntos que el programa —insisto, de la televisión pública— utilizó para abrir un debate en el que los contertulios no solo no se escandalizaron, sino que soltaron perlas como la de la esposa rusa del colega italiano que, para celebrar el cumpleaños, lleva al marido a un puticlub. Ovación general. Aplausos. «Claro —corearon el resto de invitados—, es que las italianas no llevan a sus maridos de putas». ¡Habrase visto! ¡Qué estrechas de miras, las italianas! Y qué egoístas, que obligan al hombre a bajar la tapa del váter o a recoger los calzoncillos que se ha dejado tirados en el suelo del baño. ¡Eso a las mujeres del Este no se les ocurre! Ellas no permiten que el hombre mueva un dedo en la casa. No crean que fueron solo hombres. También mujeres —entre ellas, la presentadora— corearon todas estas consignas machistas, mientras a pocos kilómetros de allí, en Sicilia, cinco mil mujeres rumanas viven entre invernaderos, explotadas laboral y sexualmente por sus empleadores, que las obligan a acostarse no solo con ellos, sino con quien ellos quieran, criando luego a sus hijos entre la basura. Pero, claro, ellas no importan. No son *robamaridos*.

Libertinas e inmorales

NUNCA PODRÉ OLVIDAR ESOS GRITOS, ESA GARGANTA ANIMAL QUE DESGARRABA EL alma de puro terror. Nunca podré olvidar las caras de esas mujeres que sujetaban a la niña, con miradas ausentes, como si sus almas, rendidas de tanto luchar, hubieran abandonado su cuerpo mucho tiempo antes. Nunca podré olvidar esa navaja oxidada que sujetaba con firmeza la mano del verdugo, una anciana que solo parecía tener prisa. Y entonces llegó el aullido. El aullido hasta el desmayo de esa niña cuando la navaja le rebanó el clítoris. Yo ya no lo vi, solo oía. Tuve que cerrar los ojos ante el horror de esas imágenes que acababan de traer a la redacción unos compañeros tras un viaje a África. Nunca, evidentemente, llegamos a emitir esa secuencia.

Han pasado más de diez años, pero esa pequeña sin nombre, mutilada en una oscura choza africana, es para mí la cara de ciento cuarenta millones de niñas y mujeres en todo el mundo que han pasado por lo mismo. En África, cada día más de ocho mil niñas sufren la ablación de sus genitales, en grados que van desde la mutilación parcial del clítoris a la infibulación —la extirpación también de los labios mayores y menores, más el cosido prácticamente total de la vulva, dejando solo un orificio para la orina y la menstruación—. Algunas mueren días después, desangradas o por una infección que les envenena la sangre.

Nunca podré olvidar esa navaja oxidada que sujetaba con firmeza la mano del verdugo, una anciana que solo parecía tener prisa.

El pecado está en las mujeres y es a nosotras a las que hay que esconder, porque somos las que provocamos los más bajos instintos en los hombres. Es a nosotras a las que hay que mutilar, porque nuestro deseo es sucio y pecaminoso. El Estado Islámico —que domina amplias zonas de Siria e Irak— ha ordenado la mutilación genital de dos millones de niñas para «distanciarlas del libertinaje y la inmoralidad». Quizá a algunos de ustedes se les pase por la cabeza si vale la pena preocuparse por algo así cuando el IS está haciendo cosas aparentemente mucho más graves. Y ahora imagínese a usted —sea hombre o mujer— sufriendo esa amputación. Para toda su vida.

¿Cultura o machismo?

EN SUIZA, TODOS LOS NIÑOS LE DAN LA MANO A SU profesor cuando entran en clase. Es la manera de saludar y de mostrar respeto entre profesores y alumnos. Pero en un colegio de Basilea dos niños han levantado una polémica nacional al negarse a hacerlo. Argumentan que su religión, el islam, les prohíbe dar la mano a una mujer; no pueden tocar a ninguna que no sea su futura esposa.

¿Pueden llegar a esa conclusión dos preadolescentes o han sido inducidos por sus padres en casa para generar polémica y provocar? El colegio ha tomado cartas en el asunto, pero no en la dirección que cabría esperar. Para evitar supuestamente el conflicto, y aquí viene lo controvertido, ha eximido a los alumnos musulmanes de tener que dar la mano a sus profesoras. El asunto ha alcanzado tal envergadura social que la ministra de Justicia y la Asociación de Profesores han tenido que hablar públicamente criticando la decisión del centro: dar la mano, dicen, forma parte de la cultura suiza. Lejos de fomentar la integración entre culturas, han dicho, permitir que los niños musulmanes no cumplan con ese gesto escolar de saludo es una práctica que aleja más a los musulmanes de la cultura del país que les ha acogido.

¿Debe tolerarse, en Occidente, que ciertas creencias religiosas o morales pasen por encima de aspectos como la igualdad de género?

En el otro extremo está el Consejo Islámico Suizo, que defiende que desde el punto de vista religioso está claramente prohibido dar la mano a una mujer, y que, si se obliga a esos niños a hacerlo, estarían atentando contra su Dios. Los chicos siguen saludando normalmente a sus profesores hombres, pero no a las mujeres.

¿Debe tolerarse, en Occidente, que ciertas creencias religiosas o morales pasen por encima de aspectos como la igualdad de género? ¿Qué les estamos enseñando no solo a esos niños, sino a sus compañeros de colegio, al permitirles que no saluden a las profesoras? Pues que las mujeres son inferiores e impuras, claro, y que bajo la justificación de determinadas creencias —tanto me da el islam como el patriarcado— puede permitirse y tolerarse la discriminación de la mujer. Y eso es muy, muy peligroso.

Miss fútbol

TODAS PARECEN IGUALES, LA VERDAD. PALOS CON TETAS Y MELENA EXTRALARGA. Y una banda. Y una corona. Dependiendo de la moda tienen más o menos pómulos, más o menos mentón, más o menos labios. Siempre jóvenes. Siempre altas. Siempre con una mueca de felicidad pintarrajeada en la cara.

La máquina sigue fabricando misses. Por el trampolín del Universo acaba de saltar —o acaban de lanzar— a la venezolana Gabriela Isler, coronada hace un par de semanas. Venezuela celebra a su nueva reina internacional como aquí celebramos un campeonato del mundo de fútbol, solo que sin autobús descapotable lleno de jóvenes faltos de sueño y sobrados de alcohol.

El país sudamericano se reafirma así como una máquina de fabricar bellezas de concurso. Siete Miss Universo ha colocado en la historia del certamen, a solo un título de empatar con el líder, Estados Unidos. El secreto no hay que buscarlo en la genética, o no solo. Cada año, en Venezuela, miles de niñas ingresan en las escuelas de misses, donde fabrican muñecas casi idénticas que presentar a los certámenes. Pasarela, protocolo, moda, ejercicio y cirugía. Operadas por los mismos médicos *top* del país, son tan iguales que los expertos pueden adivinar qué cirujano firma esos pómulos, esa nariz, esos pechos o ese mentón. La paradoja es que puedes ser Miss aunque estés recauchutada al completo, pero no si estás o has estado casada o embarazada.

Venezuela prepara a sus *Ojalá-futura-Bella* casi con el mismo fervor con que España prepara a sus *Ojalá-futuro-Messi.* Largas horas de entrenamiento, de fervor paternal, de exigencia física. No se le pide a la cabeza más que acompañe al resto del cuerpo en el intento de ese sueño de fama y millones.

Como mujer, me horrorizan esos concursos de bellas y esas fábricas de cuerpos. Pero, bien pensado, el fútbol también es un concurso al que llegan los que mejor han modelado su físico para driblar, golear o parar balones. ¿Qué utilidad tiene eso más que la que nosotros le damos? Pues como la belleza. ¿O no?

No me violes

CUARENTA MILLONES DE MUJERES Y NIÑAS SON VIOLADAS CADA AÑO EN todo el mundo. Pero solo una agresión masiva a mujeres occidentales, como la ocurrida en varias ciudades alemanas en Nochevieja, consigue llevar este drama a las portadas. No interesa. Porque las víctimas suelen ser mujeres. Porque somos incapaces de comprender el alcance de las secuelas. Y porque esas mujeres «algo habrán hecho». Andar solas de noche. Emborracharse. Irse con un hombre al que acaban de conocer. Decir no cuando el macho está ya cachondo perdido. Y así. Para muestra, las palabras de la alcaldesa de Colonia —la ciudad donde más agresiones se produjeron— recomendando a las mujeres no irse «con uno o con otro» hombre dejándose llevar por la euforia de la fiesta, mantener «cierta distancia física, de más de un brazo» y no acercarse mucho a personas extrañas. Habría que recordarle a esta señora que las

mujeres no somos las responsables de una agresión, sino las víctimas. Que deberíamos poder movernos con libertad dónde y cuándo queramos. Y que son los hombres los que tienen que aprender a no violarnos, no nosotras a defendernos.

La violación es una de las armas más poderosas que existen para someter a las mujeres. No es libido. Es humillación. Poder. Supremacía.

Las agresiones sexuales en Alemania nos duelen —y son noticia— porque las víctimas son cientos —¡cientos!— de mujeres occidentales. Pero desde hace meses, las ONG alertan de que muchas refugiadas sufren también estas violaciones, o son obligadas a ejercer la prostitución, por parte de algunos de los hombres de esa caravana de exiliados. De hecho, en algunos centros de acogida mujeres y niños están separados de los hombres, y los trabajadores sociales aconsejan que no vayan solas ni al baño.

La violación es una de las armas más poderosas que existen para someter a las mujeres. No es libido. Es humillación. Poder. Supremacía. Incluso en territorios en guerra, lo más peligroso no es ser soldado, es ser mujer: suman el mayor número de fallecimientos. La violencia sexual es la mayor causa de muerte femenina entre los dieciséis y los cuarenta y cuatro años. Quizá debería ser más veces noticia.

Paliza

«Si a Inglaterra le pegan una paliza, a ella también». Inglaterra, para que no haya confusiones, es la selección inglesa de fútbol. Ella, para que tampoco nos confundamos, es cualquier mujer del país. Rica, humilde. Joven, adulta. Cualquiera puede ser esa ella. La víctima. La víctima de una paliza.

Porque durante los partidos de la selección, en Inglaterra aumentan las agresiones machistas un 26%. Pobres hombres que no pueden controlar los nervios cuando ven jugar a su equipo, pobres hombres molestados por las mujeres que no dejan de hacer ruido en la cocina justo cuando el árbitro pita una falta, pobres hombres histéricos que tienen que aguantar que alguien camine por la casa en medio de una jugada que parecía que iba a terminar en gol.

Y al final del partido, aunque la mujer haya estado quieta, a oscuras, escondida, sin casi respirar, si resulta que Inglaterra pierde, las agresiones se disparan un 38% más (según diversos estudios de la Universidad de Lancaster, el Centro Nacional para la Violencia Doméstica, la Jefatura de la Policía Nacional británica y la BBC).

Hace unos meses, una impactante campaña publicitaria inundó Inglaterra con mujeres en las que las magulladuras en cara y cuerpo se tornaban de los colores de la bandera nacional. El impacto ha sido brutal, pero de momento no se ha observado un descenso en el número de agresiones. Partido tras partido, hay hombres que siguen volcando su frustración en sus parejas, dándoles palizas que a veces terminan en asesinatos. Porque si a un maltratador cualquier excusa le vale para agredir a su pareja

—la sopa está fría, has hablado mucho por teléfono con tu madre, esa blusa te queda estrecha—, porque al fin y al cabo se trata de control, la tensión con la que se vive un partido de fútbol —algo que no pueden controlar— dispara tanto la cantidad de palizas como su intensidad.

Al fin y al cabo, en su manera de ver el mundo, sus mujeres se lo merecen. Y si su equipo pierde, algo habrán hecho ellas para provocar la derrota.

«Fuck me»

HACER EL AMOR. FOLLAR. PENE. RABO. VAGINA. COÑO. PECHOS. TETAS. MAMADA. Ano. Condón. Cubana. 69. Págame. El profesor va enseñando las palabras con un consolador en la mano, señalando partes, haciendo gestos, imitando movimientos. Un grupo de mujeres va apuntando todo en pequeñas libretas, con el interés de alumnas aplicadas. Vibrador. Bolas vaginales. Práctica no necesitan. Experiencia tienen para dar y regalar. A ellas, lo que les hace falta es el vocabulario. En inglés. *Cunt. Dick. Fuck. Piss. Hard on.* Será eso lo que les pidan sus nuevos clientes, los aficionados que visitan Brasil con motivo del Mundial de Fútbol. Porque ellas no están tan acostumbradas a los extranjeros como sus compañeras de Sao Paolo o Río. Son de Minas Gerais, una provincia casi desconocida para los turistas que ahora estrena un espectacular estadio donde verán los partidos decenas de miles de posibles clientes —perdón, aficionados—. Junto al *how-are-you* o el *good-morning,* las chicas están aprendiendo lo que necesitan para su trabajo: el vocabulario sexual. Zorra. Puta. Furcia. Llevan meses preparándose. Pero a su lado, en las calles de Brasil, también ofrecerán su cuerpo cientos de miles de niños. El turismo sexual con menores es un mal endémico y creciente en el país, acentuado este verano por la celebración de un evento deportivo mundial.

Hombres de todo el mundo acuden al reclamo de sexo con niños fácil y barato. Por menos de ocho euros se compran los servicios de pequeños que aún no han cumplido los diez años.

La miseria, el hambre y la drogadicción arrojan cada año a miles de niños y niñas a los brazos de turistas occidentales. En algunas de las sedes de este Mundial, como Recife, las ONG calculan que uno de cada cuatro menores ejerce la prostitución. Hombres de todo el mundo acuden al reclamo de sexo con niños fácil y barato. Por menos de ocho euros se compran los servicios de pequeños que aún no han cumplido los diez años. Con el Mundial, sus clientes se han multiplicado, condenando a más niños todavía a caer en las redes de proxenetas que amenazan, raptan y drogan a sus soldados sexuales, mientras el mundo estará pendiente de un balón.

Esclavas modernas

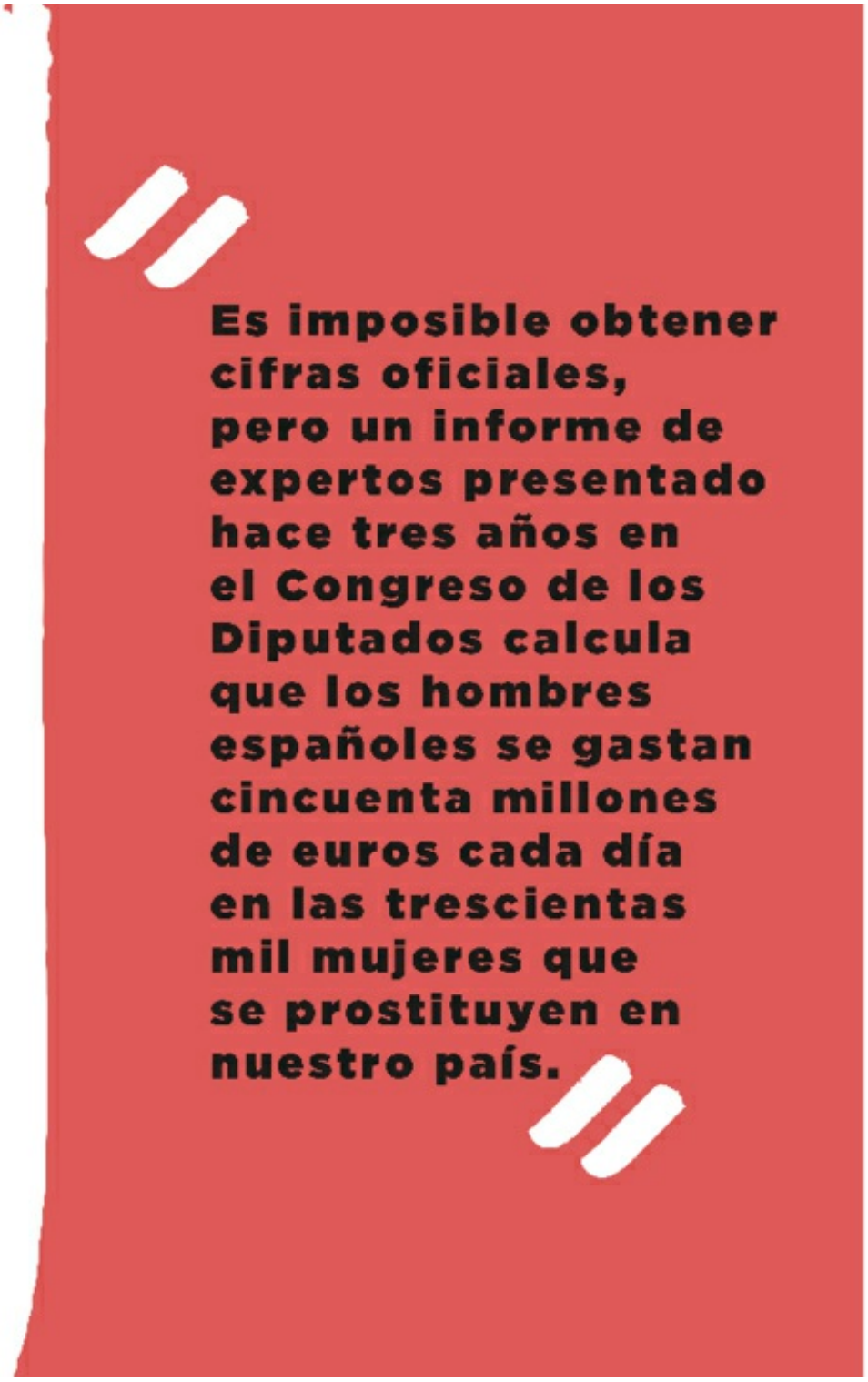
ÉL LLAMA AL TIMBRE DE UN PISO ANODINO DEL CENTRO DE Madrid. Entra, escoge una chica y paga. Apenas unos minutos después sale de la casa. Se siente mejor. Nada más le importa y nada más quiere ver. Mientras tanto, ella espera —dolorida, resignada, aturdida— a que otro hombre —¿cuántos van ya?, ha perdido la cuenta— cruce la puerta de su habitación. No sabemos su nombre, pero sí que es muy joven. Que la trajeron hace poco de China. Y que es una esclava. Sexual. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana, sin descanso. Un hombre tras otro y una pastilla de ketamina tras otra. Barra libre de un potente anestésico veterinario, a cuenta de sus explotadores, para no protestar, para no sentir, para aguantar sin descanso un cuerpo tras otro. Esta vez llegaron muchos hombres, pero eran policías y las liberaron. A ella y a otras cuatro compañeras. Decenas de miles de prostitutas en España no tienen tanta suerte.

«Ahora mismo salimos a la calle y aquí, en el centro de Madrid, encuentro para ti a un montón de esclavos», me decía el año pasado la actriz Julia Ormond, una de las más comprometidas activistas en la lucha contra el tráfico de personas. Pero ¿qué es un esclavo hoy?, le preguntaba yo. «Es cuando una persona controla completamente a otra, usa violencia para mantener ese control, la explota económicamente y le paga prácticamente nada». La policía calcula que ocho de cada diez prostitutas que ejercen en España encajan en este perfil. No hablo de las que se definen como trabajadoras del sexo —aunque pocas veces en la pobreza hay libertad—, sino de las atrapadas en las redes de trata de blancas, el segundo negocio ilegal más lucrativo del mundo —mueve 32.000 millones de dólares anuales—, por detrás del tráfico de armas, pero por delante del de drogas. Un negocio redondo en el que no cuesta nada fabricar la materia prima, esos dos millones de mujeres y niñas que, según la ONU, viven como esclavas.

En unas semanas, el Gobierno tiene previsto vetar los anuncios de relax en los medios de comunicación. «Chinitas. 40 € y 60 €. 24 horas. Calientes. Nuevas en la ciudad». La prensa española ingresa cuarenta millones de euros anuales por publicar estos anuncios que escandalizan a muy pocos. Forman parte ya del paisaje, y no nos paramos a pensar que, quizá, la intrahistoria de ese anuncio por palabras sea esta otra: «Esclavas del sexo. Trabajadoras sin sueldo. Drogadas para rendir más. Importadas para su placer por una red de traficantes de personas». ¿Los seguiríamos tolerando entonces?

Evidentemente, es imposible obtener cifras oficiales, pero un informe de expertos presentado hace tres años en el Congreso de los Diputados calcula que los hombres españoles se gastan cincuenta millones de euros cada día en las trescientas mil mujeres que se prostituyen en nuestro país. A tres servicios y medio por jornada cada una de ellas, resulta que tienen casi un millón de clientes al día. De hecho, uno de cada cuatro hombres españoles confiesa haber contratado alguna vez a una prostituta.

«Si yo pago, yo mando», me decía una vez un asiduo —y perdón por la palabra— putero. Y mejor no preguntar. No ver. No ser conscientes.



Cien millones de desaparecidas

TENÍA VEINTITRÉS AÑOS Y LA VIOLARON HASTA MATARLA SEIS HOMBRES EN un autobús. Nadie hizo nada. Mientras agonizaba, otra joven se suicidó tras ser obligada a casarse con uno de sus tres violadores. Sus muertes han hecho, por fin, reaccionar a la sociedad india. Manifestaciones multitudinarias y políticos obligados a dar la cara. Pero nada indica que haya descendido esa terrible cifra de una violada cada veinte minutos. La diferencia es que ahora algunos de los casos son noticia.

No es algo que se limite a la India o a las violaciones. En Asia, según la ONU, faltan cien millones de mujeres. Son niñas que no han nacido o fallecidas de manera sospechosa en sus primeros años de vida. También mujeres violadas hasta la muerte o que se suicidan al ser obligadas a casarse con su verdugo. Otras muertes se disfrazan de accidentes: las *quemadas por fogón.* Sus maridos les prenden fuego en la cocina cuando las familias de las chicas ya no pueden seguir pagando los caprichos de él: televisión último modelo, una moto o aire acondicionado. Veinticinco mil mujeres son asesinadas cada año en la India para conseguir una nueva esposa cuya familia siga pagando. Dotes mortales en un país en el que están prohibidas.

Pero se hace la vista gorda. Como con las violaciones. O las ecografías. La India, China, Vietnam y Nepal prohíben informar del sexo del feto. Aunque el negocio es tan rentable que *vuelvan el viernes* significa *es niña* (*friday*, *F* de femenino) y *vuelvan el lunes,* niño *(monday, M* de *man)*. Un anuncio de un centro médico decía «gaste hoy cinco mil rupias y ahorre quinientas mil mañana»: el precio de un aborto frente a lo que cuesta mantener a una hija. Si no se puede pagar, se *soluciona* tras el parto o se recurre al infanticidio lento: las niñas son víctimas de negligencias más o menos deliberadas; menos medicinas o comida. En regiones ricas, como Punjab, mueren cuatro niñas por cada niño.

Ojalá la muerte pública de estas chicas violadas y el castigo ejemplar a sus agresores sirvan para empezar a cambiar un poco las cosas.

Condón con pinchos

CUANDO ESTUVE EN SUDÁFRICA, EN 2009, EL PAÍS VIVÍA UNA OLEADA de violaciones a lesbianas. No era noticia de portada en la prensa —como muchos de los temas relacionados con mujeres—, pero tenía aterrorizada a la comunidad homosexual femenina. Grupos de hombres a la caza de lesbianas para abusar sexualmente de ellas y mostrarles así lo que se perdían —el falo masculino, evidentemente—. Era la punta del iceberg de una pandemia: una de cada cuatro mujeres sudafricanas, la mayoría negras y pobres, dicen haber sido violadas antes de los dieciséis años.

Hoy leo que algunas de esas mujeres se defienden con el invento de una doctora sudafricana a quien se le encendió la luz cuando un hombre acudió a su consulta aullando de dolor porque se había atrapado el pene con la cremallera del pantalón. De ahí nació Rapex, una especie de condón vaginal, pero con pinchos por dentro. La mujer se lo coloca y cualquier hombre que intente penetrarla sin su permiso se empala con las púas. A su inventora enseguida le han llovido críticas por el «castigo medieval» que supone el aparatito. «Un artilugio medieval para un acto medieval», ha respondido,

tajante, ella.

La violación se ha convertido en una de las armas más poderosas para someter a las mujeres de todo el mundo. No es libido ni lujuria, ni siquiera el orgasmo lo que persiguen los violadores. Es humillación. Poder. Supremacía. Un arma de guerra tan antigua como la Humanidad. Pon a tus guerrilleros sudaneses —o serbios— a violar a las niñas y mujeres de Darfur —o de Bosnia, aquí al ladito, no hace tanto— y aterrorizarás a toda la comunidad; ya no saldrán a por agua para sus hijos, ya no se atreverán a ir al mercado a por algo de pan. Viola a la vecina etíope que tanto te gusta para que quede marcada, así su familia la casará contigo y obtendrás de regalo una rebaja en la dote —¡como ya no es virgen!—. Abusa sexualmente de la hermana de tu competidor en la India y hazlo público, para que la vergüenza la obligue a suicidarse, marcando de paso a toda la familia.

Cada año son violadas cuarenta millones de niñas y mujeres en todo el mundo. Miles en Haití, tras el terremoto. O en los Balcanes, aquí al ladito, hace nada. Y en México, una cada cuatro minutos. De hecho, la violencia contra la mujer es la mayor causa de muerte femenina entre los dieciséis y los cuarenta y cuatro años.

Temerarias

ELLA HA IDO A LA GUERRA. ESTOS DÍAS SE MUEVE ENTRE trincheras levantadas con neumáticos y mobiliario urbano arrancado de cuajo. Camina bajo la atenta mirada de francotiradores con órdenes de disparar a matar. Y avanza sorteando moribundos que yacen en las baldosas de los hoteles de cinco estrellas de una capital europea. Ella es periodista y está en Kiev haciendo lo que hace un periodista: contar lo que ve, lo que oye y lo que huele. Pero, al contrario que sus compañeros, ella no solo tiene que enfrentarse a una guerra, sino también a una cascada de críticas que a veces empieza por sus propios colegas. Preguntas tipo: ¿cómo se ha ido allí si tiene hijos?, ¿qué necesidad tenía?, ¿qué quiere, que hablemos de ella? resuenan estos días en los pasillos de algunas redacciones. ¿Se imaginan las mismas pullas a un reportero? ¿Alguien le discute a un periodista masculino el que haya ido a una guerra? Él es valiente. Ella, temeraria.

Ya le pasó a la periodista británica Yvonne Ridley. Salió viva de un secuestro en Afganistán por parte de los talibanes, pero al volver a casa, al Reino Unido, tuvo que enfrentarse a los cuchicheos a su paso y a las críticas públicas, que empezaron sus compañeros. ¿Cómo se había ido a una guerra dejando sola a su hija de dos años?

El de la opinión pública es uno de los obstáculos al que se enfrentan las periodistas de guerra. Pero no el único.

El de la opinión pública es uno de los obstáculos al que se enfrentan las periodistas de guerra. Pero no el único. Ellas cuentan que es mejor no beber y estar al borde de la deshidratación que orinarse encima en el estrecho espacio de un tanque (ellos, por

cierto, lo solucionan con botellas de plástico). O que a veces han tenido que hormonarse para evitar que la regla aparezca en el momento más inoportuno. O bajar la cabeza y parecer tonta para no ver determinadas insinuaciones sexuales de los mismos soldados de los que depende su vida. Lo explican en confidencias al oído. En público callan porque no quieren que nadie piense que son unas blandas. Quieren seguir yendo a la guerra. A ser nuestros ojos. A pesar de todo.

Miradas sucias

SON SOLO MIRADAS. PERO SE CLAVAN MÁS QUE UN CUCHILLO. SON solo hombres que miran. Solo hombres, algunos casi unos niños, que miran. Pero dan miedo. E intimidan. Y provocan ansiedad. La escena es la siguiente: ella, una mujer joven, vestida de manera recatada, camina sola por el centro de El Cairo. Atraviesa andando el amplio espacio de uno de los puentes de la ciudad. Una cámara oculta en su ropa graba a todas las personas con las que se cruza. Casi todas son hombres. Y todos ellos, del más joven al más anciano, la miran. Pero no como uno miraría a alguien con quien se cruza. Ni siquiera como uno miraría a alguien bello con quien se cruza. La miran taladrando su cuerpo. Se plantan descaradamente ante ella como queriéndosela comer, queriendo desnudarla y tocarla. Manosearla. Es lo que ella siente. Es lo que sentimos nosotros acompañándola en ese viaje que ocurre a plena luz del día, en el centro de una gran capital, a las puertas de Europa. A través de las miradas sucias de esos hombres, el documental *The People's Girls* nos permite sentir lo que siente esa mujer, «cómo escanean su cuerpo como si fuera un objeto, no un ser humano», cuenta una de sus directoras, Colette Ghunim. «El cómo nos miran siempre casi todos los hombres (en Egipto) viola la capacidad de las mujeres de sentirnos seguras cuando salimos a la calle».

Esas miradas intimidan de tal manera a las egipcias que muchas de ellas optan por no usar el transporte público, por no mezclarse con hombres, por no salir a la calle. Se ven obligadas a seguir encerradas en reductos femeninos, dejándoles los espacios públicos y el poder a ellos, en un país en el que el 99,3% de las mujeres ha sufrido algún tipo de acoso sexual, según la ONU. Aunque no hace falta ir hasta El Cairo.

Cualquier mujer, en cualquier lugar del mundo, ha sentido alguna vez esos ojos sucios sobre su cuerpo. Pero, recuerden, nadie tiene el derecho a agredirnos. Ni siquiera con la mirada.

Envenenadas en clase

ELLAS SOLO QUIEREN IR A CLASE. PERO HAN NACIDO EN AFGANISTÁN y los talibanes saben que darles educación es darles poder, aunque ellas son tozudas y se empeñan en ir al colegio. Por eso los radicales han rociado sus aulas con un producto tóxico, envenenando en solo una semana a más de trescientas chicas de tres escuelas

diferentes. Vómitos, mareos, dolores de cabeza y desmayos.

Y no es la primera vez. Los talibanes, que ya prohibieron la educación femenina durante los años en los que estuvieron en el poder, no se resignan a que las mujeres estudien. Quieren alejarlas como sea de las aulas. ¿Por qué? Porque la educación es la clave de la igualdad. En el mundo hay treinta y seis millones de niñas que no pueden ir a la escuela, casi el doble que de niños. Sin educación no podrán salir de la pobreza, la desigualdad y la vulnerabilidad de sus vidas. Están condenadas a ser excluidas del mundo laboral y de los órganos de poder. Pero que una niña vaya a clase también beneficia a la comunidad. Las mujeres con educación tienen mejor salud, mejores trabajos y niños más sanos. En Egipto, por ejemplo, la cifra de mortalidad en niños menores de cinco años baja a más de la mitad —de 89 de cada mil a 38 de cada mil— si las madres tienen estudios superiores. Los beneficios de educar a las niñas se extienden al país entero. Un estudio elaborado en diecinueve naciones emergentes asegura que el crecimiento económico de cada uno de esos Estados aumentaría un 3,7% por cada año que las mujeres siguieran estudiando. La educación de las niñas puede ser la mejor inversión posible en los países en desarrollo, asegura el economista Lawrence Summers.

Y volvamos a esas 346 niñas afganas envenenadas en clase. Cuando salgan del hospital, volverán —esperemos— al colegio. No lo harán por la sociedad ni por la economía ni por sus futuros hijos. Lo harán por ellas. Porque saben que estudiar las hará más libres. Pero, a la vez, y sin saberlo, lo estarán haciendo también por todos nosotros.

Pobrecito violador

POBRECITO VIOLADOR. SI ÉL ES UN ESTUDIANTE BRILLANTE DE UNA UNIVERSIDAD de prestigio, un atleta extraordinario que llena de oros el medallero.

Pobrecito violador, no vamos a marcar su futura y exitosa vida por algo que solo ha durado veinte minutos. No vamos a mandarlo la cárcel por un pequeño error.

Pobrecito violador.

Su violación no puede contar como las demás.

Esta historia comienza en una de las más prestigiosas universidades de Estados Unidos. Una joven estudiante despierta en el hospital. Allí la había llevado la policía, inconsciente, después de que esa madrugada dos jóvenes descubrieran cómo estaba siendo violada tras un contenedor de basura. La policía identifica enseguida al violador. Es Brock Turner, compañero de universidad de la víctima. No hay dudas sobre su culpabilidad. Las pruebas son contundentes. Y el testimonio de los dos jóvenes que rescataron a la chica no deja margen de dudas.

Pero pobrecito violador.

Durante el juicio, el jurado y el juez han considerado que el futuro brillante que le espera a ese chico es más importante que el terrible delito que ha cometido, así que lo han condenado a la pena mínima: seis meses de cárcel, de los que va a cumplir solo tres. El juez cree que una condena más larga podría afectar al chico, miembro del

equipo de natación de la universidad y con un brillante futuro laboral por delante.

Pobrecito violador. Que una violación no estropee lo que te depara la vida, claro. Mandarle a la cárcel por «veinte minutos de acción», le defiende su padre, «es una condena demasiado dura». El juez está de acuerdo. «No creo que sea peligroso para otras personas», ha argumentado.

Durante el juicio, la defensa de Turner se ha basado en culpabilizar a la chica, «una joven borracha que terminó inconsciente de tanto beber». Claro, como bebes, pues ya te pueden violar. Te lo has buscado. No haber ido a la fiesta. Haber guardado la compostura. La víctima se convirtió en culpable. Como si mereciera ser violada. Como si buscara ser violada. Como si las mujeres nos mereciéramos lo que nos pasa por nuestra actitud, por ir solas a algunos lugares, por beber, por emborracharnos o por llevar una falda demasiado corta o un escote demasiado pronunciado.

Durante el juicio, el jurado y el juez han considerado que el futuro brillante que le espera a ese chico es más importante que el terrible delito que ha cometido, así que lo han condenado a la pena mínima: seis meses de cárcel, de los que va a cumplir solo tres.

Herida para siempre, la chica ha escrito una emotiva carta que se ha vuelto viral. «Tú eres un nadador estadounidense *All Star* en una universidad de prestigio, con mucho en juego. Yo soy un ser humano que ha sido irreversiblemente herido».

El caso ha conmocionado a Estados Unidos y han empezado a salir a la luz las miles de agresiones sexuales que se producen cada año en los campus universitarios. Una de cada cinco jóvenes universitarias afirma haber sido agredida sexualmente por algún compañero.

Mientras tanto, los padres del violador culpan a la víctima. «Es responsabilidad de los padres enseñar a sus hijos a no beber», han escrito en sus redes sociales, junto a una fotografía de madre e hija.

La culpa es de ella. Claro. Por borracha. Por puta.

Pobrecito violador.

Odio

CUANDO LO MÁS BONITO QUE TE DICEN ES ZORRA. CUANDO LAS amenazas de violación son constantes. Cuando temes tanto por tu vida que has tenido que dejar tu casa. Cuando los que te han defendido pierden incluso sus empresas. Cuando Zoe se convirtió en una exitosa desarrolladora de videojuegos. Cuando Anita plantó cara a una de las industrias más poderosas y machistas del mundo. Cuando Brianna creó un videojuego protagonizado por mujeres. Cuando Shoshana mostró al mundo las agresiones casi físicas que sufren las mujeres que caminan solas por la calle. Recuerda a los peores tiempos de la caza de brujas el odio que han generado estos

días cuatro chicas jóvenes, todos los insultos, la rabia y la violencia que se han vertido contra ellas solo por ser mujeres y pretender ser iguales que los hombres, o por denunciar que no les dejan serlo, o por exhibir cómo las acosan.

Shoshana B. Roberts también ha sido lapidada socialmente por grabar con cámara oculta el acoso verbal y casi físico que sufre una mujer caminando sola por las calles de Nueva York.

Zoe Quinn consiguió ser una de las primeras mujeres en triunfar como diseñadora de videojuegos, con su *Depression Quest.* Pero su exnovio tenía otros planes para ella y la acusó de acostarse con un periodista para conseguir buenas críticas. El grado de acoso de los internautas llegó a tal extremo que sus datos personales fueron filtrados y algunos de sus defensores perdieron sus puestos de trabajo e incluso sus empresas.

Brianna Wu también tuvo que abandonar su casa tras recibir amenazas de muerte. Su pecado fue crear un videojuego feminista, *Revolution 60.*

El de Anita Sarkeesian ha sido grabar varios vídeos en los que, con multitud de datos, demuestra la gran cantidad de videojuegos sexistas que inundan el mercado, productos en los que las mujeres son reducidas a —y convertidas en— premios a ser ganados, tesoros que encontrar o un fin que alcanzar.

Shoshana B. Roberts también ha sido lapidada socialmente por grabar con cámara oculta el acoso verbal y casi físico que sufre una mujer caminando sola por las calles de Nueva York. Y, la verdad, ya no sé qué me asusta más, si lo que denuncian esas mujeres o el odio que generan.

Una treta imposible

HA DADO A LUZ ENTRE OLAS DE VARIOS METROS, MIENTRAS SU embarcación de juguete lucha contra las corrientes del mar de Alborán y vientos de ochenta kilómetros hora, rodeada de compañeros muertos de frío y tan asustados como ella. Cuando los equipos de rescate los encontraron, ella estaba tumbada, sangrando, con el recién nacido en brazos y el cordón umbilical aún intacto.

También embarazada, Astan Traore entró en España saltando la valla de Melilla: dos verjas de seis metros con púas y concertinas, entramado antitrepa, una sirga tridimensional y patrullas de la Guardia Civil listas para detener cualquier asalto.

Sobre estas dos mujeres quizá hayan oído barbaridades, como que viajar embarazadas es una treta habitual de las inmigrantes porque creen que, dando a luz en España, su hijo adquiere la nacionalidad, o que no dudan en poner en peligro el embarazo con tal de obtener la ciudadanía española.

Pero hagan números conmigo: para llegar a esa patera o a esa valla estas mujeres

recorren hasta seis mil kilómetros, buena parte a pie, en un viaje de más de dos años. Así que está claro que el embarazo se produce por el camino. ¿Cómo? Pues violadas por sus compañeros emigrantes, por los traficantes de personas o por la policía de los países que atraviesan. Women's Link Worlwide recoge testimonios de una violencia extrema. Algunas de ellas ejercen la prostitución para sobrevivir. Y, ante esta situación terrible, la mitad escoge el mal menor: un *marido de camino* que, a cambio de disponibilidad sexual y trabajo doméstico, las proteja de ser violadas por otros hombres. Esos *maridos de camino* las abandonan a su suerte tras contagiarles alguna enfermedad de transmisión sexual, incluido el sida, o dejarlas embarazadas. A muchas las obligan a abortar, en peligrosísimas condiciones, los traficantes de personas que las explotan durante el viaje: embarazadas son más lentas y menos rentables.

¿Aún creen que esas mujeres se embarazan a propósito para dar a luz en España?

Procedencia de los artículos

50 sombras [*Yo Dona*: 28/02/2015]
¿A quién se ha tirado ese hombre? [*Yo Dona*: 27/07/2013]
Ab Crack [*Yo Dona*: 27/08/2016]
Abuelas [*Yo Dona*: 18/07/2015]
Amanda y el bótox [*Yo Dona*: 14/05/2016]
Amas de casa [*Yo Dona*: 10/12/2016]
Amor y llantos [*Yo Dona*: 27/06/2014]
¡Anda, si eres lista! [*Yo Dona*: 3/02/2018]
Animadoras en la oficina [*Yo Dona*: 12/09/2015]
Asesinos [*Yo Dona*: 1/10/2016]
Así planchaba… [*Yo Dona*: 25/01/2014]
Atacadas [*Yo Dona*: 19/07/2014]
Aullidos [*Yo Dona*: 17/02/2018]
Baja maternal [*Yo Dona*: 7/02/2015]
Bajo la falda [*Yo Dona*: 30/06/2018]
Barbie [*Yo Dona*: 21/01/2017]
Beyoncé: «Nunca más» [*Yo Dona*: 11/05/2019]
Bienvenidas al gueto [*Yo Dona*: 27/10/2018]
Biquinis con tetas [*Yo Dona*: 3/09/2016]
Brigitte [*Yo Dona*: 29/07/2017]
Bukkake [*Yo Dona*: 3/11/2018]
Calladita estás más guapa [*Yo Dona*: 28/04/2018]
¡Callaos! [*Yo Dona*: 18/08/2018]
Cállate [*Yo Dona*: 3/03/2018]
Calzonazos [*Yo Dona*: 12/11/2016]
Campeonas [*Yo Dona*: 15/04/2017]
Cazar a un hombre [*Yo Dona*: 25/08/2018]
¿Cerró bien las piernas? [*Yo Dona*: 19/03/2016]
Cien millones de desaparecidas [*Yo Dona*: 26/01/2013]
Colegas de golf…, pero también mucho más [*Mujer Hoy*: 22/10/2011]
¿Cómo se atreve? [*Yo Dona*: 24/10/2015]
Con o sin suavizante [*Yo Dona*: 13/02/2016]
Con trampa y cartón [*Mujer Hoy*: 29/04/2010]
Con voz de hombre [*Yo Dona*: 19/08/2017]
Condón con pinchos [*blog particular de la autora*: marzo de 2011]
Confundir el nombre de los hijos [*Yo Dona*: 15/08/2015]
¿Conoces a tu hijo? [*Yo Dona*: 9/01/2016]

Cosas naturales que nos dan vergüenza [*Yo Dona*: 13/08/2016]
Cualquier cosa [*Yo Dona*: 22/10/2016]
Cuando descubres que ese amigo guay es un acosador [*Yahoo noticias*: 17/05/2019]
Cuando no queremos ver [*Yo Dona*: 6/04/2013]
Cuarenta millones [*Yo Dona*: 8/11/2014]
Cuerpo con agujeros [*Yo Dona*: 13/04/2019]
Cuídame [*Yo Dona*: 19/01/2019]
¿Cultura o machismo? [*Yo Dona*: 30/04/2016]
De compras [*Yo Dona*: 21/03/2015]
De rodillas [*Yo Dona*: 22/08/2015]
De solteras y emparejadas [*Yo Dona*: 7/03/2015]
Demasiado guapa [*Yo Dona*: 23/02/2019]
Despojos humanos [*Yo Dona*: 23/07/2016]
Después de muertas [*Yo Dona*: 7/04/2018]
Diana [*Yo Dona*: 13/01/2018]
Días rojos [*Yo Dona*: 3/05/2014]
¿Dónde están las niñas? [*Yo Dona*: 12/07/2014]
Dos letras [*Yo Dona*: 30/07/2016]
Efecto Pence [*Yo Dona*: 5/01/2019]
El hombre enfadado [*Yo Dona*: 12/01/2019]
El juez que se burla de las víctimas [*Yahoo noticias*: 5/10/2018]
El lenguaje corporal [*Yo Dona*: 22/12/2012]
El mejor candidato [*Yo Dona*: 23/09/2017]
El nuevo ángel gordo [*Yo Dona*: 27/04/2019]
El parto es nuestro [*Yo Dona*: 3/08/2013]
El patio [*Yo Dona*: 10/11/2018]
El pelo de Sergio Ramos [*Yo Dona*: 11/06/2016]
El *selfie* [*Yo Dona*: 3/12/2016]
El timo del rosa [*Yo Dona*: 16/01/2016]
Ella se lo ha buscado [*Yo Dona*: 27/12/2014]
Ellas ven fútbol [*Yo Dona*: 28/07/2018]
Ellos insultan, ellas se avergüenzan [*Yo Dona*: 29/09/2018]
En el club [*Yo Dona*: 19/10/2013]
Enamoradas del asesino [*Yo Dona*: 26/01/2019]
Envenenadas en clase [*Yo Dona*: 19/09/2015]
Epidural, ¿para qué? [*Yo Dona*: 12/10/2013]
¡Es como mi hermana! [*Yo Dona*: 6/12/2014]
Esa sonrisa [*Yo Dona*: 7/07/2018]
Esas preguntas… [*Yo Dona*: 16/11/2013]
Esclavas modernas [*Mujer Hoy*: 1/07/2011]
Escupir a la comida [*Yo Dona*: 6/02/2016]
Especialmente el padre [*Yo Dona*: 18/01/2014]
Están matando a mamá [*Yo Dona*: 10/02/2018]
¡¿Estás embarazada?! [*Mujer Hoy*: 6/05/2011]
Estás más hinchada, ¿no? [*Yo Dona*: 15/06/2013]

Esto es urgente [*Yo Dona*: 23/06/2018]
Excitadas [*Yo Dona*: 19/04/2014]
Explorando el WC [*Yo Dona*: 20/12/2014]
Expulsado [*Yo Dona*: 20/10/2018]
Faraonas [*Yo Dona*: 7/10/2017]
«Fuck me» [*Yo Dona*: 21/06/2014]
Fugitivos [*Yo Dona*: 9/11/2013]
Gastos de lavandería [*Yo Dona*: 24/05/2014]
Gordas —perdón— [*Yo Dona*: 26/09/2015]
¡Guapa! [*Yo Dona*: 2/02/2019]
Guerra por las nenas más molonas [*Yahoo noticias*: 3/04/2019]
Gueto [*Yo Dona*: 11/04/2015]
Héroes de geriátrico [*Yo Dona*: 1/07/2017]
Hormonas reales [*Yo Dona*: 9/02/2019]
Impostoras [*Yo Dona*: 18/05/2019]
Jarrón chino [*Yo Dona*: 20/01/2018]
John y Jennifer [*Yo Dona*: 21/04/2018]
«Juegas Olímpicas» [*Yo Dona*: 20/08/2016]
Kate, Penélope y Keith [*Yo Dona*: 18/11/2017]
La cena de Soraya [*Yo Dona*: 18/03/2017]
La colita de Alicia [*Yo Dona*: 15/10/2016]
La Liga LOL [*Yo Dona*: 2/03/2019]
La manada [*Yo Dona*: 27/05/2017]
La mirada de otros [*Yo Dona*: 8/07/2017]
La Mujer 10 [*Yo Dona*: 9/05/2015]
La puntita [*Yo Dona*: 14/07/2018]
La rarita del cole [*Yo Dona*: 9/04/2016]
«¿La regla? No te entiendo» [*Yo Dona*: 2/04/2016]
La toqué porque era mía [*Yo Dona*: 22/06/2019]
La tortura de las cobardes [*Yahoo noticias*: 1/03/2019]
La vergüenza [*Yo Dona*: 9/02/2013]
¿Las chicas con las chicas? [*Yo Dona*: 2/03/2013]
Las denuncias de *sexting* se disparan en España [*Yahoo noticias*: 11/06/ 2019]
Las listas [*Yo Dona*: 21/09/2015]
Las «quelis» [*Yo Dona*: 26/10/2013]
Libertinas e inmorales [*Yo Dona*: 14/02/2015]
Libres [*Yo Dona*: 10/03/2018]
Llámame zorra [*Yo Dona*: 26/05/2018]
Llora [*Yo Dona*: 16/02/2019]
Los hombres que «no salen» [*Yo Dona*: 6/10/2018]
Los magníficos [*Yo Dona*: 22/03/2014]
Machinazis [*Yo Dona*: 27/02/2016]
Madradas [*Yo Dona*: 28/12/2013]
Malas madres [*Yo Dona*: 29/03/2014]
Mamá alcaldesa [*Yo Dona*: 6/05/2017]

Mamás biberón [*Yo Dona*: 13/06/2015]
¡Mandona! [*Yo Dona*: 17/05/2014]
«Mani-pedi» [*Yo Dona*: 4/02/2017]
Masajes [*Yo Dona*: 17/11/2018]
Mejor en la oficina [*Yo Dona*: 30/03/2019]
Menstruación [*Yo Dona*: 25/04/2015]
Mi derecho a follar [*Yo Dona*: 22/09/2018]
Michelle [*Yo Dona:* 15/12/2018)
Michelle y sus poses [*Yo Dona*: 26/11/2016]
Mídeme [*Yo Dona:* 16/03/2019]
Miedo [*Yo Dona*: 3/10/2015]
Miedo [*Yo Dona*: 29/12/2018]
MILF [*Yo Dona*: 17/06/2017]
Mirad lo que hace [*Yo Dona*: 22/04/2017]
Miradas sucias [*Yo Dona*: 11/10/2014]
Miss fútbol [*Yo Dona*: 23/11/2013]
Muéstrate (si estás buena) [*Yo Dona*: 16/05/2015]
Mujer en silencio [*Yo Dona*: 4/08/2018]
Mujer objeto [*Yo Dona*: 6/09/2014]
Mujeres de mediana edad [*Yo Dona*: 2/09/2017]
Mujeres de… [*Yo Dona*: 4/03/2017]
Mujeres pegadas a un útero [*Yo Dona*: 2/07/2016]
Mujeres tigre [*Yo Dona*: 4/04/2015]
Muñecas violadas [*Yo Dona*: 14/10/2017]
Nadie os obliga [*Yo Dona*: 3/06/2017]
Nagore [*Yo Dona*: 21/07/2018]
Nenazas [*Yo Dona*: 5/11/2016]
Ni Periscope ni hostias [*Yo Dona*: 6/08/2016]
Ni un paso atrás [*Yo Dona*: 5/10/2013]
Ninfómanas [*Yo Dona*: 5/09/2015]
Niñas sexys [*Yo Dona*: 18/02/2017]
Niños a dieta [*Yo Dona*: 1/02/2014]
Niños y sexo [*Yo Dona*: 10/10/2015]
#NiUnaMenos [*Yo Dona*: 25/11/2017]
No escribas más [*Yo Dona*: 9/06/2018]
No. Los hombres no son terroristas [*Yahoo noticias*: 15/03/2019]
No les da la vida [*Yo Dona*: 30/12/2017]
No lleves minifalda [*Yo Dona*: 6/01/2018]
No me des lecciones [*Yo Dona*: 17/03/2018]
No me violes [*Yo Dona*: 23/01/2016]
No nos escuchan [*Yo Dona*: 25/03/2017]
No sin ellos [*Yo Dona*: 8/04/2017]
Odio [*Yo Dona*: 15/11/2014]
Operación biquini [*Yo Dona*: 4/06/2016]
Pablo regresa [*Yo Dona*: 6/04/2019]

Padres y hermanos [*Yo Dona*: 1/11/2014]
Padres y madres ¿por igual? [*Yo Dona*: 1/09/2018]
Paliza [*Yo Dona*: 24/11/2018]
Pañales bomba [*Yo Dona*: 2/02/2013]
Papá concilia [*Yo Dona*: 21/05/2016]
Papá es alcalde [*Yo Dona*: 4/07/2015]
Papá me mima [*Yo Dona*: 22/11/2014]
Papá periodista [*Yo Dona*: 23/08/2014]
Parirás con dolor [*Yo Dona*: 14/04/2018]
Pasillo rosa [*Yo Dona*: 21/12/2013]
Perdona si te molesto [*Yo Dona*: 7/01/2017]
Perfectamente sexy [*Yo Dona*: 11/11/2017]
Perro [*Yo Dona*: 31/03/2018]
Pichafloja [*Yo Dona*: 24/06/2017]
Piropos [*Yo Dona*: 24/01/2015]
Poco profesional [*Yo Dona*: 12/03/2016]
¿Poder femenino? ¡Ja! [*Yo Dona*: 19/11/2016]
Poderosas para dar a luz [*Mujer Hoy*: 3/06/2011]
Pon la otra mejilla hasta que te maten [*Yo Dona*: 18/05/2013]
¿Por qué cobramos menos? [*Yo Dona*: 5/09/2018]
¿Por qué contratar a mujeres? [*Yo Dona*: 18/10/2014]
Por todas mis compañeras [*Yo Dona*: 24/03/2018]
Premio sexual [*Yo Dona*: 4/11/2017]
Princesas calladitas [*Yo Dona*: 7/05/2016]
Puñetazos [*Yo Dona*: 31/05/2014]
Purpurinas [*Yo Dona*: 30/08/2014]
Querida capitana [*Yo Dona*: 28/09/2013]
Querida familia Merkel [*Yo Dona*: 7/09/2019]
¿Quién lleva los pantalones? [*Yo Dona*: 28/05/2016]
Raúl [*Yo Dona*: 31/10/2015]
Repelentes [*Yo Dona*: 13/12/2014]
Retroceso [*Yo Dona*: 7/09/2013]
«Robamaridos» [*Yo Dona*: 1/04/2017]
Ropa apretada [*Yo Dona*: 6/06/2015]
Rosa y azul [*Yo Dona*: 24/08/2013]
Salvadnos [*Yo Dona*: 13/10/2018]
Señores que mandan y sus problemas con las embarazadas [*Yahoo noticias*: 21/01/2019]
Sexo incluido [*Yo Dona*: 11/03/2017]
Si es papá, mola [*Yo Dona*: 9/09/2017]
Si se lo merece [*Yo Dona*: 27/09/2014]
Silencio cómplice [*Yo Dona*: 9/08/2014]
Síndrome de la tiara [*Yo Dona*: 4/05/2013]
Síndrome del impostor [*Yo Dona*: 2/05/2015]
¿Sobra para ir de putas? [*Yo Dona*: 8/09/2018]

Solo una película [*Yo Dona*: 8/12/2018]
Soy fofisana [*Yo Dona*: 17/12/2016]
Soy menos lista [*Yo Dona*: 25/02/2017]
Supermaquillada [*Yo Dona*: 30/09/2017]
Tacones en el desastre [*Yo Dona*: 16/09/2017]
Tanga [*Yo Dona*: 1/12/2018]
Tápate el culo [*Yo Dona*: 26/08/2017]
Te amo delgada [*Yo Dona*: 17/10/2015]
Te encargas tú [*Yo Dona*: 12/12/2015]
Te lo cuento en la cena [*Yo Dona*: 20/06/2015]
Temerarias [*Yo Dona*: 15/03/2014]
Testosterona policial y judicial [*Yo Dona*: 11/02/2017]
Tiene doce años [*Yo Dona*: 2/06/2018]
Tiene la casa fatal [*Yo Dona*: 9/03/2019]
Tienes un problema [*Yo Dona*: 23/04/2016]
Todas somos manada [*Yo Dona*: 2/12/2017]
Transparentes [*Yo Dona*: 23/03/2019]
Tu foto desnuda [*Yo Dona*: 28/10/2017]
Tu hijo ve porno [*Yo Dona*: 9/12/2017]
Tu mujer es una puta [*Yo Dona*: 24/02/2018]
Un bebé muerto [*Yo Dona*: 19/05/2018]
Un berrinche en directo [*Yo Dona*: 22/07/2017]
Un crimen pasional [*Yo Dona*: 25/05/2019]
Un esmoquin [*Yo Dona*: 21/02/2015]
Un fastidio [*Yo Dona*: 1/03/2014]
Un folio [*Yo Dona*: 18/06/2016]
Un líder abusador [*Yo Dona*: 29/06/2013]
Un no es un sí [*Yo Dona*: 16/04/2016]
Un orgullo de vagina [*Yo Dona*: 13/07/2019]
¿Un Papa mujer? [*Yo Dona*: 20/04/2013]
Un poco puta [*Yo Dona*: 5/06/2016]
Un sueldo de estrella [*Yo Dona*: 12/08/2017]
Un taladro [*Yo Dona*: 24/12/2016]
Una colita [*Yo Dona*: 7/11/2015]
Una plancha [*Yo Dona*: 16/12/2017]
Una talla 32 [*Yo Dona*: 25/05/2013]
Una treta imposible [*Yo Dona*: 14/06/2014]
Unos pechos turgentes [*Yo Dona*: 20/07/2013]
Vaiana [*Yo Dona*: 30/12/2016]
Valientes [*Yo Dona*: 27/01/2018]
«Venga, tía, que estamos de fiesta» [*Yo Dona*: 15/07/2017]
Vergüenza [*Yo Dona*: 21/10/2017]
«Verónica Madrid» [*Yo Dona*: 9/06/2019]
Violada dos veces [*Yo Dona*: 25/06/2016]
Violadas [*Yo Dona*: 13/09/2014]

¿Violadas o muertas? [*Yo Dona*: 5/05/2018]

«Voy a ser la siguiente asesinada» El presagio de la chica de veinte años que se ha cumplido [*Yahoo noticias*: 27/12/2017]

Y se le vieron las bragas [*Yo Dona*: 14/01/2017]

Y todos callan [*Yo Dona*: 12/05/2018]

Yo también quiero, papá [*Yo Dona*: 20/04/2019]

Zorras [*Yo Dona*: 28/01/2017]





© Jotxo Cáceres / Groupon

Carme Chaparro (Barcelona, 1973) es periodista, con una amplia y consolidada carrera como presentadora y editora en informativos de televisión. Tras veintiún años al frente de las principales ediciones informativas del grupo Mediaset, en *Informativos Telecinco* y *Noticias Cuatro*, desde enero de 2019 presenta el magacín vespertino *Cuatro al día*. Su pasión por la lectura se ha traducido en pasión por escribir. Carme ha compaginado su trabajo en televisión con colaboraciones como columnista para las revistas *Yo Dona* —en la que tiene un espacio semanal—, *GQ* y *Mujer Hoy*. Actualmente también escribe su propio blog en Yahoo. Es la autora de dos novelas, *No soy un monstruo* (Premio Primavera de Novela 2017) y *La química del odio*, ambas publicadas en Espasa.

Calladita estás más guapa
Carme Chaparro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Irene Blanco
© del diseño de interiores, María Pitironte

© Carme Chaparro, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-670-5756-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es